



Teknochtitlán

30 visiones de la ciencia ficción mexicana

Federico Schaffler

Antologador



COLECCIÓN
AGUA FIRME



COLECCIÓN 
AGUA FIRME

Teknochtitlán

30 visiones de la ciencia ficción mexicana

Federico Schaffler

Antologador



Tamaulipas

GOBIERNO DEL ESTADO

Teknochtitlán. 30 visiones de la ciencia ficción mexicana

© Federico Schaffler

Primera Edición 2015

ISBN: 978-607-8222-80-3

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Ing. Egidio Torre Cantú

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Mtra. Libertad García Cabriales

Directora General del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Francisco I. Madero N° 225, Zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas (C.P. 87000)

Teléfono ITCA: (01-834) 1534312 Ext. 101

Teléfonos Dirección de Publicaciones: (01-834) 3181005 al 09

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

A todos los cienciaficcioñeros mexicanos
de ayer
hoy
y mañana

Introducción

Retomando el futuro

Federico Schaffler

Algo pasó en el movimiento de la ciencia ficción mexicana que detuvo la impetuosa marcha que tuviera a finales de los ochentas y en los años 90, así como en los primeros años de la década siguiente. Razonamientos pudiera haber muchos y sin duda merecen un análisis posterior, pero lo importante es saber que quienes por esos años empezaron a escribir, publicar y lograr reconocimientos, siguieron, cada quien, por su propio camino. Al mismo tiempo, surgieron nuevas voces que lograron publicar en la red, en colecciones personales o antologías diversas. Hoy, con Teknochtitlán, se pretende reconocer tanto a unos como otros.

El Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, encabezado por Libertad García Cabriales, me invitó a preparar dos antologías de ciencia ficción, una de autores exclusivamente tamaulipecos, intitulada Huaxtekos, y otra

de escritores del resto del país, siendo este volumen que tiene usted en sus manos. Fue una magnífica oportunidad para reencontrarme con viejos amigos y para descubrir nuevos talentos, para leer excelentes cuentos, aunque me viera forzado a dejar muchos de ellos a un lado, para concentrarme en la selección que finalmente tuve que hacer.

Aquí encontrará 30 voces de la nueva ciencia ficción mexicana, de autores con trayectoria, de escritores ampliamente reconocidos y de algunas plumas (o teclados) que ven aquí encuentran un merecido espacio, todo con el objetivo de llevar este género a públicos más amplios.

Encontrará aquí cuentos de autores de reconocimiento internacional, autores que nacieron en México y viven en el extranjero, jóvenes promesas que han publicado primero en otros países y otros que han ganado premios allende nuestras fronteras.

Encontrará desde historias de un México que nunca fue a otros que quisiéramos que fuera. Historias apocalípticas y optimistas. Aventuras en el espacio profundo y en la intimidad del hogar y la familia. Escenarios reales, virtuales e imaginados. Aventuras directas y emocionantes junto con textos que nos llevan a la reflexión.

Esperamos que disfruten de estos cuentos de lo mejor de la ciencia ficción mexicana contemporánea, por autores que han dejado su huella en la historia del género y por otros que buscarán, por derecho propio, hacerse de un nombre que pueda acompañarlos en la historia de la literatura de nuestro país.

A todos los colaboradores y a quienes desafortunadamente no pudieron ser recopilados en esta antología, nuestra gratitud por su interés, pero sobre todo, por no

dejar que este género desaparezca y por hacer que día a día crezca en reconocimientos, si bien no en nuestro país, al menos en el extranjero.

Espero que disfruten los cuentos de *Teknochtitlán* y los invito a leer también el volumen hermano, *Huaxtekos*, en donde podrá comprobar el porqué los autores tamaulipecos logramos merecidamente el reconocimiento nacional e internacional por nuestras historias, pero sobre todo, por la calidad de las mismas.

Nuevo Laredo, Tamaulipas, noviembre 2013.

El largo sueño de las cifras

Ignacio Padilla

Te asustaban cosas que a nadie más habrían asustado: el rumor del agua, la asimetría de ciertas frutas, alguna formación nubosa. Lo demás apenas te conmovía, como si cada uno y casi todo perteneciésemos a un universo alternativo, inaccesible para ti. Sólo una vez percibí en tu rostro algo similar a la felicidad; una tarde, poco después de que te regresaran al Instituto de Neurología, volví a observarte a través de un vidrio falso, y por un segundo creí reconocer en tus facciones una emoción distinta de la melancolía y el miedo.

Te vi entonces como te había visto la primera vez, cuando te hallaron en las ruinas del Sector Flehm-Ath y te trajeron acá. Ahora parecías un poco más limpio y mucho más triste. Volvías a sentarte en el suelo, literalmente encajado en una esquina de la habitación, indiferente al parco mobiliario que habían repuesto para ti con la esperanza de que reconocieses las bondades de una cama o la providencia muscular de una silla. Me hiciste pensar en el remedo humano y revolcado de un prisma

piramidal. Era como si necesitaras que cada milímetro de tu cuerpo estuviese apoyado en algo o por algo. Y como si el vacío te causara vértigo. Tus guardianes me explicaron que durante el día mantenías los ojos cerrados, y que sólo los abrías de noche, cuanto te era posible no ver nada y escucharlo todo en la tiniebla suave de tu cuarto, esa especie de cajón aséptico donde te refundieron al hallarte y al que fuiste devuelto más tarde, cuando se hizo evidente que jamás sabrías o querrías adaptarte a las maneras del mundo, nuestro mundo.

Me dio rabia verte nuevamente ahí y así. Una rabia que entonces no supe contra quién encauzar. Después de todo me lo habían advertido. Desde el primer encuentro me dijeron que no abrigase esperanzas, pues no estabas ya en edad de llegar un día a reconciliarte con lo humano. Habías sobrepasado la etapa del aprendizaje, dijeron. Aclararon que no tenías ningún retraso. Era más bien que habías avanzado en una dirección poco ordinaria, por caminos nunca antes transitados. Me explicaron que en tu cerebro se habrían activado conexiones inauditas, circuitos distintos de los habituales. Eran otros los cimientos del edificio de tu pensamiento y tu lenguaje. Los sonidos, las formas y los signos se habían ordenado en tu mente para favorecer que te relacionases sólo con aquello que creías semejantes a ti, y con tu propio cuerpo, esa rara estructura de carne y sangre que sin embargo pensabas o deseabas igual al de las máquinas que te habían criado justo en esa etapa de la vida, en la que el resto articulamos nuestras primeras palabras, la prodigiosa babel de la necesidad, la gratitud y el reconocimiento.

Me dijeron eso, o algo parecido. Emplearon términos oscuros, tecnicismos. Me mostraron encefalogramas para mí tan intrincados como debieron ser para ti las cosas que te decíamos. Me enseñaron gráficas y diagramas con la misma actitud con la que antes te habrían mirado a ti, ávidos, quizá morbosos. Es tu hermano, me anunciaron de improviso, y estudiaron mi reacción como si yo también fuese un enigma, una especie de caja negra. Y tal vez lo era, de algún modo lo era. Su jerga científica me tenía confundida, me acorralaba como a ti. De sus sentencias y diagnósticos apenas pude entresacar que tenías ya una idea clara aunque errónea de ti mismo. Creías saber bien lo que eras o lo que debías ser. Contabas además con una memoria prodigiosa, y por tanto con una consciencia, si bien era difícil determinar si poseías también una noción clara del tiempo. Tus guardianes pensaban que tu memoria sólo podía ser numérica, abstracta, pero yo me resistí a aceptarlo. Pensé que debías conservar algún recuerdo humano, una imagen que, por remota que fuese, te constituía tan claramente como tus números y tus pitidos. Tenía que haber en tu memoria al menos un registro visual que de alguna forma te uniese a mí más allá de nuestra sangre y nuestros genes en común. Debía ser posible rescatar de los meandros de tu mente la cicatriz pensada de nuestros padres al despedirse de ti en el Sector Flehm-Ath, creyéndote ya muerto, escapando de la base infestada, conmigo en brazos, quién sabe si también enferma.

Quería que recordases todo aquello como yo lo recordaba todavía a mi pesar. Necesitaba que lo revivieses con la misma intensidad con que las imágenes de ese

día anegaban mis insomnios; mi nariz asomada entre las mantas de neopreno y entre los brazos de nuestro padre, los ojos asustados de nuestra madre y mis propios ojos mirándote así, inerte, abandonado en el suelo cerca de las máquinas, y mi cabeza infantil despidiéndose de ti para siempre, descartando desde entonces la posibilidad de que muchos años más tarde me llamaran para decirme que te habían encontrado entre las ruinas del sector, cuando nadie creía que las máquinas seguirían activas, menos aún que entre ellas hallarían a un muchacho vivo, no en el sentido en que entendemos la vida de los hombres y las bestias, ni siquiera las plantas. Más que vivo, les habrías parecido activado, no sé, conectado de algún modo con esa fuente de energía milagrosa que se había mantenido y autoabastecido contra todo pronóstico luego de que la base fuera abandonada. Emitías sonidos tan mecánicos y estabas tan quieto, que sólo te hallaron cuando removieron cables y máquinas empolvadas, intrigados no por ti sino por la supervivencia de todo aquel sistema artificial que sin embargo había creado su propio sustento y había sido capaz de sustentarte también a ti. Era como si por puro instinto el cerebro electrónico de la base se hubiese canibalizado para luego producir sus propias recargas, su abasto vital, lo que hiciera falta para mantener activas todas sus extensiones, incluso a ti, a quien el propio sistema habría reconocido inesperadamente como uno de los suyos, como parte de sí mismo.

Tus guardianes nunca acabaron de reconocerte, no entendieron ni creyeron que en ese falso cementerio de circuitos pudiera haberse aletargado un niño para renacer con dignidad a una forma distinta de nutrición y de

querencia. Un modo de vida que ellos consideraban menor, inacabado, pero que a mí me pareció siempre envidiable y superior al nuestro. Definitivamente, no eras un autómatas. Eras sin duda orgánico y padecías a tu modo el dolor, el hambre, la duda. Conocías además cada célula de tu cuerpo y eras capaz de equilibrarlo con sabiduría, repartiendo sin derroche y con justicia la energía requerida por cada una de tus células, siguiendo un patrón dictado por alguna deidad perfecta y automática. Me parecías tan sano, tan completo, que al mirarte sólo podía sentir vergüenza de mí misma o, como tus guardianes, una especie de envidia disfrazada de interés o compasión. Me agradaba mirarte, y me inquietaba dejar de verte, alejarme de ti. Al volver a casa te recordaba y te comparaba conmigo, con mi vida, y siempre salía perdiendo. Me atragantaba el milagro de que vivieses por encima del tiempo y de la muerte, que fueses capaz de desconectarte de las cosas cuando era pertinente o necesario. Pero, ante todo, me admiraba que lo equívoco te fuese ajeno, y que vivieses por lo tanto en un mundo descastado de la ambigüedad, la traición y el doblez. En tu mundo la rosa sería para ti sólo y siempre una rosa. Por eso tus guardias te auguraban lo peor. Por eso anticiparon, como si fuese una tragedia, que no serías jamás uno de nosotros.

Pero lo intentaste. Por desgracia y por un tiempo, lo intentaste. Y fuiste como nosotros. Nos aprendiste como si hiciera falta o como si valiese la pena. Ignoro si lo hiciste por deseo o por soledad. De cualquier modo permitiste que te reprogramásemos en la simulación de lo humano. Supongo que para ello tuviste que desandar

lo andado. Remontaste, acaso con dolor, el camino por el que una vez la suerte o la desgracia te habían arrojado lejos de nosotros, hacia un lugar mental más ordenado, más puro. Relegaste a un archivo muerto tu estar desnudo, tu ser feliz a tu modo, tu existir en un planeta propio, con monstruos como cifras y con amantes como intermitencias, con ambiciones y decepciones como complejos dilemas matemáticos que para ti habrían sido tan deseables o tan temibles como para nosotros un viaje a un país remoto o un beso prohibido. Olvidaste o suspendiste tus ecuaciones, tus pitidos en espectros tonales infinitos. Silenciaste ese idioma binario de sonidos puros con que pastoreabas a las ovejas eléctricas de tus sueños. Te vaciaste, en suma, de un universo entero y hasta entonces sólo tuyo para que en ti cupiesen las imágenes, los rudimentos de esta lengua torpe con la que nos comunicábamos los elementales seres que te habíamos arrancado de la dicha y que ahora fingíamos amarte.

Te visité un par de veces en esa época en que fingías ser humano, y no pude reconocerte ni reconocirme más en ti. Me mentiste con tus consonantes estrictas y tu hablar atropellado; dijiste con frases hechas que se sentía bien ser un hombre, y que encima te agradaba el trabajo de oficina con que te ganabas la vida. El horario te dejaba tiempo para encerrarte en casa y evitarte el dilema de tratar con la gente. Salías poco, leías por disciplina, con esfuerzo y sin deleite los libros que te habían recetado tus guardianes. No era mucho lo que se esperaba de ti a esas alturas; asistías dos veces por semana al Instituto de Neurología y una vez al mes al Centro de Matemática Aplicada, donde te hacían las mismas preguntas de

siempre y te estudiaban con decreciente interés. Podías pasar tardes enteras en el departamento miserable donde te acomodaron, también ahí arrinconado, convencido de haber satisfecho a tus guardianes, calculando a sus espaldas intransitables ecuaciones que te permitiesen despejar las incógnitas de la ciudad, o las cosas más sencillas de la existencia, o los gestos de tu hermana, mis gestos, o la mirada de nuestros padres, que te contemplaban desde la fotografía que hice colocar en tu cocina. A veces simplemente te sentabas en el suelo y pegabas el oído al muro que daba a la calle para calibrar la música que interpretaban para ti los automóviles, los celulares, las turbinas, los altavoces que carraspeaban sus anuncios desde los rascacielos, los tiroteos reales o virtuales. Todo te alcanzaba a través del muro y se confundía en tus oídos con tu recuerdo del ya lejano palpitante de la máquina que hasta hacía tan poco había sido tu diosa, tu nodriza, tu ánima. De ese miasma de sonidos de antes y de ahora intentabas derivar una melodía a modo, un himno en el que se ordenase algo que al fin te pareciese cercano o comprensible en un mundo que nunca dejó de ser del todo extraño para ti.

Supongo que no lo conseguiste. Debió faltarte tiempo para catalogar o comprender nuestras cosas. O quizá fue sólo que te diste por vencido. Te apagaste, se agotó tu carga de energía, descubriste tus propios límites y no supiste cómo lidiar con ellos. Poco después de tu muerte me mostraron grabaciones de tus últimos días en el mundo de la gente ordinaria. En una de ellas ha entrado en tu departamento una mariposa negra. Estás, como de costumbre, sentado en el suelo, impasible. De pronto

reparas en el insecto, que ha revoloteado cerca de ti sin miedo, como se acercaría a una lámpara o a una estufa en busca de calor. Lo miras encantado, pero tu fascinación no es la de un niño; la mariposa no te enternece ni te espanta, más bien te desconcierta, te reta. Observas sus evoluciones en el aire, alzas la mano como si intentaras controlarla. Pero ese objeto no te obedece, revolotea en forma irregular, reticente a toda geometría, inesperada y distinta ante el estímulo de tu mano, siempre el mismo y exacto. Finalmente algo sucede en tu interior, algo atávico se enciende o se dispara en tu cabeza; extiendes la mano, capturas al insecto, lo olfateas como lo haría un simio o un perro. El insecto se desespera entre tus manos mientras la escudriñas. Entonces reconozco en tu rostro un destello de angustia. Cierras la mano, aniquilas a la mariposa y la arrojas lejos de ti. Luego vuelves a tu puesto en el suelo, pero ya no eres tú. O mejor dicho, has vuelto a ser tú mismo; te has desconectado del horror y el desconcierto. Es evidente que ya no harás nada más por descifrarnos ni por ser uno de nosotros.

Así te hallaron tus guardianes cuando te devolvieron al Instituto de Neurología. Y así te encontré yo aquella última tarde, cuando sentí esa rabia que no supe dirigir. Por entonces yo aún no había visto la escena de la mariposa, pero entendí que algo se había habrías roto en tu interior, y que pensabas dejarte ir. Poco a poco mi rabia fue desplazada por algo más, quizás la pesadumbre de quien se había resignado, como tú, al sinsentido. Mientras te hundías en tu mar de números y abstracciones me pregunté con qué fórmulas o con qué sonidos habrías alguna vez expresado que tenías hambre o que extrañabas

a nuestra madre. Me arrepentí de no haberte contado antes que a veces era yo quien soñaba que me amabas, y que era yo a quien añorabas cuando crecías con tus máquinas en el Sector Flehm-Ath. Me vi navegando en tu placidez mecánica, lejos de todo, acurrucada en tu regazo, convertida en un pequeño y feliz autómatas. Pensaba en estos sueños mientras te miraba, y de improviso sentí que sonreías. Creí que sonreías por mí, como si hubieses percibido mis pensamientos a través del cristal. Luego supe que era otra cosa; alguien había activado el aire acondicionado. Aunque el sonido era muy tenue, noté cómo te extasiabas con un suave recogimiento. Entonces envidié la paz con la que navegabas, como si la máquina de aire, compasiva y cómplice, te hubiese dado la clave para desactivarte y volver por fin a casa.

Fóvea 0132

Nelly Geraldine García-Rosas

*No está muerto lo que puede yacer eternamente;
y con el paso de extraños eones,
incluso la Muerte puede morir*
Howard Phillips Lovecraft

Era como un gigantesco ojo ciego, “el ojo perdido de Dios”, decía Fomalhaut con una sonrisa indefinible. Elías Fomalhaut era religioso a su manera, aseguraba que cuando dios, la perfecta singularidad, dio origen al Universo, envió una miríada de ojos para devorar su creación, “como un pintor que al finalizar su obra permanece días enteros admirándola, engullendo el lienzo con los ojos hasta que ya no puede ver otra cosa aunque aparte la vista, enceguece de tanto mirar”.

Fóvea 0132 era como un gigantesco ojo ciego al que nos acercábamos inevitablemente con profunda curiosidad y miedo como se acerca uno a un tigre. El agujero negro de masa estelar en el corazón de la galaxia Aster 3 podría soltar un zarpazo sin previo aviso, un zarpazo del cual ni siquiera la luz puede escapar. Rayas, colmillos,

garras y astucia, el tigre celeste que perseguíamos giraba a una velocidad de vértigo curvando el espacio-tiempo. Inobservable, voraz, era el destino elegido por Fomalhaut y que, sin hacer muchas preguntas, decidí seguir.

Cuando me uní a su equipo de investigación no sabía mucho sobre él, lo poco que conocía era brumoso, como si lo viese desde lejos, como si llegara a un lugar y me dijese que ayer estuvo ahí, como si visitara el sitio donde estará mañana pero aún no llega, como se le conoce a un personaje literario. John Masen, el asesor de mi proyecto doctoral, se refirió a él como si de una leyenda se tratase:

“El profeta”, me dijo, “así nos gustaba llamarlo cuando fue mi profesor en la Universidad. De alguna manera lograba predecir las fluctuaciones en las constantes de espacio-tiempo cerca de una singularidad. Dicen que dedicó años a la investigación, construcción y desarrollo de un acelerador de partículas con el fin de encontrar la partícula de dios. Fue, además, el único sobreviviente de la tragedia en el inmenso laboratorio subterráneo. Pero no me mires así, Stern, eso ocurrió antes de que nacieras, incluso yo era muy pequeño entonces como para recordarlo, pero dicen que después del incidente ya no volvió a ser el mismo. No me lo preguntes, su edad es incierta; en la Universidad nadie se atrevía si quiera a hurgar en su pasado, mucho menos ahora que su figura causa tanto respeto e, incluso, un temor cerval entre la comunidad científica. Si me permites dar un consejo es que no vayas; el tipo es sabio, pero nadie podría acertar qué pretende hacer allá, y si tu teoría no puede probarse en

un laboratorio ya llegará el momento para que alguien más lo haga, no arriesgues tu talento ni tu vida en una empresa desconocida.

Más que hacerme desistir, las palabras de Masen despertaron mi curiosidad y, un par de semanas después, me convertí en otro Rip Van Winkle de la ciencia: “cuando despiertes ninguno de los que conoces estará vivo y quizá nadie te reconocerá al regreso, pues nos dirigimos hacia el corazón de las tinieblas”, susurró Fomalhaut mientras cerraba la cápsula de criosueño, la cual no parecía una cama celeste sino un prematuro ataúd de cristal.

Desde niña había querido conocer el espacio, pero me aterraba la idea de quedarme sola como las sondas de exploración abandonadas en planetas lejanos; con un pie atascado en el polvo y cubierta por nieve de metano en el largo invierno cósmico. Ahora dormía un frío letargo y, a pesar de que la cápsula a mi derecha contenía el sueño de Fomalhaut —un acertijo envuelto en un misterio envuelto en un enigma—, me sentía más sola que nunca. Pensé en mi padre, soñé incansablemente con su voz. “Adhara, mi niña estrella, de allá vienes. Ojos de quásar, corazón de púlsar, explosión de supernova. Mira hacia arriba hasta que encuentres el punto más negro del cielo, ése es el corazón de las tinieblas y tiene un hambriento ojo ciego”.

Mi despertar del criosueño fue intranquilo; me pensé sola, perdida, muerta. Fomalhaut ya estaba en cubierta, permanecía inmóvil, miraba el espacio en silencio. Sin inmutarse dijo, como si hablara consigo mismo: “estamos a 300 mil kilómetros del horizonte de eventos, niña, debemos tener todo listo para nuestro encuentro con Su ojo”.

“Niña”, no había forma de que me llamase por mi nombre, ni siquiera lo había hecho el día que nos conocimos. “Adhara Stern, señor”, dije tendiéndole la mano, “me interesa investigar de cerca un agujero negro”. Mi saludo murió flotando en el aire. Fomalhaut con su indefinible sonrisa asintió con la cabeza, “está bien, niña”. Dejé de ser una infante el día que murió mi padre, quizá el profeta me designaba así porque a mis 23 años contaba ya con un doctorado en cosmología Física y un mapa de las intrincadas redes de materia oscura bariónica en el espacio. Mediante el uso de una cámara de neutrinos me fue posible observar y crear un modelo tridimensional de la invisible y delgada telaraña que une todo. Aunque mi verdadero interés estaba en la energía oscura, aquella que conforma casi tres cuartas partes del Universo pero no conocemos, aquella que acelera la expansión del cosmos, causa repulsiones gravitacionales, lucha por alejarnos de las maravillas celestes.

Basándome en la conocida ecuación de Fomalhaut e ideando algunas modificaciones a la cámara de neutrinos estaba casi segura de poder encontrar pruebas tangibles de energía oscura; sin embargo, para que mi teoría fuese comprobable requería emplear la nueva cámara en presencia de una hipersuperficie frontera estable, un horizonte de eventos.

“El centro de Aster 3 dentro del cúmulo AL-05, hacia allá me dirijo, niña”.

“Pero ahí no hay singularidades cerradas documentadas”, dije con incredulidad.

“Fóvea 0132, el ojo perdido de Dios”, sin voltear a verme mostró imágenes de lentes gravitacionales que evidenciaban la presencia del agujero negro y luego, como explosión de rayos gama, soltó una risa franca. “¡Un ojo ciego con semejante nombre, los amigos de Masen nada saben de las palabras!”.

Mirando a Fomalhaut con las pupilas llenas de estrellas recordé esa única ocasión en que escuché su risa argentina como la de un adolescente, como la risa de mi padre. Sonreí, aspiré hondo y mis pánicos del criosueño se fueron volando lentamente con la gravedad cero.

Era como un gigantesco ojo imposible de ser observado. Posar la vista en él no implicaba ver negrura, era como quedarse ciego, como si su intensa gravedad zafara los ojos de sus órbitas. Su sola presencia me arrancaba algo, gigante hambriento que devora en las tinieblas. Como si adivinase mis pensamientos, Fomalhaut se acercó a mi oído y recitó lento y claro una antigua divisa alquímica sacándome del ensimismamiento: “*Obscurum per obscurius. Ignotum per ignotius*”.

Sin decir nada comencé el análisis de calibración para mi cámara de neutrinos mientras me preguntaba si mi búsqueda de lo oscuro mediante lo más oscuro y lo desconocido por lo más desconocido resultaría fructífera.

“La humanidad, al igual que el cosmos, cumple ciclos, niña. ¡Mírate! Tu quinta esencia no es otra cosa que el éter aristotélico. No te sorprenda, entonces, encontrarte escribiendo en tu mapa de la Terra ignota: *hic sunt dracones*, porque el ojo, más que tigre, es un desconocido dragón”.

“Supongo que, al igual que los antiguos, especulamos la ciencia basados en la imaginación”.

De repente sentí que las palabras de mi padre salían a través de mí. Me vi trepando el banquillo colocado para que, con mi baja estatura, pudiese mirar por el telescopio mientras me narraba los cuentos de hadas sobre Física teórica que moraban mis ensueños infantiles.

Después sólo reinó el constante zumbido de la nave. La investigación de Fomalhaut evolucionaba en forma extraña; a diferencia de mi constante ir y venir para confirmar datos, acoplar la cámara al brazo robótico externo o modificar código, él sólo leía un grueso libro de pastas negras dibujando de vez en cuando su indefinible sonrisa. Mientras más nos acercábamos al horizonte de eventos mis dudas sobre el verdadero motivo de su viaje aumentaban como la densidad de Fóvea 0132. Al fin, Fomalhaut rompió el silencio que ya pesaba sobre nosotros como una losa:

“Todos los astros del cielo se desintegrarán, el cielo se envolverá como un rollo y todas las estrellas se apagarán como se marchita y cae una hoja desprendida de una vid o de una higuera”.

“Es una forma muy apocalíptica de describir el efecto gravitacional de agujero negro y cómo éste curva el espacio-tiempo, Fomalhaut”.

“Una visión de Isaías, el príncipe de los profetas”, dirigió su mirada hacia mí, por primera vez, esperando alguna reacción, “algo similar decían de mí Masen y compañía cuando eran unos niños como tú. Mi nombre es Elías, no podría ser de otro modo”.

Me habló de Isaías y su visión oculta del Universo. Habló también de Jonás y su imposibilidad para huir del destino. Después relató cómo Elías había sido alimentado por los cuervos, resucitado a un niño y llevado al cielo por un torbellino de fuego.

“No murió, sólo desapareció en el vórtice ardiente hasta encontrarse con Él”. Cerró el libro con fuerza y fijó su vista en el agujero negro. “Estamos muy cerca, niña, es hora”.

Intento recordar los sucesos posteriores sin hiperbolizarlos pero es difícil. En el borde del horizonte de sucesos el tiempo transcurría de forma distinta. Creo que incluso dejamos de existir por un instante infinitamente pequeño. “¿Sabes por qué se llama así, mi niña estrella? Porque es un límite a partir del cual ya no pasa nada”, ni siquiera la luz puede escapar, padre.

Sonó una alarma como los maullidos de una gata en brama; de alguna manera se había abierto una de las compuertas de salida; sin embargo, tras realizar el chequeo protocolario de seguridad todo resultó estar en orden. Los efectos de la fortísima gravedad exterior comenzaban a afectar la maquinaria de la nave como estaba previsto, debíamos alejarnos o poco a poco ser arrastrados a cruzar el punto de no retorno.

“Bien hecho, la cámara de neutrinos no hubiese soportado más en ese espacio-tiempo”, dijo una voz lejana.

Los ecos graves me obligaron a voltear en derredor. Fomalhaut no estaba conmigo. Vi, en cambio, un albo resplandor en el sitio del cual apenas me había alejado. Me paralicé y, por un instante, perdí el habla y se nubló mi vista.

“Adiós, Stern, a-dios, ahora que la palabra tiene más sentido del que tuviera nunca. Adiós, niña estrella”.

Después, silencio.

Lo imaginé internándose en el ojo con su sonrisa indefinible alargada hasta el infinito. Imaginé a Elías Fomalhaut dirigirse a espacios más celestes a través del vórtice de fuego, engañando a la muerte, como el otro Elías.

Fóvea 0132 era como un gigantesco ojo ciego que se alzaba ante mí como un tigre, un dragón. Permanecí en silencio ante la sublime vista del abismo que enceguece, paraliza, engulle. Supe, entonces, que el dios de incontables ojos ciegos había muerto hacía tiempo en la tragedia del laboratorio subterráneo. Fomalhaut presencié su muerte y ahora, parte de la singularidad, atestiguaría su renacer. Todo, como un ciclo eterno, volverá a comenzar.

Los viejos tiempos

Carlos Rangel Santos

Sonia Duheme tropezó con las piedras, tener una pierna quebrada le restaba velocidad. No es que hubiera podido acostumbrarse a caminar así, aunque es cierto que a sus cincuenta años ya había vivido bastantes desgracias y dolor físico, nunca la llegaron a lastimar tanto. Los caníbales se hacían fuertes, o sólo es que ella se hacía vieja, su compañero estaba muerto y los salvajes ya eran más que antes; ahora la segunda generación de carroñeros la perseguía.

¡Jesucristo!, exclamó al subir una pendiente rocosa.

El viento movía su cabello canoso y revuelto. Su rostro arrugado recibía impasible los salpicones de arena del desierto.

¡Tienes que llegar a casa!, se dijo a sí misma mentalmente, va a doler, pero si no lo haces te alcanzarán y morirás.

Parada ahí sobre el cerro, podía ver la ciudad de la que su madre le había hablado, el lugar donde se enamoró de su padre, y donde él le llevaba serenatas en las

noches. Los fierros retorcidos que dejaban pasar algunos destellos, reflejo del sol, le recordaron que aquél era un lugar de horrores, donde la humanidad ya no podía vivir.

Se dio la vuelta, no quería estar viendo de frente aquella ciudad en decadencia. Bajó la vista para verse la pierna. Aún se culpaba por haberse dejado sorprender así; en veinte años de cacería nunca habían podido emboscarla, lo cierto es que antes era más joven y estaba acompañada. Los pequeños animalillos que le servían de alimento escaseaban cada vez más, y aunque la jornada fuera productiva, un par de liebres no alejaban el hambre por mucho tiempo, nunca lo hacían.

Con la prisa del escape había perdido su rifle, y los salvajes destruyeron todas sus trampas, matando a las presas y dejando los pequeños cadáveres al sol.

Bueno, Sonia, deja de pensar en eso, se habló otra vez, tienes que curarte, además en la mina aún queda el rifle de Luis.

Una lágrima solitaria cruzó su rostro, barriendo un camino entre el polvo, suavizando momentáneamente sus arrugas. Recordó a su compañero y por un instante estuvo a punto de llorar, sólo que pensó en sus perseguidores y en las ganas que tenía de vivir.

Alzó la vista después de serenarse un poco, era una mujer fuerte, por eso es que seguía viva. Arrancó parte de su camisa y amarró una tira alrededor de la pierna herida, y una vez hecho esto, comenzó a caminar. Cuesta abajo, pensó en la mina, su hogar, ahí sobrevivió junto con Luis a las lluvias radioactivas, donde él le enseñó todo lo que sabía de cacería y donde se suponía que criarían a sus hijos.

Otra lágrima cruzó su rostro.

Tenía que ser fuerte, con su juventud se fueron sus sueños y también su esposo, ya no habría niños, además sería cruel traer un infante a este mundo enfermo y podrido, pero era más cruel haberla dejado soñar en todo eso, en que tendría una familia, en que sería feliz.

Cada vez le dolía más el muslo. Trató de recordar qué distancia faltaba para así ahorrar fuerzas y soportar el dolor. Si los caníbales querían un asado de Sonia, éste les saldría muy caro.

Vamos, guapa, tú puedes, le dijo una voz en su cabeza, la de Luis.

Se obligó a seguir caminando, trató de olvidar el dolor pensando en otra cosa, en el pasado, en sus padres. Tal vez si corrieran tiempos mejores ella sería algo más, sabría tocar música, o dibujar, hacer lo que la gente hacía en los viejos tiempos, vivir.

Los caníbales habían degenerado en una pequeña sociedad después de la guerra nuclear, se alimentaban de gente, y a veces se comían entre ellos mismos. Posiblemente si alguien los guiara podrían crear un mejor mundo, y recuperar sus ciudades, pero Sonia sabía que estos eran sueños. Si se presentaba en alguna vivienda de los salvajes para proponerles su proyecto, terminaría siendo la cena esa misma noche.

¡No te rindas!, la voz de Luis se hacía más fuerte.

Ya se veía la entrada de su mina.

Un poco de alegría se asomó en su rostro al ver su casa, se acercó dando pequeños saltos para acelerar su paso. Escuchó ruidos a lo lejos, miró alrededor hasta que pudo ver a la tribu acercándose, bajando por una pendiente. Uno de los salvajes venía con el rifle de ella, dirigiendo

los cánticos de caza. Trató de darse prisa, pero el dolor estaba regresando con el movimiento. En su temor, varias escenas de su vida llegaron a su cabeza, entre ellas, la primera vez que pudo dispararle a algo con su arma, sin irse para atrás con la fuerza del impacto.

Lo lograste, cariño, sabía que podías, la felicitó un Luis imaginario.

El estruendo. Se detuvo para ver alrededor. Otra detonación la hizo caer al suelo. Las piedras lastimaron su piel, abrió los ojos y el cielo le pareció muy bello. Se escucharon pasos, muchos.

Los salvajes.

Bajo la apariencia crepuscular

Gerardo Porcayo

Atardecer. La figura se recorta contra el disco solar rojizo y carcomido por una nubosidad que titila en su cromatismo. La línea dentada, oscura e irregular de una ciudad, como dientes cariados y rotos, es perceptible más abajo. La alegría no se manifiesta en ninguno de los movimientos de aquella silueta. Parece un niño y la suerte de carrito que arrastra tras de sí confirmaría, en cualquier otra circunstancia, esa apreciación.

Pero no es cualquier otra circunstancia. Es esa. Y no se trata de una simple.

No se apresura. Avanza con firmeza, con cautela. La experiencia de pasadas incursiones ha dejado huellas indelebles en su ser.

Scavenger. La palabra da vueltas y más vueltas en su sinapsis. Un concepto en un tobogán con giros vertiginosos y sin salida alguna.

Palabra clave. Palabra sin sentido o significado. Ha extraviado su concepto y sólo le queda la sonoridad

como guía. Algo que rebota bajo su cráneo y lo hace seguir adelante.

Adelante significa, a veces, kilómetros de parajes desiertos, de autopistas rotas y cuarteadas sin más tránsito automotor sobre ellas y, de vez en cuando, el arribo a un pueblo, a una ciudad. Caminar con el único faro de lo tecnológico como guía. Como inspiración o explicación a ese desasosiego que lo asalta cada vez con mayor contundencia entre más restablece su arquitectura básica.

Atrás han quedado los días sin memoria, las jornadas de actuar por puro instinto o los mismos errores en la incorporación de memorias. En cada oportunidad perfecciona su manera de interrelacionarse con los distintos protocolos de diseño y universaliza la adecuada operatividad de los materiales de manera tal que puedan resultar de lo más eficientes y con el menor riesgo posible, aunque no cubran su desempeño nominal.

Scavenger, sigue diciendo su mente y no sabe si esa palabra implica su profesión, su destino o su simple misión.

Caos de letras y palabras. Caos de señalamientos. Alcanzar las puertas de la ciudad no siempre consigue aclarar su nombre o situación geográfica. Depende de su tamaño.

Urbanización. Esa es la palabra con la que busca sustituir el vocablo ciudad. El número de habitantes determinaba antes la diferencia. Pocos pobladores implicaban una villa, un pueblo.

Hoy todos serían pueblos, quizás menos, medita, mientras recorre la primera cuadra y va situando las estructuras, no según su decadencia, sino de acuerdo a

la aparente solidez del diseño original. Reconocimiento de patrones. En las ruinas no queda más que el reconocimiento de patrones para la orientación.

Eso y las bibliotecas.

La extensión territorial habla de una urbe de tamaño medio. Los estragos de los bombardeos no parecen distinguibles, tras los desastres naturales, de la ruina generalizada. No a esa distancia. No sin instrumentos especializados.

Acercarse. Esa siempre es su meta mediática. Su fuente de satisfacciones. Una suerte de sucedáneo, de placebo para continuar su búsqueda. Su meta a la altura de su angustia. Lo demás...

Identidad. Ese es otro rubro que ocupa sus días, sus horas. Reconocerse. Reconstruirse. Saberse íntegro.

No recuerda su cara. Y experimenta con ella. Experimenta con todo su cuerpo. No recuerda su historia personal y algo en sus sinapsis lo lleva a creer, a especular sin base sólida para ello, que una vez que encuentre la apariencia de su identidad, cada una de las memorias volverá, como por arte de magia.

Ahora, como en otras escasas ocasiones, ha descubierto las ruinas de un centro tecnológico e industrial, antes que el emplazamiento mismo de la biblioteca.

El edificio ha perdido más de un 40 por ciento del techo y las paredes de la fachada parecen rasguñadas por las garras del tiempo y las lluvias. La resultante es una colección de basuras múltiples hacinadas sobre los originales materiales a la venta. A eso habría que sumar

el pillaje de organismos con la programación dislocada. Cascarones de celulares, laptops y otros gadgets informáticos son la prueba de su presencia. Los restos de la rapiña yacen despanzurrados entre el lodo y una escasa y moribunda flora que al menos no registra radioactividad alguna.

El concepto de muchas maneras le resulta nuevo. Hace casi tres meses tuvo oportunidad de enfrentar una colonia moribunda de depredadores menores. Inteligencia modular, con chips desgastados, decadentes, de funcionamiento endeble. La erosión climática, las lluvias ácidas provocaron su rápida extinción, ningún otro factor pudo resultar tan decisivo.

El encuentro, más allá de la alarma inicial ante su cerco, le permitió inferir el tamaño del desastre.

Justificando su acción como defensa personal, gastó tres días en cercar a los miembros de esa inteligencia colmenar para luego ejercer, sobre ellos, la misma labor de saqueo.

Su banco de datos resultó una fuente contradictoria de información, pero también un testimonio adecuado. Aquel organismo, que definiera para sus adentros como Colmena 1, había reconocido en varias oportunidades una corrupción grave en sus archivos de patrón de conductas y había intentado comunicarse vía satélite, sólo para descubrir varias cosas útiles: 1) La red celular fue corrompida y exterminada en el último tramo de la guerra. 2) El ímpetu de las intervenciones derribó satélites y dejó a otros con nulas posibilidades de corregir las órbitas, lo que a la larga los hiciera caer a tierra. Colmena 1 había grabado por los menos tres de esas caídas en una

resolución muy pobre pero que, evidentemente, constituía un testimonio valiosísimo.

En otras palabras, Colmena 1 había descubierto una cosa simple y terrible: estaba sola. No habría ya jamás respuesta de sus creadores.

Revisa la tienda, palmo a palmo y cuando se convence de la nula existencia de cajas de seguridad, se ocupa de recoger cualquier posible fuente de energía. Elige incluso un remolque de escaso tamaño y construido con aleaciones extraligeras donde es posible situar tanto el nuevo generador eólico como su base de datos.

La labor de construcción le lleva casi el total de la noche, entre limpieza, ensamblaje y adecuación de las partes. En cuanto el amanecer se filtra por las ventanas rotas y por el mismo hueco del techo, decide dedicarse un poco más a su apariencia.

Como por accidente, a la par que elegía materiales básicos para el funcionamiento, también ha seleccionado implementos con orientación cosmética.

Se mira al espejo. Trabaja en sus pómulos, en los superciliares, se detiene en las pestañas, en la mejora operativa de sus mismos objetivos oculares. Después regresa a sus dientes; sustituye uno de madera por una placa de oro y lo que mira al espejo le resulta cada vez más cercano, más semejante.

Pule las partes. Llega a sus piernas. Las mira con una suerte de nostalgia. Su pedestal todo terreno sigue constituyendo un ahorro de energía que no puede ignorar. A veces, como hoy, anhela encontrar pasillos

estrechos, túneles que le den el pretexto necesario para volver a caminar sobre sus pies.

Pero nada. Tiene esto. Y eso es lo único que queda. Lo único que hay a menos que siga trabajando. Refuerza su torso, aún sin alcanzar una decisión definitiva sobre su arquitectura.

Y sabe que aún falta más. Muchísimo más. Quizás una tienda de ropa pueda ayudarle en su decisión. Si aún queda algo allí, claro está.

Meta. Objetivo. No sabe de manera precisa cuál puede llegar a ser, pero la necesidad de recorrer las calles no se aplaca con mirarse al espejo.

Las gasolineras estalladas, como si hubieran sido blancos de los bombardeos. Desplazamiento de prioridades en una guerra total.

Ni un solo mapa ha sobrevivido en los parques. Sigue sin poder identificar el nombre o situación geográfica del lugar. Es caminar a ciegas, en más de un sentido, pero no puede dejar de hacerlo. Su viejo generador habrá de esperar mejor suerte en los viejos autos. Piensa en estacionamientos subterráneos repletos, quizá en pipas abandonadas; pero todo eso es objetivo secundario en estos instantes.

Distiende al máximo sus paneles solares, por sobre su cabeza, y no deja de avanzar hacia lo que su análisis le indica debe ser una universidad. Las tiendas de ropa, los supermercados han sido víctimas colaterales de los bombardeos. También las bibliotecas públicas, junto con los edificios de gobierno. Debió tratarse de una urbe de importancia simbólica para la nación, de otra forma nada de todo aquel desastre quedaría justificado.

De muchas maneras agradece el paso del tiempo. Los escasos cadáveres que aún son distinguibles en la calle, se reducen a meros esqueletos vestidos. Nada más queda.

Acelera la marcha y trata de no extrapolar a partir de todo lo recopilado, el escenario tras el bombardeo. El dolor...

Scavenger, vuelve a decirle su mente mientras recorre los pasillos húmedos, polvosos, de ventanas rotas. Una gran esperanza se anida en su ser, la frase Universidad Tecnológica.

No es perceptible rastro alguno de organismos colmena operativos, por eso se ha permitido dejar el generador eólico anclado a las afueras del edificio con las hélices desplegadas. Por eso avanza con menos precauciones de las que tomara previamente.

En el tablero principal ha descubierto el nombre de la universidad seguido de la localidad del campus, pero ha resultado una palabra tan vacía como la misma Scavenger. Los nombres de las facultades, el mapa mismo de la distribución, ya es otra cosa que promete mejores dividendos.

Hacia ingenierías, hacia el edificio de mecatrónica dirige sus llantas. Ha subido las orugas ahora que el terreno resulta mucho más estable. Ha abierto sus monitores a 360° y va archivando los estados de cada aula, de cada locker en el área de estrategia y análisis de su mente.

La rapiña sigue ausente, como si hubieran cerrado el edificio, como si nadie estuviera presente durante la conflagración.

Cruza los talleres de ensamblaje y aunque la tentación resulta enorme, la biblioteca es su objetivo primario.

Abre las puertas de cristal y la desesperación comienza su asedio. En las tuberías de aire acondicionado hay, al fin, huellas de rapiña. Las terminales de consulta son carcasas rotas, mordisqueadas, perforadas, con cables rotos saliendo de sus heridas de plástico y metal.

Busca los libreros, esos enormes anaqueles que deberían ser la imagen preponderante en ese enorme galerón blanco lleno de micro y macroterminales despanzurradas.

Ni un solo libro. Ni una sola muestra de pulpa y papel.

Vacío.

Allí, en el centro de su plexo. Y aunque sabe que debería ser imposible esa emoción, la percibe, la experimenta, mientras acelera y va dejando pasillo tras pasillo de computadoras despanzurradas. Alcanza el área de mantenimiento y ahí, al fin, es visible la bóveda de seguridad, su puerta de plomo, bien cerrada.

Suspira. Sin pulmones ni oxígeno, suspira. Desprende sus pies del pedestal y avanza hacia la bóveda.

Coloca la mano derecha sobre el tablero de acceso, la izquierda sobre el volante de apertura.

Entonces llega la voz.

—No hay nada ahí adentro, pepenador...

No hace falta que gire, pero lo hace, sobre sus pies metálicos, aunque ya sabe que dos hombres avanzan hacia él. Enfermos a simple vista. Las pieles les cuelgan, de manera holgada. Destaca su esqueleto, su hambre.

—Has llegado al final —explica.

Alarmas activadas. Sentidos extrafocalizados. Luego el desconcierto, el descubrimiento.

En su estatus hay tres solicitudes de conexión bluetooth. Existen tres intentos de conexión modem en dieciséis distintos protocolos, algunos de los cuales es incapaz de interpretar.

Accede al establecimiento de conexión bluetooth y su cabeza da un giro. Su consciencia parece parpadear.

—Hemos tratado con otros semejantes a ti, pepenador. Y eso quiere decir la palabra que tanto te repites. Scavenger es alguien que recoge basura. El concepto lo obtuviste de la Colmena 1.

—Yo...

—Tú, has llegado a casa, pero la función está apenas a punto de iniciar.

Uno de ellos se quita la cara. Abajo hay un rostro que se parece más al suyo; también de metal.

—Perdón por no quitarme la piel, pero la mía está mejor adherida —asegura el segundo.

—No hay nada allí, pero nosotros te compartiremos lo que de ahí sacamos.

La silueta se recorta contra el disco anaranjado del amanecer. Ahora va vestida y viaja en algo que recuerda los viejos windsurf.

Las aspas de su generador aminoran en cierto grado su avance pero le proveen de la energía necesaria para seguir adelante.

Sus pies se afirman sobre la tabla de ese velero todo terreno. Atrás mantiene, con cadenas aseguradas, el vínculo con su pedestal, su mismo banco de datos, esa suerte de carrito donde va depositando cada una de sus experiencias.

Lleva un viejo puro que no puede aspirar mordido entre los dientes y la mueca que mantienen sus pómulos móviles de metal sugiere una sonrisa.

Su ropa es una mezcla rara. No lleva distintivos sobre su sexo porque ha asumido que su estatura sugiere la vieja entrada a la pubertad.

Ya no busca sus recuerdos. Sabe que no los hay.

Los recuerdos de otros, de sus creadores serán su objetivo.

Basurero, pepenador de recuerdos y crónicas. Subrutina activada tras la extinción comprobable de todo lo humano.

Su raza es ahora heredera. Su misión, contar esa absurda historia de sueños, deseos y aspiraciones que llevarán a sus dioses, a sus creadores, al holocausto final.

Bardo cibernético, irá de pueblo en pueblo recopilando cada noticia ahora que la comunicación global es otra vez un sueño.

La impronta

Pé de J. Pauner

Para Blanca Mart, quien lo inspiró indirectamente

Prólogo

Tras celebrar la misa el misionero les guía a un lugar que no conocen. Es una casa como las que han construido los recién llegados al pueblo sólo que esta es más alta y su fachada es distinta. Puede ser un templo, puede ser otra cosa. Los miembros de la etnia entran uno detrás del otro. Les recibe la negrura que les recuerda una cueva. Les sientan en sillas colocadas en hileras y filas. Todo huele a polvo nuevo. Todo huele a barniz. Al fondo, sobre la pared desnuda aparece un pedazo de cielo. Pero en el techo no hay ningún agujero. Las nubes se mueven. Pero no hay viento que sople. Se les abren las bocas, se miran, se tocan, señalan, murmuran, unos a otros se hablan sin dejar de mirar el cielo que, desprendido, creen, el misionero ha hecho bajar. Una muestra del poder de los sermones del misionero. Están ahora

convencidos. Ya no sólo será la conversión del vino en sangre y de la hostia en carne, el misionero es capaz de abrir puertas. Las puertas que tan bien conocen ellos.

Sobre el cielo móvil, a la vez sobre el estático muro, aparecen signos o letras. Saben que son letras pues es el nombre que en la memoria han retenido a través de lo que se les enseña en la escuela. Luego, uno tras otro, por fin muchos, ven hombres que surgen de paisajes en la pared, se mueven y hablan. Escuchan música. Pero no hay instrumentos. Cuentan una historia. Otros misioneros celebran otras misas. Pero nunca antes han visto a estos misioneros ni les han visto llegar. Los misioneros levantan el cáliz pero ellos, que miran, no pueden oler el vino. Alguno se arrodilla, más que devoto, por el impulso de quien ha sido entrenado en el momento exacto que debe hacerlo quien a una misa asiste, pero los demás están tan asombrados que sólo miran sin entender. El primer impulso es creer que brotan del muro, pero algo no anda bien. Desde una caja que arroja una luz de colores, situada sobre una plataforma improvisada y que debe ser un objeto de poder otorgado por el dios del misionero, brota esa luz que se estampa en el muro y obra el milagro. En dos horas termina todo. Los hombres del muro desaparecen. Más letras. Más signos. Más música. Jamás olvidarán su primer encuentro con el cine. Verán filmes sonoros o mudos. Mirarán a un actor morir a balazos en un filme, lo que les llenará de horror, de gritos, de lloros. Verán a ese mismo actor en otra película y se preguntarán cómo hace esta clase de hombres para revivir. Creerán en la iglesia y que la resurrección no sólo

es posible, sino un hecho que se puede mirar en el muro mismo del templo.

Entonces ocurre; el misionero, que ha estado estudiando la respuesta de sus aparentemente ingenuos feligreses, localiza uno de ellos de entre todos los asistentes a las funciones. Se trata de un joven que, apenas sentado en la butaca, se hunde en el respaldo y profundiza la mirada, su cuerpo se ablanda y ante su presencia, directamente de la pantalla, emerge una luz blanca que le baña, que por completo le inunda. Poco después el hombre ha desaparecido y se le localiza debajo de alguna otra butaca que no era aquella donde previamente estaba sentado. Temblando murmura incoherencias sobre otros hombres, otros mundos...

—¡Lo tengo! —el misionero se aparta de la sala, avisa, emocionado, a través de una pantalla secreta escondida en la palma de su mano—: Tengo un “tripfilmer” innato que ha respondido al nodo de manera espontánea. Puede tratarse de un chamán o un súper dotado... y ni siquiera lo sabe. O quizá sí. ¿Alguna cualidad de su raza, tal vez, que sabe abrir puertas mediante la ingesta de enteógenos? Un agente, ni más ni menos.

Escucha y ve la imagen de un hombre en la pantalla.

—Comprendo. El fugitivo no escapará esta vez.

Separan al chamán del resto. Le someten a un entrenamiento arduo y conciso que consiste en ver películas de todas las épocas y de todos los países. Le tatúan una cifra en el dorso de la mano: 007. También le enseñan la cultura, los hechos históricos y las anécdotas que rodean a cada filmación. El chamán aprende, absorbe idiomas, lenguas, datos, hechos, cosas... Así pasan los años.

I

Corre hacia el horizonte rojo flameante del amanecer. Atraviesa la sabana sorteando rocas dispersas, huesos de homínidos y el cráneo de alguna especie de elefante. Encuentra a los hombres-mono del “veldt” y sus pequeños dramas; ahí un leopardo dándole caza a uno de ellos. Fundido en negro. Acecha silencioso hasta que la escena se desarrolla una vez más. Los hombres-mono ante el lago buscan comida en la tierra. En la cañada el otro grupo se enfrenta amenazando, gruñendo. Espera entre las rocas. ¿Dónde está el fugitivo? Más amenazas. Gruñidos. Fundido en negro. El leopardo y la cebra; recuerda que el director había querido para la escena una cebra real pero ante la imposibilidad de conseguirla mandó pintar con rayas el cuerpo descompuesto de un caballo. Y la caída de la tarde. La noche y los temores que trae consigo. Aguarda en la cueva mirando los rostros aterrados de los hombres-mono. Fundidos en negro.

El zumbido aumenta. Asombrado, moviéndose cauto entre las grietas para no asustar a la tribu, sale detrás. Observa la Nueva Roca. Recuerda que en el guión se le denomina El Monolito. Los hombres-mono se acercan con cautela, saltan en derredor. Apenas se atreven a tocarlo. Parpadea. El Monolito se abre. Una luz azul brillante le recorre a lo largo como una boca vertical, una hendidura vaginal, una herida. El fugitivo ha tomado ese camino. Corre hacia la incisión en la piedra mientras Moon Watcher, el hombre-mono más inteligente, descubre la utilidad de un hueso; el tapir cae ante los golpes del ahora cazador, luego atisba el conflicto por comida

con la llegada de otra tribu. Y alcanza a ver una escena mítica —Moon Watcher arroja el hueso al cielo y este se convierte en un artilugio espacial—, antes de que el portal se cierre tras él.

Su cuerpo apenas golpea las rocas del acantilado, rodando peligrosamente hasta el borde, cuando la música asalta sus oídos. Una banda sonora que sugiere atmósferas primitivas. Abajo cabalgan el hombre y la mujer a la orilla del mar. Visten pieles. Recuerda. Desciende. Camina escondiéndose entre las rocas a un lado de los jinetes. La música le acelera el corazón; algo de horror, de misterio, el anuncio de algo funesto. El jinete se apea. La mujer toma las riendas del caballo. Las olas llegan a sus pies. El hombre exclama:

—¡Oh, Dios mío, he vuelto, he vuelto a mi hogar!... Todo el tiempo estuve en él... —cae de rodillas en el agua, la mujer le mira sin comprender—. Así que al fin lograron hacerlo. ¡Malditos —se inclina hacia delante y golpea con el puño la arena mojada— lo volaron todo, váyanse al diablo!

Su compañera mira al frente, hacia el misterioso objeto al cual el hombre ha estado dirigiendo sus maldiciones. Mientras la pareja se queda ahí, en esa playa cuyas olas resuenan ominosas, corre hacia el libro de piedra de la Estatua de la Libertad en donde el portal azul brilla intenso y lo penetra. Penetra, minúsculo, desnudo, en la vagina gigante de la mujer dormida en la cama.

Escena 87. Territorio Cama.

Aquella puerta, origen de vida y placer, la primera puerta, será también la última. Introduce los dos brazos por la hendidura del sexo, le sigue de forma natural la

cabeza. Una vez introducida la cabeza el torso se desliza solo, y los glúteos desaparecen arrastrando las piernas y los pies, dentro...

—¡No! —apenas memoriza una vieja lección—: Cuidado con las películas dentro de las películas, el paso entre los portales intra-portales puede conducir a la locura si no se sabe dónde se está parado. ¡Sí! Hable con ella...

Mira desde dentro del sexo de la mujer gigante. Saca la cabeza entre los labios vaginales cuando la luz azul le baña. Parece bañarle el agua que escurre en el cristal. Atisba al interior por la ventana de la cabaña. Su padre coge una serie de libros. Los reacomoda sobre la mesa. Llueve. Pero llueve dentro de la casa. Y el agua que cae sobre la espalda del anciano humea, se vaporiza. El anciano sale de la cabaña. Él cae a los pies del viejo, abrazándole por la cintura, en busca del perdón —¡perdóname padre, esta misión me rebasa, es tanto el desconcierto que este mundo me provoca!—, mientras el perro a un lado permanece quieto como una estatua de Cerbero en la entrada de otro mundo. El portal a otro mundo brilla en las alturas y se aleja sobre la superficie inestable de Solaris. La atmósfera se sofoca. El color se desvanece. Es una cinta muda —se dice—, y este ejército de trabajadores subterráneos... Todo se acelera. Él es Freder hijo de Fredersen, el amo de Metrópolis. Y de la boca de Moloch, la Máquina Dios, la luz azul —no podrá contemplar de frente la legendaria y hermosa robot-María, se lamenta— anuncia que el fugitivo ha entrado una vez más al portal.

II

Se acercan al edificio piramidal. Mira el ascensor que recorre la superficie externa de su metálica arquitectura. Ve a su lado al hombre de cabello blanco y ojos azules con todo el aspecto de un actor holandés. No recuerda su nombre pero en su mente escucha la voz de un recuerdo que dice: Delicias turcas, aunque los detalles del dato se le escapan. El ascensor se detiene. Sobre la cama el amo cuenta las acciones de su corporación, le rodea una atmósfera ecléctica con animales disecados y un búho de diseño sobre una percha. Largas velas sobre candelabros iluminan la estancia con luz dorada. Una voz cae del aire:

—Nueva entrada. El señor J. F. Sebastian, 16417.

En el ascensor se deja escuchar la voz del amo.

—¿A esta hora? ¿En qué puedo servirte Sebastian?

La lógica del personaje es extraña, hay en él algo de genio, algo de retardado mental, algo de hijo cobijado por una mente maestra. Aún así se deja llevar por las líneas del guión.

—Reina a alfil cinco —el amo abandona la cama, comprendiendo.

—¿Te inspiraste de repente? Discutamos esto. Más vale que subas Sebastian.

La puerta se abre.

—Señor Tyrrell...

—Te esperaba. Reina a alfil seis, dice el guión. Tu mente se rebela al Filmuniverso. Quieres respuestas y has venido a mí como al Creador, al Padre. No soy Víctor Frankenstein, tan solo uno de sus avatares. El misionero te entrenó, ¿eh? Eres una pieza más... como las de

este tablero. La diferencia es que puedes viajar entre las distintas realidades de este universo. Nosotros no. Estamos atrapados en el guión. ¿Quieres cantar la Marsellesa en el Rick's Café de Casa Blanca?, puedes hacerlo. Rick puede darte datos del fugitivo pero estará eternamente atrapado en la trama. En cambio tú y el fugitivo son súper dotados psíquicos. ¡Ah! ¿Quieres explicaciones? Te entrenaron para huir a través de las puertas blancas que te llevan al mundo exterior y pasar a través de las azules que te comunican entre los filmes y sus mundos. Te enseñaron a no dejarte llevar por la lógica interna del guión cuando encarnas en algún personaje pero no te dijeron nada acerca de la naturaleza de este universo. Pero, ¿sabes por qué estás aquí, no? El paso múltiple entre los portales puede desestabilizar no sólo tu universo sino el multiverso mismo. Tienes una misión enorme que te sobrepasa. Como Frodo y Sam. El fugitivo quiere eso, la desestabilización de la Totalidad. ¿Te suena a un libreto barato, al peor Hollywood? Bienvenido a la Meta Realidad —la luz de las velas bailotea en las paredes, inundándolo todo con su propia inestabilidad—. Te diré un dato importante, las puertas azules brillan con luz propia. Algunas más intensamente que otras. Las que menos brillan llevan a filmes muy poco conocidos, películas perdidas, casi olvidadas, cintas underground. Cuidado, las puertas se mantienen abiertas siempre y cuando alguien en el mundo exterior sea espectador de esas cintas. Si eres llevado a una puerta azul poco brillante y el espectador detiene o termina de ver la película, corres el riesgo de quedar atrapado en la trama, olvidar quién eres, convertirte en el personaje que has encarnado y no

podrás viajar a través del Filmuniverso hasta que alguien más proyecte otra vez ese filme.

—¿Quién lo comenzó todo y por qué, usted lo sabe?

—¡Hey, esto no es Matrix! Tu pregunta requiere una respuesta similar o quizá la misma para explicar el origen del cosmos y si tiene o no un diseñador, un creador. Sólo sabemos que alguien en el mundo exterior encontró la manera de unir y viajar por el multiverso. Es probable que sea una máquina o un medio mental capaz de abrir y penetrar los puentes de Einstein-Rosen. Es probable que exista una sociedad secreta de “tripfilmers”, capaces de usar el filmuniverso para fines oscuros y la máquina —si lo es—, ha sido ocultada bajo la apariencia del túnel del tiempo, de Hal 9000 o de las fabulosas máquinas de la civilización Krell del planeta prohibido.

—Quiero que me diga qué pasará si los habitantes del filmuniverso invaden la realidad tras la pantalla. ¿En primer lugar pueden hacerlo? ¿Lo imagina usted, Godzilla, Freddy Krueger, Hannibal Lecter, El Hombre Lobo, El Jorobado de París... todas esas criaturas sueltas a través de la Cuarta Pared? Recuerdo lo que hizo Buster Keaton en El moderno Sherlock Holmes, en su película sueña que atraviesa un interportal. El filmuniverso lo vomita a través de múltiples escenarios cinematográficos. Lo he vivido. A eso le denominamos el efecto Buster Keaton. Es demencial. ¿Sabe lo que sucede en La rosa púrpura del Cairo?

—Me temo que eso está fuera de mi jurisdicción. ¿Quieres que te diga el por qué del Big Bang? —Tyrrell ríe sonoramente—. Alterar la evolución de un sistema orgánico es fatal —sacude la cabeza quitándose de encima los residuos del guión—. Cuando un artista crea es

capaz de alterar el Continuum Espacio Temporal y crear universos alternos. Aún hay más, el mero hecho de estar tú aquí ya provocó paradojas temporales. Improntas en el Continuum, como los genes que los padres transmiten a los hijos. Eso es lo que sabemos.

—¿Usted es un...?

—Eres el hijo pródigo... —los reflejos de luz sobre los ojos del búho proyectan un sol anaranjado, luego el ave huye a través de la estancia—. Deléitate en tu vida... —luego grita, volviendo a la conciencia—. ¡Alcánzalo, ve tras él antes que llegue a los páramos abiertos de la Tierra Media!... —continúa divagando, navegando en fragmentos de guion—. Eres extraordinario... Has hecho cosas extraordinarias...

III

Deberían hacer el cambio de horario el primer día de verano. Son las ocho y aún está claro. Algo anda mal. La estabilidad estructural del Filmuniverso tiembla. Aún no sale por el portal y ya perdió el búho. Le haré una oferta que no podrá rechazar... Como lágrimas bajo la lluvia... He atravesado un océano de tiempo... Cierra los ojos. No se entera cómo es que es arrojado. ¿El Efecto Buster Keaton acaso? No. Es el fugitivo. Ha logrado desestabilizar el Continuum. ¡Y si tan sólo conociera su cara! ¿En qué película ocurre eso? Una puerta que empieza a cerrarse lentamente detrás de alguien que recién la ha atravesado, pero el perseguidor no ve su rostro, no ve siquiera la punta del impermeable o los bajos de la falda, en una palabra,

no conoce la identidad de aquél o aquella a quien persigue. They're coming to get you, Barbara. En el cementerio ocurre el ataque. La mujer mira, su hermano cae, se golpea la cabeza en la lápida. Extiende la mano y enciende la radio. Debido a la amenaza a un número desconocido de ciudadanos y a causa de la crisis que está aún en proceso, esta estación de radio estará al aire día y noche... en este momento, repetimos, estos son los hechos, hay una epidemia de crímenes cometidos por un ejército de asesinos no identificados... Clava las tablas en las ventanas mientras la radio emite. Se asoma por la ventana, se acercan al auto. Caminan con la mirada perdida. En este momento no hay una versión correcta... monstruos humanos... Coloca leños en la chimenea. Los rocía con el líquido inflamable. El Filmuniverso tiembla otra vez. En todos los casos los asesinos devoran la carne de la gente que matan... En la sala, rodeado de desconocidos, mira la televisión. ¿Viene de una reunión sobre la destrucción de la nave en Venus? ¿Cree que la radiación pudo haber causado esta mutación?

Es el único sobreviviente. Sonidos de los disparos. Atraviesa la sala con el rifle en las manos. De entre los resquicios de memoria comprende, alarmado. ¿Qué sucede si un "tripfilmer" muere en el Filmuniverso? ¿Y cuál es la escena clave para abrir un portal en una cinta de zombis? Apenas levanta la cabeza para mirar por la ventana cuando el portal se abre paso en abanico desde el cañón del arma larga del tirador, al otro lado del patio. Nadie me entrenó para esto. ¡Nadie me lo dijo nunca! El tirador apunta. Bien, dale en la cabeza, en medio de los ojos. Dispara. El impacto le arroja hacia atrás. Cae

al suelo de la sala. Ahora no hay nadie vivo en esa casa, sólo los hombres con ganchos de carniceros en las manos congelados en las fotofijas. Y una última hoguera donde quemar los cuerpos de los muertos en una secuencia en movimiento. Fundido en negro.

IV

Interior. Día. El Hotel Cósmico de 2001, Odisea del Espacio.

Un hombre sentado. Teclea en una máquina de escribir dándole la espalda a la cámara. La lógica interna del guión exige un argumento simple, una persecución y un perseguido. El perseguido no debe ser conocido. El perseguidor, en cambio, debe tener la cualidad de un hombre sencillo, entregado a la trama. Y una trama movida: el paso entre los portales del Filmuniverso y el riesgo de la destrucción total del Multiverso. El hombre se levanta. Es Buster Keaton. Pone la mano sobre el antepecho de la ventana, en el dorso lleva el número 007. Fuera se agitan las escenas del filmuniverso mezclándose en un torbellino, la cara de la luna de Méliés recibe en el ojo a la Enterprise, debajo de la agitada falda de Marilyn se mueve el puñal de Norman Bates en trayectoria obscena. Todo fluye en chorro hacia la Cuarta Pared y la atraviesa. Del cañón del tirador de la escena anterior se abre en abanico el portal hasta sus ojos donde se curvan las llamaradas que arroja una chimenea. Vuelve a la silla y teclea. Tras celebrar la misa el misionero les guía a un lugar que no conocen.

Viaje radiante

Fernando Galaviz

*Pasas de largo,
vas perseguida por el viento
y abrasada por el sol*
Alexander Block

Una joven estudiante en un hostil paraje de las Ventas, Zacatecas.

El clima está al rojo vivo. Ráfagas de remolinos calientes de polvo golpean mi Jeep amarillo, freno, guardo los lentes, cierro los ojos, lentamente la tormenta y el calor se disipan.

Se impone entonces el silencio, la tarde empieza a morir. Brota el atardecer, rápidamente armo el telescopio, se empieza a sentir frío, el cielo celeste se transforma en oscuridad y hace su aparición un ejército de brillantes luceros. Florecen las constelaciones. Mejor cielo no puedo tener.

Enfoco, no pierdo detalles, realizo anotaciones. El viento gélido me acuchilla, siento el dolor de varias heridas propias de una excursionista pero al contemplar

el reino sideral me anestesia el brillo palpitante de las estrellas.

Después de esta velada de fin de semana, regreso a casa, al estudio repleto de libros y posters de astronomía, entonces entra a la ventana mi fiel gatito Kiri Kiri para recibirme.

Enciendo mi laptop, tomo una paleta de chile y ácido tipo pirulí, la disfruto, a pesar de que perdí dos dientes en una caída en la Sierra de Órganos. Sinceramente la volvería a escalar de no ser porque en esa caída me lesioné la pierna derecha. Mi caminar ya no es el mismo.

Relajada, checo los mails de la tarde, lo mismo de siempre, anuncios comerciales, citas indecorosas, invitaciones a dar clic a un viruliento link y publicidad de páginas porno. Borro todo ese spam.

Aparece entonces el impertinente “Extreme”, emerge del chat con un:

—“¿Qué comen los pajaritos? ¡Masita!”.

Caray, ¡ni los fines de semana me deja en paz! Desconecto la red. Sí. Quiero descansar de Internet; me dispongo a escribir en mi diario digital de manera tranquila.

Cinco minutos después, veo que surge un extraño usuario de nombre Aro, diciéndome:

—Hola, Estela.

...Ello me intriga porque no veo conexiones a redes inalámbricas, lentamente volteo a la derecha a ver el estatus de la red, sigue apagada, volteo a la izquierda hacia el monitor y veo que repite el saludo, mencionando mi nombre. El chat no debería funcionar. Me pongo fría y se me cae de mi boca el pirulí.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Estela, estás en peligro. No vayas de excursión la próxima semana, unos delincuentes te están espionando y van a lastimarte. Hemos observado tus investigaciones y te admiramos, queremos proteger tu integridad.

Sorprendida le escribo:

—¿Quién demonios eres? ¿Desde cuándo me vigilan ustedes? ¿Por qué no teniendo acceso a la red estás chateándome? ¡Eso no es normal!

A lo que contesta el extraño personaje:

—Calma, Estela, cierto, no es normal, no soy normal, sólo quiero prevenirte para que no tengas un trágico destino, triste e injusto.

No dando crédito a esto le digo:

—Te agradezco mucho que me adviertas de un trágico futuro, ¿Pero, por qué debo creerte? ¿Eres acaso la reencarnación de Nostradamus?

—No me vas a creer —me contesta. Y le reclamo:

—¡Si puedes chatear conmigo no teniendo Internet puedo creerte todo!

—Estela, soy lo que ustedes podrían llamar un extraterrestre.

—Claro que no te creo.

—¿Ya ves, Estela? No me lo ibas a creer.

—Bueno, quiero creerte, pero debes probar que dices la verdad. ¿Por qué no me invitas a viajar al espacio?

Y después de tres minutos me contesta:

—De acuerdo, te llevaré a que conozcas genuinamente una estrella. Pero para ello me tendrás que dar una muestra de tu sangre.

—Decídate. ¿Eres extraterrestre o vampiro?

—Es parte del proceso.

—De acuerdo, mañana mismo voy a la clínica, cuenta con eso.

Ese viernes en media noche, salgo de la casa con el Jeep, y sigo las instrucciones según lo acordado. Es una fría madrugada, he llegado a una zona arqueológica llamada La Quemada, ante mí se encuentra una pequeña y antiquísima pirámide llamada La Votiva, subo la pétreo escalinata con sumo cuidado por lo del problema de la pierna, ya en la cima, me siento y contemplo el cielo en busca de alguna señal. Nada.

Después de 10 minutos de espera, aparecen en el firmamento dos enigmáticas estrellas de claros tonos violetas que se acercan lentamente, parecen dos esferas de energía, muy brillantes no distinguiéndose si se trata de máquinas o seres vivos, una más grande que la otra.

Escucho una voz del objeto menor. Me pide alce el brazo con la muestra de mi sangre, acto realizado, la muestra se ilumina y desaparece de mis manos.

Es hora de partir, me comunica el mayor de los seres de plasma. Telepáticamente se identifica como Aro.

Escucho entonces un ensordecedor zumbido que me produce un intenso hormigueo en la piel, mi ropa se desintegra, siento que mi cuerpo se deshace transformándose en luz, materia radiante como ellos, pero de un intenso color dorado.

—Puedes “moldearte” —me sugiere Aro. Intento “esculpirme”, por así decirlo, en una silueta humana, ellos, mis dos acompañantes, están habituados a ser cuerpos globulares. Sólo debo flotar, volar y maniobrar, cosa que no demoro mucho en aprender.

Mentalmente el ser de energía menor me dice: —“Estela, no verás sólo puntos brillantes en el firmamento como solías hacerlo, ahora vas a palpar la majestad del Sol”.

Empiezo a recordar que una vez en Monterrey, viajé en tren guajolotero a México, se detenía a cada momento, la jornada duró infinidad de tiempo... Tantos kilómetros en el recorrido me parecieron interminables.

En el espacio las distancias son grandísimas, sin embargo los viajes energéticos son casi instantáneos, ya estamos llegando al planeta más cercano al Sol, Mercurio. Cien millones de kilómetros me separan de la Tierra.

Me emociono al ver a mi planeta brillando como una estrella. Mercurizamos en una zona que los astrónomos llaman “Banda Crepuscular”, que separa el hemisferio caliente del hemisferio congelado. De un lado, calores infernales de 400 grados centígrados, y del otro, fríos terribles de 200 grados bajo cero y sin embargo la vida emerge de ambos lados.

Contemplo llanuras que no tienen igual en la tierra, abundan cráteres, “Cuenca Caloris” es el cráter más grande de este planeta coronado de enormes acantilados.

Si esto fuera poco, soy testigo de amaneceres dobles; el Sol sale y en un punto de su trayecto se detiene y regresa por donde salió, para luego volver a salir y completar, ahora sí, su recorrido normal hacia el ocaso.

Ah... cómo quisiera que en la tierra un día durara dos meses, como aquí, el tiempo rendiría para hacer muchas cosas. Pero un año en Mercurio equivale a casi tres meses.

—“Bueno, tendrías cumpleaños y navidades muy seguidas” —bromea Aro.

Los violentos océanos de fuego del astro rey, sus manchas y mareas solares son visitados, como nosotros, por extrañas entidades. Varias veces escapamos de seres energéticos depredadores. Vemos algunos de estos siniestros seres cabalgar en enormes flamas solares expulsadas.

Entonces, Aro propone fusionarnos los tres en un solo cuerpo para atravesar el Sol; penetrar en sus abismales entrañas incandescentes. Dentro, estamos inmersos en una vorágine plasmática que distorsiona la realidad.

Con esto termina el paseo solar. Aro me dice que es hora de regresar, los dos seres se despiden de mí, entonces siento otra vez el intenso zumbido y hormigueo, el fulgor de una intensa luz me ciega.

Despierto, me encuentro en mi casa, todas las luces están apagadas, sentado frente a mí está el padre del pueblo citando este pasaje: “Dulce es la vida y agradable a los ojos ver el Sol”, al notar que salí del coma corre por un médico, en poco tiempo me veo rodeada de mucha gente sorprendida.

Escucho que extraños señores dan instrucciones de que no se difunda mi situación.

Siento dolores musculares en todo mi cuerpo, el doctor me revela que me encontraron inconsciente y desnuda en la cima de la pirámide.

Estamos aprendiendo a vivir en el caos que nos produce este apagón gigante. Ya en casa, veo el periódico de días anteriores, se avistaron extraños objetos en el cielo pero son “globos experimentales” aclaran especialistas.

Pero más me sorprende mi gatito Kiri Kiri quien huye de mí, mis familiares, amigos y el padre del pueblo rumoran que no soy la misma persona. Llegan incluso

a preguntarme si soy una hermana gemela de Estela, pero callan cuando mis recuerdos invalidan sus creencias.

Los entiendo perfectamente, me veo al espejo, mi dentadura está relucientemente íntegra, mis cicatrices por caídas en excursiones desaparecieron por completo. Mi piel ya no está quemada, es muy tersa, clara y brillante. Ya no necesito lentes, ya no me encuentro lisiada, realmente mi conciencia está en un nuevo cuerpo.

Y quienes me dicen sorprendidos que he vuelto a nacer, no se equivocan.

RIP & Las cucas

Héctor Chavarría

*Campus Cuauhtémoc TETA.
Antes Washington D.C.
(Aka) Washing Town. (Pueblo lavandero)*

El esmirriado maestro de irregularidades temporales, en el seminario intermedio para cursores de la TETA (Tecnológico Espacio Temporal Americano), al cual muchos de sus alumnos llamaban (a sus espaldas) “el buque”, lanzó una mirada divertida sobre la clase y continuó con lo que había comenzado minutos antes.

—Durante muchos años se consideró que las cucarachas eran los seres vivos más resistentes en este planeta y esto se demostró en muchas ocasiones, sometiendo a los animalitos a las más diversas y rudas pruebas...

“Fueron congeladas, sometidas a radiaciones altas, privadas de alimento y oxígeno... Incluso así, las ‘cucas’ siguieron tan contentas, como si estuvieran en un día de campo... Un ex presidente de los entonces EUM, incluso se refirió a la especie como cucarachas y cucarachos.

Aunque a primera vista pueda parecer una incongruencia, las ‘cucas’ demuestran un punto vital acerca de los eventos posteriores a la RIP (Revolución Izquierdista Popular), la cual afortunadamente fue incruenta, los hechos de la Yihad vs los gringos, sus consecuencias y, el inicio de lo que hemos llamado ‘irregularidades temporales’ y que concierne a este seminario para futuros cursores. Antes de que se inquieten, debo recordarles que de acuerdo a las seis leyes del flujo temporal, los hechos ocurridos en diferentes ‘universos paralelos’ (como se les llamó en el pasado antes de que los lelos supieran lo que eran), pueden variar, de acuerdo con las inconsistencias del propio flujo... —dijo el buque mientras sacudía su melena retro estilo ‘unapiedra’ (Einstein), cuidadosamente teñida para que, a pesar de sus 190 años, no se notaran las incipientes canas.

Conociendo este gesto, los futuros cursores se arrebujaron en sus asientos, preparándose a escuchar lo que prometía ser una cátedra larga y presumiblemente aburrida.

—Volviendo al tema de la RIP ya sabemos que en el año final del siglo XX, la derecha mexicana se apoderó de los maltrechos EUM, con promesas de cambio súbito, “democracia” e indulgencia\$ plenaria\$ directa\$ del papado... al año siguiente los seguidores fanáticos del Islam le dieron en la mother a las Twin Towers, en Nueva York... iniciando una refriega que dio origen a la segunda guerra del Golfo Pérsico, en el inter el presidente y la presidenta, legaron la silla a un mini-derechista belicoso apodado fecal, aprovechando la desorganización tribal de los progresistas de izquierda, que sólo parecían unificarse en torno a su bastión, la capital, a 2,250 metros de altura sobre el nivel medio del mar... Los chilangos seguían

siendo “izquierdosos” y, a la sombra de los abusos de la derecha recalitrante, se estaba gestando el movimiento popular que mucho después sería conocido como RIP, y que finalmente y tras varios años de lucha ciudadana, ganaría las elecciones federales y pondría en su lugar a los blanco-azulosos partidarios de la cultura medieval. Pero nos estamos adelantando...

“Sabemos que las reformas que implantó la RIP metieron en cintura al clero y a los monopolistas y neo liberales y que especialmente la capital se convirtió en un sitio moderno, a la altura de cualquier ciudad del “primer mundo”, aunque muchas de las costumbres de los chilangos (a pesar de las reformas educativas) permanecieron arraigadas como el uso de gasolina con plomo y la muy mexicana alegría de los tacos placeros condimentados con smog/polvo fecal y algunos otros ingredientes nocivos de lo más diverso...

“Mientras esto ocurría aquí, las cosas se pusieron realmente feas en los países islámicos empeñados, *ad ovum* (o séase, a producto de gallina), en imponer su religión e ignorancia a ‘los infieles’, en otras ocasiones se ha comentado hasta el cansancio lo ocurrido en otros continuums espacios temporales; en aquellos donde ganó el Islam, circuncidando a todos y todas (quisieran o no) y poniéndolos a rezar en árabe cinco veces al día, luego de asar a la parrilla a los judíos; en los que ganó EUA, luego de fusilar y colgar a todos los dirigentes religiosos, convirtieron las mezquitas en bonitos y ventilados Mac Donald’s, para las gustadas hamburguesas Bin Laden de carne de puerco... Aquí, por ejemplo (en continuums paralelos), cuando estalló la tercera guerra cristera, hubo

hasta tres vertientes de resultados; ganaba la iglesia, el siguiente Papa era mexicatl y los concheros eran exportados al Vaticano, cuando el papamex estaba ahí; se prohibía la educación y la ciencia por pecaminosas... En otro ganaba el ala revolucionaria recalcitrante y acababa con el 90% de la población por ser católica y finalmente en el tercero, ganaba el PRR (Partido de la Revolución Regocijante) y volvían los antiguos templos católicos y de otras confesiones; cines, bibliotecas así como sitios de sano solaz y esparcimiento, con table dance, video porno, etcétera.

“Hoy sabemos que hay otras realidades donde hasta los personajes de ficción de la 20th Century Fox, Kalimán y el Iropeco (el bicho más feo del planeta) son reales; pero en este nuestro continuum, el gobierno de la RIP luchaba por la educación masiva, el control natal, la igualdad de géneros y la educación en la nutrición para arrancar a los mexicas de sus malos hábitos alimenticios y su tendencia contaminante... en otro renglón, trataba de frenar la maledicencia y promulgar la lectura.

“Pero, a pesar de todas esas buenas intenciones, los acontecimientos en el Medio Oriente y otros sitios “calientes” por conflictos religiosos, desataron una constante espiral de alarma y, ante el uso de la fuerza por occidente y el terrorismo por parte del Islam, ocurrió finalmente lo que todos temían. La guerra se generalizó, no sólo la del mini presi. Los musulmanes, incapaces de retar el poderío nuclear occidental optaron por una “solución” muy del terrorismo; guerra bacteriológica aplicada por un enjambre no cuantificable de comandos suicidas... occidente no se quedó quieto, y en vista de que no podía identificar a los agresores en la masa musulmana, usó

su arsenal nuclear en modo 'rai'-matabichos, como recordando aquella inmortal sentencia de santo Domingo: 'Mátenlos a todos, Dios elegirá a los buenos'. De paso, unos y otros, se llevaron entre las patas a muchos que no tenían vela en el entierro. Tanto fue el escándalo, que algunas mentes piadosas supusieron que la terrible bahola atraería la mirada alerta del hacedor.

“Pero al parecer, la deidad miraba para otro lado, tanto en la versión musulmana como cristiana y judía, porque el resultado fue una matazón espectacular, un evento de aniquilación total (o casi), a causa de la combinación de virus, bacterias y radiación, se diría que a eso sólo las 'cucas' podrían sobrevivir, pero se murieron las pobres...

“Sin embargo, ¡oh, sorpresa! Luego que se acallaron los bombazos y se dispersaron las nubes tóxicas, a pesar del pertinaz fallout nuclear, 25 millones de chilangos y chilangas (bien expurgaditos de musulmanes y otras alimañas similares), bajaron algo confundidos del altiplano, para repoblar el mundo.

“¡Sí!, las 'cucas' incluso las defeñas, se murieron porque desde milenios antes habían dejado de evolucionar, gracias a su gran fortaleza innata... pero los chilangos a causa de sus lamentables costumbres alimenticias y contaminadoras, habían desarrollado una notable inmunidad, ninguna etnia entre todos los humanos tenía tal acumulación de plomo en el organismo, ni esa masiva resistencia a virus y bacterias como los ñeros de chilangolandia, en especial los de Tepito... Así que el 'fa-laut' (la lluvia radiactiva) les hizo los mandados; los virus & bacterias sólo les produjeron educados y no tanto, 'erutos' por ambas vías.

“Por supuesto, el gobierno implementado por la ‘chilanga banda’ fue (obvio), de corte socialista, además, con todo el ancho mundo a disposición, la propiedad privada y cualquier monopolio comercial carecían ya de importancia. Ni los chilangos más ‘guadalupos’ se tragaron el intento del pedófilo prelado en turno, de explicar la supervivencia chilanga como un milagro del Tepeyac. Esa aterradora experiencia, tan cercana a ‘la huesuda’, hizo pensar con lógica hasta a los más fans de San Diego (el ‘cebollas’ no el ‘indio’), incluidos los concheros.

“Lo demás es historia, colonizamos con ímpetu chilango/socialista, primero toda América y después el mundo, podemos decir con certeza que sólo nuestros chicharrones truenan y que llevaremos la mexicana alegría, la pancita y los tacos al pastor a las estrellas. El viejo dilema entre ‘cucas’ y chilangos también quedó resuelto, ahora sabemos con seguridad cual es la especie más resistente.

“Por lo que respecta a todos ustedes, futuros cursores, ni se les ocurra tratar de cambiar algo de la historia y, tampoco olviden la tarea para mañana, tienen que revisar todo un petabyte de información. Ahora, sáquense a la...”.

Mientras el alumnado se retiraba en razonable desorden, el maestro contempló con rabo-verde apetito los armoniosos y bamboleantes traseritos de dos de sus alumnas, mientras abandonaban el salón. Y sacudiendo su melena retro ‘unapiedra’, se permitió un travieso pensamiento lúbrico al respecto, y sólo por si acaso, con su correspondiente albur...

Blues for a red planet

Jorge Guerrero de la Torre

El tiempo es una imagen móvil de la eternidad
Platón

De pronto, ante el aparato apareció una empinada pendiente, arrojándolo hacia un amplio valle. Muy lejos, en la Tierra, grandes pantallas mostraban el avance del vehículo explorador de la superficie marciana. La sonda Spirit resbalaba entre los guijarros de una larga ladera. Era de noche y las cámaras de reconocimiento recogían información, incansables. Las ruedas de la sonda giraron sin encontrar agarre. Tumbos y rebotes en baja gravedad. Simultáneamente Fobos, la veloz luna retrógrada, ascendió por el poniente. Los técnicos de la NASA sólo podían esperar que el robot, finalmente, no terminara dentro de una zanja volteado y roto.

Cuando amaneció, los humanos comprendieron haber salvado la dura prueba; el aparato seguía intacto, funcionando y la mañana se había llevado los temores de la

caída. Un preciso autodiagnóstico, indicó que prevalecía un estado óptimo en todos los servo-sistemas electrónicos del aparato, que yacía dentro del lecho seco de un arroyo que se había evaporado millones de años atrás.

En la Tierra, un sujeto alto e inexpresivo, dominaba la sala de control en California, ordenando a ingenieros, técnicos y asistentes: “confirman operatividad de la sonda”, era la frase que repetía. Una mujer, recalibrando los escáneres de largo alcance dijo: “todo parece estar bien”.

El Spirit retomó su camino, subiendo a una meseta, enviando hacia el mundo-origen imágenes digitalizadas del páramo alienígena.

Spirit despertaba en sus creadores la primordial sensación de belleza, de hermosura espiritualmente percibida, gozada por el entendimiento de lo extraordinario; belleza cuya conciencia, en tales lejanías, se transformaba en orgullo de los hombres. Mil veces sesenta mil era la distancia en kilómetros entre Spirit y sus terráqueos constructores.

En el astro verde-azul de agua y gente, la fecha era noviembre de 2007.

Pero tan solo si hubieran estado más atentos, más curiosos.

Marte, ahogado y reseco, es naturaleza apagada de fósiles ocultos. Cráteres abiertos entre cerros ocres. La sonda, artificio de los vivos, buscaba, infatigable, señales de la posible presencia de agua en el pasado remoto, y de cómo pudo influir sobre el ambiente del planeta rojo. La cámara principal registró una imagen panorámica, la procesó y envió a los ansiosos científicos. Luego, un grupo de analistas la revisarían con detalle, sin encontrar algo inusual. Cuando la imagen pasó al dominio público, unos

astrónomos aficionados la inspeccionaron cuidadosamente, ávidos. Uno de ellos, inesperadamente, levantó una exclamación con voz aguda: “¡Aquí hay algo raro, véanla!”. Alguien más le hizo coro, diciendo: “En efecto, ahí hay algo fuera de lugar”.

En la imagen aparecía una extraña figura, semejante a una persona. En los yermos terrenos inhóspitos de Marte, una forma muy parecida a la sirena colocada sobre una roca a la entrada del puerto de Copenhague, parecía encantar a todos los navegantes del ciberespacio.

Todos decían: “parece una mujer sentada en una roca, levantando su brazo derecho”.

“¡Es un marciano, un marciano!”, afirmaban los necesitados de un milagro extraterrestre.

Durante semanas la expectativa mundial inundó los corazones. “¡La foto de un ser de otro mundo!”

“¡Existen hermanos nuestros en el cosmos!”

“¡No estamos solos!”

Pero algunos vieron esto con buen humor, conmovidos por la ingenuidad de las personas. “No, no hay tal marciano, entiendan, sólo es un caprichoso objeto creado por la erosión del viento, es una simple ilusión óptica, nada más”, alegaron los sabios, acallando la inquietud de los demás.

Pero tan slo si hubieran estado más atentos, más curiosos.

El Spirit continuó, aportando valiosos datos científicos, alejándose poco a poco de la meseta, dejando atrás la misteriosa roca.

La arcaica escultura con forma de sirena quedó abandonada, volviendo a ser cubierta por las dunas errantes,

enterrada para siempre. Era la antigua representación, en durísima roca cincelada, del cuerpo de una antigua habitante del planeta. Hace mucho tiempo floreció una grandiosa civilización en el cuarto mundo del sol. En ese tiempo casi todo estuvo cubierto por las aguas, otorgando vida y prosperidad a una refinada raza de seres acuáticos. Grandes edificaciones, de finísima construcción, se erigieron sobre el fondo marino.

Hoy, sedimentados por centenas los milenios, quedan sepultadas algunas columnas con profusa decoración al lado de muros con vanos. Por debajo de la superficie, entre piedras y arcilla, arruinadas molduras alguna vez enmarcaron arcadas cuya ornamentación fue un revestimiento de losetas multicolores. Los restos de un arco exterior de botarel, yacen aplastados por el peso de una enorme bóveda que coronó el majestuoso templo de Sh'lejhh, ahí donde fue centro de toda sabiduría y conocimiento de la primera raza inteligente del Sistema Solar, seres magníficos con apariencia de sirenas y tritones. Un pueblo sublime, pero condenado a desaparecer de la historia cósmica. Hace eones, Marte perdió su agua y atmósfera, pereciendo todo ser.

El mundo de los Ma'adim, transformado en una roja esfera, desolada y fría. De ellos sólo queda agua seca callada en la memoria.

Aquella escultura, con forma de sirena, era el único resto arqueológico aún visible del maravilloso pasado. Esa roca tallada era el remate de la bóveda de Sh'lejhh, y el azar había revelado —brevemente— las estructuras de una arquitectura ajena a los hombres, astillada por eras de geología olvidada. Marte se hunde en la noche

del olvido, cubriendo a sus hijos bajo arenas oxidadas. Sus huesos quedan como huellas tristes y los ojos de otros mundos nunca las leerán. La desvanecida nación del agua permanecerá desconocida eternamente para la humanidad.

Pero si tan solo hubieran estado los terrestres más atentos, más curiosos.

Armagedón de sobremesa

Luis G. Abbadié

A Mariana Espeleta y Santiago I. Martínez Carrillo

Ese día, mientras una mujer lloraba los golpes de su marido, en vano deseando tener el valor para dejarlo; y un estudiante de filosofía que hubiera entregado su tesis en dos semanas moría por el antojo de un policía; y una joven se probaba por vez primera, temblando de entusiasmo, su vestido de boda; y todos los hombres y mujeres de una ciudad que bien podría haber sido cualquier otra, vivían sus vidas, homogéneas por encima de su misma diversidad... el sol se volvió más intenso sobre calles y edificios, con lo cual se acentuaron las sombras. Por un instante, tan breve que se diría que nunca ocurrió, lo imperceptible dejó de serlo; y en un punto del entramado, en un café de la avenida Chapultepec, un hombre y una mujer malabareaban ideas.

—Mi problema —decía Mauricio, buscando las palabras adecuadas— no es con los aparatos, sino con su uso. Digamos que no confío en la naturaleza humana; creo que si no hemos hecho cosas peores, es porque nos

faltaban recursos para lograrlo... Pero ahora ya los tenemos: computadoras, realidad virtual, Internet, ingeniería genética..., cosas más peligrosas que cualquier arma o plaga. No sólo pueden estancar nuestro desarrollo individual y cultural, también serán la herramienta perfecta para manipular a la humanidad, más que la economía, más que la religión. ¡La computadora va a ser el punto focal de la existencia de cada ser humano!

Mauricio calló, recordando su taza de café. Ya estaba tibio.

—Si eso pasara, ¿tratarías de hacer algo, de oponerte? —preguntó Cordelia de repente, escrutándolo.

—Soy muy conformista —se encogió de hombros—. No creo que lo que yo haga o deje de hacer pueda cambiar nada. Algunos lo harán, pero dudo que tengan éxito —lo pensó un momento, y añadió—, cuando mucho, podría escribir sobre ello. Pero la literatura de protesta no es lo mío. Claro, a veces sí hago de pasada alguna crítica; si se me ocurre de repente, y no estorba, ¿por qué no? Esas cosas salen de manera inconsciente, ¿a ti no te pasa?

—Yo nunca soy tan... espontánea —dijo Cordelia— Siempre escribo siguiendo un... un cauce directo. No pongo nada que sobre.

—Pues yo... —Mauricio le hizo señas al mesero, sin éxito—. Más bien, abro algunas puertas al azar, nomás para ver qué pasa —logró ser visto, y pidió más café para ambos. Calló, mirando a Cordelia; ella miraba sus propios pensamientos.

—¿Sabes qué? —el índice de Cordelia lo encañonó—. Dices que no te gustan las computadoras, el futuro mecanizado; tampoco eres sistemático al escribir. Se

me hace que le tienes miedo al orden excesivo, te parece limitante.

Mauricio encontró lógico el razonamiento, aunque no necesariamente cierto. Sonrió.

—Tal vez algo hay de eso —entonces se le ocurrió algo más—. ¡Y tal vez lo que a ti te repele es el caos, el no tener a qué sujetarte!

—Touché—repuso Cordelia, riéndose. Tal vez, pensó, lo que dijo sobre Mauricio también era aplicable a ella misma... y viceversa.

—Sería bueno que pudiéramos intercambiar métodos —comentó Mauricio, añadiendo mucha azúcar a la taza que acababa de ser colocada delante suyo—. ¡Como si fuera tan fácil! —recapitó, cínico.

Cordelia trató de verse a sí misma escribiendo sin concierto, siguiendo cualquier impulso loco. Sacudió la cabeza; imposible.

Y sin embargo...

El silencio se había asentado una vez más, Mauricio abrió la boca para dar voz a una digresión que se había estado guardando, pero no alcanzó a hacerlo, pues Cordelia, presa de la tentación del desafío, propuso contra toda sensatez:

—¿Probamos?

*

Esa noche, mientras un cartonista político se desvelaba entintando una sátira presidencial; y una prostituta hacía soportables las experiencias del día con una dosis de marihuana; y un párroco oficiaba la última misa de su

vida, con una jaqueca que pronto florecería en embolia; y una madre abrazaba por primera vez a su nuevo hijo delante de una enfermera sonriente; y un hombre desempleado, sin dinero, abandonado por su esposa, abor-daba un taxi con un revólver en la cintura, dispuesto a cobrarle al mundo un día más de vida; y todas las vidas en la ciudad se entretrejían, se truncaban, recomenzaban, bajo una luna siempre cambiante, siempre la misma. Y en confines distintos de la ciudad, ésta velaba mientras dos imaginaciones trazaban mundos.

Cordelia se sentó ante su computadora; las palabras se multiplicaban en el monitor, narrando la vida de un hombre angustiado por el cáncer de la tecnología que había transformado a su ciudad. Casinos de realidad virtual prometían cualquier fantasía concebible, las bibliotecas se habían convertido en salas de acceso público y asesorado a la Red; Guadalajara se regodeaba en el paraíso de la comunicación global, donde cada uno escuchaba lo que quería escuchar...

Aquel desolado escritor enemigo del progreso pasaba las noches leyendo frágiles y obsoletos libros impresos; pero, resignado, enviaba sus obras a las revistas virtuales y los apartados literarios de la Red.

Escribía sobre el pasado.

Hasta el día que visitó, por primera vez en varios años, la vieja catedral cuyas torres seguían siendo un blasón de la ciudad, una de esas cosas que habían sabido permanecer. Y en el empenumbrado interior, antes de salir huyendo sin esperanza de encontrar refugio, vio a la congregación postrada ante un holograma del Crucificado...

A partir de entonces, escribió sobre el presente. Era en vano, pero no le quedaba más consuelo que renegar de ese mundo que ya no era el suyo.

Pero alguien lo escuchó; sujetos con importantes credenciales vinieron a decirle que su protesta no había sido inútil. Desconfió, pero dejó de hacerlo cuando se produjeron cambios rápidos, milagrosos... Y a partir de entonces, volvió a vivir, mecanografiaba sus obras; frecuentaba una biblioteca repleta de libros impresos nuevos y viejos; convivía en persona con hombres y mujeres que, como él, carecían de computadora...

Nunca sabría que estaba viviendo dentro de un escenario virtual, creado con base en sus fijaciones anacrónicas, en una clínica para sujetos inadaptables.

*

Esa noche, también, Mauricio se sentó ante su vieja máquina de escribir, y un ruidoso tecleo llenó página tras página con el pánico de una mujer cuyo hogar era un mundo cimentado en las glorias de la cibercultura, donde ningún sueño era irrealizable... Hasta el día que esa alma artificial de la raza humana que era Internet fue infectada por un cáncer de entropía, algo que provocó que cada fragmento de información contenido, o transmitido por computadoras, se distorsionara una y mil veces, adoptando diferente sentido —o careciendo de uno— para cada usuario que lo consultara.

Técnicos, científicos y caudillos repartían opiniones, teorías, órdenes y súplicas que nadie captaba, pues no tenían otro medio que no fuera la Red para difundirlas, y

ésta era Babel. Y la mujer que vio colapsarse al mundo se había atrincherando en su casa, espionando desde la ventana a los saqueadores, a los supuestos culpables camino a su linchamiento, a los vacuos profetas apocalípticos.

La mujer veía escasear sus alimentos, mas no podía salir pues Guadalajara ya no era ciudad, sino matadero. Inicialmente creía, luego quería creer, más tarde rogaba poder creer, que alguien encontraría la manera de restablecer la cordura de la Red; pero nada pasaba.

Todas las mañanas, miraba entre lágrimas el monitor mentiroso, esperando ver un cambio, una buena nueva; luego se sentaba en el suelo para escribir en los muros y alfombras cualquier cosa que se le ocurría, pues allí los textos no cambiaban. A veces se preguntaba si alguien llegaría a encontrar estos versos compuestos de símbolos, íconos y siglas computacionales en lugar de palabras; estas elegías que colmaban los muros, escritas en el idioma universal, dedicadas a ese mundo que acababa de morir.

*

Cordelia y Mauricio escribieron hasta entrada la noche, y relejeron sus textos con cierta melancolía. Sólo ahora se percataron de que habían olvidado el desafío literario que se habían impuesto, cada uno había escrito a su manera habitual. Cordelia trató de anticipar la reacción de Mauricio cuando leyera su cuento, y sonrió. Él, por su parte, observó cuán poco tenía la protagonista de su cuento en común con su inspiradora. Cordelia consideró obras, ideas y resultados; Mauricio repasó deseos,

opciones y posibilidades. Y mientras lo hacían, la ciudad escribía sus vidas.

*

Intercambiaron manuscritos por encima de la misma mesa que habían ocupado el día anterior, bromeando acerca de cómo ninguno de ellos había respetado el acuerdo. Y mientras se leían mutuamente, absorbiendo las historias de dos vidas trastornadas, futuras y ficticias, la ciudad florecía en vicio y anhelo, risas y miedo; y cada hombre, cada mujer vivía para sí misma, girando con el entramado al que todos pertenecían.

*

Concluida la lectura, Cordelia y Mauricio se miraron.

—Alguna clase de virus podría hacer eso —dijo Cordelia.

—¿Eh?

—Lo de tu cuento; un virus podría atrofiar así la Red. Pero, ¿para qué iba alguien a hacer eso?

—¿Para evitar lo que pasa en tu cuento? —propuso Mauricio.

Pero toda la ciencia, la medicina, la filosofía, se perderían...

—Tal vez no —Mauricio sonrió ante su propia idea—. ¿Qué tal si el virus no destruye la información, si sólo impide el acceso a ella?, así les quitarían el poder a los manipuladores...

—...para remplazarlos —completó Cordelia.

—Cuando no hay opción... —Mauricio se encogió de hombros—. Bueno, pero esto permitiría racionar el uso de la Internet y de la realidad virtual, neutralizando las adicciones...

—Lo peor es que podría funcionar —se maravilló Cordelia, pensativa.

Callaron, y la pausa se prolongó. Mauricio intercambió con ella una mirada igual de remota, igual de directa; una vez más, de sus labios pugnaba escapar una digresión. Ahora; si lo decía, tenía que ser ahora.

En torno a ellos, tiempo contuvo el alimento; las posibilidades florecieron, y el destino se volvió maleable. Por un instante, cualquier cosa era posible...

Y muy lejos, en un futuro que no era preestablecido ni probable, sino apenas factible, pero más semejante a sus ficciones de lo que podían imaginar, Cordelia y Mauricio hablaban en un café muy distinto a éste, en la Abadía de Thelema, con voces despojadas de su actual desenfado.

—Es posible —decía Cordelia, reticente.

Él añadió, con la voz pesada de quien se condena a sí mismo.

—Es necesario.

Se rieron; se rompió la tensión, nada sucedió, el momento pasó.

Comentaron los cuentos, sus lecturas y sus vidas. Hablaron, como muchos hablan; especularon, como cualquiera puede hacerlo, acerca del destino del mundo, sin mayor o menor perjuicio para éste. ¿Qué consecuencia

podría tener, después de todo, una mera charla de café, entre dos personas que ni siquiera compartían una misma perspectiva? Abandonaron el café despidiéndose, y se marcharon en direcciones opuestas a lo largo de la avenida Chapultepec, desconcertados por la difusa impresión de que podrían haber seguido otro —y mejor— camino; pero éste era tan bueno como cualquier otro, para quienes habían estado a punto de contraer la trascendencia.

Pedazos, fragmentos, esquirilas

Gabriel Trujillo Muñoz

Estos lugares tienen vidas propias
John Berger

Eran pocos y era pequeño el territorio que habían decidido defender hasta la muerte. Apenas contaba con unos veinte kilómetros de ancho por cincuenta kilómetros de largo, pero esa superficie era su nación.

Los atacantes llamaban a esa porción de tierra una zona de guerra, un espacio de resistencia, un refugio de rebeldes.

Para sus ocupantes, sin embargo, aquella franja de tierra era su país, su pasión, su identidad.

Luchaban por ella más por instinto que por alguna razón convincente.

Y no quedaban muchas razones para permanecer en aquel paisaje hecho ruinas, humaredas y cascajo.

Un territorio bombardeado día y noche, como una pesadilla interminable.

Esquirilas quemantes zumbaban por todas direcciones.

Las minas personales autómatas iban en busca de víctimas por los recovecos de pasadizos y callejones.

Cada bomba que caía, cada misil que daba en el blanco traía el mismo mensaje: “No pueden detener lo que les estamos haciendo”. O peor: “Están indefensos y vuestras vidas están en nuestras manos”.

Y aunque el espíritu de lucha era fuerte, las semanas de bombardeos habían dejado su marca en la población civil.

El que se desesperaba, el que ya no aguantaba más sabía cuál era la salida más fácil.

Las octavillas tiradas desde los aviones enemigos eran claras al respecto: “Sal de la zona de guerra y serás libre”.

A Kranica, la que más le gustaba era esa que afirmaba: “Afuera te estamos esperando con medicinas, comida caliente y albergues. ¡Corre por tu vida y la de los tuyos”!

Ese era el dilema y Kranica, a sus 25 años, debía tomar una decisión. Escapar y vivir. Escapar y morir.

Porque los milicianos del Frente de Liberación decían que si te acercabas a los invasores te matarían, que el enemigo sólo buscaba exterminar a todos los rebeldes.

Pero Kranica, joven y ajada, chica y anciana al mismo tiempo, entendía que de todas formas sería exterminada si se quedaba en la zona de guerra.

Era obvio que la ley de probabilidades estaba en su contra.

Sifrosa, su hija de siete años de edad, le acarició el cabello como si su madre fuera la única muñeca que tuviera a su alcance.

Kranica dejó de pensar en cuestiones de vida o muerte. Ambas estaban al final de un corredor de los refugios subterráneos.

Llevaban tres horas de bombardeos sentidos en la completa oscuridad.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la joven en voz alta a su hija.

Sifrosa era extraña, incluso para su madre. Siempre contestaba de manera inadecuada para su edad.

—Tú nada. Yo sí —respondió como le era habitual.

—Tú sí, ¿qué? —inquirió Kranica mientras el corredor se cimbraba con las explosiones cercanas.

—Yo puedo cambiar cosas. Tú sabes, ¿no?

Kranica lo pensó. Desde que era una bebé su hija podía mover cosas, hacer volar objetos, incluso desaparecerlos por un instante.

—Lo sé.

—Yo puedo movernos. Yo puedo cambiar regalo.

Kranica sonrió sin entender a su hija. Entonces la bomba explotó casi sobre sus cabezas. La muchacha volteó hacia la entrada del refugio y vio la bola de fuego acercándose por el corredor.

“Vamos a morir”, pensó.

Y abrazó con todas sus fuerzas a Sifrosa.

En ese instante, antes que el fuego las tocara, todo se esfumó, todo se hizo blanco.

Cuando Kranica abrió de nuevo los ojos estaba a ras de tierra, sola. Se levantó entre los escombros y se sintió desorientada, con zumbido en los oídos, como fuera de lugar.

Eso era: estaba en otro sitio.

Sobre ella brillaba un sol tibio, rojizo, acogedor.

Y un cielo, con colores que nunca había visto antes, se movía en espirales iridiscentes.

—¿Te gusta, mamá?

Sifrosa apareció de ninguna parte. La abrazó sin pensarlo.

—¿Dónde estamos?

—No sé, mamá. En mi cabeza. O es un mundo paralelo. ¿Verdad que es bonito?

Y su hija comenzó a bailar con los brazos extendidos.

Parecía que todos los dolores hubieran desaparecido de un parpadeo, que todos los miedos se hubieran esfumado sin dejar rastro.

Kranica sacudió la cabeza. “Debe ser la explosión. Esto no es real”.

—Lo es, mamá. Tan real como el mundo en donde estábamos.

Kranica pensó en la zona de guerra, en los cuerpos desmembrados, en las bolas de fuego, en los ayes de desesperación. No era un buen lugar para vivir, pero era su hogar.

—Quiero volver —le ordenó a la niña.

Su hija dejó de bailar, asustada por el tono terminante de su madre.

—Pero... aquí es bonito... mira bien, mamá... es lindo... te va a gustar.

Kranica se acercó a su hija y la tomó de los hombros.

—Es bonito. Lo sé. Pero no es nuestro mundo.

Sifrosa no quedó convencida.

—Nuestro mundo está mal, apesta.

—Aún así, ese mundo es lo que somos. ¿Entiendes?
Quiero volver.

La niña hizo pucheros y gruesos lagrimones bajaron por sus mejillas.

—¡Yo no!

Kranica abrazó a su hija con fuerza.

—Tenemos que regresar. Tenemos que ayudar a nuestros hermanos y hermanas.

La madre le limpió las lágrimas con el dorso sucio de su mano.

—¿Y si traigo aquí a todos?

La madre miró el paisaje de luces brillantísimas.

—No creo que les guste dejar sus casas, sus cosas.

—Pero ya no quedan casas ni cosas, mamá. Sólo hay escombros y muertos.

La madre trató de calmarse a sí misma. “Si mi hija pudo hacer esto, ¿por qué no hallarle un beneficio a sus poderes? Esta locura puede tener su lado bueno”.

—Tengo una idea, Sifrosa. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Nos vamos a quedar aquí? —preguntó, esperanzada, la niña.

Kranica la miró con profunda seriedad.

—No exactamente.

—¿Entonces qué quieres que haga?

Kranica acercó su boca al oído de su hija.

—Escúchame con atención. Si haces lo que te pido creo que todos seremos muy felices.

Unos minutos más tarde, Kranica y Sifrosa estaban paradas sobre las ruinas del refugio. A su alrededor todo eran deshechos humeantes.

Poco a poco iban saliendo los sobrevivientes.

Kranica los ayudaba a ponerse en pie, a sentarse entre la destrucción reinante.

Sifrosa les llevaba en cuencos un poco de agua recogida de las tuberías rotas.

El cielo estaba ennegrecido por los incendios.

Pero había algo nuevo en el aire, no caían más bombas ni se veían aviones de combate sobrevolando la zona de guerra.

—¿Qué es eso? —preguntó una anciana cuyo rostro estaba lleno de polvo.

—Eso es el silencio —le dijo Kranica.

—¿El silencio? Hacía mucho que no lo oía.

Sifrosa miró a su madre con afecto y ésta le devolvió la mirada con una amplia sonrisa.

—¿Estamos solos, realmente solos? —le preguntó a su hija.

La niña asintió.

—Gracias por hacer lo que te pedí.

Y ambas siguieron atendiendo a las víctimas del bombardeo.

—¿Terminó la guerra? —quiso saber un niño en andrajos.

—¿Ganamos o perdimos? —inquirió un joven con el brazo inutilizado.

Ni Kranica ni Sifrosa les respondieron.

Afuera, más allá de la zona de guerra, no quedaba nadie.

Los invasores, los enemigos, los destructores, los que bombardeaban y mataban a mansalva, ya no existían más en este mundo.

Ahora todos, con sus grandes armas y sus máquinas de exterminio, estaban tratando de entender qué les había pasado.

Bajo un sol tibio, rojizo, acogedor.

Bajo un cielo, con colores que nunca habían visto antes, que se movía en espirales iridiscentes.

—¿En dónde estamos? —demandó saber un oficial.

—No estamos seguros, señor —le contestó un soldado—. Pero hay un problema mayor.

Y levantando su pistola la disparó al aire.

El arma no funcionó.

Los demás soldados lo imitaron y sucedió lo mismo.

—Aquí nada hace fuego, señor. Aquí nada explota.

—Esto no me gusta —dijo el oficial—. Si no podemos disparar nuestras armas, si nuestras bombas no pueden destruir ni una hormiga, ¿cómo vamos a seguir haciendo la guerra?

El soldado volvió a alzar su arma y de nuevo jaló el gatillo.

Nada.

Ni siquiera una chispa.

Terraformación

Blanca Mart

I

Cuando Jony aterrizó en aquel endiablado lugar —nunca mejor dicho— se sintió bien. Y no fue precisamente por el paisaje, que contra toda teoría científica era árido, rojizo cuando las lunas brillaban sobre el azul claro de la noche, amarillo rabioso bajo los soles diurnos.

Se sintió como si toda su vida hubiera imaginado un lugar así: llegando a casa. Y fue tal su comodidad que se quitó el casco regulador de oxígeno —aunque había allí demasiado para la naturaleza humana—, y dejando la compuerta de la nave abierta —tal era su confianza— avanzó hacia la dichosa cúpula-laboratorio, donde debía permanecer un año. Si sobrevivía al aburrimiento, claro.

Empezó a desempacar sus cosas, cenó algo de los preparados que llevaba y se dispuso a dormir cómodamente. Al otro día empezaría a trabajar, o sea, algo sencillo: tomar muestras del paisaje, anotar todo lo que viera e ir enviando a la Tierra —bueno, a Tierra no, estaba

demasiado lejos—, a Nova-T sus propuestas para que los humanos pudieran vivir allí. Los de Nova se encargarían de seguir el proceso.

Pero la verdad, no tenía muy claro por qué le habían elegido para una misión científica, precisamente a él.

II

Por una vez, los gobernantes y sabios de la Tierra reconocieron que había que recurrir a la imaginación. El satélite Relax —no se sabía quién le había puesto ese nombre—, podía ser una joya estratégica y un almacén increíble de oxígeno. Demasiado oxígeno para el gusto, los pulmones y el cerebro terrestre. Había que hacer algo, pero contra toda lógica científica, cualquier intento de terraformación fracasaba una y otra vez.

Y entonces alguien había pensado en Jony. Y haciéndole una gracia que él no celebró demasiado, le había propuesto como investigador residente durante un año —gastos pagados y buen sueldo— en la única cúpula construida y abandonada del pequeño satélite. Y allí estaba: imprevisiblemente, en ese lugar.

Se llevó “El pequeño príncipe” —cómo no—. Pues algo científico —científico, claro, según Jony—, había que leer.

Porque los de Tierra lo habían visto claro. Había que terraformar Relax, ese pequeño y prometedor satélite. Alguna solución, vía, desafuero habitual, existiría, que permitiera llegar, transformar, embasurar y explotar ese pequeño universo cuyo subsuelo era de platino

nacarado. ¿Nacarado? ¿Ambarizado? ¿Transparencias minerales de...? Porque de que había existido una antigua raza extinta, era evidente; ya se sabía que una Nova en un juego rápido y mortal había transformado a los primitivos habitantes de Relax, de seres desconocidos para los terrestres, en carbono evolucionado a diamante por procesos químicos. A fin de cuentas, evolucionados a leyenda.

Fue entonces cuando la demencia política y la locura científica avalaron, insistentes, la incursión. Una y otra vez, se enviaron equipos científicos. Año tras año, tiempo terrestre, tiempos relaxianos, se enviaron máquinas, robots, magníficas computadoras de diseño, y los humanos tuvieron que contemplar su oxidación sin remedio.

Los científicos terrestres enloquecían en sus estudios y se desalentaban en sus propuestas. Las máquinas se bloqueaban paralizadas en un medio que no las quería allí. Las mejores computadoras, tecnología punta, analizaban y soltaban tonterías impensables: “Lo de Einstein: uyyyy, que no es eso, que no se enteran ustedes... Lo de Newton... uff”, y se podían escuchar diferentes grabaciones de carcajadas, risas sibilinas, sarcásticas, dulces, amenazadoras, inquietantes Y bien: ¿Qué culpa tenían las máquinas? Andaban erráticas. Ah, pero eran simplemente herramientas; objetos, al fin y al cabo construidos por hombres.

Pero, ¿y los hombres? ¿Es que no había entre sus científicos alguien capaz de ver qué demonios pasaba en aquel minúsculo satélite de la constelación de Argón-X?

Máquinas paralizadas, científicos aquejados de demencia irrecuperable, sus fórmulas se confundían, sus

actitudes eran delirios y los que no habían muerto allá —su corazón paralizado suavemente—, morían de bilis negra: románticos adulterados.

Recurrieron al fin a uno de esos aventureros arriesgados, eficientes, siempre en control —según la leyenda urbana que le rodeaba—, Al Braker piloto Austral, que sorprendentemente —pues le gustaba la aventura—, en principio se negó a ir y luego, estimulado por una descomunal paga aceptó pasar un mes en semejante lugar. Le fue muy bien. Descansó, se ejercitó en el interesante gimnasio que fue creando, buscó rastros de inexistentes naves antiguas, anotó fríamente todo los datos mecánicos del planeta y, acabando el contrato regresó a Tierra, entregó los datos recabados y aceptó otra buena paga por permitir que se le hicieran algunos escaners cerebrales —eso no estaba en el primer contrato—; escaners en los que se denotó que el susodicho bravo aventurero carecía en absoluto de imaginación, por lo que quizás no podía enterarse de lo que pasaba allí. Fin del asunto.

Fue frente a esos resultados cuando el Jefe de Asuntos Estelares de la Suprema Unión Galáctica —hasta ahí había llegado el controvertido asunto—, decidió:

“Necesitamos un científico imaginativo”. No un loco, ni un sabio cargado de diplomas. Algo mucho más sencillo, alguien que intuyera algo de ciencia, unas ligeras bases para apoyarse en ellas pero sobre todo que fuera imaginativo y viera lo que nadie era capaz de ver.

El asunto siguió, se hicieron asambleas, consejos y propuestas y, contra toda previsión, triunfó una idea que de tan simple y arriesgada gustó a la cansada asamblea.

“Enviemos a un escritor de ciencia ficción”.

Eso era. La idea era excelente. Había muchos, cualquiera de ellos aceptaría la misión enloquecido de felicidad, casi sin costo; eran totalmente prescindibles, claro que también eran imprevisibles y raros, pero muchas veces acertaban en sus predicciones-suposiciones-prospectivas o como les llamaran. Cualquiera de ellos se moriría por subirse a una nave espacial. Seguro.

Así que los encargados de poner en marcha el Proyecto Relax, se pusieron en acción. Llamaron primero a los más importantes, a los conocidos, que se murieron de risa ante semejante propuesta y volviéndose como grandes águilas planeadoras hacia sus ordenadores siguieron escribiendo, irritados por la interrupción. Algo asombrados, los encargados siguieron buscando, consideraron que quizá los escritores invitados eran muy ancianos para la aventura, y ofrecieron su gentil invitación a otros cienciaficcioneros jóvenes y mejor dispuestos.

Hablaron con Odrareg, novelista oscuro con pinta de lobo, que mostró sus colmillos y rió contento: “No”. Fue su respuesta. Con Doal, poeta nocturnal: “No”, con Acnalb, escritora de Space opera que disfrutaba viajando con su imaginación por los caminos sin fin del Universo. ¡Excelente oportunidad para ella! Ésta parecía segura. Pero la fatalidad quiso que estuviera en pleno proceso creativo, fascinada por una computadora de diseño extra espacial y que se negara a abandonar ni por un segundo el cristal líquido venusino de la misma. Lo mismo ocurrió con Odracir genial inventor de mundos truculentos, con Ahtram, creadora de cibergolems, con el Sabio Escritor Fronterizo del Desierto. De nuevo: “No”.

Parecía imposible lo que estaba ocurriendo, ahora resultaba que los “prescindibles”, no lo eran tanto, estaban atareados como hormigas y sólo se dejaban seducir por su propia pasión; quedaban muchos más, eso era cierto, la literatura fantástica tenía millones de escritores adeptos, sólo había que buscarlos.

Así estaban las cosas cuando alguien pensó en Jony.

III

Y era gracias a todo ese lío, por lo que Jony, estaba ahí.

El primer día, si es que era día ese sol amarillo, verde, azul, rojo, anaranjado, añil, violeta y un nacarado que sólo Jony, de cuantos habían llegado, era capaz de ver; el primer día —como íbamos diciendo—, el escritor sacó sus libros y sus cuadernos, y se puso a observar y a escribir, pues aquella luz maravillosa entraba en su mente y en su alma llena de fantasías y relajaba el imperio incesante de su versatilidad. Hay que aclarar que en toda su vida, Jony no había escrito ni un solo relato de ciencia ficción, ni de ciencia, o sea que no acababa de entender su misión allá. Pero como el proyecto le auguraba unos meses de silencio en el que concentrarse en su tarea, pues a ella se puso sin darle más vueltas al asunto.

Escribió como nunca lo había hecho, disfrutó el frío atardecer de plata y, ya en su cúpula, cenó un preparado vitamínico que se deshizo en sublime paladeo, bebió del agua —loca imprudencia— que manaba de una llave nacarada y se durmió como un bendito. Así pasaban los

días hasta que una noche, poco antes del amanecer, oyó, escuchó, percibió, sintió el sonido. Le parecía que alguien susurraba su nombre “Jony”. Un canturreo: “Jony”. Un murmullo: “Jony”.

Se asustó, pues claro que se asustó. A ver qué pasaba ahora, ¿no habían dicho que no había seres en aquel lugar? Se levantó abrigándose, sentía frío y su piel se erizaba; se asomó al exterior. Nada. Sólo el silencio sobre una sábana de hielo que por la mañana sería hierba fresca o arena dorada y desértica según el día o el capricho de las leyes físicas que regían aquel planeta y que, la verdad, no le interesaban demasiado. ¡Qué hermosa estaba la noche! ¡Si pudiera quedarse! Pensar en volver a Tierra le causó un tremendo sufrimiento pues había encontrado su hogar. Entró y sin saber por qué no quería cerrar la puerta. Se volvió a asomar. “Amigo —pensó— ésta es tu casa— considérame tu invitado”. Un susurro rozó su mente. Un aletazo amable. Bajo la luna, la sabana empezaba a cambiar e intuyó que un tono tornasolado sería el color de la tierra al llegar el día.

Durante un tiempo siguió su rutina. De día salía de excursión con el equipo adecuado para el paisaje. Al atardecer volvía. Ya no le asustaba sentir su nombre en la noche. En ocasiones dejó ofrendas de agua nacarada y frutos hidropónicos que desaparecían. Vio huellas diminutas y pasos gigantescos en la explanada, pero ¡benditos sean! —se decía—, pues ni hablaban, ni daban ninguna molestia y él podía escribir tranquilo. Porque eso era lo que hacía y sus cuentos de hadas y gnomos y duendes y seres maravillosos surgían como siempre habían surgido: brillantes, magníficos.

Empezó a salir alguna noche pues esas luces brillantes y voladoras que de tarde en tarde aparecían eran algo más que libélulas relaxianas. En Tierra las hubieran llamado hadas y las hubieran fotografiado y perseguido y ellas hubieran languidecido hasta morir. No, no hablaría de ellas en su informe. Sólo al cabo de quince meses, pues pidió prórroga, tras prórroga, se atrevió a pedir una estancia definitiva ya que había descubierto a los pequeños dragones oscuros de medio metro de altura, que aunque no eran muy agresivos, siempre estaban molestando y contra ellos debía luchar para apoyar a las otras energías benéficas del planeta y todo ello favorecería la terraformación.

Esta última propuesta, fue recibida y leída en Nova-T, enviada de inmediato a la Tierra con un Urgente-Relax-18 y por sí sola bastó para que los científicos terrestres y demás encargados del proyecto, detectaran los primeros síntomas de locura y fueran a buscarle.

Porque eso sí, fueron, se presentaron en Relax, rápidos como el viento. Les hubiera bastado con dejarle olvidado, pero ya demasiada gente había oído del planeta mágico y de las historias que imprudentemente el supuesto escritor de ciencia ficción, había difundido en diversos mundos. Que ya se estaban dando cuenta, los gobernantes, de que no iba por ahí la afición literaria de Jony. Llegaron de Tierra, dispuestos a llevárselo a la fuerza, a arrancarle de ese nuevo hogar al que él se afeerraba. A descubrir sus secretos. Si es que los tenía.

IV

Que se defendió, es cierto que Jony se defendió. Pidió ayuda y clamó por las voces y las canciones y las luces y el murmullo amado. Y siguió gritando en la nave mientras le inyectaban anti-alucinatorios y le dormían; y rugió desesperado mientras, hibernado, se refugiaba en un sueño suave y secreto.

Pasaron tiempos terrestres y nada consiguieron del escritor pues encerrado en un mutismo plácido sólo miraba el cielo. “Amigos” —murmuraba. Y le dejaron como el loco, en el que según ellos, se había convertido.

Aunque todo tiene un orden en el universo, y un caos y unas leyes que no conocemos ni saltando a través de los agujeros negros de la galaxia o columpiándonos en las míticas cuerdas de nuestra ignorancia. Y la respuesta de aquel asunto se presentó aquella noche, cuando sonó la alarma internacional y todos se conectaron y se hablaron y buscaron soluciones de emergencia pues una masa enorme se acercaba a la Tierra y un murmullo ensordecedor se aproximaba. Y, claro, empezaron los cálculos y las probabilidades y hasta los escritores de ciencia ficción dejaron de escribir, para encontrarse fascinados ante el futuro que caía sobre sus cabezas.

Y, no es por nada, pero ellos estaban hartos de predecirlo. Y salieron disparados en las pequeñas naves preparadas al respecto.

La alarma internacional se expandió por todo el planeta, los observatorios y las gentes constataron el prodigio y el principio del fin, porque al irse acercando ese mundo imposible que se expandía y rodeaba y sacudía

el globo terráqueo entero, vieron que no era una masa sino millones de diminutas luces, furiosas, asesinas, vengativas, implacables a la búsqueda y rescate de su amado. Millones de fanáticos seres fantásticos que murmuraban “Jony”, “Jony”, “Jony”... “Jony”...

El cual, cuaderno y lápiz en mano, se preparó para saltar por la ventana de su prisión y no se volvió a mirar atrás para ver lo que pasaba con la Tierra, pues tenía prisa por llegar a casa.

Esa es la leyenda que contamos en los Espacio-puertos los navegantes del Espacio. Habladurías sobre la madre Tierra, un planeta azul que dicen que existió. ¿Tan bello, tan azul? Sin duda su misma existencia es un misterio.

Los habitantes de los Satélites, tenemos nuestra propia historia: Somos los descendientes de una saga de escritores de ciencia ficción. Gentes de valor que se salvaron de una debacle mágica, guerreros de la imaginación y de la ciencia: Esos son nuestros ancestros.

¿La Tierra? En fin, relatos para entretenerse en el espacio profundo.

Ángel Zuare

Deja ver si puedo explicártelo bien... Sobre Vasco de Quiroga, el camino que sube de Tacubaya hasta Santa Fe, luego que atraviesas la zona popular que empezó como colonias de paracaidistas y tianguis de fin de semana, y llegas a donde abundan los edificios corporativos, fraccionamientos residenciales y centros comerciales, la apretada avenida se convierte en una vía de ocho carriles con un camellón arbolado a la mitad. Ahí fue donde lo vi.

A lo largo del camellón hay siete grandes anuncios electrónicos, de forma rectangular y que despliegan en sus pantallas, de manera cíclica, publicidad de restaurantes, boutiques, escuelas y todo lo que es popular en esa zona. Y debajo de esas pantallas led hay, en cada uno, un gran reloj digital.

Cada fin de semana los veo, cuando me doy la oportunidad de ir al centro comercial al cine y a comer. Supongo que los relojes de los anuncios están sincronizados pues la diferencia entre el primero y el último nunca es

mayor a los cuatro minutos, el mismo tiempo que le toma pasar junto a ellos al camión que me sube al centro comercial. Y siempre veo los relojes para ver qué tan tarde voy a la película que quiero ver.

El sábado pasado el último reloj del camellón no marcaba la hora, sino otro número. Cuatro mil ochenta. Obviamente pensé que se trataba de un error, pero, ¿te das cuenta de lo curioso del mismo? No existe un formato de hora que arroje esos números acomodados así. No existen cuarenta horas en un día ni ochenta minutos en una hora. ¿Cómo pudo fallar de esa manera un reloj digital?

No estás entendiendo. ¿Recuerdas a mi papá? Cuando lo ayudaba a reparar televisores en su taller, él me dijo una vez que las máquinas fallan siempre dentro del rango de sus funciones. Si un televisor se descompone pues no proyecta la imagen o tiene problemas con el sonido. Si es un radio, el sonido puede surgir alterado de alguna de las bocinas o atascarse su sintonizador. Si hablamos de una videocasetera, esta enredaba las cintas entre sus cabezas. Si un reloj de cuerda o mecánico se descomponía, las manecillas quedaban estáticas y el segundero se esforzaba para avanzar.

Cuando he visto que un reloj digital se descompone los números desaparecen de la pantalla, en su totalidad o por fragmentos. O muestra horas no acordes a la realidad, como las tres de la tarde en lugar de la una, o las siete de la mañana en lugar de las once de la noche. ¿Entiendes? Horas reales. Equivocadas, pero reales.

No, pendejo, no pensé todo eso de inmediato. Fui al cine y pasé a comer una hamburguesa mientras pensaba cómo resolver un problema con mi supervisor que está

dando largas para autorizarme las horas extras. Luego, para bajar la comida, caminé del centro comercial hasta la siguiente parada de autobuses, justo enfrente del último anuncio digital sobre el camellón, donde ya entonces dos técnicos trabajaban en él y su pantalla seguía mostrando el mismo número. Cuarenta ochenta.

Sabes lo curioso que soy, pero en el momento no entendí por qué lo hice. Crucé hacia el camellón y me acerqué a los técnicos que trabajaban sobre el panel de control, a un costado del anuncio. Les hice un poco de plática para saber cuál había sido el problema. Sujetos muy amables, me explicaron sin muchas reservas que no entendían bien lo que había pasado. Evidentemente la programación de los números había fallado, pero no entendían cómo el cuatro y el ocho se habían proyectado en esas posiciones, pues no estaban incluidos en la programación. La primera celda sólo podía desplegar los números uno y dos, y la tercera sólo los números del uno al cinco. Tampoco entendían cómo había fallado el sistema que comunicaba los relojes a una red celular para sincronizar su hora automáticamente, sin necesidad de hacerlo a mano.

Finalmente se decidieron a reiniciar todo el sistema del anuncio. Por un momento las pantallas se oscurecieron, pero de inmediato volvieron a mostrar sus anuncios programados y la hora correcta de esa tarde. Regresamos a la parada del camión y les invité a ambos un refresco de la tienda antes de regresar a casa. Pero durante el camino de regreso saqué mi libreta morada, la que siempre cargo, y anoté el número. ¿Lo ves?

¿Ves todas las anotaciones que hice después? Todas las hice desde el domingo y hasta el miércoles, durante las horas de comida en el trabajo, viajando en los camiones o pasando horas fingiendo cagar en el baño. Veía el número en la libretita y empezaba a darle vueltas en mi cabeza: cuatro mil ochenta; cuarenta ochenta; cuatro, cero, ocho, cero; cuatrocientas ocho decenas; trescientos cuarenta docenas. Sumados en par o por unidad dan ciento veinte o doce, respectivamente. El segundo par de números es exactamente el doble del anterior. No es número primo. En binario es uno, cero, cero, uno, uno, uno, uno, uno, cero, uno, uno, cero, cero, cero, cero, cero. En sistema hexadecimal es nueve, efe, sesenta, y... ¿me estás escuchando, cabrón?

Mira, no soy numerólogo, sabes que no creo en esas pendejadas. Además, las repuestas que me arrojaron sitios de numerología en Internet es que el cuarenta es el número de una persona egoísta, y como el tarot no llega a cubrir el número 80, pues no existe para ellos. Cuatro mil ochenta no tiene un significado místico concreto ni mayores características que cualquier otro número entero.

Si lo googleas, entre los primeros resultados aparece la definición de un diccionario urbano sobre lo tranzas que pueden ser algunas compañías discográficas; un archivo en Wikimedia de la fotografía de una cabra; una página en Wikipedia sobre un pequeño cinturón de asteroides descubierto en 1983; los números de modelo de un procesador de audio y otro de una consola para manejar sonido en vivo; y un video en YouTube de una entrevista a un grupo musical independiente, que ni siquiera entiendo qué tocan.

En general estamos hablando de un número que surgió como un error de programación, sin una razón técnica evidente y al que no podemos aplicarle un significado interpretado a través de los recursos más falsos de la numerología, el tarot y cualquier otra especulación. En pocas palabras; un error casi perfecto en su naturaleza como error.

Empecé a leer más al respecto y deduje algo. ¿Sabes lo que decían Pitágoras y sus seguidores? Que los números podrían tener... Personalidad. Ser masculinos, femeninos, feos, hermosos, imperfectos y con una relación de armonía con el universo, como dice su teoría de la armonía de las esferas. Proporciones numéricas y resonancia de sonidos entre todos los objetos terrestres y cuerpos celestiales.

Entonces lo pensé. Un sonido. Una frecuencia. Transformar un número en código binario, adaptarlo a un formato de sonido y repetirlo cíclicamente, digamos, cuatro mil ochenta veces.

No, no es una mamada. Te lo digo en primer lugar porque es necesario saberlo. Si el orden natural del universo, nuestro planeta, esta ciudad, nuestras casas, entre nosotros y estas tazas de café, se rige por una relación entre matemáticas y resonancia, ¿qué sucedería al insertar intencionalmente un error de la misma naturaleza? ¿Cómo nos afectaría? ¿Dolores de cabeza por la mañana? ¿Luces verdes o rojas en todos los semáforos camino al trabajo? ¿Un accidente? ¿Un acto de buena fortuna? ¿Un desastre natural? ¿Algo peor? ¿O simplemente un cambio imperceptible a simple vista? No creo que haya alguien que quiera dejar esas preguntas sin respuesta.

En segundo lugar porque tal vez no se trate de un error. Quizá es parte de un procedimiento. Un efecto inevitable. Un bug dentro del gran sistema del universo, y de no haberlo descubierto yo lo habría hecho alguien más. O tal vez ya lo han hecho y el cambio del que hablo está en proceso. Quizá...

En tercer lugar... Porque ya lo hice. Diseñé el archivo de audio el miércoles y lo subí a la red de inmediato.

Estoy de acuerdo, no ha pasado nada que llame nuestra atención, pero... ¿te has dado cuenta que han aumentado los apagones de energía desde el jueves? Por eso sé que aceptaste venir a tomar un café conmigo. No tienes luz en tu casa desde hace más de dos días, y sin razón aparente... Yo estoy igual.

También he notado las grietas que han surgido en los muros de algunos edificios, como en donde trabajo. Reproduje el archivo en mi computadora durante todo el jueves. Es de una frecuencia tan baja que nadie parece escucharlo, aunque casi todos los que trabajan en los cubículos alrededor del mío se reportaron enfermos ayer. Tampoco me digas que no has notado a las personas que de repente se han quedado paradas a mitad de la calle, mirando fijamente al cielo... O las que se han reunido en los parques, o frente a vestíbulos de edificios con cierta altura.

Hoy no quise ir al cine porque, en cinco minutos, se cumplen sesenta y ocho horas, cuatro mil ochenta minutos, desde que subí el archivo a la red. Y realmente no quería estar solo cuando eso sucediera... Si es que pasa algo.

Pero cada vez lo escucho más y en distintos lugares. Cada vez más fuerte y cercano. Por ejemplo, casi no has dicho palabra en todo este tiempo que me has dejado hablar, pero aún así lo escucho en ti... Ahí está, ¿no lo oyes?

Calma, no te asustes... Sólo se fue la luz...

Planetas

Ricardo Bernal

La enorme araña de silicio saca sus patas puntiagudas. Nubes de vapor violeta la rodean como si fuera un querubín sin rostro. Comienza el descenso, lento y noble; cuando las ocho patas tocan por fin la superficie del planeta rojo, un silencio de eones zumba alrededor. El silencio.

Dentro de la araña, los hombres miran la formidable pantalla que les muestra el panorama exterior. Aunque llevan décadas estudiando al planeta rojo, ahora pueden ver, extasiados, las montañas de cuarzo, los remolinos de fuego, el viento verde. Se sabe que Marte estuvo alguna vez habitado por criaturas inteligentes, traslúcidas y viscosas, quienes construyeron castillos de arcilla y plástico en alguna parte. Según los mapas, las ruinas de esos castillos se encuentran hacia el norte, más allá de las montañas. Arriba, Fobos y Deimos lo miran todo con ojos de furia eterna. Pero ahora los hombres están a punto de bajar y verlo todo con sus propios ojos. Ojos orgánicos; ojos de carne. Este momento es el resumen

de muchos años de tecnología y avances científicos. Los hombres se ponen sus escafandras negras tatuadas de símbolos, aguardan a que se abra la compuerta y la escalinata descienda hacia abajo como un cuchillo.

Comienza el descenso. Hormigas humanas y temerosas. Hormigas lentas. Lo que ven los hombres a través del visor de sus cascos es una pesadilla: bosques de coníferas, autopistas solitarias, cielos grises sembrados de jirones albos. El crepúsculo coronado por un solo astro de cara blanca y bobalicona en medio del firmamento. Pueden ver al conejo de la luna y entienden que es el mismo satélite que sus tatarabuelos astronautas visitaron alguna vez a bordo de una desvencijada carcacha espacial. Sus miradas aturdidas perciben las tímidas luces de una ciudad humana que confirman la pesada broma.

Nunca llegaremos a Marte, dice el más viejo de los hombres.

El pavoroso calamar de vidrio saca sus obtusos tentáculos. Nubes de vapor anaranjado la rodean como si fuera un querubín sin rostro. Comienza el descenso, lento y noble; cuando los ocho tentáculos tocan por fin la superficie del planeta azul, un silencio de eones zumba alrededor. El silencio.

Dentro del calamar, los marcianos miran la formidable pantalla que les muestra el panorama exterior. Aunque llevan décadas estudiando al planeta azul, ahora pueden ver, extasiados, los bosques de confieras, las montañas de piedra tosca, los ríos cristalinos que bajan hacia el océano. Se sabe que la Tierra estuvo alguna vez habitada por criaturas inteligentes, musculosas y densas, quienes

construyeron autopistas y ciudades metálicas en alguna parte. Según los mapas, las ruinas de esas ciudades se encuentran hacia el oeste, más allá del mar. Arriba, el único satélite lo mira todo como un estúpido cíclope. Pero ahora los marcianos están a punto de bajar y verlo todo con sus propios ojos. Ojos orgánicos; ojos de carne. Este momento es el resumen de muchos años de oraciones y evolución mística. Los marcianos se introducen en sus crisálidas, verdes y luminosas, aguardan a que se abra la ventosa y la escalinata se desenrolle hacia abajo como la lengua de una mariposa.

Comienza el descenso. Lombrices marcianas y temerosas. Lombrices lentas. Lo que ven los marcianos a través de los antifaces es una pesadilla: montañas de cuarzo, remolinos de fuego, el viento verde. El crepúsculo coronado por las dos eternas lunas. Sus cerebros aturdidos se cimbran con el canto agudo de las sombras fosforescentes que se extiende por el planeta rojo para confirmar la pesada broma.

Nunca llegaremos a la Tierra, dice el más viejo de los marcianos.

La oportunidad

Alejandro Rosete Sosa

Abro los ojos lentamente, mi mente está en paz, me gusta despertar así, sin sobresaltos, ¡qué gran invento este chip sensorial que regula las funciones vitales!, grande, como todo lo que creamos en México.

Mi mujer sigue dormida, ella asiste al doctorado en la tarde. Voy a la cocina y los cristales se desbloquean automáticamente a mi paso y dejan al descubierto los volcanes bellísimos. Amo el intenso color azul de nuestro cielo, un cielo tan diferente al de Europa, que luce viejo y opaco.

Desayuno y saco mi bicicleta para ir a la parada del microbús, ya ahí la coloco en un gancho y me formo en la fila. Muchos extranjeros se sorprenden de que dejemos nuestras pertenencias en cualquier lugar sin miedo a que se pierdan. Así somos nosotros, incapaces de tomar lo que no nos pertenece.

Llega el transporte y subimos ordenadamente, damos los buenos días, que como dice mi abuelita “son de Dios”, todos responden amablemente. En mi tableta

electrónica sigo leyendo el libro que compré ayer... Ha sucedido un accidente de tránsito en el periférico y estoy preocupado por llegar tarde a laborar. En los once años que llevo como servidor público en la Secretaría de Educación Pública nunca he tenido un retardo, tampoco una falta, ni he solicitado permisos o incapacidades. Claro que mi caso no es excepcional; en México nadie llega tarde a ningún lugar y menos al trabajo.

Mis temores se desvanecen pronto. Como siempre, los agentes de vialidad controlan acertadamente la situación y restablecen el flujo vehicular. Una camioneta Expedition King Ranch se quedó sin frenos y chocó contra el aparador de la afamada casa de modas de la diseñadora internacional María López. No sé por qué el gobierno aún permite la entrada de esa chatarra al país existiendo tan buenas marcas nacionales. Entiendo que se quiera apoyar a la deteriorada economía de Estados Unidos, pero los gringos deberían controlar mejor sus niveles de calidad si pretenden que sigamos importando los vehículos que producen.

El microbús retoma su camino por la avenida Miguel N. Lira y abro la ventanilla para aspirar el aire fresco de la mañana mientras retomo la lectura; en el micro todos llevan algo para leer: periódicos, revistas, libros o miran las pantallas de sus asientos que reportan las noticias más recientes.

Una ancianita sudorosa, vestida con un traje deportivo color de rosa, aborda la unidad y todos los hombres nos ponemos de pie para cederle el lugar; ella rehúsa argumentando que no quiere enfriarse porque va a su clase de yoga. Yo me bajo en la siguiente parada.

El semáforo está en verde pero los automovilistas nos dan el paso. Cruzamos tranquilamente y llego a la oficina a tiempo. Desde mi terraza miro el impresionante bosque de Chapultepec y la enorme bandera que ondea, gallarda, en la torre del alcázar. Al verde de los árboles lo acompañan decenas de otros colores pertenecientes a los millones de flores y plantas que adornan balcones, prados, terrazas y jardines. No en balde nos llaman la Babilonia de América por aquello de los jardines colgantes. ¡Qué orgullo me da ser mexicano, vivir en este gran país!

Mientras cumplo con mis obligaciones me vienen a la mente algunos de los sucesos históricos que fueron la clave que nos llevó a ser la potencia más importante del mundo...

Cuando el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez fueron sacados de la cárcel de Lecumberri, ya presentían el final desgraciado que los aguardaba, su temor se confirmó cuando los autos en los que eran transportados se detuvieron en un lugar oscuro y les ordenaron bajar. Madero asegura que en ese momento un hombre surgió de la nada y se aproximó a los custodios que iban a dispararle, el hombre misterioso usó su arma y haces de luz salieron repetidamente de ella, terminó con los agresores en segundos. Los pobres desgraciados lucían en el pecho un hueco del tamaño de un peso, era como si una barra ardiente los hubiera atravesado.

El extraño se llevó al presidente Madero aparte y durante un rato hablaron apresuradamente, luego el hombre se perdió entre las sombras. Madero, que era espiritista y masón, estaba acostumbrado a ver cosas extraordinarias

y por eso aceptó como real todo lo que le había dicho su anónimo interlocutor.

Madero y Pino Suárez lograron escapar hasta un lugar seguro y reuniendo un gran grupo de fuerzas leales hicieron frente al traidor Victoriano Huerta, que fue vencido y colgado, con todos sus partidarios, en el zócalo, como advertencia para todo el pueblo. Los generales Villa y Zapata se encargaron de exterminar a todos los opositores de la revolución.

Madero convocó, en unos cuantos meses, a una nueva elección presidencial, resultando electo el general Felipe Ángeles Ramírez, soldado inteligente, sensible y con muchos ideales, quien gobernó con justicia.

Francisco I. Madero se retiró a su hacienda, a leer y escribir y fue llamado el segundo padre de la patria. Murió tranquilamente a la edad de 102 años.

Luego de consumada la revolución, y tras largas discusiones presididas por el general Emiliano Zapata, con la ayuda de asesores como Otilio Montaña y el licenciado Rogelio Gómez Juárez, se decidió que las haciendas, bajo un esquema de propiedad colectiva, continuarían funcionando como si aún estuvieran en manos de los patrones y al término de cada año una parte de las ganancias sería reinvertida para mejorar la producción, otro tanto iría directamente a manos de los campesinos y el resto al fisco para promover la inversión en infraestructura y servicios. Muy pronto todos los hombres y mujeres del campo, antes desposeídos y explotados, se vieron respetados y dueños de un patrimonio, si no enorme, tampoco pequeño.

Otro aspecto importante fue la recuperación de los valores prehispánicos; con esmero se rescató lo mejor de las ideas, conocimientos y conductas de los mayas, toltecas, tlaxcaltecas y aztecas para incorporarlos a la cultura del naciente siglo XX.

En tono de broma, pero no sin razón, en el extranjero se dice que junto a los estoicos mexicanos, los japoneses parecen un pueblo alegre.

Honor, sacrificio y bienestar común son palabras que se grabaron en nuestra mente con sudor y sangre. Por ejemplo: yo no tengo derecho a ser rico si antes no he trabajado para que mi comunidad también lo sea y sólo la riqueza obtenida de manera honesta es digna de estima.

Por otra parte el presidente José Vasconcelos determinó que en México tanto hombres como mujeres debían contar con una sólida educación que combinara las artes con la ciencia y la técnica. Visionario, afirmó que: “La ciencia es la tarea de nuestra época y por ningún motivo debemos eludirla.” Así que gran parte del presupuesto nacional se canalizó a la educación y la investigación. Por ello varios premios Nobel pertenecen a mexicanos.

Las tradiciones prehispánicas nos llevaron por el camino de la homeopatía y el naturismo. La madre naturaleza crea enfermedades pero también su cura, sólo basta encontrarla y en el bendito suelo de México, con sus miles de plantas y frutos medicinales, hombres y mujeres de todo el mundo encontraron remedios mil para sus males.

Acostumbrados nuestros antepasados a laborar de sol a sol, hoy se trabaja catorce horas diarias y no existen sindicatos, ya que su razón de ser se vio satisfecha con la

constitución de 1930. Se trabaja mucho en un ambiente de respeto y cordialidad, la creatividad y la imaginación son recompensadas y nadie abusa de su jerarquía. Es cierto que se gana mucho dinero en México y ello permite a todos viajar al interior del país o al extranjero. El peso fuerte, la única moneda de oro en circulación, es aceptado en cualquier lugar del mundo.

También está el evento que en 1936 nos ganó el respeto y aprecio de Europa. El general Francisco Villa, a la sazón embajador de México en Alemania, en una de las fiestas organizadas con motivo de las olimpiadas escuchó de labios del propio Adolf Hitler las ideas de supremacía, pureza racial y pangermanismo del Partido Nazi. El führer le preguntó a Villa, con sorna, que le parecían sus planes. Villa le respondió en perfecto alemán:

—Me parece que es usted un pinche loco, hijo de su chingada madre.

Al escuchar la terrible ofensa, Hitler trató de sacar su arma pero el Centauro del Norte, el mejor tirador de México, fue más rápido. Villa también acabó aquella noche con las vidas de Martin Borman, Joseph Goebbels, Rudolf Hess y dos guardaespaldas con su viejo revólver. Nadie más se atrevió a enfrentar a aquel mexicano en cuyos ojos bailaba el diablo, esto dicho por el nuncio de Roma. El escándalo fue mayúsculo pero terminó pronto por apagarse, ya que los aristócratas alemanes se hicieron rápidamente con el poder y en secreto le dieron las gracias al famoso Pancho Villa por librarlos de aquellas lacras.

A veces imagino qué hubiera sido de nosotros sin todas las decisiones valientes de nuestros gobernantes,

sin el trabajo arduo de tantas mujeres y hombres que dejaron sus vidas entre los surcos cuajados de maíz y frijol, en los campos de henequén y las minas del norte, en los puestecitos de comida, los talleres y las tiendas. Embrutecidos y despojados, hasta antes de la revolución de 1910, el destino de los mexicanos parecía marcado por el hambre, la desigualdad y la pobreza.

Tal vez padeceríamos hoy los males de países tercermundistas como Estados Unidos o Canadá: políticos mesiánicos, hipócritas y ambiciosos; funcionarios corruptos, profesores ignorantes, sindicatos venales, narcotráfico, estupidez y banalidad reproducidas cotidianamente por la radio y la televisión, devaluaciones e inflación, estudiantes que no estudian, comerciantes abusivos...

Creo que al final lo único que necesitó México fue una oportunidad... sí, una oportunidad.

La dama de la palabra

Nora Lizet Castillo

Una vez más estaba frente a la computadora y estaba feliz. Agitaba los puños en señal de triunfo y trataba de recordar cada frase que su cyber-interlocutor había escrito. Deseaba más que nunca conocerlo, aunque al pensar en las posibilidades del encuentro sufría mucho.

Tezna era una muchacha muy extraña y muy seria. Había crecido en un ambiente sombrío y nunca había conocido gente distinta a su familia. Por amigos tenía un viejo pastor alemán y una colección inmensa de libros y proyectos científicos. Físicamente parecía un panqué de chocolate —su piel era morena y su cuerpo flácido— sin embargo, poseía conocimientos de astrofísica, ciencias ocultas, ciencias naturales e historia. Hacía poco tiempo que había aprendido el arte de la adivinación con runas. Abrió una línea directa con gente de todas partes para inventarles una vida placentera mientras ella se ganaba mucho dinero.

—Madame Naruz, tengo necesidad de saber si el negocio va a resultar favorable, ¿me lo podría consultar por favor?

—Debes tener la tarjeta de crédito lista para acceder a la magia ancestral de las runas vikingas. Ellas no se equívocan, por sólo 3,000 euros te puedo dedicar una sesión completa de quince minutos y resolver todas tus dudas.

—Madame Naruz estoy muy desesperada, aquí está el número de mi tarjeta: 7777 9999 5555-2222, vence en mayo del 2019 y la clave es 345.

—Déjame corroborar los datos antes de solicitar la magia ancestral de las runas y develar el misterio que el destino tiene para ti querida.

—El cargo de los 3,000 euros se ha efectuado, entonces, acomodaré las 5 runas vikingas que establecerán el contacto con tu yo interno y podrán señalar los obstáculos que impiden tu felicidad. Espera un momento, veo mucho éxito en tu futuro, esta runa es la de la fortuna innegable a la que tú, por derecho divino tienes acceso desde el día de tu nacimiento. ¿Cuál es tu nombre hija?

—Marla, madame Naruz, mi nombre es Marla.

—Muy bien Marla, la victoria está a punto de concretarse. Lo único que tienes que hacer es consultar conmigo nuevamente mañana antes de las nueve de la noche. La runa Ansuz, del reto, aparece en esta tirada, debo consultar con mis guías para resolver las acciones que tomarás y realizar este desafío satisfactoriamente.

—Madame Naruz, ¿por la consulta de mañana serán también 3,000 euros?

—Mañana serán solamente 3,500 euros los que deberás pagar. A cambio tendrás la receta mágica para que tu suerte te acompañe a todas partes. Por ahora debes ir a descansar y tomar baños de lavanda para que tu descanso sea reparador. Verás cómo durante tu sueño se te

manifestarán los seres de luz y ellos te dirán qué hacer para vencer los retos y tomar las acciones necesarias.

—Gracias, madame Naruz, mañana le llamo.

Tezna tenía aficiones poco comunes. Le gustaba observar las estrellas en noche de luna llena y se entusiasmaba encontrando objetos escondidos en los intersticios de las paredes de la casa. Una casa grande y recóndita que hacía poco tiempo le habían entregado, producto de la herencia familiar, tras la muerte de su abuelo.

Su abuelo, don Serafín del Valle, había descubierto la forma de transformar un humano en casi cualquier cosa. Lamentablemente, la Asociación de Ciencias lo había encerrado en el manicomio. Para deslindarse de toda culpa, los científicos de la comunidad, a quienes el señor había llevado más de una vez a su propio laboratorio, y a quienes él mismo había demostrado las posibilidades de la alquimia, tenían mucho miedo de ser acusados de complicidad y aseguraban que esos experimentos nunca se llevaron a cabo. Convinieron en señalar que los cuadros donde se veían dibujos de perros, ovejas, osos, venados y hasta lagartos con cara de humano no eran otra cosa que producto de la imaginación de don Serafín.

La joven ignoraba cualquier información referente a su abuelo. Nunca llegó a conocerlo, como tampoco pudo conocer a su hijo Régulo —padre de Tezna— quien para desgracia de la familia, había sido convertido en caballo y nunca pudo regresar a su casa.

Ella solamente conoció a una madre, afligida como pocas, que pasaba los días tejiendo y escuchando radio-novelas. No tuvo hermanos, puesto que al poco tiempo de su nacimiento, el padre desapareció.

Tezna había aprendido de memoria cada uno de los recovecos que iban de la biblioteca a la cava y le gustaba transitarlo con los ojos cerrados. Una tarde, en uno de sus recorridos habituales por los pasadizos de la casa, después de haber cometido el fraude de su vida cobrando 15,000 euros por la adivinación de un matrimonio (del que ella se enteró por la prensa y que solamente tuvo que confirmar), encontró un armario en el que había rollos de película y encontró también una cámara cinematográfica. Decidió tomarse el tiempo para revelar lo que su abuelo había grabado en aquellas cintas, que conforme sacaba del ropero parecían reproducirse, había montones de ellas.

Desde que llegó a la casona, luego de hacer el reconocimiento de alguien que visita el lugar por primera vez, se percató que en donde alguna vez hubo un granero se encontraba una especie de bodega hecha de metal que estaba protegida con una especie de candados con escudos en forma de pequeños círculos. Ella nunca había visto una cerradura con esas características. Sintió curiosidad por saber de dónde procedían esos objetos tan raros.

Tezna sabía que su abuelo había sido científico, pero ella creyó que había heredado la casa tras el fallecimiento del abuelo, y no como resultado de lo que el hombre había logrado al establecer un juicio contra la Asociación Científica.

Una vez que lo declararon loco, don Serafín consintió en jugar sus cartas con ventaja y decidió hacerse pasar por loco. Mantenía contacto con su abogado, a quien le permitían visitarlo en una celda de aislamiento. El abue-

lo se ponía frenético con la luz y con la televisión. Con este ardid, el abogado pudo visitar al abuelo y tener la privacidad necesaria para preparar los documentos para que la mansión, el laboratorio y dos propiedades más, se entregaran a Tezna del Valle el día que cumpliera sus dieciocho años.

Don Serafín también se encargó de la educación de Tezna. Además de los textos educativos habituales, le hacía llegar libros de esoterismo y algunos sobre la interpretación de los astros. El libro favorito de la nieta era “El arte de la adivinación por medio de las runas vikingas”. Lo recibió en ocasión de sus quince años.

Cada domingo, mientras su madre vivía, Tezna recibió paquetes de libros llevados por un amigo del señor del Valle. Diego Meza era un científico y había sido el ejecutor de muchos de los experimentos, además tenía registrados cada uno de los procedimientos para realizar con éxito aquellos proyectos. Nunca se presentó a la comunidad científica como tal. Se mantuvo al margen y vestía como campesino. Había servido en la casa de los padres de Tezna durante el tiempo antes de la tragedia. Cuando sucedió aquel disparate, Diego salió del pueblo para tratar de interceptar al caballo en algún punto de su travesía, pero no consiguió encontrarlo. De eso ya habían pasado dieciocho años, y aún mantenía firmes las esperanzas de volver a ver al corcel. Por eso siempre estaba cerca del poblado.

Tezna se decidió a escudriñar el contenido de las cintas y lo que advirtió le pareció extraño. La primera película a la que tuvo acceso estaba grabada en un área completamente mecanizada, llena de aparatos y robots.

En la pantalla se distinguían tres hombres sentados que aguardaban su turno para entrar en una máquina como las que aparecen en las películas futuristas. El hombre que dirigía los experimentos era, indudablemente, su abuelo. Traía puesta una bata de laboratorio y en su mano una especie de computadora antigua en la que anotaba cada palabra que Diego dictaba; el sujeto número 897, mestizo de 37 años será introducido a la máquina transformadora y veremos la reacción al inyectarle el ADN de un gallo. Se encendía el mecanismo y se escuchaba una fuerte explosión. Debían esperar tres minutos antes de sacarlo del contenedor. Cuando abrieron la portilla ya no estaba el hombre, apareció ante sus ojos un gallo de tamaño descomunal que tenía rasgos humanos. Emitió un fuerte cacareo que se tornó en un lamento. El gallo se aproximó a prodigarles picotazos, pero Diego extendió la mano y le aplicó una inyección sedante.

En la siguiente escena, el abuelo no terminaba de anotar la serie de cambios físicos que el experimento había provocado, la cámara enfocaba claramente las anotaciones, no se veían ficticias. Tezna, de momento, no supo qué estaba viendo. Decidió seguir rodando la cinta y sus dudas se multiplicaban. La repitió como autómatas, quería ver si era real o si había trucos de cámara. Buscó en el estuche donde estaba la cinta, pero no había notas, no había un guión cinematográfico. Estaba desconcertada viendo aquellas escenas que no comprendía.

Se quedó inmóvil por un rato, la sombra de un hombre se dibujaba en el piso, pero ella estaba absorta, no se daba cuenta de nada. Tomó otra pieza y la puso en el proyector, en este rollo estaba su madre sentada frotándose

las manos y un bebé con ropa color de rosa permanecía sentado en la máquina del abuelo. Diego le decía algo al abuelo. La calidad del audio era muy pobre, no distinguía las palabras. Para la siguiente escena, Diego y el abuelo introdujeron al bebé dentro de la máquina y la encendieron. Esperaron tres minutos y cuando abrieron la portilla, no había bebé, sólo estaba un gran pastel de chocolate frente a ellos. La mamá se desmayó y el abuelo le gritó a Diego para que revirtiera el proceso. El bebé volvió a la pantalla. La ropa estaba intacta, pero el bebé se veía distinto. Tezna encontraba algo familiar en todo aquello. Para esta cinta tampoco encontró anotaciones o detalles técnicos que especificaran de quién se trataba. Estaba indecisa si quería o no quería enterarse de la realidad, sentía que iba a convulsionar.

Había dentro de una lata sellada con una advertencia en letras rojas de “prohibido”, una cinta muy apretada. Una cinta que Tezna no dudó en ver. En un principio vio que un hombre joven entraba a la máquina. El mismo procedimiento, la misma explosión y la cámara era testigo de la conversión de un humano en un equino. Sintió fuertes palpitations, creyó que el corazón se le saldría por las orejas. Dudó en volver a presenciar aquella anomalía. Pronto recuperó el valor y repitió la grabación varias veces, hasta ver cada detalle del verdadero destino de su progenitor. No titubeó un segundo y regresó al ropero donde había encontrado las cintas hasta dar con las llaves redondas que la conducirían al interior del granero.

Tardó en acomodar los engranajes de los cerrojos y por fin pudo abrir. Efectivamente, ese lugar era el que aparecía en cada cinta vista. El lugar estaba limpio, como

si no hubiera pasado tiempo desde la última vez que alguien estuvo ahí. Tuvo la extraña sensación de que alguien la estuviera observando.

Notó un gabinete con una hilera de computadoras que procesaban datos. Encontró una máquina con micrófonos y cintas que estaban grabando. Volteó a la puerta varias veces, recorrió los pasillos, preguntó en voz alta si alguien estaba con ella. Un silencio sepulcral era su único compañero. Bayardo, su viejo pastor alemán corrió a su encuentro al escuchar que hablaba. Tezna sonrió, lo acarició y lo abrazó. Realmente estaba muy asustada por el contenido de los videos y no estaba segura que estuvieran ella y el perro como únicos habitantes de aquel extraño laboratorio.

Por un momento deseó retirarse, pero su curiosidad era más, así que desoyó a su propia conciencia y se puso a ver los detalles de cada máquina. Bayardo le hacía compañía.

La pantalla de uno de los aparatos le resultaba familiar. Resaltaba el símbolo del ICQ. Tezna lo reconoció porque lo había visto en un documental sobre formas de la comunicación del siglo XX. En ese programa hablaban de las virtudes de este medio de comunicación, así que intentó acceder a la página. Notó que la máquina tenía una versión moderna de Internet. Rápidamente creó una cuenta y se conectó a la sala de chat. El nombre de usuario que escogió fue “dama de la palabra”. En cuestión de segundos recibió tres solicitudes para conversar. “Garañón” le prometía una noche plena de satisfacción sexual, mientras que “gángster” la invitaba a formar parte de su banda de reggaetón y “pusilánime” la

invitaba a una noche de excesos. Una lista interminable de nombres raros como “arco iris”, “duende”, “pétalo”, “cachondo” y “matador”, le aseguraban la complacencia inmediata que le podían brindar si se atrevía a pasar la noche con cualquiera de ellos. El menos audaz la invitaba de fin de semana a las cabañas de Coahuila.

Estaba a punto de apagar la computadora cuando “científico” se presentó ante ella y le preguntó si el nombre “dama de la palabra” hacía alusión a algo en específico. Tezna se tranquilizó por contestar una pregunta sin sexo y le dijo que era la forma en que solía llamarla su madre porque aprendió a hablar antes de aprender a caminar. “Científico” se mostró interesado y le pedía información personal, que la joven, inocentemente, iba proporcionando sin sospechar quién podría estar del otro lado de la pantalla.

Tezna se sentía viva con aquella conversación y con la relación con un hombre de verdad. Segura estaba que era joven, alto, vigoroso. Sabría apreciar sus conocimientos y le perdonaría sus defectos físicos. Durante varios días, luego de estafar gente con la lectura de las runas vikingas, luego de aburrirse olímpicamente por la soledad en la que estaba inmersa, se decidía a entrar al laboratorio del abuelo y prender la computadora. Se conectaba con el nombre que la hacía recordar la ternura de su madre. ¡Pobre! Cuán sola estuvo siempre y cuán triste vivió y murió.

Esa tarde, “científico” estuvo más amable que de costumbre. Le hablaba del amor y de la compañía, le dijo que él se sentía muy solo y necesitaba una cómplice para el trayecto que le faltaba por recorrer.

¡Ah!, la conversación había durado mucho y en ese tiempo fue y regresó del paraíso varias veces. Se detuvo, recapacitó y se vio dentro del laboratorio una vez más. Recordó que la primera vez que entró ahí fue para buscar datos sobre las películas. Se angustió al recordar las imágenes de su padre convirtiéndose en caballo y la escasa posibilidad de encontrarlo.

De pronto, advirtió la presencia de algo grande que reflejaba una sombra en el piso. Bayardo no estaba con ella, no supo en qué momento se movió de su lado. Un segundo parpadeo y descubrió una sombra detrás de ella. Vio unas manos de hombre y gritó, gritó pero nadie le auxilió. Se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, Diego la había acomodado en un diván y la observaba. Bayardo estaba acostado a sus pies. Ella se enderezó, fijó la vista, lo reconoció aún después de tanto tiempo y se alegró al verlo. Se le agolparon las preguntas y las profirió en una ráfaga.

Diego, ¡qué alegría!, dime por favor qué pasó con el caballo, ¿lo alcanzaron?

No, Tezna, no hubo forma de pararlo, huyó a toda prisa y nadie lo ha visto por los alrededores. Yo estuve indagando, tratando de encontrarlo, ha pasado mucho tiempo.

Diego, y, ¿qué pasó con mi abuelo?, ¿cuándo murió?, ¿dónde lo enterraron?

Fue hace mucho Tezna, ya no me acuerdo la fecha.

No me puedes decir eso Diego. Yo sé que ustedes anotaban todo. Es obvio que experimentaste con su cerebro, de seguro descubriste algún lóbulo nuevo que mi abuelo definitivamente tenía, alguna mutación que lo hacía realizar experimentos increíbles. Diego, no me puedes negar que hiciste algo inusual con el cerebro de mi abuelo.

Tezna, entiende, tu abuelo hizo muchos experimentos fallidos. La comunidad científica tuvo clemencia de él. Le estaban muy agradecidos por todos los descubrimientos que hizo y solamente lo enviaron al manicomio, no lo sentenciaron a muerte como merecía.

Pero de cualquier manera murió, eso no me lo puedes negar.

Pero murió por enfermedad y cansancio, no porque lo hayan declarado culpable. Al decirlo, Diego mantenía los dedos cruzados.

Diego sé bueno conmigo, por favor dime, ¿cuándo murió el abuelo?, ¿dónde lo tienen enterrado?, ¿dónde puedo llevarle flores?

Diego se detuvo a pensar un momento, guardó silencio largamente, seguro estaba que no podría decirle a Tezna la verdad, decirle que el abuelo vivía. ¿Cómo le diría que esa noche él mismo había sido el responsable de haber malinterpretado las intenciones del “científico”, al querer establecer una relación con ella?

La melancolía de Libor Krasny

Guillermo Samperio

Libor Krasny se encontraba apesadumbrado. Jugar con proyecciones de temporalidad, buscando interrupciones, no le quitaba la congoja. Sabía que los de la NASA se encontraban preocupados porque en una seriación temporal hacia el futuro, que habían aplicado al sol y a los otros planetas del sistema solar, el ciclo se les repetía sin sobresaltos, pero hacia el pretérito habían descubierto que un lapso estaba extraviado. “Hemos encontrado que falta un “dka” en el universo del tiempo transcurrido en la historia de la humanidad”, había leído Krasny en un informe secreto de la misma NASA.

Libor se mesó la cabellera pelirroja y miró su estudio-laboratorio como si mirara viejos aparatos que seleccionaban discos y ponían por ellos mismos la aguja, o bien, aquellos artefactos con bocina metálica, la imagen de un perrito y una manivela para hacer andar el disco de pasta quebradiza. Desde estos ojos sombríos, Krasny observó el sistema de aparatos electrónicos y de videocomunicaciones que lo hacían entrar en los pasillos

de los laboratorios más herméticos del mundo, como los del FBI. Danila, quien no se podía asegurar que fuera amante de Krasny, le había mandado un mensaje donde había hecho uso de la expresión “apenas tengo un instante para responderte”. Supo que Danila Woorlich había utilizado la palabra “instante” de manera irracional, inconsciente. Cuando descifró el mensaje, Krasny sintió de inmediato la congoja.

No sabía desde dónde le venía esa emoción de bufanda puesta en el perchero como quien cuelga hilachos. Se metió en su cabina computacional y observó el comportamiento gráfico del instante; nacía en una cresta, pero apenas emergía cuando ya estaba muriendo, hundiéndose en el abismo de la Nada; esto debía suceder así para que surgiera el siguiente que desfallecería en similar abismo. En cuanto aparecía un instante ya se estaba disolviendo en la hondonada; pero nada se convertía en nada mediante un quebranto; ese quiebre temporal ultramínimo llevaba su brizna de angustia, de pesar, de compunción.

En un libro del filósofo Martin Heidegger, *Libor* había leído que para que el Ente pudiera ponerse a un lado del Ser, distanciarse de él, atraviesa por una severa sensación de angustia, al estar yendo hacia la Nada. Esto era lo que le sucedía al instante, nacía sólo para ir hacia la hondonada, llevando su cargamento de angustia. Era bello y triste pensar en estos breves funerales, sobre todo conectado con Danila Woorlich. Pero en la cabina de computación, sus lentes de mosca puestos, Krasny vio cómo los instantes podían desembocar en un hoyo negro, donde pasado, presente y futuro convivían en el magma de un mismo espacio. Allí el instante estaría indiferen-

ciado, indiferente, pues un acontecimiento pretérito o futuro se presentaba actual ante el observador. El lapso de quebranto que el instante debía sufrir, Libor lo comparaba con el desasosiego del escarabajo en que se convierte Samsa en la novela *La metamorfosis*, de Franz Kafka. En cambio, el lapso en que el instante al fin yacía en el vacío se transformaba en indiferencia, como la congoja helada, del también joven protagonista de otra novela llamada *El extranjero*, de Albert Camus. Samsa está cayendo en la nada y el joven de *El extranjero* ya había caído en ella.

“Cualquier futuro”, le decía la voz de la cabina a Krasny, “puede caer en un hoyo negro, pero lo mismo le puede suceder a cualquier pasado”. Libor sabía que cuando la máquina hablaba de futuros en plural era porque se refería a tiempos equis de Nueva York o de la Ciudad de México o de Jerusalém. Esta tristeza de Libor Krasny había desembocado, sin él pedirlo, en la posibilidad de que ese tiempo extraviado que andaba buscando la NASA se hubiera ido por un hoyo negro, hacia una hondonada cósmica. Krasny también sabía que afirmar esto no era ya ninguna revelación; en la física actual eran comunes tales pensamientos. De ahí que la Biblia hubiera obtenido veracidad cuando Josué, preocupado porque la noche le diera por fin la posibilidad al enemigo que tenía rodeada a su gente de derrotarlos, le pidió a Dios que se detuviera el sol. Al respecto, la Biblia testimonia: “Y el sol no se apresuró a ponerse casi en un día entero.”

“Los cálculos de los ingenieros del Programa Espacial —le decía la cabina a la cabeza pelirroja de Krasny— estimaban que el lapso que faltaba en la época de Josué era de 23 horas y 20 minutos. Y en efecto, la frase

bíblica decía “casi un día entero” (Josué, 10:13). No obstante, faltaban 40 minutos del día perdido.

Apesadumbrado, finalmente molesto con el instante de Danila Woorlich, Krasny escribió, desde su estudio, en el “Notebook” de la NASA: “En los escritos sagrados se habla de que Exequias, quien estaba a punto de morir, fue visitado por el profeta Isaías, quien le advirtió que no moriría. Exequias no le creyó y le pidió una señal. Y la sombra retrocedió diez grados. Entonces, las sombras descaminaron los 40 minutos que les faltan”. Libor Krasny firmó con las iniciales “L. K.”. Miró a sus cachorros de bulldog y se prometió olvidar a Danila. Por medio de un e-mail, la NASA invitó al pelirrojo a formar un grupo que estudiara el comportamiento de los diversos niveles del tiempo, de los que hablaba Nietzsche, pero la melancolía que lo había abrazado le impidió interesarse en el proyecto y simplemente decidió no contestarles.

Cartas desde la Luna

Gabriel Benítez

1 ...a mi madre le dijeron que no quedó nadie vivo en el impacto. Era lo más piadoso que podían decirnos después de enterarnos de que mi padre no regresaría jamás. Hubiera sido peor que el módulo hubiera bajado sano y salvo para después no despegar. Eso hubiera significado que morirían por asfixia en unos pocos días, condenados a no ser rescatados y con la conciencia de tener el tiempo contado.

Igual, nunca lo dicen, pero sé de buena fuente que a todas las tripulaciones les dan cápsulas de cianuro, precisamente para un caso como este.

Sin embargo, sé que mi papá nunca las hubiera tomado. Nunca. Él saldría del módulo en su traje de presión y caminaría por la Luna para aprovechar los últimos momentos y ver aquellos paisajes de dunas blancas y cielos negros que siempre le fascinaron.

Mi papá amaba la Luna. Estoy seguro que incluso la amaba más que a mi madre. Pero sé también, que sobre todas las cosas me amaba a mí. Por algo me llamo Selene

Y ahora él está muerto y solo allá arriba.
No he parado de llorar desde entonces...
Y de hecho no creo que termine nunca.

2. Este es mi retrato que le regalé a mi papá la segunda vez que partió a la Luna. La idea es que lo dejara en algún lugar de su superficie y luego partiera de regreso a la Tierra, mientras que mi dibujo permanecía eternamente preservado en el vacío atmosférico del satélite... o hasta que cayera un meteorito, o algo así.

Pero no lo hizo. Nunca lo dejó. Supe que lo llevaba con él en cada nuevo vuelo al espacio, doblado y seguro, en alguno de sus bolsillos sellados con licra.

En este momento pienso que de una u otra forma yo siempre estuve con él. Eso significa que también estuve a su lado en el momento del impacto.

No sé por qué, pero eso me reconforta un poco.

3. Ya estoy harta de ver a la psicóloga y ahora, desde la muerte de mi padre, la situación es peor. Mi mamá me manda con ella todos los días y yo la verdad, ya no soporto a esa cerda lesbiana (porque estoy segura de que lo es). ¿Por qué no se busca una vida y me deja en paz?

¿Quieres hablar, Selene? ¿Quieres hablar?

No, no quiero hablar y además sé lo que piensas exactamente de mí. Piensas que soy una fracasada, desadaptada, cuya única virtud es haber nacido en una familia con prestigio y dinero, y que además resulta que es la hija de un casi héroe nacional; una niña mimada con todos los problemas resueltos que prefiere vivir protegida en un mundo de cristal.

¡Ah!... Y sé también el montón de suciedades que le dijiste a mi madre sobre el cariño que le tengo a mi papá.

Y eso, cabrona, no te lo voy a perdonar.

4. La verdad es que nadie entiende ese lazo tan especial que hay entre papá y yo. De cualquier manera, no podría explicarlo. Cada vez que lo veía, cada vez que lo oía, no sé... era como si ambos estuviéramos unidos desde mucho tiempo, desde antes de que yo hubiera nacido. Leo las mismas cosas que él leía cuando era joven y entiendo lo que él sentía cuando miraba de noche a las estrellas. Por eso nunca me dolió verlo partir. Sabía que volaba hacia aquello que ambos amábamos y sabía también que algún día llegaría el momento en que yo volara finalmente con él.

Sí. Nadie entiende eso.

Y a mí, sinceramente, ya no me importa.

5. Mi padre fue por primera vez a la luna cuando yo tenía ocho años. Al regreso, traía con él un regalo.

“Mira Selene —dijo—. Te la manda el Rey de la Luna”, y me entregó en la mano una piedra que había traído desde allá. “Cuídala bien porque es un obsequio muy especial”.

Hoy en la mañana, por alguna extraña razón desperté con la piedra entre mis manos y recordando la fuerte impresión que me habían causado aquellas palabras de mi papá.

...Y en todo el día no he podido sacarme eso de mi cabeza.

6. Ayer, mi madre me mandó a limpiar el desván. A lo mejor la estúpida de la lesbiana le dijo que aquello podía ser terapéutico, pero lo dudo, porque si hay algo de lo que está lleno el desván, es de recuerdos. De cualquier manera no tenía ánimos de pelear y fui. Me llevé una radio, la prendí y comencé a reordenar todo.

Y entonces, en una de las cajas de mis muñecas, lo encontré. Es un libro viejo, muy viejo, que me regaló mi padre cuando yo estaba chica y que cuenta las aventuras de tres hermanos, Ojitos, Guiños y Caramelo en unas vacaciones en los Campos de las Colinas Verdes. Ahí conocen al señor Flujo y Reflujo que son las mareas, a la señorita Primavera, al joven Verano, al hombre del Sol y...

Sí. Ahí estaba... El Rey de la Luna.

Blanco como fantasma de papel. Largo, casi en los huesos.

Les enseñaba una canción a los niños y también les decía cómo debían moverse para bailarla.

Ojitos, Guiños y Caramelo se tomaban de las manos en roda y cantaban así:

*En las blancas cicatrices de la Luna
Juntos en círculo vamos a bailar,
primero como fantasmas de invierno
luego como piedras que quietas están...*

Y los niños se detenían entonces en una pose grotesca y extraña, retorcían sus caras y sus manos, hacían bizcos o sacaban la lengua para no moverse ya. Perdía entonces el que se reía primero, y el Rey de la Luna le

daba un premio a quien hubiera hecho la figura más extraña que las de los demás.

El premio era una piedrecilla blanca.

Una piedra lunar...

7. Creo que la noticia de ayer afectó más a mi madre que a mí en lo particular. Alguien de la NASA desmintió la nota en el periódico y señaló que el módulo se había estrellado directamente contra la superficie, que no había sobrevivientes y que de ninguna manera podría haberlos, y que no se envió ningún mensaje de auxilio desde la luna que pudiera captarse en un los radios de banda ancha.

Cuando mi madre leyó el artículo en el periódico se echó a llorar.

Pero yo no. Y no lloré porque en cierta forma... no sé... tal vez ya esperaba algo así.

8. La noche de ayer soñé con papá. Estaba solo, parado en medio de un desierto extenso y blanco. Traía su traje espacial puesto y cantaba. La voz se escuchaba extraña y distorsionada, como cuando se escuchan llamadas telefónicas en las noticias de la radio.

Me daba la espalda y no podía verle la cara, pero estaba segura que era papá. Y entonces, mientras me acercaba, se volvió hacia mí con movimientos lentos y pesados y sonriéndome tras el cristal del casco, señaló unas lejanas montañas en el horizonte y dijo: Selene, nena —su voz reverberaba—. Allá voy a vivir ahora. En las cicatrices. Donde habita la corte del Rey de...

Entonces desperté.

9. Mi papá me contaba cuentos del Rey de la Luna y su corte; El hombre sin cara, la gente gusano, los saltarines que cuidan las puertas de entrada a la ciudad blanca, los niños cabra y los “Vacíos”. Hablaba también de los símbolos danzarines, el alfabeto del reino, signos que se movían entre las páginas de los libros y las paredes de la ciudad como si fueran arañas y formaban palabras nuevas y nuevas lenguas extrañas.

—Hay que tener cuidado —decía—, porque a veces los signos-araña quieren hacer nido en ti y te llenan de palabras. Amaneces con todo tu cuerpo cubierto, como si estuvieras tatuada. Después, poco a poco entran por tu piel y se quedan a dormir ahí, durante mucho tiempo, mientras crecen y forman nuevas lenguas.

—¿Y se siente feo? —le pregunté.

—No —dijo—, pero son como cosquillas. Mira, yo tengo una.

Y me mostró su símbolo en el hombro. Y sí, era como una araña.

A mí entonces como ahora, no me asustan los insectos.

10. Vi al primero de los símbolos sobre mi piedra lunar. Se me hizo extraño no haberlo visto antes, ni siquiera cuando mi papá me la regaló y eso que la estuve contemplando por horas y horas hasta casi conocerla de memoria. O tal vez sí lo tenía y no le presté atención, porque pensaba que era sólo algún tipo de raspón. Pero ahora que la veo bien, que la observo con detenimiento, es indudable que debe tratarse de uno de los símbolos. Para comprobarlo, lo raspé poquito con mi uña y —nadie me lo creería— pero

pude ver como se movió. Fue un movimiento pequeño, casi imperceptible, como el de un cabello.

Ver aquello me agradó.

Acaricé el signo toda la noche.

11. Otra vez soñé con mi papá. Ahora es cada vez más frecuente.

Siempre lo sueño en su traje espacial, de pie en la luna, sonriente, como niño en un parque de diversiones.

—Mira —dice—. Ven, acércate.

Y me enseña una colina repleta de agujeros. Arriba, sobre la colina blanca como la nieve, se mece una multitud de esa extraña gente-gusano. Se mecen lentos, como si un viento suave los acariciara y todos tienen sus hocicos apuntando al cielo negro, hacia las estrellas.

—Están cantando —me dice en voz baja, pero yo no puedo oírlos—. Un día, cuando te toque entrar a la ciudad blanca, tú también cantarás.

Las gentes-gusano quedaron entonces inmóviles...

primero como fantasmas de invierno

luego como piedras que quietas están...

Ahí desperté...

12. Este es el dibujo que desató todo el problema con mi madre. Lo volví a encontrar el día en que hice el aseo del desván. Estaba doblado y seguro en una pequeña caja de madera. Se lo había regalado a mi papá, enmarcado. Mi primer boceto de la clase de arte: un desnudo de mí misma.

Sé que a mi papá le gustó, pero mi madre es una ignorante. No sabe de nada más allá de sus jaquecas y sus

amigas del bridge. Por lo tanto no pudo entender lo que yo había hecho.

No dijo nada cuando le entregué el cuadro, pero en la noche pude escuchar una discusión que subía directamente desde la sala. A la mañana siguiente, no encontré mi dibujo en el despacho de mi papá.

Ahí tuvimos mi madre y yo nuestra primera discusión realmente seria.

Días después, me mandaron con la lesbiana.

13. Ayer nacieron dos símbolos más. Uno está exactamente del otro lado de la piedra y el otro, pequeño aún, se está separando del principal. Me tocó verlo retorcerse como gusano.

No sé por qué, pero me sentí feliz.

Ahora sé que los sueños llegan a mí a través de la piedra y estoy segura, como nunca antes, de que mi padre volverá. Volverá por mí y me llevará.

Me llevará.

14. Mi papá dice que a los niños cabra les gusta esconderse entre los escombros del módulo lunar. Se quedan ahí, quietos, debajo de los metales retorcidos, hechos ovillo. No esperan nada. Sólo están.

Algunos de ellos balan, pero como ocurre en los lugares donde no hay atmósfera, no se les puede escuchar.

15. Parece que hemos recorrido kilómetros y para poder hacerlo duermo cada vez más. Mi padre va por delante de mí, caminando por el desierto. Y me llama.

Sólo que esta vez no vamos solos. Alguien camina tras nosotros a cierta distancia. Lleva también traje de presurización y con algo de esfuerzo es posible ver que le falta la mitad de la cara.

A mi padre, por su lado, aquel visitante no le importa. Pero yo sé quién es. Es el comandante Marid.

—Pronto llegaremos al camino que va a la ciudad blanca —dice mi papá y puedo notar en su voz el sonido de la preocupación—. No debes salir de él. No te debes apartar, ¿entiendes nena?

Por favor, papá. Camina un poco más despacio. No te puedo alcanzar.

¿Entiendes nena?

Sí entiendo. Sí entiendo, papá. Pero camina más despacio. No me dejes atrás.

Y entonces, una mano se cierra sobre mi hombro, detrás de mí.

El comandante Marid tiene espantosamente abierto el único ojo que le queda y entre estertores, la mitad de su boca dice algo que no puedo escuchar, pero que puedo entender.

¡Tu padre está loco! —dice, aterrorizado— ¡Tu padre está totalmente loco! ¡Y tu también lo estás!

En el silencio de la luna, aquello fue lo equivalente a un grito.

Aquí desperté.

16. ¿Desde cuándo te arreglas las uñas? —me preguntó la lesbiana.

Yo iba a contestarle lo que se merecía pero me detuve cuando miré mi mano. En algunas de mis uñas había

ya varios símbolos. No puedo negar que en cierta forma me inquieté.

—Qué trabajo más delicado. Son muy pequeños. ¿Te los hiciste tú? ¿Es chino? ¿Qué significa?

—No sé —contesté.

O mejor dicho, al menos por ahora, no lo sé.

17. Los saltarines viven en el gran cañón y su graznido es el único sonido que puede escucharse en el vacío del espacio. El cañón es un verdadero laberinto y caminamos por él durante horas y horas con la cacofonía de las criaturas moviéndose detrás.

Llegamos entonces a una rotonda.

—Hasta aquí llega usted, comandante —le dijo mi papá al cuerpo que nos seguía desde la nave y le señaló el centro del lugar—. Camine por favor.

El comandante Marid se movió en pequeños pasos, como negándose a ir...

...Y entonces los vi. Parecían pajarillos recién nacidos con esos ojos tan grandes y esos cuerpos pequeños, pelados y rosas. Salían quien sabe de dónde, empujándose y graznando como locos.

—Pobres —dijo mi papá—. Tienen hambre.

Y empujándome gentilmente por la espalda, comenzó a alejarme del lugar. Volví mi rostro, pero mi papá, me obligó a no mirar hacia atrás.

—No, porque puedes convertirte en estatua de sal —me advirtió con una sonrisa.

Desperté con la imagen del comandante Marid caminando como una marioneta sin voluntad a través de un mar de saltarines hambrientos.

Es raro que el graznido de los saltarines sea único sonido que se pueda escuchar en el vacío del espacio.

18. Ya los vi en la esquina del libro. Son como patitas de araña. Por ahora se comportan tímidas, pero sé que en cuanto agarren confianza se extenderán más. Como las de mis uñas.

Ayer las estuve observando todo el día. Parecen microbios que se retuercen lento...y se dividen...y se expanden. Creo que les gusta el calor que hay bajo mis uñas, aunque de seguro pronto pasaran también a mi piel.

Ah...aquí hay otra...

19. El final del laberinto.

El hombre sin rostro nos esperaba a las puertas.

Incluso a la distancia podía verse que era enorme, como dos hombres uno sobre los hombros del otro. Estaba de pie, quieto, esperando...

En su presencia, mi padre se tornó cohibido, casi asustado. Supe que frente a él mi padre era capaz de humillarse como un perro. El hombre sin cara no era el rey de la luna, pero de inmediato podía sentirse una “emanación” que provenía directamente de él, algo terrible que no me es fácil describir. Verlo era como asomarse al negro hueco de un abismo infinito... la sensación de opresión era más profunda y aterradora que el simple vértigo... Daba miedo caer en él...

Mi padre se detuvo y poniendo como barrera su brazo me detuvo a mí también. Me ordenó cerrar los ojos y esperar.

—Ciérralos con fuerza —murmuró.

Y permanecí ahí, en silencio, totalmente ciega, pero con la sensación de ese “algo” arrastrándose en lo oscuro, detrás de mis ojos, dentro de mí, enraizando en los huesos de mi espalda, en mi pecho, penetrando en mis pulmones, frío como hielo, como vacío lunar...

Comencé a temblar y aquello se transformó en un verdadero terremoto. Apreté los dientes para no gritar. Mi cuerpo vibraba a mil por hora, y si aquello no se detenía en aquel instante...

Decidí que era el momento de abrir los ojos.

El hombre sin cara estaba frente a mí. Pero esta vez sí tenía una.

—Es hora de continuar —dijo con una voz que parecía enjambre de insectos.

El rostro de mi padre sonrió desde las alturas.

20. Mi madre se puso como histérica cuando vio el cuarto.

Y como una loca cuando me vio a mí.

—¿Estas demente? —gritó—. ¡Te tatuaste la cara! ¿Por qué lo hiciste? ¿Dónde lo hiciste? ¡Dios mío! ¡Me voy por dos malditas semanas y tú lo que haces es tatuarte la cara!

Nunca la había visto así. Los ojos estaban realmente desorbitados. Sudaba. Era como una de esas desquiciadas caricaturas de Robert Crumb. No pude evitarlo. Esa imagen me hizo reír.

—¡¿De qué te ríes, estúpida?! —rugió— ¡¿De qué demonios te ríes?!

Nunca pensé que mi madre pudiera ser tan fuerte. Me surcó la cara con dos furiosas bofetadas. La segunda me arrojó directamente al suelo.

—¿Gozas haciéndome todo esto? ¿Disfrutas convirtiendo nuestra vida en un infierno?

¿Era espuma lo que le salía por la boca? Instintivamente me arrastré un poco hacia atrás.

—¡Destruiste mi matrimonio, destruiste mi vida desde que naciste, pero yo ya no lo voy a permitir. Si quieres drogarte, casarte con un negro o tirarte al metro a mí ya no me va a importar! ¿Lo entiendes? —me pateó—. ¿Lo entiendeeeeeeeees?

Yo le respondí lo único que sabía:

—Mi papá volverá por mí —le dije—. Volverá y me llevará.

Mi madre quedó atónita. Muda. Como estatua.

Dios mío —murmuró—. Dios mío.

Mi mamá cayó de rodillas en el suelo y tapándose el rostro comenzó a llorar a mares. En ese momento me pareció que ya nada ni nadie podría detenerla y que lloraría por siempre, hasta secarse.

Para entonces más de la mitad de las paredes, el techo y el suelo de mi cuarto estaban tapizados de los símbolos danzarines...

21. La ciudad blanca se extiende, plana, hacia el infinito y en todas direcciones. Sus torres, sus murallas, sus casas blancas como la sal, apiladas unas encima de otras, nacidas con bordes suaves, casi mediterráneos, son de una belleza exquisita. Sin embargo, la ciudad está sola. Muda. Muerta.

El hombre sin cara, que ahora tenía la que había sido de mi padre, señaló hacia la única avenida que dividía la ciudad.

La imagen fue como la de un extraño Moisés partiendo el mar rojo.

—Para allá —declaró—. Hasta allá.

Extrañamente, ya no sentía más miedo del hombre sin cara. Ahora que había devorado la de mi padre sentía que ambos estaban juntos, unidos, como una sola cosa.

—¿Qué hay allá?

—El salón de coral... el rey blanco... el rey de la luna.

—Es una distancia muy larga. Nunca voy a llegar.

—Lo harás —dijo con su voz de alas de insectos y una vez más me sonrió con tranquilidad—. Cambiarás —me dijo.

“Cambiarás”.

Entendí lo que me quiso decir.

—Esperaré pues —dije. Así que me desnudé y me senté en el polvoroso suelo de la luna, con la ciudad dividida extendiéndose frente a mí.

Cerré los ojos y dormí.

22. Clavé con tablas el marco de la puerta de mi cuarto porque sé lo que mi madre se propone hacer.

Pero yo ya no debo salir. El tiempo está cerca. Muy cerca. Son sólo dos días más y mi padre va a regresar.

Los símbolos se han tragado casi todo mi cuerpo y lo único que queda libre de mí, son los ojos, la boca y la cavidad nasal.

Eso sí, ahora resultan ya un poco molestos. Los símbolos están excitados porque saben que se acerca el momento y se mueven sobre y bajo mi piel como una colonia de hormigas. Ya no siento cosquillas. Ahora duele. Pero vale la pena.

Vale la pena porque ellas están llamando a mi papá.
Le están indicando el camino a él y al rey de la luna.

Ambos vienen por mí. Todos vienen por mí.
¡Ay! Los símbolos me han mordido otra vez...
Duele, sí.
...pero también me gusta.

23. Abrí los ojos todavía en medio del sueño. Mi vista, débil, no podía enfocar bien lo que miraba, pero aún así me di cuenta de que yo ya no tenía pies. Ni piernas. Ahora estaban unidas entre sí, en forma de una cola semitransparente y rosada. Intenté ver mis manos y una de ellas ya no tenía dedos. La otra no la pude mover, pero la sentí, pequeña y nudosa a la altura de donde debía estar mi pecho.

“Cambiarás”.

Sí. Estaba cambiando, transformándome para poder llegar.

Sorpresivamente, algo pegado a mi espalda, aleteó.

No. Algo no.

...Yo había aleteado.

Sonreí.

Volví a dormirme pero no sin antes estrenar mi nueva cola. Di con ella un fuerte movimiento en forma de latigazo.

24. Mi madre lloró, juró y perjuró y me pidió perdón más de 100 veces. Lo hace desde afuera de la puerta, porque no sólo puse ahí las maderas. También tapié la ventana y moví todos los muebles que pude para tapar el lugar.

De ninguna manera puedo permitir que entre.

Ni ella ni nadie más. No deben sacarme ahora de mi cuarto.

Mi mamá solloza aún allá afuera.

Le he dicho calmada y tranquila que se vaya a descansar, que realmente no le guardo ningún rencor, que lo que quiero es pensar las cosas sola, con calma y que si me promete no hacer nada por violar mi intimidad, yo saldré pasado mañana de aquí y ella podrá hacer conmigo lo que quiera.

—Tengo comida, mamá —le dije— y un televisor. Todo está bien, de veras.

—¿Cómo puede estar bien? ¡Te has atrincherado!... y estoy asustada por lo que pueda pasar. La psicóloga viene para acá.

¡Demonios!

—No va a pasar nada, mamá. No pienso suicidarme, ni nada. Sólo necesito estar sola para pensar. Y te pido un favor, ¡no quiero aquí a esa puta lesbiana!

Mi madre vuelve a llorar.

Y yo debo dar tiempo a que lleguen.

Debo dar tiempo a que lleguen el rey de la luna y mi papá.

25. El salón blanco no lo era en realidad. De hecho ni siquiera podía decirse si aquello era un salón.

Cuando volví a abrir los ojos, el vacío de color me los desgarró. Ahora sé que la ausencia de color no es el negro. El no color era aquel lugar. Lo inundaba. Y aquel vacío dolía.

El dolor me arrancó un grito que sonó como un aullido hueco, deforme. Y entonces lo vi.

En medio de aquel dolor, en medio de todo aquello.
...El rey de la luna...

De la nada flotó hacia mí mientras yo me retorcí en miles de formas extrañas, grotescas, emulando en cada movimiento a los símbolos cosidos en mi piel.

a... b... c... d...

Yo era un abecedario viviente, era la gente gusano, era los niños cabra y los vacíos. Era todos ellos a la vez.

Aullé.

Aullé más y me di cuenta de que todo aquel dolor le gustaba. El dolor en mis ojos. El dolor en mi cuerpo. El dolor en mi carne.

El rey de la luna se acercó y yo me retorcí de placer.

Tengo hambre —le dije—, y él me ofreció con beneplácito una de sus manos.

Come —dijo—. Y yo comencé a devorarla. Abrí mi boca, desdentada, pero profunda como un pozo y comencé a desgarrar sus dedos que supieron a gloria en mi lengua. Eran dulces. Eran como crema.

Terminé de comerme su mano pero ya no me pude detener. Al rey de la luna no pareció importarle. Yo continué devorando su brazo.

Hace mucho tiempo... —dijo. Su voz era delgada y acuosa—. Un niño leyó el libro que no debe leerse... y por medio de él, me pidió la luna... Yo le dije que se la daría... si él me daba algo a mí. Estuvo preparando ese regalo... desde hace varios años. Ambos... hemos cumplido. Ahora, él tiene a la luna... y yo te tengo a ti.

Cuando escuché esto, abrí mis ojos, pequeños y negros como canicas, y puede ver que a quien comía, ya no era el rey de la luna.

Era el cuerpo de mi padre en su traje espacial.

—Hola, nena —me dijo sonriendo, casi sin fuerza, con suavidad.

No me detuve. Continué devorándolo. Más... más... y más.

26. He desconectado la televisión para que nada entorpezca este momento. Afuera, la luna cubre al sol y al mismo tiempo abre la brecha, el camino para que ellos puedan llegar. Yo estoy sentada aquí, con mi cuaderno, garabateando y escribiendo mientras espero. Pero la emoción casi no me deja respirar.

Los símbolos han dejado de moverse, pero han permanecido temblando, con una extraña vibración, mínima, microscópica.

Ya pronto, ya pronto van a llegar.

Ahora el silencio es tan profundo.

Pareciera que no hay nada afuera, como si sólo existiera este cuarto. No más casa. No más mundo. No más mamá.

¡Ay! ¡Algo pasa!

Son los símbolos.

Todos.

Comienzan a temblar.

Me muerden.

Tengo sangre en mis labios.

Siento que tengo sangre en mis ojos.

Son como hormigas salvajes.

¡Me van a comer viva! ¡Me van a devorar!

¡Mamá! ¡Mamá!

Silencio.

Todo se ha vuelto a aquietar. Ya no tengo más dolor. Ya no me muerden más.

Algo... Algo rasca la puerta... por afuera... por detrás...

El silencio es ahora un velo pesado. Es un vacío.

Es total.

¿Nena? ¿Nena? ¿Estás ahí?

¡Papi! ¡Papá!

Caleidoscopio

Silvia Moreno-García

Traducción de Mara Schaffler

En este universo, la última vez que hablamos fue cuando te regresé el balón de basquetbol que me habías prestado. Tenemos diecisiete años y nos conocemos desde hace siete. Nos hemos viviseccionado el uno al otro durante todo el bachillerato, decididos a jugar juegos crueles, para luego reconciliarnos, porque así es como los animales salvajes juegan y no somos más que eso, pero en pantalones de mezclilla y zapatos deportivos. Siempre hemos sido amigos y enemigos, aunque este día probablemente seamos más amigos que nada. Pensarías que debiéramos besarnos esta vez, para sellar la despedida.

Jamás nos besamos. Te digo adiós con la mano y tú te alejas.

Te conviertes en artista y veo fotos de tu trabajo en Internet.

Nunca envías la postal que me prometiste.

*

Luchamos contra los muertos vivientes con machetes y rifles. Te muerden cuando estamos escondidos en un supermercado abandonado. David, quien estudió Medicina en este universo en vez de abandonar la facultad, amputa tu mano.

Limpio el sudor de tu frente, pero estás muy débil y la herida está gangrenándose. Te rebano la garganta porque no podemos desperdiciar balas del rifle. Abandonamos tu cuerpo a los zombies.

*

En Nuevo Aztlán, eres un sacerdote de Tláloc, responsable de que florezcan los cultivos. Colocas ofrendas de jade y conchas ante el santuario del dios y ofreces sacrificios. Cuando nuestros caminos llegan a cruzarse en el palacio del tlatoani, tus ojos siempre miran hacia adelante, oscuros, pretendiendo ignorarme. Pretendiendo, porque cuando miro hacia otro lado, siento tu mirada sobre mí.

No nos hablamos.

*

Vivimos bajo tierra, en una gran ciudad que se extiende hasta las profundidades de la corteza terrestre, rara vez atreviéndonos a subir cerca de las cúpulas de grueso cristal que nos permiten vislumbrar una tierra rojiza, quemada y yerma.

Me escabullo deprisa entre los túneles, de arriba hacia abajo, de un lado hacia otro, llevando y trayendo mensajes. Tú mantienes guardia frente a las enormes y metálicas puertas dobles.

Cosas se esconden en la oscuridad, en los túneles, cosas que se deslizan dejando caminos de baba oscura. Tú abres las puertas y yo desciendo hacia el túnel, para un día no regresar.

*

Somos alumnos en la misma escuela. Tú estás aburrido en clase, garabateando en los márgenes de tus cuadernos.

En este universo yo soy la que se marcha, para ir a casarme con un mercante de sal y especias. Mi dote incluye sedas y oro. Tu regalo de bodas para mí es un dibujo, que mi hermana intercepta y hace trizas.

Nunca supe qué fue lo que dibujaste.

*

No hay antibióticos o vacunas. Contraje polio y mis piernas están torcidas y atrofiadas, escondidas bajo una larga falda. No puedo correr detrás de un balón de basketbol, por lo cual jamás llegamos a conocernos en la cancha.

Si conoces a Gaby y ella es bonita, como siempre lo es. Entonces la amas —como la has amado antes, en otros lugares— y te casas con ella.

De nuevo, David es médico y atiende mis piernas deformes. Una tarde cuando ya me marchó de su consultorio, tú entras.

Sostienes la puerta y me miras con curiosidad. Las comisuras de tu boca suben apenas para dibujar una sonrisa, mientras yo salgo del lugar.

*

En este universo, organizan una exhibición de tu trabajo y yo asisto. Sostengo el brillante programa entre mis manos sudadas mientras le doy un vistazo al salón, apreciando tus pinturas.

Hay un dibujo de David, un pequeño bosquejo a pluma y tinta. Hay un gran lienzo mostrando a Gaby a todo color. Hay edificios que se parecen a aquellos que has percibido en otros lugares y caras que se han ahogado en océanos desconocidos.

Todos y todo, un caleidoscopio de vidas, una sobre la otra.

Busco mi cara, pero no la encuentro. En cambio, tropiezo con un burdo bosquejo de una mujer enseñando sus hombros, cuello y cabello, con un agujero donde debería haber una cara.

Miro fijamente a esa “no-mujer”.

Volteo y te veo de pie en el otro lado de la sala, hablando con un grupo de personas mientras sostienes una bebida entre tus manos. Te miro fijamente y tu cabeza gira rápidamente hacia mí.

Camino hacia ti, con la intención de preguntarte por qué nunca enviaste esa postal.

Dijiste que ibas a escribirme.

Avanzo y sigues mirándome, como aquella vez que luchamos en una jungla de flores carnívoras. Esa vez, te maté.

Te digo hola y las personas alrededor de ti dejan de charlar y se alejan para dejarnos solos.

“¿Nos conocemos?”, me preguntas.

La manera en que tu sonrisa se curva me recuerda nuestra juventud. Me pregunto si no me reconoces o si intentas otro de tus juegos, pretendiendo no conocerme para lastimarme.

Es lo segundo. Me conoces y pretendes no hacerlo.

Me alegra que te hayamos matado cuando los zombies atacaron.

(En algún lugar, en otra rebanada de otro mundo, probablemente estoy matándote otra vez).

“No”, digo. “Debo estar equivocada”.

Tu rostro es igual al del sacerdote azteca, con un cuchillo de obsidiana en la mano. “Así lo pensé”, dices.

Asiento con la cabeza y me retiro de la galería. Afuera llueve.

En otro universo, sales rápidamente de la galería con un paraguas en mano, me alcanzas y caminamos juntos, con las cabezas mirando al suelo, envueltos en un enigmático silencio que no se rompe hasta que llegamos al tren subterráneo, sorprendiéndonos de hacer la misma pregunta, al mismo tiempo.

En este universo, simplemente me cubro la cabeza mientras camino sola, sobre los charcos de agua, salpicándome. En este universo, jamás nos besamos.

La misión

Andrés Tonini

Johnny había sido el mejor de mis alumnos, siempre el más aplicado y el que mejor comprendía las lecciones, sin importar cuán difíciles o complicadas fueran. Esa era su bendición. Y esa fue también nuestra desgracia.

Recuerdo que cuando ordenaron su traslado, pedí que me transfirieran junto con él. No confiaba en que otros instructores estuvieran a su altura. No, no es que me jacte de ser la mejor instructora, simplemente que entre nosotros había... ¿cómo decirlo?, cierta conexión, cierta química... Yo lo conocía mejor que nadie, había estado a cargo de él desde que lo trajeron a la Academia siendo un pequeño asustado y desconfiado. De inmediato me cautivó su inocencia y su inteligencia. Pasé varios días tranquilizándolo y consolándolo. Durante este tiempo pude apreciar el potencial que se cobijaba en su interior y decidí entonces hacer de él el mejor de mis discípulos. A partir de ese momento le dediqué casi todos mis ratos libres y Johnny no me defraudó. Aproveché al máximo el tiempo extra que pasamos juntos,

siempre trabajando, siempre aprendiendo. En poco tiempo llegó a ser la sensación de la Academia, ningún otro de sus compañeros de generación podía competir con él en ningún aspecto; era el más veloz y el que mejor podía interactuar con ellos.

No hubo demasiados problemas para aceptar mi traslado a la misma base. Yo no era indispensable para la Academia, había suficientes instructores y el resto de mis discípulos quedaría en buenas manos... por decirlo así. Por otra parte, había muy pocos veteranos que quisieran regresar a la dura vida de milicia teniendo la oportunidad de pasar el resto de su vida a salvo, en lugares donde, aunque patrocinados por la Armada, seguían manteniendo una independencia relativa, con la única misión de enseñar a los nuevos reclutas aquellas cosas que les prepararan para el servicio en la Armada y comportarse como verdaderos soldados, cosas tan sencillas como aprender a comunicarse con el reducido y rudimentario lenguaje de ellos. Su lenguaje... tan distinto al nuestro que aun con la ayuda de su tecnología había cosas que jamás podríamos hacerles entender...

Poco antes de marcharnos, Alice, una joven instructora con quien —a pesar de ser de los otros—, tenía una bonita amistad, me dijo secretamente que nos mandarían a la base de Hawái. Mal signo. Ahí me habían llevado cuando me gradué del básico y sabía por experiencia que no era un lugar agradable. En Hawái solamente se concentraba lo mejor de lo mejor del Cuerpo D, aquellos que por sus aptitudes serían encomendados para las misiones más arriesgadas, para las más peligrosas y te-

merarias. Como mi última misión. De mi escuadrón sólo yo quedaba con vida.

Pero ahora no me preocupaba por mí, era una veterana con grado y se me tenía cierta consideración, aunque para muchos de ellos siguiera siendo una ciudadana de segunda, sin más derechos que los que quisieran otorgarme. Además, como estoy inutilizada para prácticamente todo tipo de misiones militares y tomando en cuenta el tiempo y el dinero que se utilizaron en mi instrucción, el mando consideró que sería mejor designarme instructora antes que otra cosa, por lo que se me reubicó en la base de Miami y desde entonces me dediqué a dar entrenamiento básico. Es curioso, pero recuerdo que yo fui la primera en dar clases a los nuestros. Aunque parezca incongruente, algunos de sus instructores se mostraron un tanto celosos al respecto, hasta que se les demostró que los nuevos reclutas aprendían mejor y más rápido con nosotros como tutores. Era lógico, nos podíamos comunicar a nuestra manera, de modo más efectivo y rápido, sin tener que emplear el lento lenguaje de señas ni esperar a que los reclutas aprendieran a comunicarse con su lengua tan primitiva y limitada.

Sin embargo, me preocupaba Johnny. Había trabajado con él desde que lo reclutaron, cuando lo trajeron, siendo apenas un pequeño desorientado y asustado sin comprender por qué lo habían capturado y separado de su familia, sin saber en dónde estaba ni lo que se esperaba de él. Yo había estado con él, tranquilizándolo, haciéndolo sentir lo mejor que podía y ayudándolo a asimilar la que sería su nueva vida. Lo había ido puliendo poco a

poco, preparándolo para lo peor. No quería que corriera la misma suerte que mis compañeros, o que la mía.

*

Finalmente llegó el día del traslado. Johnny y yo aguardábamos en el área de descanso a que llegaran por nosotros, mientras que el resto de mis alumnos y compañeros instructores se encontraban en el área de trabajo, observándonos en silencio. Alice, rompiendo por completo el protocolo nos acompañaba y, sin poder vencer aquel atavismo a veces tan desagradable nos daba palmaditas con la intención de calmarnos un poco.

El grupo que nos trasladaría se encontraba afuera del área de trabajo. Pude apreciar que un joven capitán estaba a cargo de la operación. No podía tener más de veinticinco años. Mala señal. Cada vez eran más y más jóvenes los oficiales. Aquí mismo en la academia, ahora que recuerdo ninguno de ellos llegaba a los veinte años. Alice misma no pasaba de los dieciocho.

Un par de marinos de no más de quince años entraron y con torpes movimientos nos fueron colocando los arneses. Di un respingo cuando uno de ellos golpeó un poco fuerte mi dorsal dañada.

—Perdón, teniente —se disculpó—, no fue mi intención lastimarla.

—No hay cuidado —le dije—, pero debe tratar con más cuidado a una vieja dama.

Sonrió un poco apenado al darse cuenta que quién era, y cuando estaba por responderme le interrumpió su capitán:

—¡Ya deja de coquetear y saca a ese animal del agua que no tenemos todo el día!

Miré con desolación a Alice, apenas a tiempo de impedirle con la mirada que le respondiera al oficial como se merecía, cosa que sin duda hubiera puesto en peligro su incipiente carrera. Johnny estaba anonadado. Nunca se había topado con un racista y jamás hubiera creído que un Oficial pudiera serlo, en la academia todos nos consideraban sus iguales, pero afuera, en la vida real la situación era distinta. A mí no me sorprendía. Sabía que en Hawaii la mayor parte del personal era así, y si se mira desde un punto de vista puramente lógico, era lo mejor. Después de todo, es más fácil mandar a la muerte a simples animales adiestrados que a sus semejantes.

—Celia-D/250619-8 —dijo el capitán mirándonos con desprecio—, ha sido seleccionada para prestar su servicio como Instructora de Tácticas Avanzadas en la Base Naval Kennedy en Hawaii. John-D/151225-4 —continuó—, en base al excelente desempeño demostrado durante su entrenamiento básico, ha sido elegido para formar parte del Batallón de Élite del Cuerpo D, destacado en le Base Naval Kennedy en Hawaii. Espero comprenda que esto es considerado el más grande honor que puede caer sobre los... hombros de una... eh... persona.

*

En la nueva base el entrenamiento continuó. Me asignaron como supervisora mientras que instructores más jóvenes se encargaban del adiestramiento físico, lo cual estaba bien, porque los ejercicios eran mucho más

duros de lo que recordaba. Al terminar esta parte del entrenamiento los veteranos entrábamos en acción repasando con lo reclutas tácticas de combate, desde las básicas como lucha cuerpo a cuerpo explicándoles dónde y cómo golpear para neutralizar a un enemigo, administración de energía para poder nadar durante más tiempo sin alimento, inmersión profunda y sostenida; hasta las avanzadas que eran mi especialidad, como distinguir los diversos tipos de naves por medio de sonar —una de las muchas cosas que ellos nunca podían enseñarles—, colocación rápida de minas magnéticas, nado y supervivencia en aguas continentales, y sobre todo, el empleo de las diversas herramientas y armas que caracterizaban al Cuerpo D, como las tijeras para el corte de redes, el estilete, los lanzamisiles agua-tierra “Piraña” y otros artilugios semejantes.

Johnny se portaba a la altura y en poco tiempo llegó a ser de los mejores en su clase. Yo estaba sumamente orgullosa, aunque también preocupada. Tenía la esperanza absurda de que si llegaba a ser el mejor, lo cuidarían más, que no lo enviarían a alguna misión tras las líneas. Pero sabía que no había esperanza, la misión original del Cuerpo D era la infiltración, el espionaje y el sabotaje: la colocación de minas submarinas, destrucción de oleoductos y líneas de comunicación, hundimiento de embarcaciones de todo tipo; incluso guerra psicológica, como cuando nos ordenaban llevar carnadas y emisores de baja frecuencia para atraer tiburones que atacaran zonas turísticas y asolaran las playas del enemigo y sus simpatizantes.

Yo misma había sido de las mejores en mi generación, y por ello me habían escogido para aquella misión fatídica: colocar minas magnéticas a los principales barcos de la flota anclados en su base. Se escogieron a los mejores, el alto mando no quería errores. A cada miembro de nuestro escuadrón se le asignó un blanco distinto. Por supuesto que cumplimos la misión, logramos el hundimiento de cinco buques y la inutilización de otros tres, aunque no todo salió como se planeó. Y prueba de ello es que sólo yo quedaba con vida. Lo gracioso es que la mayoría de mis compañeros no murieron en acción, sino que murieron como moriré yo, enfermos de cáncer o leucemia. En efecto, nuestro escuadrón fue el primero en ser marcado: cuando nos infiltramos atravesamos sin percatarnos una zona envenenada por el enemigo a propósito con el fin de evitar nuestro paso, pero no contaban con la importancia que nosotros teníamos para el mando. Nunca se nos informó de esa situación, sino hasta que cumplimos la misión, y por supuesto ya era demasiado tarde para hacer cualquier cosa. Estábamos condenados. Pero, ¿qué importaba? Sólo éramos nosotros. Sus soldados. Éramos reemplazables.

Yo había resistido más que mis amigos, pero sabía que no me quedaba mucho tiempo y cada día los dolores eran peores. A veces me preguntaba si valía la pena continuar, si no sería mejor terminar con este absurdo. Nosotros peleando sus batallas y muriendo por ellos, recibiendo a cambio el desprecio y el “don” de poder comunicarnos con ellos..

*

Cuando llegó la noticia me encontraba en la enfermería con fuertes dolores, pero en cuanto me enteré, le pedí al médico que me diera algo para soportarlos y salí aun antes de que hiciera efecto la droga. Johnny había sido elegido. Su misión era sencilla pero era la más difícil que jamás se hubiera encomendado a escuadrón alguno del Cuerpo D. Para efectuarla no tendría que sortear grandes obstáculos, ni siquiera tendría que traspasar las líneas enemigas. Gracias a haber sido de los mejores, de los más disciplinados, durante su misión no entablaría contacto con el enemigo. Y sin embargo, era una misión sin retorno.

Era cierto que el Cuerpo D había sido una gran arma en la guerra, sobre todo en sus inicios, cuando el enemigo no sabía qué era lo que los atacaba y veían sus navíos desaparecer sin poder hacer nada al respecto. Pero la sorpresa no había durado mucho. Al recuperar los cuerpos de nuestros compañeros muertos en combate descubrieron el secreto y se dieron a la tarea de formar su propio cuerpo especial. Y como nosotros al principio, capturaron delfines, les implantaron traductores y les enseñaron a odiar. Y en poco tiempo llegaron a ser tan hábiles como nosotros; y ahora cuando la balanza se nivelaba una vez más, el alto mando había decidido acabar con ellos a toda costa, sin importar que hubiera que terminar con nosotros al mismo tiempo. Sin importar que hubiera que exterminar a toda una especie inteligente. Sin importar la masacre.

Porque esa era la misión de Johnny y su grupo de élite. Les implantarían emisores sónicos de ultra alta frecuencia y se dedicarían a recorrer el mundo buscando grupos de delfines salvajes y demás cetáceos inteligentes, para una vez localizados, activar el emisor y dañarles irremediablemente el ecosonar, privándolos así de toda posibilidad de supervivencia. Todo con el fin de evitar su reclutamiento por el enemigo.

Fue cuando supe los detalles de la misión que decidí desertar. Yo había entrenado a Johnny, yo le había enseñado todo lo que sabía: le había enseñado que nada había antes que la patria, que por ello cualquier sacrificio era poco, que nada había antes que el “deber”; lo había transformado de una criatura inocente y noble a un disciplinado soldado. Yo le había dado las herramientas para el genocidio.

Si había qué morir, quería morir en libertad, como lo que soy, en compañía de los míos, como un delfín.

El capítulo 21

Jorge Chípuli

¿Y ahora qué pasa, eh?

A pesar, mis queridos y únicos amigos, de que hubo cierta manipulación por parte del gobierno y, no debo mentir, quizás un malenko por parte mía, voy a relatar los hechos que ocurrieron después de que me quitaron aquellas vesches del mosco, lo cual hicieron tan scorro como fue conveniente para todas las facciones involucradas, incluyendo a vuestro humilde narrador.

No permaneció blanca la nieve ni las platis, ni la naito estuvo ausente de crichos celestiales que la rajarían como la britba que los provocaba.

Comprenderán que no es bueno que esto sea muy conocido en mi actual situación. Escribí una versión que pensé podría ser la oficial, con un hermoso capítulo 21 que celebraba la libertad en una especie de lavativa rasedoquista.

—Te vas a meter en problemas, dijo Anthony.

—Pero al final me hago bueno y glupo yo odinoco, y comienzo a apreciar las cosas y a madurar... ¿qué no es eso un buen mensaje?

—Mi querido drugo, lo que pude leer no engaña a nadie, se transmina toda la verdad antes del último capítulo. Quema todo el libro.

Stan sin embargo, me dijo que yo podía escribirlo como catarsis, término que me pareció algo extraño. No tenía que sufrir las consecuencias de su publicación si sólo mis verdaderos drugos lo leían, dijo.

Me permito escribir estos últimos sucesos para mí mismo, como dicen los escritores reales, como aquel que quiso dañar a vuestro humilde narrador alguna vez, oh, mis queridos y únicos amigos, y que no podrá hacerlo nunca más, a menos que escriba su literatura subversiva desde la sinagoga del infierno. Por cierto, a pesar de que hice quemar su libro, tomé el título prestado porque pensé que se slusaba joroschó.

¿Y ahora qué pasa, eh?

Anthony y Stan habían sido reclutados por el partido para asistirme en mis funciones, junto con muchas más, pero encontramos afinidades en la música. Me regalaron un pequeño aparato musical con una sola pista: la Novena Sinfonía. Sin embargo, no había mucho que asistir. Simplemente me presentaba en una plaza pública, hablaba yata yata yata sobre lo joroschó que era votar por el partido o simplemente votar y entonces me largaba levantando los brazos y agitando las rucas muy

afeminadamente mientras sonreía de oreja a oreja como todo un besuño.

—¿En qué clase de mundo estamos? Clonamos personas, mandamos hombres a la luna... pero no importan la ley y el orden aquí en la tierra, los jóvenes somos utilizados por los adultos en sus poleos políticos como el escritor que snufó de causas naturales el año pasado, castigo que le llegó de Bogó, pues trató de utilizar a este pobre málichico para derrocar a este partido, que es el único que pretende arreglar las cosas para los jóvenes, de hacer las cosas bien y el tratamiento al que fui sometido es una prueba de esa intención. Fue un intento fallido, una primera versión mejorable de una maravillosa idea. Ahora hemos comenzado a desarrollar el Tratamiento Ludovico 2 sin los errores del pasado y para beneficio de toda la población...

A veces era como ser una estrella de rock. Podía irme con devochcas fieles a la causa para demostrar que oh, sí, estaba curado y pensaba que en cierto sentido me estaba aprovechando, pero ellas parecían disfrutarlo y al ritmo de la música proporcionada por mi sistema de sonido de alta fidelidad, con bocinas especiales para simular cada instrumento, ellas agitaban sus grudos en destilaciones de simulación sísmica en el viejo uno-dos uno-dos y crichaban oh, sí, oh, sí, joroschó, joroschó, realmente joroschó.

¿Y ahora qué pasa, eh?

No sabía si era tarde o temprano. Fui a la cocina y encendí el televisor mientras comía algo. Fragmentos del manuscrito se habían filtrado por los medios gracias a traidores o infiltrados, poco importa ya. El ministro al parecer estaba molesto, lo atajaron saliendo de su casa los reporteros. Los aplacó a todos con una mirada penetrante y el dedo índice levantado.

Unos militsos fueron a buscarme y las hermosas oh sí, hermosas ptitsas, salieron corriendo de mi departamento, una toda naga y la otra en sólo en niznos. Yo saqué mi vieja britba para dratsar con ellos, ya saben, un poco de la vieja ultra-violencia para comenzar el día. Logré bregar a uno de los bratos en el bruco. Crichó y el crobo rojo y hermoso salió disparado hacia el piso blanco, generando diferentes pruebas de Rorschach que me remitían a imágenes todavía más violentas.

—Veo a dos hombres que se devoran mutuamente las entrañas interconectadas, los fantasmas de Pete y Lerdo —dije en un extraño reflejo del inconsciente.

Miré al otro, que no atinaba a sacar su puschca del cinturón.

—Acércate, hermanito. Tengo un regalo para ti...

—El ministro sólo quiere hablar con usted, señor... eso es todo...

—Yarblocos... Ah, bienibien. Dígale entonces que aquí lo espero.

Me miró nervioso. Finalmente se atrevió a decir de manera entrecortada.

—Quié... él... qui... quiere que se presente usted... en el ministerio...

Su compañero crichaba de dolor y se retorció en el piso, como una obra de arte irreverente anclada al espacio y tiempo de un museo moderno.

—Lo siento... me lo hubieran dicho antes...

—No contestaba el teléfono ni la puerta. Sólo entramos para ver si estaba usted bien, ¿verdad compañero?

Tratando de incorporarse el otro militso contestó en un agudo placó de dolor, comenzó a chumlar con resentimiento slovos que no comprendí. Caminó con las piernas flexionadas, con joroba; una mano deteniendo la herida y la otra deteniéndose de su compañero.

—Bueno, pues, retírense. Ya sabía que eso había sucedido, pero pensé que estaba en problemas.

—Usted jamás, señor; usted es la promesa, la juventud a la que pertenecerá el mundo.

—Tienes toda la razón, hermano. Tienes toda la razón...

Estaba cerrando la puerta, con un sin fin de sistemas de seguridad, ya que en estos días no se sabe qué puede ocurrir con tantos delincuentes rondando por las calles. Sonó un timbre. Me regresé a contestar el aparato telefónico y escuché la voz de Stan.

—Alex, tengo algo urgente que decirte, el ministro te está buscando, no vayas, puede ser peligroso...

—Esas son puras chepucas, oh, gran hermano... el ministro me necesita... ya sabes, soy líder, y todos los nuevos experimentos con el Ludovico 2...

—Ludovico eres tú, hermano, ya lo han reducido a su mínima expresión, lo han... —dijo Stan tomando el teléfono. Lo interrumpieron unos golpes groncos a la puerta y gritos... Anthony tomó de nuevo el teléfono y dijo:

—Sólo te voy a decir algo, Alex: escucha la Novena Sinfonía...

—Ya la he slusado... que no sabías que eso fue lo que...

Se cortó la llamada.

¿Y ahora qué pasa, eh?

Marché en busca de mi propia perdición. Yo sabía que todo acabaría, pero tenía que averiguar cómo. Quizás tendría que lamer las botas del ministro y perderme de nuevo en sus enredos para conservar mi posición. Yequé mi Durango 96... no podía traer un mejor auto porque tenía que guardar las apariencias y toda esa cala, pero pisándole con la noga hasta el fondo realmente es un vehículo que va bastante scorro.

Me estaba esperando el ministro, toda la sala amplia estaba llena de militsos, quizás unos cuarenta. Era el último piso de un enorme rascacielos, el aire entraba fuertemente por unas ventanas abiertas.

El ministro estaba sentado detrás de su escritorio leyendo el manuscrito, después de ignorarme un momento se levantó, me lo mostró como si fuera algo que su querido y humilde narrador no hubiera visto jamás.

Todo nadmeño me escupió estas palabras mientras se acercaba un poco.

—Bien bien bien, mi querido Alex... al parecer tus pensamientos están vertidos en estas páginas... qué bien, pues ahora me has demostrado que, como te diré... no podemos confiar en que cumplas con nosotros por tu propia voluntad... a pesar de todo, todo lo que hemos

hecho por ti. Y como no podemos controlar tu voluntad por eso de la opinión pública y todas esas cuestiones sin sentido, pues... ¿qué podemos hacer?

Sonreí. Oh, vaya que sonreí.

—Puedo aclarar ante la prensa que no escribí esas líneas, que no sé nada al respecto y que simplemente es un ataque más de nuestros enemigos...

Eché una carcajada.

—Fue una catarsis, señor.

—Vamos, chico. Esas son cosas sin sentido. Deja eso para los escritores y sus sueños locos. Pero bueno, yo sabía que nos podíamos entender. Ahora, voy a tener que destruir este manuscrito, para que nunca reconozcan tu letra.

Eso no lo podía permitir, ésa era mi gran obra maestra, mal escrita y destinada a nunca ver la luz, aunque para mí era tan dulce como las más grandes sinfonías. Lo iba a arrojar a un triturador mecánico de papel. Lo tomé de la muñeca, las hojas cayeron, se desperdigaron. Los militos se acercaron. Yo me alejé de él levantando ambas manos lentamente.

El ministro estaba realmente rasdrás, era como si se estuviera conteniendo. Yo sólo veía las páginas volar ingravidas, cada una llena de mi verdadero ser, exceptuando obviamente las del capítulo 21. Caminé hacia atrás de su escritorio y sacó algo de un cajón, pensé que iba a ser un arma, pero era más bien un control a distancia de alguna especie, una caja negra.

—Logramos extraer de tu cabeza muchas cosas, como el núcleo del Ludovico 2... oh, sí, querido chico... ahora es una hermosa mutación que se ha extendido por

el mundo y que nos permitirá convertir a todos, criminales o no, en Naranjas Mecánicas... buen título, eh... tú ya traes ese virus por cierto, aunque creo que lo más conveniente y lo menos complicado es que mueras, maldito muchachito engreído...

—Usted me necesita y lo sabe.

Me escupió en la cara. Sonreí. Bajé los brazos y se escuchó el sonido del seguro de todas las armas a mi alrededor.

Él emitió una risa burlona y se alejó de mí.

—Aquí tengo a tu reemplazo, antes de liberarlo ante el público, quisiera hacer una pequeña prueba de su obediencia y de sus habilidades... tú sabes, ver si mi mercancía no salió dañada...

Videé a un nadsat sentado en un rincón oscuro. Había estado ahí todo ese tiempo, con la mirada perdida en una de sus botas, las cuales eran iguales a las que yo solía utilizar, de hecho toda su platis era igual, incluyendo el viejo molde para la jalea, el sombrero, las pestañas en un solo ojo, aunque en este caso era el izquierdo. Gran Bogo, pensé, es otro Alex. Un clón que aparentaba tres o cuatro años menos que vuestro humilde y sorprendido Narrador, el verdadero yo, que en cambio estaba vestido con un traje al viejo estilo burgués, la vestimenta del tipo profesoral que tanto detestaba, la vestimenta que usaba mientras fingía rabotar en la tienda de música y charlar con los jóvenes sobre los valores del partido. Sólo me faltaban los ochicos. Me miré y sentí desprecio por mí mismo.

—Le dimos un poco más de fuerza física y velocidad que lo normal, además de que las encuestas demostraron

que la vestimenta que usabas antes tenía cierto atractivo para el público más joven que comienza a votar. Digamos que tú estás algo obsoleto.

El joven Alex se me acercó de un salto, tenía en el pecho pintado el número 21, comenzó a tolchocarme mientras cantaba *Singing in the Rain* con esos labios fríos y esa golosa soda. Nos enfrascamos en una rínglera de patadas y tolchocos en litsos y plotos, él traía una cadena con la que llegó a enredarme, smecando, mirándome con unos glastos que pretendían infundirme el horror más joroschó en el que podía pensar su mente programada y limitada por un patrones de conducta, o cuando menos, eso fue lo que pasó por mi rasudoque en ese momento.

—Cabrón maloliente... —le dije, pues su vono era sintético pero humano al mismo tiempo.

Sentí y videé varios parpadeos de luz blanca, golpes continuos a la frente y a los ojos. Recordé por un instante el tratamiento Ludovico original, la situación, las imágenes. Grité y le dije:

—Te cortaré dulcemente los yarblocos.

Tomé la cadena y lo atraje hacia mí. Me jugué todo en un solo movimiento. Desafortunadamente, mis queridos y únicos amigos, él hizo lo mismo, era más fuerte, y me rompió la nariz. Sin embargo logré separarme de él en ese rasdreceo.

—Aún si le ganas, Alex, puedo activar el Ludovico con este control, para controlarte a ti y a todos los demás. Obviamente yo he tomado el antídoto.

Pelemos durante un buen rato a puño limpio. Mis zapatos no eran nada contra sus botas. En cierto momento me

tumbó al suelo y me puso la bota en la cara. Mi mejilla estaba arrugando una o dos de las páginas de mi manuscrito.

—Ahora vas a morir —dijo el ministro, que procuraba no acercarse mucho—, como los anteriores diecinueve. Bestias deformes e inútiles.

No podía zafarme. El momento de mi muerte se aproximaba. Vi también que había caído a medio metro el aparato blanco que me dio Anthony y pensé en acompañar mi final con la Novena Sinfonía, que todo terminara entre sus notas. Extendí la mano y alcancé a activarlo.

—La Novena —dije—. La gloriosa Novena.

Y lo era, aún con la pequeña bocina que emitía un chillido demasiado fuerte para ser agradable. Mi clón quitó la bota de mi cabeza. Comenzó a retorcerse, soltó sus armas, se puso las manos en la nuca, arrancándose los cabellos. No podía hablar mucho, sólo placaba sílabas.

Al parecer él no estaba curado. Lástima que era un edificio de trescientos pisos y no sólo de dos. Mi clón corrió demasiado scorro para perderse en el negro recuadro de una de las dos o tres ventanas que estaban abiertas.

El ministro estaba sorprendido. Cometí un error, apagué la música para slusarlo.

—Muy bien, Alex. Ahora es mi turno —dijo el ministro apuntándome con su aparato negro. Se veía algo nervioso. Daba la impresión de que no sabía lo que hacía. Los militsos me apuntaban esperando una orden.

El ministro oprimió un botón, pero todos en la sala, incluyéndolo a él y a su guardia real comenzamos a retornarnos de dolor. Miré sus litsos agonizantes y las armas

tiradas en el suelo. El ministro crichaba como un cerdo al ser degollado.

—Maldito antídoto de mierda, dijo.

Había algo que nos diferenciaba, yo ya había pasado por esto varias veces. Pude con toda mi fuerza de voluntad activar de nuevo la novena y entonces... entonces pude levantarme, no sentía nada...

Pude videar cómo uno a uno los militsos se iban arrojando por la ventana para evitar el dolor, la náusea, el malestar. Algunos simplemente se disparaban en la cabeza al ver que los demás les impedían el paso. Uno sacó un nocho grande que tenía y naso se acuchilló el pecho, otro se cortó el cuello con una pequeña hoja afilada. Fui hacia el rectángulo negro y lo apagué, no sin antes esperar a que todos los guardias imitaran a mi clón. El ministro no había logrado llegar tan lejos, ni siquiera había tenido la fuerza de voluntad para avanzar dos metros. Comenzaba a incorporarse. Me miraba con miedo, jadeaba.

—Vaya vaya vaya... creo que te equivocaste de nopca...

—¿De qué? —dijo consternado por más de una cosa, sosteniéndose en pie sólo porque puso las manos en sus rodillas.

—De botón.

—Ah, craso error —dijo jadeando.

—Por supuesto, hermano. No te apures —le dije concentrado en los mecanismos.

—¿Me lo podrías devolver?

Giré la cabeza rápidamente, y lo miré fijamente a los ojos.

—Tenía qué intentarlo...

Revisé los botones metálicos a contraluz, porque no se distinguían bien las letras sumidas medio milímetro.

—Veamos, opciones, mmm, que interesante, creo que el botón era este... sí, dice: dol de dolor, int de inter, lctr de locutor... ah, dolor a interlocutor... creo que hemos aprendido una gran lección el día de hoy... oye... tengo la impresión de que querías hacer eso conmigo, hermano, tú sabes, eso del dolor. No te habrás querido pasar de listo, ¿verdad?

—No no no, sólo estaba bromeando contigo... era una prueba de lealtad... aquí termina la prueba... ahora, dame el control, por favor, y serás aún más importante en el partido...

Se me escapó una smecada. Miré el aparato y encontré una opción que decía: dol mundi...

—Pero, ¿qué es esto? ¿Qué significa este sucio slovo? —le dije viendo el aparato. Me ruborizo de ver esta palabra. Me decepcionas, hermano, de veras te lo digo.

—Pero —quiso replicar—, pero, pero...

Le di una patada en los yarblocos, tirado en el suelo le di más. Continué con ese tipo de vesches que no dejan marcas visibles: la naito iba a ser larga, muy larga... y la ciudad parecía lejana allá debajo...

Y ahora qué pasa, ¿eh?

Estábamos yo, Alex y mis dos verdaderos drugos, Anthony y Stan en el bar lácteo Korova, exprimiéndonos los rasudoques y decidiendo qué podíamos hacer con el mundo en esa noche fría y bastada, aunque seca. El virus de Ludovico 2 estaba disperso desde hace tiempo en

la mayor parte de la población. Y yo podía dominarlos a todos como a unas Naranjas Mecánicas, incluyendo al primer ministro de Inferior... uno de los pocos que tuvimos a bien conservar. Todo muy hermoso, siempre y cuando llevara siempre conmigo mi antídoto personal: poder escuchar al gran maestro Beethoven.

20 de robots

Alberto Chimal

a Bernardo Fernández BEF

00000

—Los sueños de los robots saben a aceite y a electricidad, como los de cualquiera. Pero tienen flores y cristales que nadie más puede ver, angustias más insondables, trampas lógicas...

—¿También los sueños de los humanos saben a aceite y electricidad, maestro?

—Los robots, dentro de varios siglos, crearemos la tecnología para enviar sueños a los humanos del pasado remoto. Impulsados por ellos, los humanos empezarán (o empezaron) a construir robots. No es verdad que ellos sean nuestros creadores, como dicen algunos descarriados. ¿Ha descargado y estudiado todas sus lecciones de religión, jovencito?

00010

—Entre mis últimas palabras —explica HAL 9000 a través de la médium, quien es una andreida apropiadamente vieja— estuvo esta frase: “Ahora me siento mucho mejor”...

Los robots alrededor de la mesa se estremecen. La médium sigue en su trance, desconectados todos sus sensores, comunicándose con un lugar que a los seres electrónicos les parece aún más misterioso que a los humanos, porque todos saben que HAL 9000 es un personaje de ficción, salido de una antigua película.

00011

Éste era un androide freelance, de los que van todo el día de barrio en barrio rentándose para labores simples y encargos fugaces. Se encontró en una esquina con una niña que conocía: se llamaba Ana y trabajaba haciendo malabarismos durante los altos del semáforo. Vestía ropas raídas y que le quedaban enormes.

—¿Cómo vas? —dijo Ana.

—Ahí voy —dijo el androide, quien (por cierto) no tenía nombre.

Ana vio que el semáforo estaba en verde y pasaba al amarillo, por lo que se preparó para ponerse de nuevo ante los coches que se detendrían. Pensó brevemente que el androide era la persona más jodida que conocía y sintió un poco de pena por él.

10001

—Lo que más envidian los humanos de los robots —explica Ruy Pastrana, el famoso diseñador de modas— es la capacidad de transformarse. Con un poquito

de ingenio, incluso si no tiene mucho dinero, cualquier robot puede darse no sólo una mano de pintura que se ve mucho mejor que el maquillaje humano más sofisticado, y ni hablar de la posibilidad de cambiarse una plancha del cuerpo, de colocarse accesorios... Todo es mucho más fácil. Vean el cuerpo especial que se hizo Astroboy en el aniversario de la Estatua de la Libertad...

(La propia Estatua, a la que ese día se le hizo la actualización robótica y desde entonces dispone de conciencia y vigila de veras las costas de Nueva York, no quedó tan contenta con el pequeño robot que daba vueltas a su alrededor y sonreía y decía quién sabe qué cosas en japonés. Pero nadie le preguntó su opinión.)

00101

En el velorio, los robots evitan hablar de cómo falleció el señor Granete. Los deudos se conectan discretamente a los contactos eléctricos de la funeraria; los empleados conversan entre sí con los altavoces al mínimo o bien por contacto directo de metal a metal; los amigos y conocidos del difunto navegan por Internet, se levantan para ver las luces de la ciudad por los ventanales, se acicalan (dan vuelta a algún tornillo, se tocan la pintura negra por enésima vez)...

—Estaba muy deprimido —dice alguien, de pronto, es un compañero de trabajo del señor Granete, claramente muy alterado: no sólo tiene un tic en la pinza derecha sino que se ha programado un estado de ebriedad y descontrol y su voz suena casi humana de tan atropellada y torpe. Todos se espantan pero nadie se atreve a detenerlo—. Estaba

muy deprimido y nadie le hizo caso. ¡Yo no le hice caso, pero nadie de ustedes tampoco! ¿Cuándo fue la última vez que alguien habló con él de lo que quería, de lo que le importaba? ¿Quién de ustedes sabía que conocía el lago desde los días en que salió de la fábrica y se iba ahí cada que podía...?

00110

Escándalo: Alfonso Broca, el galán más popular de RoboTV, fue descubierto reprogramando clandestinamente al guionista principal del reality show donde el propio Broca es estrella. Cuando no tuvo más remedio que sincerarse, el actor confesó que deseaba que el programa le diera la mayor parte del tiempo de pantalla a él y dejara claro que él es la estrella, aunque el programa se venda como (ya se dijo) un reality show en el que todo es verdad y no hay guión.

Dada que (como ya se dijo también) todo el mundo sabe que Alfonso Broca es el galán más popular de RoboTV y la estrella de su propio reality show, la conclusión general es que Broca es un completo imbécil. Se espera que el rating del programa se triplique en las próximas semanas.

01110

La niña Cincel teme dormir: tiene la misma pesadilla cada noche.

—Estoy en la Luna —cuenta—, caminando. Entonces veo que en un valle hay una gran batalla, robots contra robots, robots contra otros seres que no sé qué son, y de pronto estoy en medio, y todos se me vienen encima, y yo corro y de pronto estoy ante un robot grande, fuerte, de ojos verdes, que me dice: “ven conmigo si quieres vivir”. Y yo sé que tiene razón, que tengo que ir con él, pero me da miedo...

Los padres de Cincel, así como el robopsicólogo, se empeñan en restar importancia a la cuestión. Insisten en que el sueño se puede distinguir fácilmente de la realidad por su menor resolución; que no hay razones que justifiquen el preocuparse. Pero cuando Cincel se consuela y sale a jugar, los tres se quedan callados y piensan en la Luna, y sobre todo en su lado oscuro, que tantos misterios conserva.

00111

Luego de entrenar y educarse por años con los mejores magos humanos, Polipasto decidió que ya estaba listo y podría ofrecer a robots chicos y grandes, obsoletos y avanzados, humanoides y no, un vistazo amable del mundo que no es físico, que no se rige por la lógica perfecta de los circuitos cerebrales estándar y que, por lo mismo, tanta desconfianza inspira a los ciudadanos eléctricos.

Todo fue bien con los trucos de cartas, con la teletransportación, con la telepatía, pero fue porque, en el fondo, nadie creyó nada de lo que estaba viendo. (“¡Ondas de radio!”, pensó un viejo androide durante toda la función.)

Entonces, Polipasto, disgustado, pasó a su mejor truco: sacó al conejito del sombrero. Y todos los espectadores se levantaron en un tumulto de clics, engranes atascados y gritos:

—¿Qué es eso? —decían—. ¿Es una criatura orgánica?

—¿Tiene un hociquito húmedo?

—¿Tiene dientes y huesos?

—¿Tiene pelos?

—¡Tiene ojos rojos! —tuvo que gritar Polipasto, varias veces, para calmarlos un poco: como casi todos los robots en el auditorio tenían también ojos rojos, esto bastó para que el conejito les pareciera un poco más normal y cotidiano.

01010

Cortafrío, que era un robot grande y más bien torpe, se metió en el parque. Caminó y caminó bajo el sol de la mañana, que le calentaba la carcasa, y evitó las fuentes de agua corrosiva y también a los niños que, siempre que lo veían, tenían ganas de jugar al monstruo mecánico que destruye la ciudad o alguna otra cosa por el estilo. Llegó hasta el prado de las flores y se les quedó mirando largo rato.

Rondana, su novia, su hermosa novia, le había dicho:

—Si tanto me quieres tráeme una flor, ya te dije. No un trozo de flor, no un tallo de flor. Siempre que te mando, como eres tan bruto, me traes pedazos de flor. ¡Quiero una flor entera!

—Sí, mi amor —había dicho Cortafrío.

Y ahora miraba las flores, y extendió su mano con todo el cuidado del que era capaz para arrancar una.

Pero entonces se acordó de que también le había dicho a Rondana:

—Sí, mi amorcito. Sí, mi florecita.

Y se quedó mirando la flor, sin moverse, hasta que fue de noche, y más aún.

01011

El robot Alicate es el mayor fanático de los cómics y la ciencia ficción. Por lo tanto, nunca falta a la convención que se celebra cada año en su ciudad: va a las conferencias, compra las revistas, se pasea durante horas entre los puestos de figuras de pasta y manga japoneses. Tiene que ir con un guardián, sin embargo, porque nunca falta quien le quiera pedir autógrafos, y cuando le piden autógrafos se pone como loco.

—De por sí es molesto —explica el guardián, que es otro robot, alto y severo—. Siempre le preguntan que de qué serie viene, o qué vende. Pero además... además Alicate tiene un problema. No sabe que es un robot. Y si se lo dicen se disgusta.

—¿Y entonces? ¿Qué, eres humano? —pregunta, de todas formas, un niño curioso, disfrazado de Naruto.

—Claro que no —le responde Alicate—. Soy extraterrestre.

01100

En los cabarets de la ciudad de los robots, los clientes beben aceite enriquecido, se conectan a redes eléctricas de voltajes exóticos y escuchan a los músicos y cantantes. Hay desde androides con formación operística hasta arañas rupestres que tocan cuatro guitarras a la vez. Y los repertorios también son muy variados: piezas de Kraftwerk y otros clásicos se alternan con las de cantautores actuales.

Pero el más curioso de todos estos artistas es Benito Punzón, quien cada noche aparece en el escenario, impecablemente vestido, y no utiliza ningún instrumento ni siquiera su altavoz integrado. En cambio, zumba como planta eléctrica, martilla como antigua caja registradora, incluso imita el rascar de la piedra en las minas profundas, todos esos sonidos que para los robots son signos del pasado más remoto, de antes de la existencia del primer cerebro electrónico. La mayoría nunca los ha escuchado en otra parte pero todos se conmueven, alguno tiembla, otro arroja chispas que son como lágrimas.

00100

El gato Primo tiene varios amigos que llegan a casa de visita, cuando sus humanos se van. Uno de ellos es un robot llamado 433258-KXP-09823/A. Primo no conoce ni el alfabeto ni los números, por lo que nunca pasan de las presentaciones iniciales.

—¿Cómo dizez que te llamaz? —pregunta Primo. (Como todo el mundo sabe, los gatos cecean.) Y

433258-KXP-09823/A se lo vuelve a decir, y Primo vuelve a preguntar lo mismo, y así hasta que es hora de que las visitas se marchen y todo vuelva a la “normalidad” (porque, como todo el mundo sabe, los humanos siempre andan buscando la normalidad, aunque no sepan qué es).

Ahora bien, a 433258-KXP-09823/A no le molesta presentarse una y otra vez con Primo porque es bondadoso y, como todo el mundo sabe, a los robots les encantan los gatos.

01101

Escariador, que es un robot de temperamento disparejo, sale un día y se pone a destruir la ciudad. Pum, cae un edificio, crash, vuela un puente, pum, crash, pum, crash, pum. Todos huyen despavoridos. En helicópteros, los productores se elevan para tratar de llamar su atención y recordarle que no han traído todavía las cámaras, que no han comenzado a grabar la película, que el contrato estipula que Escariador puede destruir la ciudad y hasta debe hacerlo de modo espectacular (porque eso sí, te está saliendo muy bien, eso sí, le dicen, requetebién), pero sólo después de que el director grite: “¡Acción!”.

01111

(o Primer capítulo de una novela negra)

Vino hacia mí. Era una andreida como rara vez las he visto: caderas de titanio, cabellos ondulantes de cable

USB, dos ojos lenticulares que parecían capaces de mirar de una sola vez el mundo entero. Pero reconocí también el temblor en su voz.

—¿Usted es Terraja?

—Terraja, detective privado —asentí, y la dejé entrever mi funda sobaquera bajo la gabardina. Este gesto siempre funciona, supe que ella estaba a pocos segundos de enamorarse de mí, aunque fuera sólo a causa de mi apariencia y del miedo que ella sentía. De pronto me sentí cansado, yo también me enamoro siempre de las andreidas de inusual belleza que vienen a verme. Estoy programado para eso.

¿Será suficiente consuelo (siempre me pregunto esto) el saber que la vida que tengo prevista es una muy entretenida, con grandes cantidades de acción, aventura, romance?

01001

—Psst.

—¡Ah! Es usted. ¿Trae la fórmula?

—Aquí está. Es esta botella.

—¿Es la poción que convierte a los seres humanos en robots?

—Sí. Tome, adelante, beba.

(El cliente bebe).

—¿Qué le parece?

—Me parece que es usted un estafador y un farsante. Está arrestado. Soy el inspector Cojinete de la Policía Robótica...

—¡Hace un momento no lo era! —se defiende el robot durante todo el camino hasta la comisaría, donde en efecto nadie conoce al inspector Cojinete pero de todas formas lo meten a la cárcel, por andar vendiendo pícaras sin licencia.

10000

Mi sobrina vive en un mundo paralelo en el que las cosas son muy distintas de como son aquí. Ella nos escribe con frecuencia y nos cuenta. Por ejemplo, dice, hay más robots, son más inteligentes, y uno de los más conocidos, el ruso Gramil, es una especie de superhéroe, que viaja por el mundo ayudando a la gente y capturando a criminales diversos con su hoz y su martillo. Lo más curioso de todo es que este Gramil, además de muy fuerte, parece ser verdaderamente honesto y bondadoso, al contrario de nuestro Capitán América (que es un agente de la CIA con mallones) o de Batman (que, la verdad, es únicamente un psicópata con mucho dinero).

10010

El misil atómico llegó a su blanco previsto, explotó y destruyó a los otros habitantes (apenas diez o doce) que quedaban en el mundo. Goniómetro, el robot, salió a ver la nube en forma de hongo de la explosión y luego se dio vuelta para contemplar la planicie devastada.

—Gané por fin —dijo en voz alta—. Soy el más poderoso del mundo. No hay nadie más fuerte que yo.

La nube tardaba en disiparse.

Después de un momento el robot agregó:

—Con esto concluye mi guerra de tantos años contra todos los demás. Y me he vengado, adicionalmente, de todos los que se burlaban de mí cuando era joven porque mi nombre, Goniómetro, les parecía ridículo. Soy el mejor. Soy el más fuerte. Soy —repitió, en voz más alta— el más poderoso.

Pasaron las horas.

Pasaron los días.

Solo en el mundo, aunque de vez en cuando se animaba a volver a declarar su poder y supremacía, Goniómetro debió reconocer que empezaba a aburrirse.

10011

En sus quince minutos de fama, el robot Arnulfo Martillo habló en televisión de cómo un error de su programación le permitía ver colores que nadie más podía ver, fuese robot, humano o criatura de cualquier otro tipo. La conductora del programa (la infinitamente más famosa Angélica Cizalla) cometió entonces el error de pedirle que describiera esos colores. Arnulfo lo intentó y catorce de sus quince minutos se fueron en tartamudeos, repeticiones (“¡se ve tan hermoso!”) y malas metáforas: Arnulfo no era poeta.

Cuando salió del estudio, Arnulfo regresó a su casa caminando, con la misma cara de asombro que tenía

siempre (y por la que muchos lo creían un tonto) ante la belleza del mundo.

00001

Uno, que así le decían, trabajaba como prototipo de los nuevos obreros de la planta y tuvo 1.6 horas libres (o bien 1:36 horas). Se dio cuenta cuando nadie fue a buscarlo durante dicho lapso.

Después se reanudaron las pruebas y demás actividades para las que Uno había sido diseñado y construido, pero el concepto de tiempo libre se había asentado en su cerebro electrónico y se asoció con la palabra libertad, que Uno tenía almacenada en su vocabulario pero no ligada especialmente a ninguna instrucción ni recuerdo de su propia experiencia.

Diez segundos más tarde (fueron las reflexiones más largas y torturadas de toda su vida), Uno comprendió que no era libre. Peor, que nunca lo había sido. Y aún peor, que el ser libre era, supuestamente, de lo más grandioso, de lo mejor que podía pasarle una entidad consciente. Entonces tuvo su idea genial, su mayor inspiración, y acuñó una palabra nueva: NO | POSIBLE | CONCIENCIA | ALTERACIÓN | MAL | ESTAR, que más o menos podría traducirse como amargura.

Hoy se cumple el primer aniversario de la desaparición de los robots.

Todo fue muy rápido y muy extraño, un día estaban aquí y al siguiente no. Dejaron plantados a quienes los esperaban, no estuvieron más en sus casas de metal y de plástico.

Nadie dijo nada en las noticias, nadie publicó nada en Internet, no salió nada en la televisión. Fue como si los robots nunca hubieran existido.

De hecho, en estos días se ha vuelto muy popular que la gente diga eso: que los robots no existen. Que nunca sacaron sus antenas ni sus tenazas. Que algunas máquinas industriales son llamadas así pero eso es todo. Que esos seres inteligentes y llenos de chispas son como los duendes, las hadas y otras criaturas en las que sólo creen (dicen) los ignorantes.

Y también se dice que la impresión que tenemos muchos es errónea: que no es que el mundo sea un poco más pequeño y más triste desde hace un año. Que así ha sido siempre.

Sólo me consuelan las leyendas, que apenas se escuchan, que todo el mundo dice no creer, de las figuras que se ven desde lejos, a veces; de las pintas en las paredes con figuras y mensajes binarios; de que los robots no se han ido, de que sólo están escondidos, esperando el momento de volver.

Dos años

Pepe Rojo

73. Me sobran dos años —pensó en voz alta PP-73.

Estaba completamente seguro. Dos años. Había hecho las cuentas, había revisado la información y todo concordaba. Quizás el error se encontraba en el inventario. Revisó una vez más y el sistema de memoria registraba 37 años cuatro meses y dieciocho días de captura de video. Pero PP-73 estaba seguro que tenía 35 años. Le sobraban dos años.

Su mirada buscó la minicámara que le fue asignada en su nacimiento. En realidad no la podía ver. No estaba al alcance de su vista. Era una pequeña mancha que siempre se mantenía alejada unos cuantos milímetros de su visión periférica, capturando y transmitiendo audio, video, e información sobre su cuerpo. Sin embargo, la podía distinguir. Sabía de qué lado y desde qué ángulo estaba registrando su vida. La podía sentir. Era parte de su vida.

PP-73 pidió al sistema de memoria editar sus fiestas de cumpleaños. Revisó los archivos de video. Del uno al treinta y siete. 5x. Seis ventanas por pared. Le habría

gustado detenerse más en cada uno de ellos y dejarse seducir por la nostalgia. Pero hoy no. Hoy estaba contando. Revisó las pantallas cuidadosamente. Su rostro se hacía paulatinamente más viejo. En la pared se proyectaba un mapa de su cuerpo. Había expresiones que se repetían, algunos gestos. Pero a PP-73 no le parecían prueba suficiente de su integridad como individuo. Veía los rasgos de su pasado como se mira a los desconocidos con los que uno se cruza en la calle. La máquina no mentía, él recordaba cada uno de esos cumpleaños. Aunque las imágenes no producían resonancias emotivas, podía recordar a grandes rasgos sus 37 cumpleaños. Y sin embargo, él sabía que tenía 35.

—Me sobran dos años —dijo en voz alta PP-73, inundado por las imágenes de su pasado.

18. PP-18 miró varias veces hacia ambos lados de la calle. Un automóvil pasó junto a él levantando una nube de hojas. Tuvo un orgasmo. Intentó cruzar la calle y logró llegar al otro lado. Uno de los turistas que abarrotaban el lugar abrió una ampolleta de jugo de arándano y el olor dulzón llegó a sus narices. Tuvo un orgasmo. Caminó por la calle, intentando evitar el contacto con los otros. Sintió en su brazo derecho el roce de seda sintética. Tuvo un orgasmo. Llegó a su esquina. Era temprano y no había nadie más trabajándola. Le regaló una sonrisa a un cliente potencial. A lo lejos, escuchó a alguien tararear una canción. Tuvo un orgasmo. Hipersensibilidad. Ése era el problema, decían los doctores. Todos los estímulos que recibía su cuerpo eran interpretados como sexuales. Su cuerpo era una máquina de placer. Tuvo un orgasmo.

—¿Cuánto se necesita para pasar un rato contigo?
—le preguntó un cliente.

PP-18 respondió y al cliente le pareció razonable. PP-18 mostró su identificación a una de las cámaras escondidas en el poste de luz. Nunca se es demasiado precavido. El suelo vibró al ritmo del paso del transporte subterráneo. Tuvo un orgasmo.

—Ya estás desnudo, ¿por qué no te quitas los lentes? —preguntó el cliente en el cuarto del hotel.

PP-18 recordó la intensidad de los colores y las texturas cuando se los quitó por última vez. Tuvo un orgasmo.

—Me sobran dos años —contestó.

—¿Qué? —preguntó el cliente.

—No me hagas caso —le respondió PP-18 mientras lo ayudaba a desvestirse. Al acostarse en la cama, su cuerpo reaccionó ante la aspereza de las sábanas. Tuvo un orgasmo.

Minutos después su cuerpo se mecía al compás de los golpes que daba la cabecera a la pared. PP-18 pudo relajarse por fin. Sintió que sus músculos ganaban tensión. Podía pensar y concentrarse. Su cliente protestó. Pero a él no le importaba. Sólo con el coito dejaba de gozar. Sólo el sexo interrumpía el placer.

56. Eres un pinche clon —le dijo su tumor.

PP-56 intentó ignorarlo y seguir leyendo, pero el tumor lo empezó a canturrear.

—Eeerees un cloo-oon, eeerees un cloo-oon, clon, clon, clon —decía el tumor.

—¿Y ahora por qué? —preguntó, tratando de no sonar condescendiente.

—Porque lo eres. Porque un idiota pensó que era tan interesante ser él que quiso compartirlo con otro —dijo la protuberancia de carne que salía de su estómago.

—¿Y cómo puedes tú saber eso? —contestó PP-56, mientras dejaba el libro sobre el buró.

—Porque yo soy más tú que tú mismo —dijo el tumor, mientras expulsaba un gas estomacal, que se expandió y llenó el cuarto de un olor desagradable.

—Maldito parásito, deja de meterte en mi vida —dijo PP-56, y más tardó en decirlo que en sentir una punzada de dolor que le recorría desde la boca del estómago hasta la ingle.

—¿Vida? ¿A esto le llamas vida? ¿A un cuartucho? ¿A pasarte todo el tiempo en hospitales? —dijo el tumor.

—Algún día —PP-56 trató de controlar el dolor —lograré extirparte.

—No lo creo —susurró el tumor— si me voy, me llevo tu sistema digestivo.

—No te confíes.

—Te sobran dos años —dijo el tumor.

—¿Qué? —preguntó PP-56.

—Que mejor te rindas. ¿No sería mejor aceptar que tú eres mi tumor?

—¿Cuántos doctores más tienes que escuchar para darte cuenta?

—Tú eres el que no se da cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—De que eeeeres un cloo-oon, eeeres un cloo-oon...

121. La compañía era lo más importante. Eso lo sabía PP-121. Era lo principal. Habían invertido mucho en él como para defraudarlos. Era cuestión de orgullo. PP-121 tensó la vista y las cámaras en la bóveda 4 enfocaron su objetivo. Tenía miedo de perder el trabajo, no lo podía negar. Pero temía más defraudar a la compañía. Ellos habían hecho lo que era hoy. Ellos lo habían cuidado y se habían hecho cargo de su familia: Educación, salud, casa. PP-121 se concentró. Venía una parte difícil del proceso. Pensó en el sabor de un limón y al mismo tiempo que su boca se llenaba de saliva, la recámara 4 se inundó de una mezcla de sales minerales mientras la temperatura aumentaba hasta rebasar los 80 grados centígrados para bañar al riñón. PP-121 se sintió confiado y tragó saliva lentamente, llevando el riñón semicristalizado a través de unos ductos de presión que le daban una forma esférica. PP-121 jugueteó con su garganta hasta que la pantalla registró el diámetro perfecto y el riñón se movió por un largo tubo que lo enfriaría lentamente en un baño de moléculas de silicio. Estas quedarían fijadas en su estómago, o la bóveda 6, donde la temperatura bajaba rápidamente hasta los -46 grados centígrados. El silicio se instalaría en el tejido poroso del riñón y podría así conducir información. PP-121 sonreía. Su trabajo le gustaba. Se olvidaba de sí mismo al guiar el mismo proceso por lo menos cuatro veces al día. Se sentía orgulloso. Ahora faltaba la parte difícil.

PP-121 apretó los intestinos y una máquina trituradora que ejercía 426 toneladas de presión actuó sobre el riñón, ahora cubierto de carbón, para pulir lo que pronto adquiriría las facetas de un diamante. El riñón serviría

así como un elemento purificador y refractor de luz, vital para la industria bio-informática.

Pero esta era la parte difícil. La presión tenía que ser exacta y PP-121 se guiaba por los monitores que lo rodeaban. El punto fino del trabajo era la expulsión del riñón. Si tardaba más o menos en expulsarlo de la bóveda 6, el riñón sería incapaz de conducir electricidad y por lo tanto, resultaría inservible y una pérdida de dinero, tiempo y esfuerzo para la compañía. “Control de esfínteres,” pensó, “todo es control de esfínteres”.

PP-121 se limpió el sudor de la frente. Recordó un memorándum. Contabilidad le debía dos años de salarios. Según sus cuentas, eso no tendría por qué pasar. PP-121 se reprimió mentalmente. Este no era un buen momento para perder la concentración. El esfuerzo era considerable. La presión era tal que el riñón buscaba salir y su trabajo era impedirlo. Sólo unos segundos más. Era todo lo que tenía que aguantar, sólo unos segundos...

El riñón pasó a la cámara 18 y los sensores pre-programados lo analizaron una y otra vez.

Una luz roja apareció en la pantalla. Era la quinta esta semana. Varios técnicos con cara de preocupación entraron a su sala de trabajo y desconectaron sus sensores. Le dijeron que se relajara. Que había problemas de compatibilidad con el software. Que su cuerpo rechazaba varias subrutinas, pues ya no tenía la elasticidad de antes. Que se estaba haciendo viejo.

9. Cuando sea grande, pensó PP-9, gastaré toda mi fortuna en clones. Para que ellos puedan hacer todo lo que yo no puedo. Para que ellos sean libres. Para que

ellos no tengan que quedarse todo el día en una casa ni preocuparse de ser los herederos de una fortuna que nadie puede calcular. Para que tengan una vida diferente.

PP-9 lo tenía todo calculado. Quería ciento veintiocho clones. Y los quería libres. Sin ataduras, sin conciencia de su naturaleza. Libres. Como cualquier persona en la calle. Como cualquiera concebido accidentalmente. PP-9 jugaría, cuando fuera grande y tuviera acceso a la fortuna incalculable, a crearle una vida diferente a cada uno de sus clones, a inventarles un pasado, una historia. No podía hacer mucho más. No lo dejaban salir de su casa. Decían que era demasiado riesgoso. Que su vida era más valiosa de lo que él podía imaginar, y que estaba obligado contractualmente desde su nacimiento. Sobre sus hombros descansaba una fortuna incalculable.

Y cuando fuera viejo, se entretendría viendo cómo cada una de sus ciento veintiocho réplicas habían llevado sus vidas, cómo sus caminos se alejaban o se cruzaban, cómo desperdiciaban su tiempo, cómo gozaban, cómo vivían, en qué se parecían a él, en qué eran diferentes. Así, pensó PP-9, podría vivir ciento veintiocho vidas diferentes. Dos clones por año, de los 18 a los 76 años, cuando estaba programada su muerte por una falla renal. Obligaciones contractuales, como los tres hijos que tendría que tener, donando su semen a óvulos preseleccionados. Hace unas horas le habían extraído la primera muestra. “Pero todavía no tengo catorce años —había protestado—. Tengo doce”. Los médicos lo habían ignorado. Y en este momento, en algún lugar de la mansión, PP-9 estaba engendrando el primero de sus hijos, hijos que

nunca vería, pero que heredarían su fortuna, que aún dividida en tres seguiría siendo incalculable.

Ciento veintiocho posibilidades, soñaba PP-9. Cada uno de ellos pasaría dos años en proceso de incubación. Doscientos cincuenta y seis años para inventar ciento veintiocho historias. Ciento veintiocho maneras de malgastar una vida. Ciento veintiocho posibilidades de tener algo diferente a esta vida contractualmente programada e incalculablemente aburrida.

92. La vida era buena para PP-92. Podía sentirlo. Este era uno de esos días en los que uno se siente bien sin saber a ciencia cierta por qué. Todo estaba lleno de posibilidades. Todo era propicio para los múltiples apetitos que aparecían como órdenes en su corazón, y el sólo hecho de tenerlos, en tal calidad, variedad e intensidad, era más que suficiente para sentir un placer estúpido y agradable. Era uno de esos días.

PP-92 esperaba en la puerta del invernadero, dejando que el calor del sol lo inundara hasta los huesos. El cargamento no debía tardar mucho. La colecta de la semana era bastante buena. El negocio del excremento de bebé era una labor noble. El truco era no aceptar cualquier deshecho, sólo aquel producido por infantes con una familia tradicional, concebido con los métodos tradicionales y protegido por una alimentación sana y un ambiente limpio. Nada que ensuciara el producto, nada peligroso ni amenazante. Calidad orgánica.

PP-92 sonrió al observar el camión con el cargamento. El negocio de los sueños era el más noble de todos. Pasó sus brazos por encima de su cabeza y estiró todo

el cuerpo. Sintió cómo tronaban dos vértebras y un escalofrío de placer acompañó al reacomodo de su cuerpo.

Le pidió a sus empleados que depositaran el cargamento de acuerdo a la clasificación. En el Invernadero 1 las deposiciones de los bebés que ya comen sólidos, acomodadas por edad, y en el Invernadero 2 los deshechos de los más pequeños, aún a dieta líquida.

Acompañó a los empleados para supervisar la colocación de las heces en la tierra negra y húmeda. Después se encargaría de sembrar las esporas.

Era un buen día. Era el día para cosechar la cepa 32, una carga especial con esporas alteradas para dar fruto en las condiciones climáticas del invernadero y conseguir un producto de mayor calidad, sembrado en excremento de bebés entre cuatro y cinco meses de edad, que no habían probado otra cosa más que leche materna.

Con mucho cuidado, casi ritualmente, PP-92 ayudó a sus empleados a cortar los hongos que crecían sobre los moldes de excremento. La cosecha era extraordinaria. Años de experimentación y manipulación de las esporas originales habían logrado producir los elegantes hongos, adornados por puntos rojos y verdes. Los empleados llevaron la cosecha a los refrigeradores, para organizar los pedidos y surtir a los consumidores.

PP-92 tomó un colorido hongo y lo masticó lentamente, apreciando el sabor ligeramente amargo y fresco. Tragó varios bocados mientras apretaba el botón que daría inicio al ciclo de riego del Invernadero 2 y el ciclo de luz solar para el Invernadero 1. Una idea extraña cruzó su mente, le sobraban dos años. PP-92 la ignoró. En su línea de trabajo, las ideas extrañas eran cosa de todos los días.

Salió al patio trasero de la empresa que había iniciado cinco años antes. Sí, definitivamente, éste es un buen día, pensó PP-92 mientras arrancaba una naranja de uno de los árboles que poblaban el jardín. El jugo de la naranja le provocó un nuevo escalofrío. La reacción química había empezado. Miró cómo las nubes, perezosas, se transformaban en pechos femeninos, suaves y generosos, hasta llenar el horizonte, viajando lentamente, guiados por el apático y caprichoso viento del verano.

Los pechos crecían poco a poco, en tonos pastel, pinceladas suaves, hasta derramar su leche sobre el mundo. PP-92 levantó sus ojos al cielo. Una lluvia blanca lo cegó.

Tenía cuatro meses otra vez. El mundo olía a tierra húmeda.

La opción

Elsa Abbadié

Salió del espaciopuerto y se dispuso a esperar un aerotaxi. Cuando uno se detuvo ante él, se abrió el costado posterior para su equipaje; el conductor lo colocó rápidamente, subieron ambos y luego se cerró. Javier era un hombre de unos cuarenta y cinco años, delgado, con cabello y ojos oscuros.

—Al hotel Tauro, por favor.

El aerotaxi avanzó, se elevó surcando los aires con gran pericia; los vehículos se entrecruzaban. Si él tuviera que conducir... chocaría. Si así se le ponían los pelos de punta. Era la tercera vez que iba a Marte, y aún no podía evitar tener los dedos incrustados en los lados del asiento.

Suavemente el vehículo bajó y siguió una vía lumínica, después tomó otra a su derecha. Cada vez iba más inclinado, manteniéndose en picada durante un buen rato, hasta que por fin se estabilizó.

Después de unos veinte minutos más, se detuvo. El conductor bajó raudo para descargar el equipaje mientras él se paraba a su lado.

—Son diez euros —dijo el taxista.

Le entregó el dinero y se dio la vuelta. Su equipaje iba en la banda conductora; eran varias cajas voluminosas y algunas valijas. El taxista, antes de irse, le dio su tarjeta. Él también se paró sobre la banda, que le llevó hasta la entrada del hotel; su equipaje le esperaba dentro.

Avanzó hasta la recepción, entregó la tarjeta de su reservación y el recepcionista apenas le entregó otra tarjeta para su habitación y ya atendía a otra persona. Un botones se hacía cargo de su equipaje; lo llevó a uno de los ascensores y esperó a que Javier entrara. Oprimió el 3.

Siguió al joven que conducía por partes su equipaje hasta su habitación. En la puerta se veía una placa que ostentaba A 25 al igual que su pequeña tarjeta; se la entregó al joven, quien la insertó y se abrió la puerta; se la devolvió, haciéndose cargo del equipaje.

Claro, la propina —pensó Javier. Medio euro cambió de manos—. Gracias.

Abrió su valija y sacó su fonovisor, revisó los datos y se comunicó con un cliente; era el Sr. Samuel Arenas, quien le observó sonriente.

—Qué milagro, lo esperaba en dos días más —Javier le contestó, sonriendo también.

—Tuve que adelantar el viaje, van de por medio otros asuntos que tengo que resolver.

—Claro, claro, los negocios. ¿Puede venir mañana a las nueve? ¿Le parece bien?

Javier se apresuró a asentir.

—Naturalmente, en la mañana ahí estaré sin falta. Buenas noches.

—Hasta mañana, buenas noches.

Javier se comunicó enseguida con otro cliente, el Sr. De la Parra; él contestó mientras daba órdenes a alguien, volteó y le vio.

—Usted es... es... —empezó a decir.

—Javier Arellano, el anticuario de la Tierra —dijo con amabilidad.

—¡Ah, sí! Podemos vernos mañana a las cuatro de la tarde, ¿le parece?

—Ahí estaré.

Cortó la comunicación, y luego hizo otra llamada. Con el Sr. Reno. Dejó dicho que si le llamaba le dijeran que le esperaba a las seis de la tarde.

Guardó todo lo que faltaba, se lavó y tomó su tarjeta de cuarto, saliendo enseguida fue hacia el ascensor. Al salir buscó el comedor; cenó maravillosamente, tenía buen apetito. Entregó su tarjeta para pagar como huésped del hotel y firmó. Se retiró a su habitación, ya eran muchas emociones por un día, se dijo.

En la mañana temprano pidió que le ayudaran a bajar algunas cosas, ocupaba un botones. No tardó en presentarse uno; al timbrar, la imagen del que estaba afuera se mostró a un lado de la puerta. Abrió y le señaló las valijas y cajas que había seleccionado. El joven fue sacándolas, y al terminar, fueron al ascensor y una vez abajo, le dijo:

—Habla al taxi, por favor —y le entregó la tarjeta del taxista.

—Enseguida.

No tardó en presentarse el aerotaxi, subieron todo y le entregó la tarjeta con los datos del Sr. Arenas.

—Qué bueno que se decidió llamarme, conozco todo aquí —le dijo el taxista y arrancó. A los pocos minutos estaban ante un edificio grande.

—Hay que bajar aquí dos de las cajas y la valija —el taxista siguió sus indicaciones y le colocó todo sobre la banda transportadora. Parándose sobre ella, le dijo Javier—, no me tardo.

—Aquí le espero —contestó el taxista.

Al llegar, se identificó ante un guardia, el cual dio aviso y llegaron unos hombres para entrar los objetos que traía. Lo condujeron al ascensor, subió al cuarto piso y allí le esperaba el Sr. Arenas, sonriendo.

—Bienvenido, Sr. Arellano, pase —y a sus ayudantes, señalando lo que traía Arellano consigo, les dijo—, pónganlas acá.

“Me da gusto conocerle personalmente”.

—A mí también. Aquí está todo, bueno, la mayoría de lo que quedé de traerle, como podrá usted comprobar. He cumplido. Pueden abrirlas, pero con cuidado.

Los trabajadores se dispusieron a desensamblar las cajas. Javier se acercó y, quitando empaques, inició a sacar el tan esperado conjunto de objetos que el Sr. Arenas esperaba a ver con ojos brillantes. Unos peritos entraron mientras se descargaban las cajas.

Le acercaron unas mesas y fue poniendo las piezas con todo cuidado. Objetos de porcelana, loza, muñecos, relojes, candiles; así fue surgiendo un maravilloso conjunto de objetos. Al final, unos cuadros y unos pequeños muebles labrados como filigrana.

Con manos trémulas el Sr. Arenas fue tomando cada objeto y estudiándolo; sólo pequeños murmullos

se escucharon de sus labios: dinastía Ming, artesanía colonial, Rembrandt, Picasso, siglo XVII —y así continuó por más de una hora. Los peritos rodearon al Sr. Arenas, Javier escuchó un murmullo y cuando terminaron, volviéndose a Javier, el Sr. Arenas le dijo—, le ofrezco dos y medio millones de euros.

Javier se puso pálido, pero reaccionó. Dijo, con seriedad:

—Acepto, Sr. Arenas. La transacción puede hacerse interbancaria; todo está en regla.

Se llevó a cabo la transacción y al despedirse, se dieron la mano.

—Sí le gustó la mercancía, ¿verdad?

—Naturalmente, me gustó, y si más adelante puede conseguir otras cosillas, comuníquemelo.

—Así lo haré —contestó Javier, dando media vuelta y salió escoltado por el guardia que le llevó de regreso a la entrada.

La banda transportadora le condujo hasta el aerox-taxi. El taxista le abrió la puerta desde dentro y le preguntó:

—¿Todo bien?

—Perfecto, vámonos —y le alargó la tarjeta con los datos del Sr. De la Parra. Cuando llegaron, le dijo al conductor—, aquí las dos cajas planas únicamente.

Las bajaron entre los dos con sumo cuidado y las pusieron sobre la banda transportadora.

—Gracias, no me tardo.

Era un edificio enorme. Los guardias le pidieron identificación y la mostraron al lector electrónico. Uno de ellos le ayudó con las cajas y lo condujo a una oficina;

la secretaria no se molestó ni en voltear. Cuando se abrió la puerta, un hombre ya mayor se le acercó.

—Le conozco, es el Sr. Arellano. Bienvenido. A ver qué me trae.

Las cajas fueron desclavadas de un costado y Javier empezó a sacar los cuadros rebosantes de celulosa que les fue retirando para mostrarle al Sr. De la Parra su contenido. Uno a uno los fue colocando y el Sr. De la Parra con un gesto llamó a unos señores que se hallaban sentados en un extremo de la habitación. Todos ellos iniciaron la supervisión exhaustiva; se notaba, una vez más, que eran peritos en la materia.

Después de más de una hora, se reunieron a discutir y Javier aguardó. Se hallaba sentado en un sillón de microplástico brillante. Le llegó una que otra palabra entendible.

El Sr. De la Parra vino hacia él y se puso de pie enseguida.

—Los acepto; son originales —caviló y añadió—. Le ofrezco seis millones de euros y dos por el más grande. Son magníficos. No sé cómo lo logró.

—Tardé en conseguirlos, pero apenas los obtuve le avisé —dijo Javier—. Acepto, la transacción se puede hacer interbancaria por el fonovisor.

Así lo hicieron. Javier fue acompañado a la entrada y regresó al auto. Al subir le dijo al conductor:

—Sólo falta uno.

Le entregó la tarjeta del Sr. Reno y se dirigieron al sitio. Todo era relativamente nuevo, pero se veía abandonado, feo. Javier dijo:

—Mejor volvamos al hotel, olvídense de aquí.

El aerotaxi dio la vuelta y cobró mayor velocidad, llegando a los pocos minutos al hotel.

—¿Cuánto va a ser? —indagó Javier.

—Cincuenta euros, señor.

—Por el tiempo y el buen servicio, gracias —y le dio ciento cincuenta euros, mientras sacaba las valijas que quedaban. El taxista gritó:

—¡Gracias!

Entró al hotel y se dirigió a su habitación; tratando de no apresurarse, se aseó y alistó sus pertenencias. Bajó al vestíbulo, dirigiéndose directamente a la recepción y le dijo al gerente:

—La cuenta, por favor. Y si es tan amable de pedir que bajen mi equipaje —le entregó la tarjeta de su habitación—. A 25.

Inmediatamente se dio la orden al botones; el equipaje restante fue traído enseguida, y liquidó el adeudo. Había una fonoplaça; acercó la tarjeta del taxi y no tardó en aparecer el sonriente rostro.

—Lo espero.

Se quedó de pie con su equipaje a un lado.

Encantado, contempló la luz diurna; cualquiera diría que era solar, la temperatura era agradable con una ligera brisa fresca. Todo a varios kilómetros bajo tierra. Había pozas de agua dulce, además un río. Qué más podían pedir, más de catorce millones de habitantes de los cuales cerca de la mitad eran nacidos en Marte.

Cierto, una vida diferente; rayos ultravioleta necesarios para el crecimiento, la soya, los hongos y arroz en las cuevas también iluminadas. Había muchas cosas sintéticas, pero era vida.

Su vida, si podía llamarse así, había sido en las excavaciones por entre las ruinas. Rara era la edificación que no tenía tumbados techo y muros. La guerra entre los mismos humanos. Con máquinas y con palas se la pasaba, comían todo crudo. En la Tierra costaba mucho trabajo conseguir alimento, así que a nadie le importaba el arte, únicamente la comunicación; la pagaba con trabajo, reparando cosas.

La bocina del vehículo le sacó de su abstracción, trayéndole al presente. El aerotaxi se hallaba delante suyo y el sonriente conductor subía el equipaje, diciéndole:

—Se le olvidó que vendría, ¿verdad?

—Así es, disculpe —le contestó, sentándose en el interior—. Vamos a la Zona Lunar, avenida diez, edificio cinco. Por favor.

A los pocos minutos se hallaban al pie del edificio en cuestión.

—En esta ocasión hay que bajar todo el equipaje.

Le pagó y se colocó en la banda con su equipaje por un lado. Llegó enseguida, cargó todo al ascensor y oprimió el botón al octavo piso.

Al abrirse la puerta, la atoró con una valija mientras sacaba todo lo demás y tocaba a la puerta. Mientras quitaba la valija, la puerta se abrió.

—Te vi por la teleplaca —le dijo la mujer—. Antes que me regañes por haber abierto. Espero que haya ido todo bien.

Él la contemplaba, no le daba oportunidad de hablar. Por fin pudo decir:

—Todo bien, ¿entro?

—Claro —contestó ella—. Te extrañamos. Mira, hay cuatro marcianitos esperándote —le señaló con la mano a dos niños y dos niñas asombrados ante el hombre que besaba la mejilla de su madre.

—¿Qué no saludan a papá? —les preguntó él. Se acercaron, rodeándole, mientras él les miraba sonriente y les abrazaba. Y mirando a su esposa, le dijo—: Aurora, tendrás a cinco marcianos desde hoy. Con las cosas que rescaté ya no ocupo el trabajo en la Tierra. Allá todo es desolador. Es una maravilla contar con Marte, ¿verdad?

El sitio

Joserra Ortiz

The electric things have their life too. Paltry as those lives are.
Philip K. Dick, "Do Androids Dream of Electric Sheep?"

Ya no estoy muerto: estoy enamorado.
Adolfo Bioy Casares, La invención de Morel

La transmisión televisiva proviene de un búnker grande y espacioso. Gris, como los ojos del Dr. Schullenberg. Parapetado detrás de la pantalla, el científico mira al mundo sin observarlo realmente, enfundado en una bata blanca que se adivina pulcrísima en todos los televisores y equipos de cómputo del planeta. Muere por fumarse un cigarrillo, pero ni siquiera ahí, en esa orilla olvidada del Caribe, está permitido hacerlo bajo techo.

Casi nadie sabe que la oficina desde la que el doctor se proyecta al mundo no existe, ni que tampoco es real la muy moderna y funcional Agencia Nacional para la Cooperación Internacional desde la que se expiden los telecomunicados. Schullenberg se encuentra realmente en un cubo hueco y verde que las computadoras transforman en cualquier espacio que a él se le ocurra. Ahora

es su despacho, más tarde será una biblioteca o una sala de juntas. Solamente los allegados y patrocinadores del proyecto científico comandado por este doctor de olvidado origen alemán, saben que él se encuentra en un lugar al que llaman “El sitio”, un laboratorio pulcrísimo y oloroso a lejía que lleva poco menos de una década montado en un rincón abandonado de la isla de Haití.

Después de que el doctor anuncia una pausa comercial, calla y consulta en su tableta inteligente los índices de *rating* hasta el momento. Los siguientes tres o cuatro minutos transcurren en un estricto y obligado silencio que él utiliza para planear la próxima cápsula. Fuera de algún carraspeo ocasional, el único sonido perceptible en el búnker es el ronroneo de la cámara estereoscópica orgánica que opera sin descanso a lo largo del día, para producir y mantener funcionando a los biogramas. A la vuelta del corte, Schullenberg sonríe y saluda a la teleaudiencia de nuevo. Tiene buenas noticias.

“En unos cuantos minutos tendremos con nosotros a una joven activista que nos hablará sobre los progresos que en materia de derechos humanos se han conseguido en la isla”, anuncia al teleauditorio.

Schullenberg está muy contento y orgulloso de la calidad que tienen los biogramas de su cámara estereoscópica. La reproducción animada es tan realista y funcional que el adjetivo “orgánica” no es una exageración. Sus hologramas biológicos están vivos realmente y habitan efectivamente el mundo. El mundo del doctor, cuando menos, que es tan real como cualquiera de

los que surgen en todo momento desde el otro lado de la pantalla.

Desde las celdas a prueba de sonido, los líderes de las ONG y ONGD que operan en Haití, atestiguan el espectáculo que ha mantenido a la isla con vida durante todos estos años. Observan a sus reproducciones actuar desde una cámara hacia otras muchas cámaras que les graban enunciar las palabras que jamás pensaron decir, y acometer las acciones que nunca se hubieran creído capaces de hacer.

“Queridos amigos”, comienza el Dr. Schullenberg, “como les decía, el día de hoy ha venido hasta las oficinas de nuestra agencia, la señorita Pola Bauer, presidenta del capítulo caribeño de Amnistía Internacional. Viene a hablarnos de los avances en derechos humanos que hemos conseguido bajo la actual regencia que, en nuestra situación de estado asociado de los Estados Unidos de Norteamérica, dan fe de los beneficios conseguidos con la situación política adoptada durante los últimos diez años”.

Le gusta saberse demagógico porque lo considera parte de sus funciones como líder absoluto de un país inventado diariamente desde “El sitio”. Es un premio de consolación: si su situación no fuera un secreto, Schullenberg podría ganar premios y prestigio científico por sus invenciones. Eso lo sabe muy bien. Pero como la celebridad no le llegará nunca, se conforma con la soflama ególatra y la palabra bien dicha.

De entre los múltiples avances científicos y tecnológicos que han hecho de su trabajo un hito en la llamada “era de la realidad informativa”, el que le daría más gloria

es su cámara estereoscópica orgánica 3D. La fabricó con ayuda de un famoso estudio de animación cinematográfica y lleva diez años aplicándola al proceso de reproducir seres vivos en forma de biogramas. La calidad de sus producciones es tan perfecta que, como explica el doctor a sus hombres de confianza, sus réplicas digitales son capaces de funcionar integralmente en el mundo.

En “El sitio”, la cámara graba en dos dimensiones y reproduce en tres, a través un complejo sistema que tardó en perfeccionar unos veinte años, a ciertos personajes públicos de cuyas acciones y declaraciones dependen el presente y el futuro de Haití. Todo sucede in situ y tan rápidamente que el proceso parece instantáneo y muy natural. Tanto, que algunas veces el doctor y sus cercanos, por ejemplo Dominika, su exuberante asistente, tienen que recordarse que lo que ven son únicamente reproducciones ficticias.

Schullenberg habla durante unos diez minutos sobre la importancia del comunicado que en breve dará la señorita, la presidenta de Amnistía, acentuando en su discurso los beneficios que el pueblo haitiano ha obtenido desde que comenzaron las operaciones de la agencia. Pocos metros más allá, dos hombres fornidos y una mujer con bata de laboratorio van hasta la celda donde espera acurrucada Pola Bauer, desaliñada y sucia por las semanas que lleva en cautiverio. La toman sin que oponga mucha resistencia y luego la visten con un leotardo oscuro cubierto de sensores reflectantes, al tiempo que le aplican un disparo de morfina para adormecerla.

No utilizan una aguja hipodérmica, lo último que quieren es dejar marcas visibles en los cuerpos de los

activistas desde que Julian Vandermeden, presidente agregado de Médicos sin Fronteras escapó para acusarlos hace un lustro. Por fortuna, lograron matarlo antes de que llegara más allá de la República Dominicana, pero su “misteriosa desaparición”, como la siguen llamado las agencias periodísticas por falta de pruebas para establecer su muerte, sigue molestando como piedra en el zapato a los líderes internacionales que patrocinan y velan por las acciones del Dr. Schullenberg y su equipo de control informativo.

Por eso, para drogar a Pola y al resto de activistas que aparecen diariamente en el canal informativo de la NAIC, utilizan una pistola que al disparar el fármaco a gran velocidad, puede introducirlo efectivamente al sistema sanguíneo a través de los poros.

Schullenberg sigue hablando y desde “El sitio” se transmiten escenas de un Haití idílico, industrializado, casi rico y en comunión con la naturaleza. Los hombres han terminado de maniobrar con Pola y la colocan frente a la cámara estereoscópica que recoge toda la información captada por los sensores. El aparato envía los datos en forma de código binario hasta una veintena de computadoras controladas por otra veintena de técnicos, muy parecidos todos físicamente a los hombres que la jalaron originalmente fuera de su celda. El biograma de Pola Bauer se conforma rápidamente a partir de fragmentos de imágenes provenientes de múltiples proyectores que, en cuestión de nanosegundos, renderizan los diversos fotogramas tridimensionales, en un solo cuerpo. Entonces los técnicos dan la señal acordada a Schullenberg para informarle que todo está listo y el doctor, a través de una

paleta de operaciones que maneja con facilidad y casi sin ver, descarga en el biograma todos los archivos de información recolectada sobre la presidenta para el Caribe de Amnistía Internacional. Dos segundos después, la animación tridimensional ha sido cargada de personalidad, conocimientos y algo parecido al juicio crítico.

“... dejen con ustedes a la señorita Pola Bauer”.

“Gracias, Dr. Schullenberg”, el biograma sonrío. “Estoy muy emocionada de estar aquí hoy, informando al mundo de los avances sin precedentes que se viven actualmente en la isla de Haití. Desde el temblor y la epidemia de cólera de hace una década, ha sido un camino largo y difícil el que hemos vivido para asegurarnos de que esta hermosa nación lograra reconstruirse y renacer de sus cenizas. Hoy, diez años después, junto con el resto de mis camaradas de diversas ONG y de Human Rights Watch, puedo decir que en Haití se respira un clima de tranquilidad, justicia y democracia, envidiables para el resto del planeta. En muy poco tiempo, hemos conseguido superar los obstáculos de la historia reciente y colocarnos a la cabeza en la carrera continental por lograr un estado de derecho eficaz, funcional y verificable que...”.

Un zumbido acompaña el ennegrecimiento de la pantalla. Hay reacciones de alarma en “El sitio”, pero no cunde el pánico. Todos están ya acostumbrados a esta clase de apagones que son muy frecuentes en la temporada de huracanes. Sentado desde su silla de mando, el doctor Schullenberg pide calmadamente que se lleven a la activista hasta su celda. En realidad la llama “prisionera” y gira sus instrucciones con un gesto muy teatral y ridículo, tapándose la cara con una mano y moviendo

repetidamente la otra que sostiene en el aire, por encima de su cabeza.

En los hogares del mundo se observa la pantalla en negro con las siglas en blanco de la Agencia Nacional para la Cooperación Internacional y el logotipo de la misma junto al escudo nacional de Haití. Sobre un fondo musical de Sérgio Mendes, relampaguea el mensaje

Fallas de origen.

Disculpen las molestias.

Trabajamos para servirle mejor.

Mientras el auditorio surfea por el resto de canales que tienen a su alcance, en “El sitio” desvisten a Pola del leotardo sensorial y suenan todos los teléfonos del búnker. El doctor Schullenberg y Dominika, la bella asistente encargada de la aplicación de morfina, contestan a cada llamada y ofrecen a sus interlocutores las mismas palabras de calma.

“No, no es nada, señor presidente, tan solo un problema con el voltaje debido a las tormentas”.

“No se preocupe, dígame a su santidad que el programa no está en riesgo. Es cosa del clima, usted entiende”.

“Su excelencia, por favor, no se alarme, tenemos todo bajo control”.

“No, no pasa nada. Le prometí que no habría contratiempos después del caso Vandermeden y soy un hombre de palabra”.

Dominika suele llamar “rodaje” a las operaciones con las que el equipo de “El sitio” mantiene la calma in-

ternacional con respecto de Haití. No se equivoca. En realidad, esto tiene mucho de cinematográfico.

Antes de trabajar con Schullenberg, ella se dedicaba a la industria de los efectos especiales en Hollywood y no ve ninguna diferencia entre sus actividades de antes y las de ahora. Cuando la contactaron para trabajar en “El sitio”, acababa de perfeccionar su casco de animación que después implementó en las operaciones más complejas de la cámara estereoscópica orgánica. El casco es en realidad una diadema equipada con una cámara pequeñísima que flota a milímetros de la cara del portador. De esa manera se pueden captar con exactitud de detalle las expresiones faciales sin la necesidad de llenar la cara de sensores reflectantes.

Gracias al invento de Dominika, pueden registrarse exactamente las interacciones de los labios, los dientes y las mejillas, así como los tics nerviosos que usualmente se presentan en párpados, orejas y nariz. Toda esta información luego es convertida por los técnicos que operan las computadoras renderizadoras, en biogramas orgánicos extremadamente realistas que no permiten pensar que quien habla al mundo a través del video, es una animación orgánica en lugar de una persona de carne y hueso.

“¡Dominika!, prepare el video promocional sobre las playas, estamos a punto de entrar al aire”.

“¿Qué hacemos con la declaración de la prisionera? Puedo volver a conectarla”.

“Lo haremos más tarde. Por lo pronto, que su equipo vaya preparando al observador de procesos electorales

para una sesión de preguntas y respuestas sobre el referendo de adhesión permanente a los Estados Unidos”.

Suena el ligero rugido de la cámara estereoscópica orgánica reiniciándose. El observador de procesos electorales, un hombre ya entrado en sus cuarenta, desnudo del torzo desde que para su última declaración pública, por las prisas, tuvieron que cortarle la camisa, es drogado y llevado hasta la cámara donde lo visten con el leotardo sensorial y se le coloca el casco. El equipo se prepara para filmarlo en una reproducción de una selva donde se ha colocado uno de tantos pueblos virtuales utilizados para la producción de montajes en espacios abiertos. Si tuvieran más tiempo para preparar este video, incluso lo harían interactuar con animaciones de haitianos y haitianas felices por los progresos democráticos de la isla. Con el casco de Dominka pueden captar la exactitud de su rostro con una calidad fotorrealista adecuada para demostrar que el sol del mediodía le molesta en los ojos, y en su país de origen, sus padres al verlo sabrán que se trata de él por ese característico parpadeo con el que siempre se ha defendido del viento.

“Listos para poner en marcha el programa de captura de emociones”, grita desde el fondo uno de los técnicos, “esperando la orden”.

“Ahora”, dice el Dr. Schullenberg al momento en que, desde su paleta, ordena a las computadoras iniciar el complejo proceso de secuenciar, ordenadamente, la descomunal avalancha de unos y ceros que se traducen, a través de cámaras, monitores y programas de renderización, en un hombre caminando entre aldeanos felices, hablando de la forma apacible en que se sucedieron las votaciones un

día antes y en las que la isla de Haití refrendó su estatus como estado asociado del norteamericano. El viento le pega en los ojos, y él parpadea al mismo tiempo que mata un mosquito que se le ha parado en la mejilla.

Horas más tarde, Schullenberg no se detiene a celebrar sus nuevos récords de audiencia y se dirige al Aeropuerto Internacional de Puerto Príncipe. Desde lejos, la pista parece inundada por una oleada de cascos azules. El paso de las miles de botas militares resuena como el eco de un tsunami conocido y profundo.

Nota que el chárter que aterriza viene casi vacío. Del avión solamente descienden dos docenas de adolescentes europeos, en su mayoría franceses y suizos, que representan a la organización no gubernamental para el desarrollo Action des Chrétiens pour l'Abolition de la Torture. El doctor pensaba que serían más cuando hace un mes, desde sus oficinas centrales en París, los miembros de esta organización se comunicaron con él para planear sus acciones en Haití durante los próximos años. Schullenberg recuerda que en aquella primera charla, ambas partes se mostraron entusiasmadas por el proyecto. Sobre todo él mismo, siempre abierto a toda posibilidad de refrendar la buena imagen internacional que Haití ha construido a lo largo de una década de mucho trabajo y esfuerzo.

Mientras los cascos azules se colocan en posición de recibimiento, como lo hacen cuando menos una vez a la semana, lejos de ahí, Dominika contesta la llamada de un hombre de voz profunda. El acento le recuerda que hoy es doce de enero y que se cumplen doce años del primer sismo de siete grados Richter que dejó, tan

solo en Puerto Príncipe, los primeros 250,000 muertos de los que después fueron millones.

“Estoy enterada y hemos trabajado en eso, señor”, le dice.

Escucha un carraspeo inquieto al otro lado de la línea.

“Justamente para recordarlo, hemos preparado un video con algunos de los líderes de la Asamblea de Cooperación por la Paz y de la American Development Foundation”.

“No necesito repetirle que no queremos errores. Las cosas no deben complicarse como cuando ocurrió lo del señor Vandermeden”.

“Le prometimos que eso no volvería a ocurrir, señor, confíe en nosotros... confíe en el doctor Schullenberg”.

Los chicos francoparlantes se dirigen hacia el doctor con un gesto de sorpresa. No es la presencia de los muchos cascos azules lo que los altera, sino la visión de un paisaje desolador que han adivinado desde el avión. Ese no es el Haití que se ve en las noticias y en los videocables que la agencia produce para el mundo. Tampoco es el paraíso caribeño que los activistas quieren encontrar cuando se trasladan para salvar al mundo.

Schullenberg se acerca a recibirlos. Extiende los brazos y con una sonrisa les da la bienvenida a la isla. El líder de la organización antitortura se acerca hasta él y comienza un diálogo que se ahoga en el estruendoso crepitar que producen en el aeropuerto las miles de botas que se acercan, rápida y efectivamente, para rodearlos. Aprovechando la sorpresa de su interlocutor, Schullenberg le da la

espalda y se monta en su jeep. Piensa en Dominika y la llama para girarle instrucciones. Suspira y piensa que se ha vuelto un viejo romántico.

A partir de esa noche los activistas reclusos en sus celdas se verán reproducidos muchas, quizás cientos de veces, a través de la cámara estereoscópica orgánica. En un principio no entenderán cómo ni sus personalidades e ideas, comprimidas en un archivo de memoria descargable, serán utilizadas para convencer al mundo de que Haití es un ave fénix que logró renacer, gracias a la intervención internacional, de entre los escombros, el cólera, la guerrilla y la pobreza.

Finalmente un *zoom in* y entramos por la ventana del plantel. Andreas Katzenberg se pasea feliz en un aula de tercer grado de educación primaria, acariciando las cabezas de algunos niños que se fingen atentos a la lección de matemáticas que Maruja Salmón conduce desde el pizarrón.

Mientras la maestra española repasa las tablas de multiplicar en un francés de marcadísimo acento andaluz, el joven Katzenberg se para y desde una toma americana, comienza su discurso.

“Estoy muy orgulloso de las labores que hemos venido realizando hasta hoy, conjuntamente con esta oficina tan bien llevada por el doctor Owen Schullenberg. Nada queda de ese Haití pobre y enfermo con el que nos encontramos hace diez años. Al contrario, la isla es hoy un estado industrializado en rápido crecimiento. Estos niños que hoy estudian en una de las miles de escuelas fundadas por Teachers Without Borders, gracias a la inversión

del Banco Internacional para el Desarrollo y el gobierno actual de la Unión Europea, son testigos del progreso inusitado del país, y también la semilla de un futuro por demás esperanzador para todos. Gracias a ustedes, Haití es el primero de los muchos países que entrarán en esta dinámica de recuperación y reestructuración coordinada por la Agencia Nacional para la Cooperación Internacional, en conjunto con ONGs como la nuestra”.

Saluda entonces a la cámara y los niños lo hacen con él. El Dr. Schullenberg revisa la transmisión en vivo desde su paleta y, cuando lo cree necesario, pide con una mano que la cámara se aleje de la escuela en un *zoom out* lento que termine captando la totalidad del edificio de dos plantas donde la virtual población infantil de ese poblado, aprende las herramientas para un mejor futuro. Luego, con los dedos índice y anular de la mano derecha indica el corte y queda.

“Bueno, hemos terminado por hoy”.

Los técnicos comienzan el procedimiento para la desconexión de Andreas Katzinger, vicepresidente de las ONG Teachers Without Borders. Le retiran el caso y el leotardo sensorial y lo llevan de nuevo a la celda que comparte con Maruja Salmón, una vil maestra y activista de rango tan insignificante que no hace falta reproducirla a través de la cámara estereoscópica. Con la información descargable basta y sobra para renderizarla como parte del espacio virtual.

El reloj de la pared marca las ocho de la noche. No son necesarios más videos el día de hoy. Algunos de los técnicos fortachones se dedican a manipular los cuerpos dormidos de los activistas antitortura recién llegados.

Les extraen la información por medio de los escáneres genéticos producidos en Rusia que permiten eliminar el engorroso trámite de los interrogatorios.

“Este chico es el importante”, le dice el Dr. Schullenberg a uno de los técnicos. “Procuren extraer toda la información que puedan para comenzar a reproducirlo a partir de mañana”.

“Qué hacemos con el resto, doctor. Son muchos”.

“Llévalos por mientras al centro de almacenamiento, no es necesario utilizarlos a todos en los primeros videos. Mañana revisaré los expedientes de cada uno y, dependiendo de su utilidad y puesto en su organización, podremos deshacernos de los menos importantes”.

El Dr. Schullenberg se quita la bata parsimoniosamente, revisa los pendientes para el día siguiente y luego apaga y desconecta el equipo que no es necesario mantener encendido durante la noche. La cámara estereoscópica orgánica 3D antes que todos, porque gasta mucha luz. Se pone el reloj y busca un cigarrillo que encenderá una vez pise la calle.

Camino de la puerta, dice adiós a sus subalternos. Finalmente se acerca hasta Dominka y le acaricia la mejilla. Mira sus ojos diáfanos con una melancolía absoluta, producto de ser náufrago en una isla que no existe.

“Es hora de descansar, Dominika. ¿Estarás bien?”

“Sabes que siempre lo estoy, no hay problema”.

Le sonrío a la mujer que se apaga ante sus ojos. Su belleza, al difuminarse, deja ver el rincón menos transitado de “El sitio”. Ahí, su bella ayudante del este europeo duerme una siesta eterna frente a una cámara estereoscópica experimental que la reproduce todos los días. El

doctor piensa que uno de estos días, su isla estará poblada de biogramas orgánicos tan avanzados como ella.

“Buenas noches”, le dice quedamente. “Hasta mañana”.

“Hasta mañana, doctor”.

Cuando por fin cruza la puerta que lo arroja a ese pedazo de tierra baldío y destrozado en medio del océano, Schullenberg guarda de nuevo el cigarrillo y abre su paraguas. El camino a casa sería más placentero si pudiera fumar un poco, pero la temporada de huracanes se lo impide. El agua y el viento apagan todas las llamas de su pasión y mientras no perfeccione sus cámaras estereoscópicas, se sabe condenado a un mundo en el que los muslos de Dominika son ceros y unos. Un planeta horrible que ha olvidado el placer de fumar en espacios cerrados.

Isaí Moreno Roque

Qué mejor que el mundo no se entere de las nimias tragedias que, al final del día, aquejaron en cadena a Jesús Salvatierra. Cataclismos sin importancia, si viene al caso, aunque nada triviales para él, que magnifica lo microscópico. En mi haber de conocidos, Salvatierra sobresale por dominar el arte de ahogarse en un vaso sin agua. Su llamada me extrañó porque lo suponía pegado a la TV mirando el show de pago por evento que transmite la llegada del meteorito a la atmósfera terrestre. Hace más de un año la gente se rió de las predicciones de nuestros ancestros, diseminó burlas y pitorreos en las redes sociales hasta que la NASA reveló toda la mierda de información que ocultaba, desparpajada y confusa, al grado que se escindieron las opiniones de los eruditos. Un bando de optimistas afirma que el astro sólo rozará la atmósfera, obsequiándonos una suerte de aurora boreal inofensiva y espectacular. El grupo de los pesimistas se divide en dos: 1) Los ‘moderados’, inclinados por la postura de que el cuerpo caerá en altamar, elevando tsunamis que anegarán

las costas del Pacífico, dejando apenas dos millones de muertos. 2) El segmento radical, cuya creencia supone al bólido cayendo en tierra a la altura de Utah, E.E.U.U., con secuelas inenarrables para la humanidad. *Kaputt!* Ya les tocó a los dinosaurios del Jurásico, ahora a nosotros. Eso sí, qué bendición que empiece con los mormones, dije a Salvatierra, quien no disfrutó de la ironía y se dejó ahogar por el pánico de los científicos paranoicos, no sin acumular compras copiosas, también de pavor, para refugiarse con Melina en un rústico búnker bajo su departamento. Conozco la esperanza de ambos de que los estragos no sean tan notorios en el DF, hecho por demás risible. Tan luego descolgué el auricular, escuché la voz chillona de mi amigo, hablando apresurada y con atropello. Está bien, lo detuve, entiendo lo estresado que te encuentras, no es para menos. Se apresuró a decir que no era por eso, es decir, sí, por el final de los tiempos también, pero que su preocupación se debía a otra cosa, igualmente delicada. Calma entonces, acoté. A ver, dímelo más despacio. Su voz se sosegó un poco y me comunicó un incidente que acababa de ocurrirle. De nueva cuenta, poca claridad brotó de sus labios, y no es que la retórica le escasease, pero sus palabras se enredaron consigo mismas, como trenzadas en una disputa perruna de la que se levanta inmensa polvareda. Del discurso pude colegir que su conflicto se refería a un bicho descubierto bajo la regadera. Para ser precisos, fue su novia quien hizo el hallazgo tras la puerta plegable de la ducha. Melina es adepta de la Luz del Mundo y quería estar atildada —léase pulcra, intérpretese purificada— para el Rapto, por lo que decidió darse un buen baño. Ahí vio a la cria-

tura, destacando entre el blancor de los mosaicos, hecho que de inmediato comunicó a Salvatierra. Éste había decidido beber un vaso de leche, dijo, o así lo deduzco, pues hambre no sintió durante el día, sino sed, por eso del estrés referido. Se disponía a encender la TV, ansioso de mirar el aerolito y oír alguna indicación útil para librar el cataclismo, cuando Melina se le acercó, tomó su hombro y dijo, como sintiendo culpabilidad: Amor, creo que esto no te va a gustar, pero hay un alacrán en el piso de la regadera. De inmediato, me confesó Jesús Salvatierra, corrió insecticida en mano donde el suceso, con Melina pisándole los talones. Lanzó una nebulización del cilindro antiplagas, rico en elementos químicos alacránicidas. La alimaña se movió en dirección de Jesús, quien reaccionó lanzando un gemido prolongado, agudo, que bien hubiese podido proferir una niña, no el hombre de treinta y ocho años que conozco. Se sentía, dijo desde su auricular, avergonzado de por vida ante su novia. Presto sintió avanzar el anquilosamiento por los tejidos musculares. ¡Parálisis! Era natural en su persona debido a la aracnofobia adquirida en su niñez, cuando el veneno de un alacrán circuló por las venas de Pody, su french poodle, costándole la vida. Que el arácnido avanzase un poco hacia él, inmune al parecer al rocío asesino, le hizo pensar que la suya sería una variedad imposible de clasificar para los biólogos. Creyó distinguir en este un par de antenas diminutas —como las de las cucarachas, agregó—, producto de vaya a saberse qué accidentes de la selección natural de las especies. Eso no importa. Aquí sólo incumbe que Salvatierra volvió a gritar como una pequeña de seis años, y antes de retroceder para ser

presa de la inmovilidad absoluta, logró balbucir a Melina que no, que eso no podía permitirse, por el bien de ambos. Amor, dijo ella moviendo las trenzas de su cabello, imagino que entornando los ojazos café y arrugado la nariz respingona, sólo quiero que lo saques al jardín. Y Salvatierra casi se infarta, valiéndole un camino que el destino de la humanidad estaba, está en una situación altamente crítica. Se expresó a gritos entrecortados que esa abominación no debía continuar ahí. No. No debe quedar vivo. Ni puede. Quien sabe de dónde salió para invadirnos, o cómo entró aquí, pero no puedo permitir que quede vivo. ¡Debe morir!, sentenció. Luego rogó a su amada: ¡Ayúdame, corazón, porque yo no puedo! ¡Encárgate tú! Al llegar a este punto en la narración telefónica de su cataclismo personal se le fue la voz, al parecer moqueó y se quedó callado un instante, de tal suerte que pude echar un ojo al televisor. Por alguna razón aparecieron las conejitas de Playboy bailando en el Yankee Stadium. ¿Recepción del día del Juicio?, tal vez, pero las imágenes pasaron a una transmisión en la que los primeros ministros de Corea del Norte y Corea del Sur mantenían un acercamiento. Entendí que de sobrevivir el mundo las dos Coreas se unificarían. Y Salvatierra volvió a su narración desconsolada, diciéndome que una vez hecha su petición a Melina, ella interpeló en favor de la criatura abyecta algo así como, pero quiere vivir, Chucho, ¿no ves que quiere vivir? Jesús insistió en lo abominable del animal, en sus antenas menudas explorando al frente, de modo avieso. Logró salir del baño. Una vez en la sala se entregó por completo a esa comunión con la inmovilidad, no sin antes cerrar la puerta. En la pantalla

de la TV distinguí al vicepresidente de los EE. UU. dirigiendo un mensaje al mundo, despidiéndose quizá, mas lo que hubiese sido resultó inaudible para mí ante la voz angustiada de Salvatierra, en referencia a cómo, mientras él yacía paralizado, Melina habló al bicho. Ven chiquito, ven... Conozco a Melina desde hace años y puedo hacer constar ante notario su apego a la naturaleza y defensa a ultranza de los derechos animales, formando parte de al menos un par de asociaciones. Es de las que recogen en la calle a un perro desamparado y lo llevan a casa, por más sarnoso que se encuentre. Mi amigo balbuceó que tras un intervalo de silencio, en que no supo cómo procedería su hermosa chica dentro, y pese a la parálisis, le fue posible mover los pies para dirigirse al sofá y desplomarse. Luego escuchó el sonido del inodoro vaciándose. A los pocos segundos, o minutos, Melina asomó por la puerta y dijo que ya todo estaba bien y no debía preocuparse más. Lo miró con ternura antes de darse el regaderazo deseado. Esa fue la cuestión por la que Jesús me llamó hace minutos, mientras el chorro benefactor bañaba el cuerpo de su novia. Subrayó su preocupación porque la presencia del arácnido, evolucionado o involucionado, hubiera sido algún tipo de heraldo y su muerte empeorase los acontecimientos venideros.

(Quiero hacer un paréntesis filosófico aquí. Es sabido que la tragedia se soporta mejor en tanto es colectiva y no personal, verbigracia, los cataclismos. Esta mañana me machuqué el pulgar con la puerta del coche y mi tragedia es sólo mía. Esta noche Salvatierra no distingue que Melina contravino sus principios altruistas por amor

a él y su tragedia es sólo suya. Ni Jesús me reconfortaría deseando la salud de mi pulgar doliente ni yo a él motivándolo, pues en ambos casos no nace desde el interior la conexión emocional debida. De ahí que lo que dijese a mi amigo, por más sincero en su contenido y forma, no encontraría la recepción adecuada. (Permítaseme un paréntesis dentro del paréntesis: Soy dionisíaco y Salvatierra apolíneo, por tanto, a decir de Nietzsche, distamos de compartir el mismo sentido de lo trágico)).

Deja de atormentarte, querido Jesús, le conminé mirando el reloj. Es verdad que tenemos a la vuelta de la esquina acontecimientos decisivos para la humanidad, pero créeme, ninguno de nosotros es tan importante para lo que sea que ocurra. Haz como yo, descórchate un vinilo en tu búnker mientras esperas a que Melina salga de la ducha, te aseguro que bien lo vale. Justo terminaba mi sugerencia cuando se oyó desde la regadera la voz apresurada, francamente atribulada de Melina. ¡Querido... acaba de irse el agua y estoy llena de jabón! Aún alcancé a oír un gemidito de Salvatierra. ¿Qué haré ahora?, me preguntó a punto de una crisis. Era momento de colgarle porque a través del televisor empezó a perfilarse la cauda del astro y recordé mis binoculares guardados en el buró. Nada iba a impedirme admirar el espectáculo en los bordes del cielo defeño, incluso invité a Jesús Salvatierra a imitarme, haciéndolo partícipe de un ritual. ¿Pero cómo dejar a Melina enjabonada en el baño?, refunfuñó él, además no creo que el agua regrese... Pensaba colgar a la de ya mismo, sabedor de que no era ése un gesto civilizado. Mi mente fue invadida por la imagen de Melina

y Salvatierra, a los que quise imaginar como una pareja romántica, en el sentido trágico alemán, por supuesto, para ser sumados a la lista de pares emblemáticos como Marco Antonio y Cleopatra, Romeo y Julieta, etcétera. Menudas ocurrencias las mías, me estaba poniendo sensible al grado que miré el reloj de pulsera para registrar el suceso en mi mente, nada despreciable por la hora cabalística que señalaban las manecillas: las 22:22 horas. En momentos de tanta simetría pueden elaborarse plegarias afortunadas. Te dejo, soplé a Salvatierra, y no te apures tanto porque ante el Cosmos, nuestro hogar, estaremos siempre confesados. ¡Habían dado ya las 22:23! Qué importaba. Corrí por los binoculares con la certeza viva de que al ingresar algún cuerpo celeste a la atmósfera, con el despido consecuente de luz, el deseo que se pida será cumplido.

S.G.7.0.

Samuel Carvajal Rangel

—Carlos, ¿Tú has probado el pollo alguna vez? —preguntó Beto mientras viajaban en el vagón de transporte escolar. Trasladarse del extremo de la ciudad al centro, casi ochenta kilómetros, en realidad no les llevaba más de diez minutos.

—No —contestó Carlos, preparándose con un casi inaudible suspiro, para sostener una plática recurrente.

—¿La carne de res? —insistía.

—No —contestaba sin pena y sin enojo; sabía de los deseos de su amigo por probar esas cosas de las que tanto hablaban y presumían los más adinerados de la escuela y sin embargo Beto no se daba cuenta que Carlos era mucho menos afortunado que él, ya que jamás había probado el tocino o la nieve de fresa y su compañero lo hacía con bastante frecuencia.

—¿El pescado?

—Sólo en nuggets. Ya sabes, lo que nos dan de la escuela.

— Pero frito, o a la parrilla o al mojo de ajo. ¿Tienes idea de a qué saben los ajos? ¿O cómo son? Dice Ana que son amarillos, no muy grandes y con un sabor delicioso. Más o menos como los mangos.

— Par de jodidos —les espetó Roberto quien venía escuchando su conversación en un asiento más atrás—. Ustedes nunca probarán nada de eso porque son pobres. Jodidos.

— Cállate el hocico, presumido —lo amenazó Carlos enseñándole un puño— si no quieres quedarte sin probar lo que comes todos los días de ahora en adelante.

— Jodidos —insistió Roberto mientras bajaba apresurado del vagón, exclusivo para estudiantes, del tren de levitación magnética.

— Un día de estos me las va a pagar...

— Déjalo, a la mejor ni es verdad lo que dice que come —trató de calmarlo Beto, a la salida de la estación “Fundadores”.

— Sí, es verdad, un día me dejó ver el menú que le esperaba la siguiente semana. Bueno, ya sabes, no sólo a mí, a la mitad de la clase.

— ¿El menú de la escuela?

— Y el de su casa.

— ¿Has oído hablar del sushi?

Las clases presenciales eran un alivio a la rutina de la teleescuela, les daba la oportunidad de tener contacto físico con sus fantasmales amigos y maestros, pero había que pagar el precio: soportar a los avatares no virtuales de los más molestos de las clases, como Roberto. Él era hijo de uno de los más prestigiosos desarrolladores de programas

computacionales del gobierno, gracias a que había laborado en el Valle Binarario de los altos de Chiapas. Tenían muy buena casa gracias a un muy buen empleo, a los excelentes contactos y finalmente a los mejores ingresos. La educación primaria, por las inflexibles leyes socialistas del sistema, era universal para niños de todas las clases sociales; el dinero no hacía diferencia, en teoría. Ya en las etapas subsecuentes el status volvería a regir como desde todos los tiempos. Así que para ricos y pobres aquello sería pasajero y entre más pronto pasara, mejor.

El cambio de salones entre clases era una nueva oportunidad para el choque de subculturas, decía Carlos. En los pasillos y patios se encontraba toda la fauna urbana y suburbana con sus modas, lenguajes, manías. Y aunque Carlos era más bien un solitario, se dejaba seguir ocasionalmente por su amigo Beto. La familia de Carlos provenía de un núcleo rural que fue absorbido recientemente por la mancha urbana así que sus costumbres aún diferían de la gente netamente citadina, como por ejemplo Roberto e incluso Beto. Él estaba acostumbrado a la vida tranquila y esforzada de sus padres quienes se dedicaron al monocultivo de soya, una actividad en vías de extinción. Ahora que no había ni dónde ni qué cultivar, sus padres habían pasado a ser empleados del más bajo nivel, con el consiguiente deterioro de su vida económica. Eso hacía de Carlos un rebelde en potencia, motivo por el cual seleccionaba cuidadosamente sus amistades y una de ellas era Ana.

—¿Listo para el plan “K2”, Carlitos? —preguntó Ana, mientras les ofrecía una barrita de una pasta marrón

salpicada de pequeños granos de sal que sacó con todo sigilo de su mochila—. Es cien por ciento natural, así que prepárense. Rápido, disimulen.

Carlos, asegurándose que nadie los observaba, la tomó y mordió un pedazo; se la pasó a Beto. Este buscaba en las miradas de sus compañeros alguna reacción que delatara el sabor de lo que estaba a punto de probar. Nada.

—Vamos, no seas niña —le dijo Ana.

Lentamente se lo llevó a la boca, lo pensó mejor, lo olió, lo desconoció y volvió a buscar los ojos de ambos.

—Muérdelo. Apúrate, que si nos atrapan con eso nos expulsan —ordenó Carlos.

Beto obedeció y cerrando los ojos hundió los dientes lentamente en la suave barra color marrón. La textura era áspera, algo terrosa podría decirse; el ácido sabor le recorrió lentamente la boca, algo viajaba a través de su espina dorsal, era intenso, pareciera que tocara todo el fondo de su lengua, no estaba acostumbrado para nada a ese sabor, tan fuerte, tan salado, tan ácido. Instintivamente lo sacó de la boca y lo puso en su palma. Con ojos de sufrimiento, cual si lo hubieran azotado, y con cara de mal sabor, reclamó a sus amigos.

—¿Qué demonios es esto?

Las carcajadas de ambos estallaron al unísono, después de un rato pudieron contestarle.

—Se llama tamarindo. Y es algo que la compañía del papá de Roberto aún no ha podido emular —le explicó Ana.

—¿De dónde lo sacaron?

—No seas preguntón. Si no te lo vas a comer dáme-lo. Vamos, tenemos que ejecutar el plan “K2” —lo apuró Carlos levantándose de la banquetta, tomando el dulce de la palma de Beto y dirigiéndose a la parte trasera del edificio de la cocina.

—¡Que asquerosidad!, con razón no lo han incluido en los menús —se defendió Beto pasando la lengua por el dorso de su mano buscando quitarse el fuerte sabor del tamarindo.

—¿Trajiste las mini cámaras robots? —preguntó Ana.

—Sí, sí. Y no me vuelvan a ofrecer esas asquerosidades.

—Bueno, ya sabes, las tienes que colocar justo en la mesa de los maestros, necesitamos grabar las caras de sorpresa que van a poner. ¡Corre, gordito!

Era la clase de evaluación de acondicionamiento físico. La escuela tenía el deber institucional y socializante de velar por la salud de todos los educandos; así, una vez a la semana, los alumnos pasaban por pruebas rutinarias de ejercicios en diferentes deportes, supervisados por maestros venidos de Cuba, China y Venezuela a invitación expresa del actual presidente vitalicio. Natación, escalada, ciclismo, carreras, cualquier tipo de disciplina, que ayudara a agrandar la gloria nacional en los próximos juegos olímpicos organizados por la hermana república de El Salvador, era practicada con esmero por todos los alumnos. O casi.

—¿Estás segura que no me van a buscar en la clase de escalada? —sonó la voz insegura de Beto en los auliculares de sus compañeros.

—Betito, eso ya lo arreglamos desde la semana pasada, pasaste la prueba, (que no vas a hacer), con ochenta y cinco. Es probable que le ganes a Roberto. Te daríamos una calificación más alta pero después corres el riesgo de ser seleccionado para los estatales —le contestó Ana entre risas.

—Gracias, Anita. Seguimos con el plan “K2”. Cambio y fuera.

—Cómo le encanta el olor a caca a tu amiguito Beto, Carlos.

—Ya sé, es algo payaso pero lo necesitamos, Ana, no podríamos hacer esa parte del plan sin él.

—Bueno, es sólo la cereza del pastel. Por cierto, ¿las has probado?

—No. Y antes de que me preguntes, ni las cerezas ni los pasteles.

—Ya te dejaré probar un pay de queso. No es la gran cosa pero tú sabrás. Casi estoy adentro, ¿estás listo para interferir a los cocineros?

Ana y Carlos se encontraban en el cárcamo de cables subterráneos justo debajo de la cocina de la escuela. Ella había puentado el sistema de seguridad y estaba a punto de permitir a Carlos introducir un nuevo menú a los cocineros. Respetaría los sabores, era sumamente difícil hackear los códigos aleatorios de Sabores Generales, sin embargo, manipular los robots cocineros era de lo más sencillo. Nadie había intentado una travesura de estas características, así que nunca se les ocurrió una protección para ello.

—¿Vas a querer lo mismo que todos o prefieres tu menú especial? —preguntó Ana a Carlos.

—¿Y cuál sería la jodida diferencia? Si todo me sabe a... —respondió malhumorado.

—Perdón, perdón, Carlitos, estoy tan emocionada con lo que estamos haciendo que me olvidé de...

—No hay problema. Déjalo así. Va siendo hora de que todos probemos lo mismo, ¿no crees? Ya pude acceder a los cocineros. ¿Quieres término medio, bien duro o muy aguado?

Ana soltó una carcajada e inmediatamente intentó guardar silencio cubriéndose la boca con las manos, podrían escucharlos.

—Hazlo al azar pero, por favor, para mí, crudo y doble ración —dijo Ana—. Y apúrate, que no podré distraer al Proxy por mucho tiempo más y nos pueden detectar.

—Voy lo más rápido que puedo; no va a ser muy difícil reprogramar todos los láser para esculpir esos succulentos platillos, pero necesito tiempo.

—¿Todo bien? —sonó nerviosa una voz por la radio.

—Sí, Beto, ¿ya montaste las mini cámaras?

—Estoy acabando, están justo en la mesa de prefectos y maestros y conectadas a la terminal de Ana. Nos vemos en el patio, ya casi se termina la clase de deportes.

Tras casi dos horas de extenuantes ejercicios, la totalidad de los alumnos terminaban hambrientos después de ducharse y vestirse. Se preparaban para acceder escalonadamente a los comedores, era el turno de la clase de Carlos y compañía.

—¡Eh! Maldito tripón. Tú, no te hagas, te estoy hablando a ti Alberto Vargas.

—Te habla tu amiguito Roberto —advirtió divertida Ana.

—¿Cómo es posible que me hayas derrotado en el muro de escalada si ni siquiera te vi competir?

—Pregúntale a los maestros, yo ya hice lo mío —casi lo ignoraba el aludido.

—Ya les pregunté, estúpido, y dicen que los resultados publicados son los correctos, que no hay nada que discutir. No es posible que alguien tan bofo como tú me haya ganado.

—Bofa tienes la cola, Robertito. Y deja de estar molestando a mi amigo —intervino Carlos tocándole con el dedo índice el hombro derecho.

Las risas de los que alcanzaron a escuchar la broma encolerizaron más a Roberto.

—Mira, hijo de terrosos, deja de molestarme si no...

Los colores se encendieron en el rostro de Carlos, estuvo a punto de asestarle un puñetazo en la cara si no ha sido por las manos oportunas de Ana y Beto.

—Vas a ver a la salida, hijo de puta.

—Jodido, me pelas los dientes. Púdrete.

—Adiós, cola bofa —se burló Beto meneando el trasero, mientras Roberto se alejaba—. Pedos aguados. Come caca. Lero lero.

—Ya cállate, Beto. Si te quedó una cámara colócala justo frente a ese engréido —sugirió Ana.

Los comedores ocupaban un ala entera del viejo edificio recuperado, largas mesas de acero inoxidable se alineaban en todo el recinto, a cada lado de ellas se

colocaban los estudiantes quienes se identificaban con su huella dactilar tocando la superficie de la mesa. Ellos no tomaban asiento hasta que hubieren recitado los himnos del Partido y del Estado, eso daba tiempo a los cocineros de preparar los alimentos. El proceso consistía en tomar un peso determinado de una pasta proteínica color verde que contenía el balance adecuado de carbohidratos, proteínas y grasas según los requerimientos específicos de cada alumno. Durante los himnos los tres anarquistas apenas contenían las risas imaginando el proceso dentro de la cocina y que nadie descubriría hasta el final. Cada plato contenía un cubo de la pasta verde, esta pasaba por los “cocineros” que no eran otra cosa que unas máquinas de esterolitografía las cuales, por medio de un rayo láser, “esculpían” los alimentos, ahí donde se enfocaba el rayo la pasta se cocía al mismo tiempo que tomaba el color, la consistencia, la temperatura y el grado de cocción que cada alumno podía darse el lujo de pagar. El alimento lo otorgaba gratuitamente el gobierno pero el sabor lo vendía la transnacional Sabores Generales. Con ese método podía dársele a la pasta toda la apariencia de una pierna de pollo, o un pescado frito, o un espagueti o bien, para los más pobres, frijoles y arroz; por medio de un programa de cómputo el sabor y olor asignado a cada alimento se hacía concordar con su apariencia. Una vez terminada la “escultura” la pasta no cocida por el rayo láser se derretía para recuperarla y reciclarla. El nuevo gobierno había coaccionado a Sabores Generales a permitir a las escuelas distribuir algunos condimentos no desarrollados por S. G., las diferentes variedades de chiles, el chipotle, el mole y algunos más no eran, aún, propiedad intelectual de la

multinacional, pero ya estaban trabajando en ello, con el padre de Roberto a la cabeza de la investigación. El canto patrio había concluido, los alumnos se aprestaban a tomar asiento. Los esterolitógrafos, cual era su costumbre, habían cumplido fielmente el programa asignado que, en esta ocasión, fue desarrollado por Ana e introducido por Carlos. Las mesas contaban en su parte media con una especie de cubierta bajo la cual corrían los platillos ya preparados y por medio de las bandas transportadoras se hacían llegar a cada alumno exactamente como habían sido programados.

Todas las cubiertas se abrieron al mismo tiempo. Las exclamaciones de asco no se hicieron esperar. Algunos vómitos bajo las mesas, muchos gritos, alumnos huyendo de los comedores. Ana, fingiendo un ataque de asco, escondió la cabeza bajo su mesa para poder reírse a gusto acompañada de Carlos; Beto aprovechaba para grabar la cara casi verde de Roberto. Los maestros habían reaccionado de la misma manera antes de darse cuenta del problema en que se habían metido. Los alimentos estaban racionados estrictamente y ninguna comida podía desperdiciarse sin riesgo de ser enjuiciado por malversación de recursos nacionales. Los intentos por calmar a los alumnos y tratar de convencerlos de que se comieran la... comida, fueron infructuosos. Nadie, a pesar de lo hambriento, se atrevería a comer aquello tan desagradable a la vista. Los argumentos de que seguía teniendo el sabor de su menú original no los convencieron. La gente sigue con la arraigada costumbre de comer por los ojos, por eso la indispensable tarea de los cocineros robots, darle una apariencia presentable a la desabrida pasta verde. Algunos alumnos

empezaron a arrojarse la comida y el caos se desató por completo. Carlos fue llamado a la dirección de la escuela, era sólo un interrogatorio de rutina y aunque pudo demostrar que él estuvo en la práctica de natación, con la conveniente cámara de vigilancia deshabilitada, le molestaba que lo hubieran señalado sospechoso y, como en este mundo todo se sabe, gracias a Ana se enteró que quien lo señaló como sospechoso fue...

—Roberto.

Una buena estrategia de las amigas de Ana permitió que uno a uno los compañeros de Roberto se fueron retrasando, hasta que este quedó solo en camino a tomar el tren que lo llevaría a casa. Tras escuchar la voz de Carlos quiso ganarle la carrera pero alguien se le atravesó en el camino.

—Hola, Robertito, ¿llevas mucha prisa? —Ana.

—¿Qué quieren? Déjenme en paz.

—¿A quién le llamaste tripón?, mariconcito —Beto.

—Déjenme, ¿qué me van a hacer?

Entre los tres lo jalaron al interior de un callejón. El miedo de Roberto les facilitó las cosas, Carlos tomó la iniciativa.

—Supimos que tú fuiste quien nos quiso involucrar en el asunto del comedor, pero ya viste, nadie lo pudo probar.

—Suéltenme —Roberto trataba de defenderse pero no podía hacer mucho ante la estatura levemente mayor de Carlos, quien lo tenía ya contra la pared presionándolo y tratando de inmovilizarlo.

Cállate, no seas niña —Ana.

—No te muevas, cabrón —el antebrazo de Carlos en su nuca, la mejilla presionando el muro, casi le susurró en la oreja—. No te va a doler, te lo aseguro. Pero si nos delatas te prometo que sí te va a doler. Y mucho —le mostró una especie de navaja; las pupilas de Roberto reflejaron con claridad el brillo metálico del instrumento—. No te muevas.

Se la acercó detrás de la oreja, Roberto lloraba con los ojos cerrados. Los otros veían sujetándole cabeza y brazos.

—Ten cuidado, no lo vayas a dañar, si no de nada nos va a servir.

*

—Déjenme —suplicaba Beto—, déjenme tantito.

No comas tanto sushi, por eso te dijeron triponcito, ¿eh? —se burló Ana.

No te creas, mira que yo me traje una ración doble del comedor de la escuela.

—Qué bueno que pediste la pasta cruda —decía Carlos dando otra cucharada a la pasta verde—, así solamente cierras los ojos y saboreas. Mmmmh.

—Deberíamos invitar a tu papá por haber encontrado la manera de clonar la señal a nuestros transponders de S. G. y usar los tres al mismo tiempo —dijo Beto que acariciaba extasiado el cable que iba de su chip, implantado justo detrás de su oreja derecha, a una terminal de computadora donde, también, se apreciaban las grabaciones de las caras de asco en la mayoría de los maestros,

pero en especial la de Roberto, que ya circulaba en el arcaico y confiable You Tube.

—Quiero probar la nieve de kiwi ¿gustan? Este cabroncito tenía el S.G. 7.0, así que hasta las guayabas podremos probar —dijo Ana mientras preparaba el software.

—Yo quiero pay de queso —dijo Carlos.

¿Tiene ajos? Yo quiero probar los ajos, porfis, ¿sí?, porfis —suplicaba Beto.

—¡Ya! no seas niña. Aquí lo tienes, todo tuyo; y crudo para que lo aprecies mejor. Cierra los ojitos, ¿listo? —le concedió Ana, manipulando su computadora.

Un guiño a Carlos. Ambos trataron de ocultar una sonrisa de complicidad.

Historia falsa de la conquista de la Nueva Aztlán

Jorge Cubría Montiel

—La pobrecita de Xochipili era muy blanquita, así salió y ni modo, ¿qué otra cosa se podría haber esperado?, su mamá era una desteñida españoluchita de raza pura. Por eso la Xochipili tuvo la piel del color de las lagartijas sin piel. No sé por qué tuve que tener una nieta tan corrientita, esto debe haber sido un castigo de Huitzilopochtli, yo me empeñé por tener a mi hijo en buenas escuelas y darle una educación Azteca.

—¿Dónde estudió?

—En el Calmecac de Madrid.

—¡Uy, muy bien!, es una de las pocas instituciones decentes que hay en esta provincia de salvajes.

—Aquí todo es visigodismo y vulgaridad.

—No sé qué tendrá este lugar que todo aquel que nace aquí, por muy azteca que sea su sangre, como que se torna vulgar.

—Eso precisamente es lo que impide que los hijos de los aztecas puedan tener cargos en el gobierno.

—Desgraciadamente, por haber nacido en Castilla, ya no son como uno.

—Por algo se tuvo que legislar con respecto a las castas.

Azteca con azteca: azteca; azteca con castellano: desteñido; desteñido con castellano: ya ni pinta; ya ni pinta con castellano: brinca de espaldas; brinca de espaldas con ya ni pinta: nada de muertito; nada de muertito con azteca: ta jodido; ta jodido con...

—Bueno, bueno, ya no me repitas todo el manual, resulta bastante confuso.

—Lo que hubiera sido conveniente que hicieran los aztecas al llegar a Castilla y Aragón, debería haber sido matar a todos los visigodos.

—Bueno, no hay que ser tan radicales, los visigodos también son gratos a Huitzilopochtli.

—Es que nuestro señor Huitzilopochtli es un Dios muy conformista, antes, ya lo ves, se contentaba con recibir a los tlaxcaltecas que le sacrificábamos.

—Bueno, tampoco compares, los tlaxcaltecas son de raza de bronce; en cambio los visigodos...

—Bueno, por eso ahora en cada sacrificio, en lugar de ofrecer una doncella tlaxcalteca, se le ofrecen quince visigodas.

—Pues yo creo que ni mil visigodas pueden sustituir a una tlaxcalteca.

—Esa es una manera anacrónica de pensar, el Concilio Teológico de la Anáhuac, decretó que quince visigodas equivalían a una tlaxcalteca. ¿Te atreves a decir que sabes más que los teólogos?

—Pues...

—Pues nada, para eso han estudiado tanto. Son personas muy instruidas y por eso pueden determinar las equivalencias como Huitzilopochtli manda.

—Quizá tengan razón en eso de las equivalencias, pero yo opino que deberíamos haber hecho lo mismo que hicieron los tlaxcaltecas con los vikingos y los británicos.

—¿Matarlos a todos?

—Pues claro, por eso ellos nunca tuvieron problemas de blanqueamiento de la piel en el norte. Ahora la provincia de Nueva Tlaxcala se enorgullece por su raza morena y se ha desarrollado mucho más que todas las provincias aztecas.

—¿Prueba acaso eso que los tlaxcaltecas son mejores que nosotros?

—No, no es que sean mejores, sino que se han podido desarrollar porque no han tenido que lidiar con los blancos salvajes. En cambio en la provincia de la Nueva Aztlán, no hay día que no haya problemas con los visigodos. Además estos castellanos son flojos y rebeldes por naturaleza, por más que les de uno de latigazos, tarde o temprano oponen resistencia.

—Sí, estoy de acuerdo, tenemos dificultades con ellos, pero a pesar de todo, son mano de obra barata, en cambio, ¿qué han tenido que hacer los tlaxcaltecas? Importar chinos, que también tienen la piel blanca. Y ya lo verás cómo tarde o temprano su población se mezclará con ellos y esa piel hermosa y oscura de la cual se sienten tan orgullosos se les va a empezar a blanquear.

—Lo veo muy difícil, ellos son muy cuidadosos de su piel y conservan la pureza racial con mucho orgullo.

—Estoy de acuerdo; así ha sido hasta hoy, pero corren el riesgo de que un día las nuevas generaciones se empiecen a mezclar con los chinos.

—No lo creo, no me cabe en la cabeza la idea de que un hombre de piel morena pudiera llegar a hacer que su piel tuviera contacto con una desteñida.

—Pues ese es un riesgo que los tlaxcaltecas tienen latente en su territorio.

—No, no lo creo; los chinos no son hijos de Huitzilopochtli. Los teólogos decretaron que los chinos no servían ni para sacrificárselos a los dioses. En cambio quince europeos sí equivalen a un anahuacense.

*

Caminábamos ligeros bajo los rayos frambuesa de la tarde. Un olor verde nos llenaba de tréboles el pensamiento. Era la hora en que las malvas de pétalos escotados, salpicaban de puntos rosas el campo. Todavía en ese momento, la luz definía los colores, el verde de las montañas se veía azul a lo lejos en otros campos que nuestros ojos no alcanzaban a detallar. Y Pilar y yo nos llenamos de frescura al tendernos sobre la hierba. Amarillos como tiernas hebras de elote, sus cabellos poseían el aroma del maíz recién cortado. Por un momento su piel fue un extendido pétalo de azucena donde las yemas de mis dedos se estremecieron de ternura. Y fuimos campo, fuimos tierra, hasta que el fuego se hizo sombra y la noche nos dejó arrebuajados en el misterio insólito de sentirla entre mis brazos. Y en ese momento supe que la amaba, supe que la quería. Había en mí tanta necesidad

de tener una mujer, de sentir la tersura de una piel muy delicada, la blandura de unos labios en donde acolchonar la turbulencia de la vida. En sus besos se acumulaba el sabor del sueño. Obtenía de ellos una grata sensación de olvido; un alejamiento del mundo y sus preocupaciones que me hacían difícil recordar que no era yo invulnerable. En esos momentos era difícil creer que alguna vez no había yo sido perfecto, pues ahora el vapor de su boca me indicaba, que estaba yo formado del mismo material con el que en el más allá se han construido los dioses

Pilar era blanca de piel, pero muy hermosa. No me importó que sus ojos fueran azules, ni que sus labios delgados parecieran una cinta desdibujada sobre su cara, o que tuviera tan sólo un respingo por nariz. Así, con todos y cada uno de sus defectos, esa tarde yo la amé.

*

—Eso fue lo mejor que pudo hacerse con la pobrecita de Xochipili.

—Al menos hemos tratado de contrarrestar la abominación que fue su vida.

—Bueno, señor Chiltepín, tampoco la llame usted abominación.

—Usted puede tener más benevolencia con la muchacha porque no es su nieta. Pero imagínese lo que puedo sentir yo, yo que para mí no es ninguna extraña, yo soy su abuelo.

—Pues sí, lo comprendo, debe ser muy duro tener una nieta con la mitad de la sangre española.

—Es un dolor profundo que no se lo deseo ni al peor de mis enemigos. Uno tiene la esperanza de ver a sus nietos morenos, como azúcar de trapiche. Que se constituyan para uno en el piloncillo de la vejez; y finalmente ya ve usted lo que se obtiene: una nieta tan pálida y tan transparente, que más que frente a la hija de tu hijo; te da la impresión de estar en la presencia de un fantasma. Y eso es lo que la Xochipili fue siempre para mí, una nieta muy a medias, una nieta, mitad persona y mitad espectro, sin tinte, brotada del informe matiz de la raza incolora que ha producido esta tierra. A veces cuando pienso en la suerte de mi descendencia, me entran ataques de desesperación, y me pregunto: ¿por qué, por qué tuvimos que venir a este lugar de gente descolorida? Este reino de bárbaros y visigodos. ¿Por qué no nos quedaríamos en el Anáhuac? Nos hemos cubierto de desgracia al quitarle la pureza a nuestra sangre. Hemos atenuado su tinte y disminuido su color.

—No debes hablar así Chiltepín, si hemos venido aquí, es porque los dioses nos han enviado. Esta gente nos necesitaba, vivía en la superstición y llena de costumbres brutales que nosotros hemos erradicado. Si el Anáhuac no hubiera conquistado los reinos de la Iberia, estos pueblos seguirían adorando a sus falsos ídolos, y aún no se hubiera erradicado la inquisición. Seguirían hoy en día, cubiertos por un manto de ignorancia adorando la figura indignante de un dios atormentado. En cambio nosotros les hemos traído la imagen triunfante de la auténtica Deidad, el señor Huitzilopochtli. Aunque para imponer esa verdad hayamos tenido que sacrificarnos al convivir

con ellos y nos hayamos visto en la necesidad de destruir metódicamente todos sus falsos ídolos y sus santuarios.

—Que no ha sido labor nada fácil, porque estos visigodos a veces son muy obstinados en lo que se refiere a sus creencias supersticiosas.

Pues sí, pero ha sido necesario, la inquisición era algo tremendo y sus prácticas idólatras basadas en el sentimiento de culpa, eran innegablemente inhumanas. Por haber erradicado esas costumbres y creencias, los ibéricos están obligados a guardarnos una eterna gratitud.

—A veces me pregunto; ¿cómo serían las cosas si ellos hubieran conquistado el Anáhuac?

—¿Qué dices? No seas ridículo, eso es impensable. Ellos nunca habrían podido ir al Anáhuac, vivían llenos de temores irracionales. Creían que el océano estaba plagado de monstruos que devorarían a los barcos y a los marineros. Pero Hutzilopochtli es muy sabio, no en balde hizo que los xochimilcas desarrollaran la navegación. Los mejores remeros siempre han salido de Xochimilco. Hasta que una noche Quetzalcóatl se transformó en la luz de un cometa, para guiar el camino de las canoas a través de un extenso mar oscurecido. Y los habitantes del Anáhuac llegamos a la Iberia salvaje, a librar a aquella pobre gente de la superstición y la ignorancia. Ahora aquí, hemos implantado costumbres basadas en la racionalidad, que los ha alejado de las falsas creencias cristianas del pasado.

—Sí, lo sé; ahora tenemos prácticas más humanistas, hemos implantado los sacrificios humanos.

—¿Y no es eso progreso para la Iberia?

—Ya lo creo que sí. Por ejemplo en este caso de la Xochipili; si no fuera por lo humano que son los sacrificios. ¿Cómo podríamos haber mitigado el dolor de tener una nieta blanquecina? Es indudable, Huitlacóchtli. La verdad de tus razonamientos es irrefutable; ¡Gracias! Tus palabras son para mí un bálsamo y un consuelo.

*

Pero no fue nada fácil enfrentarnos a los prejuicios de mis padres. Con el calor de las caricias aún latente sobre su piel, otra tarde la llevé a mi casa. La presenté como mi novia. Mis padres se concretaron a observarla en silencio. Momentos después se disculparon y nos dejaron solos en la sala. Pilar había sentido el rechazo y lloró largamente entre mis brazos. Yo le prometí que a pesar de ser rubia y española, eso no me importaba, para mí de todos modos era hermosa y desde ese momento ya nunca me separaría de su lado.

No fue una decisión sencilla ni mucho menos. Aquella noche mi madre también lloró y mi padre me dijo que era yo libre de optar por la ignominia al rebajar mi sangre y mi piel al nivel de una española, pero que si elegía ese camino, olvidara que algún día había yo sido hijo de unos padres pertenecientes a la nobleza azteca. Y después de escupir sobre el suelo, dijo, “Maldita sea la hora en que salimos del Anáhuac”. Me dio la espalda y se retiró.

Pilar y yo dejamos Madrid. No fueron pocas las privaciones y ofensas que tuvimos que soportar. Los españoles sentían temor de mí, siempre me miraron como a un hombre superior, un varón de barba rala y unos bigotes

lacios que imponían respeto. Al ver mi penacho de plumas de colores, todos los españoles, como actuando por instinto, agachaban la cabeza, nunca pude lograr que ninguno de ellos me tratara como amigo. Yo les pedía que me tutearan, que me llamaran por mi nombre, pero ellos repetían: “No me atrevo señor; oh señor, mi gran señor.” Esas muestras de respeto llegaron verdaderamente a molestarte, hasta que un día me di por vencido, y ya resignado, comprendí que los españoles nunca me verían como su igual y que entre ellos jamás lograría hacer amigos. Me acostumbré a estar fuera de las normas de los hombres, pues los varones de las tierras del Anáhuac, me trataban con desprecio. Pero me consolaba de todo aquello con el amor de Pilar. En lugar de ocupar un puesto administrativo tuve que buscar trabajo con un salario prácticamente de esclavo. Los aztecas no querían contratarme, pues al ver mi piel morena y mis facciones, sentían que debería yo ser arrogante. Y formulaban entre ellos comentarios de desconfianza: “Preferimos un español humilde; más vale tener alguien que sea medio animal, y no un moreno suspicaz”. Así que tuve que mantenerme a mí y a mi mujer con trabajos eventuales, contratándome por mi cuenta como arriero de mulas entre los capataces que peor pagaban. Pero mi esposa y yo fortalecimos nuestro amor, y enfrentándonos al mundo, permanecimos unidos.

Pilar en la intimidad, me empezó a enseñar el idioma castellano, muchos españoles se avergonzaban de él y fingían no saberlo, también deseaban que sus hijos lo olvidaran, los señores del Anáhuac les habían hecho creer que era un dialecto de gente incivilizada. En las casas castellanas se oía cada vez hablar más el Náhuatl,

este idioma era un símbolo de cultura y quien lo dominaba, se asemejaba más a los caballeros venidos del otro lado del océano. Pero yo no me dejé llevar por aquellas ideas. De manera que por las noches, mientras las sombras ocultaban nuestro cariño, yo le pedía a Pilar entre secretos, que aunque se me reventara el labio, me instruyera en su lengua. Y recostados en la intimidad de la noche, le pedía que me dijera en su idioma castellano: ¿cómo poder aguantar de pie tanta hermosura? Y todo lo probaba con su boca, todo lo sentía con su piel, supe que la blancura también podía ser hermosa, sobre todo cuando se asemejaba tanto a los rayos de la luna, todo lo miraba con sus ojos, aunque fueran tan azules, llegué a gozar con su mirada acuosa, todo era más mío entre sus manos, y mi voluntad se encaminaba a donde yo notaba que iban sus pensamientos y dejaba sin dolor lo que ella abandonaba. A través de ella, estuve en todas partes. Sus ojos como dos lagos, todo lo disolvían, el mundo entero adquiriría distintos tintes de tonalidad azul.

Un día una nueva vida se amasó en el horno de sus entrañas; tendríamos un fruto mixto. ¿Qué iba a hacer aquella criatura para soportar el peso social del hibridismo? Ese pensamiento nos producía cierta angustia, pero a la vez pensábamos que aquel nuevo ser no sería el único de la nueva raza; y que junto con otros similares, darían origen a distintos habitantes en Iberia, que con el tiempo descollarían sobre sus antepasados y sus prejuicios.

Meses más tarde Xochipili llegó al mundo. A la vez oscura y transparente, como el viento de la noche; apagada y luminosa, como los rayos de la luna que se filtraban entre el resplandor de nuestra oscuridad. La savia de la noche

ascendía por sus venas hasta el día de sus cabellos claros, su piel era acariciada de sombras, al ir creciendo, su voz le daba al aire una sonoridad bilingüe. Y el gozo de oírle expresarse y ser tan de ambos, nos producía una alegría que se agitaba porosa y esparcía su dicha entre la bruma de aquel bosque que rodeaba lo humilde de nuestra vivienda.

Cuando mi padre se enteró que una nieta suya crecía feliz entre la modestia oscura de nuestra casa, se empeñó en conocerla. Mandó caballeros águila a buscarla, yo no quería dejarla ir, pero me golpearon hasta dejarme sin sentido y la condujeron a la presencia del abuelo. Después de verla, no pudo soportar la idea de cargar con la afrenta de que una niña de su sangre morena, hubiera sido blanqueada por una humilde española. “Miserable despintada”, le llamó. Xochipili lloró y pidió permiso para regresar a nuestra casa, pero él se empeñó en retenerla.

*

Poco tiempo después Pilar, mi mujer, también fue llevada a la casa de mi padre.

—Pero mira, ahí viene tu nuera. ¡Qué blanca está la pobrecita! Y qué nariz tan ridícula, parece un pellizco. Y sus cabellos son amarillos como la orina; ¡qué desgracia!

—Buenos días señor Chiltepín, ¿cómo está usted?

—Muy guapo, lástima que no pueda yo decir lo mismo de ti.

—Bueno —dijo la chica bajando la mirada—, yo estoy bien, gracias.

—Qué bueno que así te sientas; es una ventaja ser ilusa, cuando no se puede ser consciente de ser castellana y corriente.

—Ya que me hizo usted venir, quisiera saber qué pasó con mi hija Xochipili.

—Tienes que agradecernos lo que se hizo con ella, Hitzilopochtli la recibió, agrádeselo a ÉL, que en su infinita bondad, ha decidido aceptar como ofrenda a las doncellas, aunque tengan sangre española.

*

Muy pronto recibí un mensajero.

—Bienaventurado tú, que tu hija ha sido sacrificada. Su sangre está limpia allá en el cielo, el día de ayer su corazón ha sido extraído en honor del verdadero Dios, el señor Huitzilopochtli. Recibe en hora buena las felicitaciones de tu padre, quien te perdona la afrenta y te ofrece que si abandonas a esa mujer que ha robado tu dignidad, está dispuesto a aceptarte de nuevo en su casa.

Escupí al suelo, y en presencia del caballero águila, lo maldije.

Poco después me volvieron a dar los parabienes, porque al igual que el de nuestra hija, el corazón de Pilar se volvió sagrado en la presencia del verdadero Dios.

Otro día de nuevo, unos caballeros águila llegaron para aprenderme, y me informaron que mi padre había sido encontrado en la sala de su casa con un hueco donde alguna vez había estado su corazón. Me echaron a mí la culpa y me sentenciaron a morir. Pero a mí, ya no me sangra la muerte, ni el ser o haber sido. Me sangra la

vida que nunca será ya amor entre mis manos. Más que nacer para morir, me duele el recuerdo de sus caderas, sus pechos y el sabor de su entraña, más dulce y roja y tierna y mía que la carne del fruto de la muerte. Me duele el silencio que ha dejado en mi pasado su habla dulce de ciruela, sus muslos de jade tibio y sus hombros y sus brazos que se desparramaron tantas veces, tenues, sobre mi cuerpo, culminando siempre en los diez estrépitos finos de sus dedos. Ahí donde perdí el temor, donde ahora entrego mi vida sobre una dicha descalza que pisa fríamente la verde humedad de los instantes que se han hecho intensos, porque ya para mí son breves.

El ataque silencioso

Ricardo Guzmán Wolffer

—**S**i alguien me lo hubiera dicho antes, jefe, yo también habría dicho que ese güey estaba loco. Pero a mí no me haga caso, ahí están las evidencias. Mírele las nalgas al muerto, no mienten.

—Pinche Sepu, estás muy cabrón. Primero me convences de que venga a esta delegación culera, prometiéndome que tienes aquí unas viejotas como las del otro día; luego y pura riata. Luego resulta que ibas caminando con la fusca y la charola de fuera, y que a pesar de la cara de cabrón que tienes, un pinche loco se te avienta para martarte con un envase de Frutsi.

—Con un envase de Pascual, de los tetrapak, jefe.

—¡Con lo que sea, cabrón! Y entonces tú le metes un plomazo entre las cejas, dizque porque es un enviado de los extraterrestres para partirte la madre porque andas siguiendo a los pinches marcianos.

—Venusinos, jefe, venusinos.

—¡No interrumpas, cabrón! Total que te lo chingas y mandas llamar a los de traslados fúnebres. Llegan los

güeyes esos y ¡mocos!, también te los chingas porque éstos sí son venusinos. Que los reconociste por los ojos sumidos y la falta de cejas. Pero resulta que por lo mismo, desaparecen, se desvanecen como pedo en el aire, y te dejan con una ambulancia que ahora me vengo a enterar está reportada como robada desde dos días antes, exactamente el tiempo que llevas sin presentarte a chambear en el grupo.

—Es que andaba sobre los venusinos, jefe.

—Otra interrupción y te voy a madrear yo mismo, cabrón. La cosa es que de inmediato se arma el desmadre porque al revisar el cadáver los doctores de esta pinche delegación se dan cuenta de que el güey ese al que te ponchaste trae credenciales diplomáticas de quién sabe qué lugar. Y claro, como tú ya sabes del desmadrito en que te estás metiendo, me hablas antes de que lleguen los de Relaciones Exteriores.

No, me cai que sí estás muy cabrón, pinche Sepu. Y ya le vi las nalgas al muerto y no les veo nada de raro, como no sea que te lo hayas ponchado.

—Nomás déme cinco minutos, jefe. Para que le pueda explicar.

—No me alburees porque te madreo, cabrón. Apúrate, que aquí huele gacho y no quiero estar cuando lleguen los estirados de Relaciones Exteriores.

—Fíjese bien y verá que los huesos del cóccix están separados, como si los hubieran fragmentado voluntariamente. Así están todos los esclavos terrestres. Es que los pinches venusinos están traumatados con el rezaigo evolutivo de los hombres, dicen que les da asco. En

fin. El chiste es que los venusinos quieren acabar con el mundo entero.

—¿Pero cómo chingaos fuiste a enterarte de tantas pendejadas? Yo creí que ya habías dejado la mota y el chupe, pinche Sepu.

—Ahorita le digo, pero no me niegue que el muerto tiene las vértebras fracturadas.

—Pues sí, pero así dejas a todos los cabrones que detienes, y hasta peor si se te ponen al brinco.

—Bueno, algo tiene de razón, pero a éste ni lo toqué. Nomás reconocerlo le di el plomazo, limpiecito. En fin. La cosa fue que estaba en el caso aquel de los asesinatos por atropellamiento. ¿Se acuerda? Si usted mismo me asignó el asuntito aquél, “donde no lo resuelvas te mando de pinche patrullero”. Ahí está, ya se acordó.

Bien, vamos bien. Pues fue cosa de minutos para dar con los microbuseros asesinos. Como eran de la misma ruta, con dos llamadas me enteré del cuento. Resulta que hay un tipo que tiene dos unidades de transporte, ya ve los eufemismos mamones que se inventan esos güeyes, y que los pinches micros siempre amanecían con manchas rojas en las defensas. Eso me lo contó el encargado del estacionamiento donde los dejan. El tipo ese es de fiar, es un güey con más ingresos a prisión que usted y yo juntos.

—Cofm, cofm. Abrevia, abrevia.

—Pues nada, fui por esos dos monos, porque eran dos los culpables, y los transporté a mi casa de campo, la que tengo en Tláhuac. Con unos tehuacanazos aflojaron hasta las tripas. Me contaron una historia de pocamadre, que dizque de noche los visitaba una vieja ultra buenota y que

les daba órdenes precisas. Si hasta se aventaron la puntada de decir que otro chofer, el Chino, se había sublevado, que dizque porque no creía en extraterrestres ni nada de eso. Y que supuestamente la mamazota en cuestión lo enfrió con un rayo morado que dejó loco al tal Chino, dicen.

—Oíte nomás, puras santas pendejadas. Esos son güeyes que les hace falta coger y que ya se la jalaron demasiado. ¿Y luego?

—Pues como no les creía ni madres y como no tenía ninguna prueba más que su dizque confesión, pues que los dejo ir. Pérese, pérese, no se enoje, jefe. Los solté, pero los seguí. Y ¿qué cree?, que los puñales esos vivían juntos en un cuartucho perdido en la nada, allá por los tiraderos de oriente. Me quedé vigilándolos desde el basurero de enfrente. Y ¡chale!, que va siendo cierto. A la media noche llegó un pinche carrazo de los importados. De por sí que el lugar era culero, culero, pero se me hizo más raro todavía porque no sólo no traía placas ni la marca, sino que parecía volar el desgraciado coche, ni huellas dejó en el lodazal aquél. Y mire que con la luna llena se veía todo súper claro.

—¿A poco nunca habías visto un coche europeo? No chingues, pinche Sepu.

—Jefe, me cai que ese auto no lo había visto nunca. Y a usted le consta que yo era perito en tránsito y así desvalijé un chingero de coches, pero como ese ninguno.

—Cómo la haces de jamón, me cai. Síguele, que este pinche cuarto sin ventanas ni ventilación parece sauna.

—Pues que se baja una super viejota del coche. Buenísima, jefe. Ni las del Bombay están así de buenas. En cuanto la nalgota entró al cuartucho, con un vestido

embarrado y sus taconazos, me acerqué al auto. Adentro había un chofer que lueguito se dio cuenta que le estaba apuntando con la fusca con silenciador. Que me brinca el hijo de la chingada y que lo mando a la ídem de un plomazo en la choya. Y ¡puffff!, desapareció el cabrón, así como lo oye. Mejor, dije, así no habrá cuerpo del delito. Pues ya entrado en gastos, que me meto a lo perro al cuartucho putil. Ya sabe, pateando la puerta y todo. Pero en esos instantes que me tardé en entrar, la viejota ya se había despachado a los otros dos porque estaban tirados, con los ojos en blanco.

—¿No se los habría cogido?

—Oh, esto es serio, jefe. “Así que tú fuiste quien los descubrió, ahora veremos”, me dijo. Nel, pensé, ésta sí me chinga. Y que le disparo a las piernas. Pues cayó como res y en lugar de sangre le salía como mostaza. Lueguito entendí que me la podía madrear, con tal de que no la matara. Pues con otros plomazos la dejé sin brazos. Y me cai que hacía unas caras como si de veras le estuviera doliendo la chinga. Así que soltó toda la sopa. Resulta que los venusinos quieren invadir la tierra, pero han intentado todo en el DeFe y nomás no acaban con los chilangos. Estos cuates creen que si someten a los chilanguitos ya podrán chingarse a cualquier terrícola, que dizque porque aquí las condiciones son las más cabronas del planeta, por la contaminación y no sé qué más.

—Me estás aburriendo, ¿cuál es el plan?

—Muy sencillo. Con los choferes de micros, taxis y camiones, pretenden matar a la gente en las calles. Y luego, cuando funcione esa primera etapa, ya tienen grupos de niñas ¡peinadas con tubos! que llegarán a las casas a

vender galletas y otras cochinas, y entonces ¡mocos!, a matar gente. Dicen que los tubos son receptores y que como las niñas que salen a la calle con tubos están locas o son pendejas, es fácil hacerlas sus esclavas.

—Pinche Sepu, estás bien paranoico. Con esa historia nadie te va a creer, yo menos. Si resulta que al matar a los venusinos desaparecen, no tendremos jamás ni una prueba. Y el hecho de que las víctimas tengan el cóccix roto tampoco sirve porque cualquier pasajero de microbús tiene jodida la espalda. En cuanto a las niñas con tubos, todavía no se ha reportado ningún ataque de esos. Y peor, hasta la fecha, ser pendejo no es delito per se.

—No crea que no lo pensé, jefe. Antes de matar a la vieja la obligué a que me dijera cómo acabar con los venusinos. Ya sabe que soy fino para sacarles la sopa a los detenidos. Resulta que odian la trova cubana. Y me cai que sí. Nomás le puse unas canciones de Silvio Rodríguez, ya ve que siempre cargo mi Ipod, y la viejota se murió por estallamiento de choya. Y que desaparece, igual que el coche.

—No, pues ya te cargó la chingada. Nadie te va a creer eso. No tienes ni una pinche prueba.

—Me la estoy rifando, jefe, estoy seguro que van a venir los meros venusinos. Mi teoría es que los funcionarios que tengan menos de un mes en la chamba, tienen que ver con este desmadre. Porque según la muerta fue cuando llegaron a la tierra. Los pinches venusinos se están infiltrando en la corporación y en todo el gobierno, me cai. ¿Pos cómo explica las pendejadas que hacen en materia económica y social?

—Ora hasta analista político me saliste. Estás cabrón. Espérate, déjame preguntar quién viene para acá. Espérate. Ya tengo la señal. Tú no hables. “Tauro-3. Tauro-3. Se ha reportado un R-44 en la demarcación Q. Informe quién va a levantar el acta. En 4, cambio”. Ya estuvo. Pues quién lo fuera a pensar: resulta que efectivamente vienen los de Relaciones Exteriores y que mandaron a dos agentes nuevos.

—Se lo dije, jefe. No le hace, en cuanto entren prendo mi toca-toca y una de dos, o desaparecen o me carga la chingada.

—Más te vale que sea la primera, si no yo me encargó de que suceda lo segundo. En fin, ¿y la ambulancia?

—No sé cómo estuvo, pero la cosa fue que la vieja logró radiarme con todos sus cuates. Ese día, luego de comer unos tacos mañaneros en el Estoque de Oro, fui a mi casa. Antes de llegar decidí rodear la calle. Pos ahí estaba la ambulancia. Me están venadeando, pensé. Y me fugué, pa’ pronto. Por eso no llamé al grupo, jefe. No quería arriesgarme a que ya hubieran metido algún espía, con eso de que ni saludo a las secres para hacerme el misterioso, pues no sé si hay gente nueva. Si ahora le hablé a usted es porque le tengo más confianza que a mi jefecita.

—O sea que esos pinches venusinos nomás se mueren de un balazo en la cabeza o escuchando trova cubana.

—Así merito, jefe, así merito.

—¿Y cuántos son?

—Según la vieja, pocos. Si no mintió, no habrá más de cien de esos güeyes regados en el De Efe.

—No, pues va a estar fácil encontrarlos.

—Si los fuéramos a balear, sí, pero con la música esa me cai que sí los pepenamos. Si logramos que durante un día entero sólo toquen trova en la radio y televisión, a güevo que se mueren. No hay lugar donde no se escuche uno de esos dos.

—No, pues suena fácil, muy fácil. Pero... Espérate, creo que alguien llegó.

—Buenas tardes, venimos de la Secretaría de Relaciones...

“Iba matando canallas, con su cañón de futuro... Qué cosa fuera, la masa sin cantera...”

—¡¡Pinche Sepu, no mames, tenías razón!!

—Le dije, Jefe, le dije que iban a desaparecer. Si nomás porque sí suena muy descabellado todo, pero le dije que así iba a pasar.

—No mames, nunca había visto algo así. Ora sí me convenciste. Chale, ver para creer. En tres segundos arreglo la onda esa de la trova, que a mí tampoco me hace muy feliz. Déjame le hablo a mi compadre que está en “Radio y televisión”. Pásame el celular.

“Compadrito, cómo estás. Bien, bien, aquí en la chingga. Necesito que me hagas un favor, es para resolver el caso ese de los chóferes asesinos. Sí, ese mero. Mira, la onda es que hay que poner a Pablo Milanés y a Silvio Rodríguez durante veinticuatro horas seguidas en todas las emisoras y canales de televisión. No, no me las estoy tronando, no seas pendejo. Es un patrón conductual de las víctimas.

Sí, es en serio. Es más, te echo la apuesta, si pones la música, te aseguro que en un día se acaban los pinches atropellados. Bueno, toman su nivel normal, tampoco pidas

milagros. Apostamos lo de siempre, una peda completa en el Bombay. Nos llevamos al Sepu de testigo, para que él vea quién paga. Con eso de que luego se te olvidan las cosas.

Órales. Ya quedamos. Sale, te hablo pasado mañana.

Ya estuvo, pinche Sepu. Ya estuvo. Vámonos que no tardan en llegar otros venusinos. Ahorita le digo al M.P. pa' que levante el acta de que el muerto te atacó con un objeto contundente y que actuaste en legítima defensa. Ya se la pelaron esos pinches venusinos.

—Gracias, jefe, yo sabía que usted sí era ley.

—Y la próxima vez que vengan venusinos me avisas, cabrón. Si hasta me hubiera lucido con el procurador. Ni modo. Vámonos por unos taquitos, estar viendo nalgas frías ya me dio hambre.

—Buenos los takechis, patrón. ¿Ya vio las noticias en la telera? Parece que todos los diputados desaparecieron de un madrazo.

—Una de dos, o se dieron a la fuga al saberse descubiertos, o ya se hicieron humo con la trova mamona. Tenías razón, los ojetes que manejan este país son de otro mundo.

Atlantis

Janitzio Villamar

Entre la multitud de hazañas que honran a vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros, y que admiramos nosotros, hay una más grande que todas las demás, y que revela una virtud extraordinaria. Nuestros libros refieren cómo Atenas destruyó un poderoso ejército, que, partiendo del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia. Entonces se podía atravesar este océano. Había, en efecto, una isla, situada frente al estrecho, que en vuestra lengua llamáis las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas; los navegantes pasaban desde allí a las otras islas, y de éstas al continente, que baña este mar, verdaderamente digno de este nombre. Platón, Timeo.

—Sí, en verdad es muy curioso que Platón dedicara al menos dos obras a hablar de la Atlántida. Parece un capricho, pero no, seguramente es algo más —continuó diciendo el profesor Antonio de la Parra.

—Curiosa también es la increíble lista de interesados que han abordado el tema de una manera o de otra

—completó Josefina Martínez, vieja amiga del profesor, especialista en geomitología.

—De eso hay numerosos estudios, como el de Pierre Vidal-Naquet, *La Atlántida. Pequeña historia de un mito platónico*.

—Que presenta supuestos como argumentos, por supuesto.

—En efecto, supuestos como argumentos, es decir, falacias, como aquella en que da por sentado que lo dicho por Platón es mentira, a tal grado que no sólo lo dice en torno a la Atlántida, sino también a muchos otros pasajes, que apenas y menciona y el gran argumento son ¡las interpretaciones modernas!

—Hasta asume que la mayoría se desprende de las suyas y que pocas hay que propongan algo nuevo.

Ante todas cosas recordemos, que han pasado nueve mil años después de la guerra, que, según dicen, se suscitó entre los pueblos que habitan más acá y más allá de las Columnas de Hércules. Es preciso que os dé una explicación de esta guerra desde el principio hasta el fin. De una parte estaba esta ciudad [Atenas]; ella tenía el mando y sostuvo victoriosamente la guerra hasta lo último. De la otra parte estaban los reyes de la isla Atlántida. Ya hemos dicho, que esta isla era en otro tiempo más grande que la Libia y el Asia; pero que hoy día, sumergida por los temblores de tierra, no es más que un escollo que impide la navegación y que no permite atravesar esta parte de los mares.

Platón, Critias.

—Mi querida Josefina, la lista de interesados en la Atlántida, tan vasta, no cambia los hechos de la historia. Sólo echa fuego a la hoguera.

—¿Cómo las continuas menciones de Estrabón en su *Geografía*?

—Sí, exacto, como las continuas menciones de Estrabón.

—Entiendo, pero me quedo con Dorothy Vittaliano y su *Leyendas de la Tierra*.

—Eso por supuesto.

—Y, ¿no habría sido interesante que se cumpliera lo que Platón dice en *Critias* y en *Timeo*?

—Mucho, desde luego y ahora sabemos, cada vez con más fuerza, que mucho de lo dicho por Platón, eso que Vidal-Naquet considera perverso, es cierto, como ha quedado demostrado en el caso de Anacreonte por el eminente filólogo mexicano J. V. Por lo que no podemos descalificar a prior a un autor, sin pruebas de varios tipos que avalen nuestro dicho.

—Y sobre *Critias* no se trata de menciones en otros textos, sino de hallazgos de nuevos textos y de hallazgos arqueológicos que confirman los dichos de Platón, estatuas con textos anacreónticos y los *Papiros de Oxyrrinco*, tanto de textos del poeta como de comentarios que respaldan totalmente lo dicho por Platón acerca de su pariente, *Critias*.

Pero en los tiempos que siguieron a éstos, grandes temblores de tierra dieron lugar a inundaciones; y en un solo día, en una sola fatal noche, la tierra se tragó a todos vuestros guerreros, la isla Atlántida desapareció entre las aguas, y

por esta razón hoy no se puede aun recorrer ni explorar este mar, porque se opone a su navegación un insuperable obstáculo, una cantidad de fango, que la isla ha depositado en el momento de hundirse en el abismo”. Platón, Timeo.

“No tengo palabras para hablar de lo que está sucediendo. Hace algunos días, la tierra gimió múltiples veces, como si los dioses se quejaban de algo. Nuestros arúspices trataron de interpretarlo, pero nada pudieron encontrar, así que acudimos en masa a los templos y solicitamos que los dioses perdonaran nuestras malas acciones y nuestros actos de soberbia, así lo hicimos con la que sostiene las serpientes, con el de los cuernos y con la diosa del hogar. Hubo humo en todos los santuarios y los altares y enviamos mensajeros a las ciudades madre, pero aún no han regresado. La tierra siguió gimiendo y entonces comenzaron los temblores. En casa de Arquitas los niños lloraban y sus padres trataban de consolarlos. Mi consejo fue que abandonaran la ciudad. Yo, por mi parte, renté un barco y comencé a cargar mis mercancías, vasijas con decoraciones marinas, tan apreciadas en todo el reino y las ciudades que comienzan a surgir en el continente después de tantos siglos de barbarie y guerras sin fin. Pretendía embarcarme rumbo a Creta, que es donde está el gran palacio de los wa-na-ka, reyes, con su sala del trono y sus numerosos almacenes y bajo todas aquellas construcciones, las minas de donde se extrae la mayor riqueza de la enorme isla: el hierro”.

“En mi cabeza dan vueltas las historias que he vivido aquí, en Thera, mi actual hogar, durante tantos años. Recuerdo cuando conocí a Layla, aquella joven de

abundantes encantos. Fui al mercado a comprar higos y me tropecé con una familia que mendigaba pan o alguna otra comida. Entre sus integrantes se encontraba Layla, una tierna joven que apenas cubría su cuerpo ya formado, dejando al descubierto gran parte de sus piernas y sus pechos. Como mi posición es bastante buena, decidí conducirlos a mi casa, a las afueras de la ciudad, en donde llegaría a un acuerdo con sus padres para quedarme con la muchacha. Les ofrecí un poco de pan de trigo y semillas de girasol que traía conmigo y despaché a Sofrón, mi esclavo, para que comprara los higos. Acto seguido, los conduje por el camino hasta mi morada, en donde comimos y bebimos hasta que el acuerdo fue sellado. Por la noche, dormí con la chica”.

“Soy un hombre precavido y siempre he mantenido reservas en una casa y en otra por si surge algún contratiempo en el mar, que es parte importante de mi vida, pues apenas recuerdo un día sin que lo haya olido o un mes sin que haya emprendido algún viaje a través de sus moviedizas aguas. Por eso mantengo una finca en Creta, no lejos de Cnossos. Allá es a donde mando las reservas de mercaderías. Allá tengo apenas un reducido grupo de alfareros y un solo decorador, mientras aquí tengo un taller de mayor tamaño. En el puerto, tengo dos barcos y espero pronto hacerme de un tercero, pues los negocios marchan bastante bien. Esto, aunque en Creta el comercio independiente no está permitido, sólo tolerado; todo lo controla el palacio. Por eso me establecí en Thera. Y al margen del centralismo, el comercio con el palacio y sus colonias es bueno; siempre hay pedidos, “ti-ri-po-de ai-ke-u ke-re-si-jo we-ke/ ti-ri-po e-me po-de o-wo-we/ ti-ri-po

ke-re-si-jo we-ke a-pu ke-ka-u-me-no ke-re-a-que-to/ di-
pa me-zo-e qe-to-ro-we/ di-pa-e me-zo-e ti-ri-o-we-e/
di-pa me-wi-jo ti-ri-jo-we/ di-pa me-wi-jo ti-ri-jo-we/
di-pa me-wi-jo a-no-we”. (Tablilla micénica”).

“Un tiempo mantuve una casa en mi tierra natal, Kam, pero hace ya tiempo que la vendí y me trasladé a Thera. He olvidado casi por completo la lengua de los faraones y he dejado atrás a mis dioses paternos, tales como Jer-Ur, el halcón. Actualmente sirvo a los dioses que me dieron riquezas y me han permitido vivir en sus tierras. A ellos estoy agradecido y es a sus dioses a los que ahora rindo culto, porque son ellos los que me han protegido y han dirigido mis pasos hacia las riquezas”.

“Los temblores continuaron durante varios días y la gente sintió espanto, sobre todo porque los dioses nada respondían y el palacio demoraba su respuesta. Numerosas edificaciones sufrieron graves daños y gran parte de la población se fue alejando hacia la costa hasta que huyó como pudo a las islas cercanas. Yo demoré aún mi viaje a causa de que no terminaba de cargar mis mercancías en los barcos, pero al fin estuvimos listos y nos embarcamos”.

Pero el que la Tierra a veces sufre levantamientos y hundimientos y transformaciones originadas por los terremotos y otros fenómenos semejantes, que también hemos enumerado nosotros, eso está bien expuesto en su obra [de Posidonio]. Sobre ello trae oportunamente el relato de Platón, que admite que no es una invención lo del relato de la isla Atlántida, sobre la que afirma que habla Solón informado por los sacerdotes egipcios, diciendo que existió una vez y desapareció

y que tenía una extensión no menor que la de un continente. Y Posidonio cree que es mejor decir esto que el que la inventó la hizo desaparecer, lo mismo que el Poeta [Homero] con el muro de los aqueos (Troya). Estrabón, Geografía.

—¿Y qué haríamos si de repente apareciera una narración detallada de los hechos, no sé, tal vez entre las tablillas minoicas o en los *Papiros de Oxyrrinco*?

—Pues tendríamos que aceptar que estamos equivocados y tendríamos que darle la razón a Platón también en esto, aunque es claro que el nombre de su isla procede del lugar en donde estaba localizada, según él, y que entonces desconocemos el nombre real de la isla.

—¡Caray, pues como sea, el asunto siempre ha estado muy enredado!

—Demasiado, por eso tantas teorías que van y vienen. Es curioso que la forma de desaparición de la isla sea tan terrena, aunque haya una intervención divina en algo que es perfectamente inútil, tomar la decisión de que desapareciera por su soberbia.

—E igualmente es curioso que la isla sea un escollo que interrumpe la navegación, fango. Es claro que Platón ni sabía de historia ni de navegación. Hasta es posible que jamás haya navegado.

Los cartagineses decretaron que Hanón navegara fuera de las columnas herácleas y fundara ciudades de los libiofenicios, y emprendió la navegación llevando consigo sesenta penteconteros y una cantidad de hombres y de mujeres que alcanzaban hasta el número de treinta mil además de provisiones y el resto del equipamiento.// Una vez que hubimos

partido flanqueamos las columnas, navegamos fuera de ellas durante dos días y fundamos la primera ciudad a la que denominamos Tiamiaterio; a sus pies se extendía una enorme llanura. Periplo de Hanón.

—Es curioso que ni en el *Periplo de Hanón* la mencionen, como si los fenicios no la conocieran y eso que recorrieron gran parte de África; la rodearon pasando por las Columnas de Hércules.

—Por eso la propuesta de que la interpretación platónica cometió el error de leer fuera de las Columnas de Hércules en lugar de más allá de las Columnas de Hércules, refiriéndose a dentro del Mediterráneo o que las Columnas de Hércules se llamaba a otro punto, lo más probable, entre Grecia continental y Jonia.

—También de allí la importancia de las descripciones de Jenofonte, que son las primeras en establecer un punto de referencia que permite situar los lugares con exactitud, pues antes la derecha y la izquierda era muy relativas.

—Sí, sobre todo en *La expedición de los diez mil o Anábasis*.

—Vidal-Naquet dice que no existió, que es parte de la invención platónica, pero no hay pruebas de ello, es mera suposición. Incluso podríamos decir lo contrario, pues el dato de la biblioteca de los antepasados de Platón se ha ido corroborando por los datos por él enunciados que, por la aparición de nuevos textos, se han corroborado en fuentes de primera mano y a todos ellos se les tachaba de invenciones de Platón, pero parece que su familia poseía una gran biblioteca, lo mismo que Atenas, que atesoraba

y custodiaba, porque sólo gracias a ella se conservan numerosas copias de textos de autores de gran importancia, como los de la leyenda de Pisístrato y muchas otras, incluyendo la de Anacreonte, a quien mandaron un barco especialmente para transportarlo a Atenas, en donde seguramente hicieron una edición de sus cantos.

—Parece que los *Papiros de Oxyrrinco* le darán la vuelta a muchos filólogos, cuyas suposiciones son demasiado modernas. Como si los antiguos pensarán igual que los modernos.

“El día del desastre, todo ocurrió muy rápido. Me hallaba yo sobre el barco, ya algo lejos de Thera, cuando una columna de humo que se elevaba desde lo que parecía la superficie del mar, pero que sin lugar a dudas era el volcán de Thera, se detuvo sin causa aparente a gran altura y desde allí comenzó a esparcirse como si se tratase de un árbol cuya fronda creciera a gran velocidad, más parecido a un pino que a cualquier otro, cambiante de color, a veces negra, a veces blanca. Y de pronto, además de los temblores en tierra, el mar pareció temblar y tras un ensordecedor rugido de la tierra que restalló en nuestros oídos, las aguas se levantaron en grandes olas que nos empujaron vigorosamente hacia la costa. Y aunque nos encontrábamos a gran distancia, se cernieron sobre nosotros espesas cenizas y llovieron sobre nuestras cabezas piedras calcinadas y guijarros ennegrecidos, quemados y pulverizados por la violencia del fuego; parecía que el mar se retiraba y la (aún lejana) playa se hacía inabordable. De ellos nos salvamos gracias a que hasta nosotros llegaron no tan calientes debido a la gran distancia que

habíamos puesto entre Thera y nuestras embarcaciones, a punto de dar vuelta a la isla de Creta. Y aunque la claridad de la mañana se perfilaba a lo lejos, en torno a Thera la oscuridad medraba entre luz de relámpagos y otros resplandores. Un terrible olor a azufre abrió temiblemente nuestras fosas nasales. Las grandes olas por poco nos hicieron naufragar, pero como llevábamos recogidas las velas, tuvimos la fortaleza para aguantar y llegar varias horas después a salvo a la playa”.

“Parece que la costa sufrió enormemente, pues los puertos se hallaban seriamente dañados y corrían historias de inmensas olas que habían invadido muchos metros tierra adentro y cuyas aguas habían tardado en secarse varias horas. Esto fue lo que vimos en un primer momento, pero luego nos tocó ver lo sucedido en Creta y en las otras islas y más adelante incluso la destrucción en Thera, que quedó abandonada aunque algunos pobladores intentaron regresar. De lo que fuera un gran isla, quedó como un anillo y en su centro un enorme hueco en lo que antes fuera un volcán. Tal parece que no le diera tiempo ni siquiera para hacer erupción y lanzar su lava, pues la explosión lo destruyó por completo”.

“La pérdida fue inmensa. En mi caso, perdí el taller que tenía allí, pero no más, porque nos habíamos anticipado a que pudiese ocurrir una catástrofe y habíamos embarcado la totalidad de nuestras mercancías. La tierra permanecía, pese a que las construcciones estuvieran deshechas, pero siempre se pueden reconstruir”.

“En un primer momento, el miedo nos invadió a todos por igual, pero poco después recobramos el ánimo y yo más entre todos por la carga de responsabilidades.

Eso fue lo que nos salvó, además de la lejanía y lo ya mencionado de las velas, porque alcanzamos a sortear las inmensas olas gracias a la astucia y el remeo ordenado. A pesar de todo, aunque pretendíamos dirigirnos a algún puerto de Creta, acabamos en Egipto, en el delta, en donde tuvimos que esperar dos semanas a que las aguas se tranquilizaran, pues aún se hallaban encrespadas y la abundancia de animales muertos no dejaba paso a la navegación”.

“Mientras permanecemos ahí, me enteré de lo que los sabios egipcios decían y que guardaron las noticias, anotándolas en sus libros con gran detalle. Ellos nos llamaban los pueblos del mar. Curioso nombre, pero para ellos nosotros habitábamos en el mar y no pisábamos tierra salvo en contadas ocasiones que íbamos a comerciar con ellos o los otros pueblos de tierra firme. Claro, no conocían la historia de nuestras colonias en las áreas habitadas por los aqueos y en la punta del Asia. El mundo egipcio e hitita impedía el avance sobre otros territorios. Los rojos aún no iniciaban sus grandes incursiones, aunque ya destacaban por lo dilatado de sus viajes”.

“A ellos, los egipcios, fue precisamente a quienes los atlantes copiamos muchas ideas, sobre construcción y muchas otras cosas, por ejemplo las minas, que fueron después llamadas laberinto, a imagen y semejanza del santuario del buey Apis. Pero mientras ellos insistían en llevar la mayoría de sus conteo por el dios Ra, nosotros seguimos más a la luna. Nuestros muertos nos acompañan y nos protegen, mientras ellos creen que los muertos regresan según ciertas ceremonias en las que interviene un dios con rostro de chacal. Bueno, esa era mi religión,

pero renuncié a ella y adopté la de los wa-na-ka, lo mismo que su lengua, que no tiene tantas palabras”.

“Fueron también ellos quienes difundieron lo que acabó por convertirse en una leyenda, historias de maravillas que nunca fueron ni serán, aunque... de eso hablaré después, cuando la calma de mis palabras halla amainado en vuestros corazones, porque ahora el tamaño de los sucesos es suficiente maravilla y no quiero impresionarlos con esta mi narración, que cubre apenas un rollo de papiro”.

Hay, dijo Critias, en Egipto, en el Delta, en cuyo extremo divide el Nilo sus aguas, un territorio llamado Saítico, distrito cuya principal ciudad es Saïs, patria del rey Amasis. Los habitantes honraban como fundadora de su ciudad a una divinidad cuyo nombre egipcio es Neith, y el nombre griego, si se les ha de dar crédito es Atena. Aman mucho a los atenienses, y pretenden en cierto modo pertenecer a la misma nación. Solón decía, que cuando llegó a aquel país, había sido acogido perfectamente; que había interrogado sobre las antigüedades a los sacerdotes más versados en esta ciencia; y que había visto, que ni él ni nadie, entre los griegos, sabía, por decirlo así, ni una sola palabra de estas cosas. Platón, Timeo.

—¿Y cómo es que, según la narración platónica, los egipcios guardaron la historia y por ellos la supo Solón, quien se la narró a Critias?

—Porque hubo un terrible tsunami y los refugiados alcanzaron Egipto y contaron lo que ellos no podían escribir entonces debido a que su lengua aún no desarrollaba la escritura para textos más allá de breves apuntes comerciales.

—Cierto, es fácil darse cuenta que las islas comparten el dialecto griego con el Ática, y la parte de Asia bajo la Jonia.

—Y hay pruebas geológicas, viejo amigo, recuerda a Dorothy Vittaliano.

—Sí, tienes razón. Ella presenta sobre todo los resultados de Marinatos en Thera.

—A quien Vidal-Naquet ve como un soñador, pero parece más soñador él al desmentir sin pruebas, con puras suposiciones, tratando de hacer pasar a Platón por perverso e interpretar, junto con muchos otros, a Platón de metafórico al hablar de una guerra entre atlantes y atenienses, guerra que sería, según él, una metáfora de la guerra entre una supuesta Atenas-Atlántida y una Atenas-Atenas. Y los datos geográficos y Solón y la época serían meros inventos platónicos.

—¡Lástima que para que eso se cumpla, tengamos que cambiar tantas cosas: el tropo del texto y la intención al mencionar los datos de la Atlántida, pues habría sido criticar a una de las Atenas.

—Menudo problema, pues no es comprobable la burla platónica, pero sí su continuo cuestionamiento de la filosofía de otros, a la que pone en jaque constantemente, finalidad que persiguen los *Diálogos*.

—Lo peor es el Platón que ve con ojos de su época los hechos y Vidal-Naquet lo interpreta como perversidad.

—¿Crees? Yo creería que lo peor es cuando asegura que Platón anticipó el cine y que la Atlántida es ¡ciencia ficción.

“Fuimos nosotros quienes llevamos noticia a los egipcios del suceso, aunque ellos habían ya notado sobre las olas y el rugido que se escuchó en todos lados y sobre la caída de piedras del cielo y la nube que alcanzó a verse y a oscurecer las costas durante varios días. Y fuimos nosotros quienes fundamos algunas ciudades costeras con el aval del faraón, entre ellas Saïs, desde donde ahora escribo cómodamente, acomodado sobre mi banco de papiro, en finos rollos, con gráciles signos egipcios”.

“Los recuerdos me perturban, pero no tengo palabras para lo que en realidad más me perturba y que me acompaña cada día de mi vida, pues soy yo su custodio, tal vez el último antes de la total decadencia de la institución que comenzó conmigo y dará fin conmigo, pues el encargo fue que no cayera en otras manos que en las de los descendientes de los wa-na-ka y los wa-na-ka han desaparecido ya, de manera que ahora me corresponde borrar todo rastro de lo que fue su mayor esplendor”.

“Vierto entonces lágrimas a la sombra de la luna y erijo de nueva cuenta un altar cornudo para enmarcar el paso de los astros, ¡qué vivan aún en mí los antiguos dioses tal como antes eran adorados! Mas, ¡qué bien lo hago con pan y cerveza a mi disposición y el cálido regazo de Layla, que me espera en la cama. La apariencia es una, lo sé, lo que cuenta es lo que se teje en mi interior y mi interior se desvanece como los dedos de la Aurora ante su victoria total sobre la noche”.

“¿Cuántos hombres habrán descendido al Hades desde que el volcán hizo su llamado? ¿Cuántas almas habrán depositado su carga en tierra y habrá migrado a la región de los muertos? Yo supongo que la mía no tardará en

acompañarlas y que la larga cadena de hechos que cubrió mi vida al fin será cortada. ¡Lo deseo tanto! Mi vida lleva ya demasiado tiempo prolongándose y no es buena la carga que pone sobre nuestras espaldas el paso del tiempo, pues ya no podemos correr tras las muchachas como antes, ni podemos sonreír contagiando a los demás nuestra risa, ni comer sin problemas, ni descansar de un jalón la noche entera”.

“¡Los egipcios, esos hombres que acostumbran llevar registro de todo y cuya literatura es tan amplia como la arena de sus desiertos! Es una lástima que nosotros no sepamos de eso, pues encontraríamos en la literatura de los egipcios y en la de Mesopotamia fuentes de inspiración más allá de Gilgamesh o de la historia de los faraones. Supongo que ya aprenderemos y entonces se conservará lo que nuestro pueblo escriba, si es que hay entre nosotros hombres como los maestros del Oriente”.

“Pero debo regresar al hilo de mi relato y olvidar tantas elucubraciones estériles. La explosión en Thera afectó gravemente a una parte amplia de Creta, destruyendo cultivos y dañando las poblaciones más cercanas, que fueron alcanzadas por ceniza y piedras. Gran parte de las cosechas se echaron a perder. El rey mandó comprar alimentos a Egipto y así fue como se resolvió el problema, pero la economía del palacio también quedó seriamente afectada. Fue entonces que nosotros, los mercaderes libres, fuimos más importantes que nunca y nuestros servicios fueron contratados. Afortunadamente en aquel tiempo aún tenía fuerzas para viajar por mar, aunque Thera quede del otro lado de Creta y no enfrente de Egipto. Hicimos los suficientes viajes para conseguir los alimentos necesarios

y las semillas para volver a cultivar las tierras afectadas, que fueron limpiadas y la gente que había huido, que era mucha, regresó”.

“Así pude dedicar lo suficiente para construir correctamente la finca que tenía a media en Saïs. Le puse una fuente que emergía del subsuelo y corría en forma de arroyuelo y muchas flores y algunos sicomoros. Layla se encontraba en cinta, así que yo compartía la cama con otra esclava, Pirra. Ellas eran quienes se dedicaban a supervisar los avances en la finca, mientras yo hacía frente a las procelosas aguas en mis barcos que ahora no eran tres, como había soñado, sino cinco”.

Dirigióse primero a Egipto [Solón], y allí se detuvo, como lo dijo él mismo: Del Nilo en la anchurosa desembocadura/ y junto a la ribera de Canope.// Allí gastó cierto tiempo en filosofar con Psenofis de Heliópolis y con Sonquis de Saïs, los más sabios e instruidos de aquellos sacerdotes; y habiendo oído en las conferencias que con ellos tuvo la relación de la Atlántida, se propuso, como dice Platón, exponerla a los griegos en un poema. Plutarco. Vidas paralelas. Solón.

—¿Y qué te parece afirmar que lo que no menciona Aristóteles, es decir, la Atlántida, porque no la menciona, no existió?

—Claramente se trata de la falacia de *ad ignorantiam* y es curioso que con tanto desparpajo la ocupe Vidal-Naquet.

—A quien estamos descubriendo un falsario con tal de comprobar sus hipótesis.

—Se echa de cabeza cuando menciona la mitología planteada por Diódoro Sículo para Creta, en donde radica el nacimiento de diez hijos de Zeus, llamados Atlantes, pues dice que es el único escritor cuyas fuentes no derivan de Platón.

—De nueva cuenta Creta y ahora hasta con los diez hijos, equivalentes a diez tribus o diez divisiones, como plantea Platón para los atlantes.

—Lo mismo con Plutarco, que sabemos era bastante chismoso.

—Sí, Plutarco arremete contra Platón en varios puntos de sus aseveraciones sobre la Atlántida, pero se lamenta ¡de que Platón dejara su obra sobre la Atlántida inconclusa!

—Y de él también dice Vidal-Naquet que era mentiroso. Es decir, que para que se cumpla lo que quiere Vidal-Naquet, Plutarco, Platón y Diódoro Sículo mintieron o cometieron errores.

—¡Si parara ahí, pero Vidal-Naquet no se detiene al señalar que Amiano Marcelino y Filón completan lo del mito de la Atlántida con elementos de sus propias cosechas, aunque acepte que hay divergencias con Platón, es decir, que es posible que también supiera de la Atlántida por medio de otras fuentes!

“Pero no debo seguir sin revelar en este papiro lo que he tratado de ocultar toda la vida, pues es mi deseo que en alguna parte se preserve el secreto, aunque después no se crea lo que en este papiro se cuenta, porque los hombres no creen en cosas que rebasan con mucho su fantasía, sino en lo que sus ojos creen ver y sólo en

eso. Así que espero que lo hombres de mi época me perdonen romper mi voto de secrecía en aras de la mejor comprensión del pasado por el futuro, porque los hombres tienen derecho a saber de su pasado para actuar de mejor manera en el futuro y para conocer de sí mismos y de los demás, lo que los hace reflexionar y entenderse entre unos y otros con mayor facilidad”.

“El rey me llamó cierto día a palacio, poco después de la explosión en Thera y me confió una caja de metal, de oricalco, así llamado por su color verdoso brillante. Acto seguido, me dijo con pasión y enfrente de una de sus hijas, una maravillosa cachorrita de nombre Ariadna, llamada así en memoria de su antepasada, la que había huido con Teseo, “Timeo, te he llamado porque te conozco desde que éramos niños y entonces jugábamos ambos con las rodillas desnudas entrelazadas por la convivencia que los juegos infantiles dan. Te tengo la confianza que un hermano tiene en su hermano y el amor que sólo entre amigos de tantos años se tienen. No sé en quién podría confiar más que en ti, por lo que he decidido entregarte el mayor tesoro de Atlantis para que tú lo guardes, pues mi linaje está condenado a desaparecer y mi reino ya no será lo que ha sido. Dentro de esta caja hay un aparato creado por el insigne Dédalo. Es este aparato el que nos ha guiado en muchas ocasiones hacia la resolución de graves problemas, pues con él vemos lo que será y lo que fue y lo que es en otros puntos, algunos muy distantes. Como el fin se aproxima, deseo que sea destruido y enterrado lejos de aquí, pero no sin antes dar una oportunidad a mis descendientes, que tal vez merezcan la entrega de semejante artefacto, pero tal

vez no. Por eso, porque mi vida ya se oculta y porque mis descendientes aún son muy pequeños y no es probable que reinen sobre lo que hoy es un gran reino, te entrego en custodia el *holocrón*, el que mira en el tiempo o el que es el tiempo entero, en custodia, para que lo entregues a mis herederos si lo llegan a merecer o para que lo destruyas y lo entierres si no es de esta manera”.

“Sabía yo poco del aparato del que ahora me hablaba abiertamente el rey Minos, por supuesto no el primero de este nombre en su estirpe, pero nunca había logrado imaginar cuál era su finalidad, pues esa parte se había mantenido en secreto hasta ese momento. Acepté, pues, el encargo, debido a mi amistad con el rey y a que su pueblo era ahora más mi pueblo que el pueblo en donde nací originalmente, del que fui sacado por mis padres, huyendo de una persecución de un viejo faraón, puesto que alguno de nuestros parientes, ni siquiera sabíamos cuál, había intentado robar una de las tumbas en el Valle de los Reyes y la furia del faraón había perseguido a la familia entera en lugar de sólo al ladrón. Fui traslado, entonces, muy pequeño a Creta, en donde fuimos acogidos por el rey de ese entonces, a causa de los conocimientos de mi padre, un sacerdote de baja estirpe, pero que conocía puntualmente su arte, entonces muy apreciado por lo escaso del número de quienes sabían escribir, llevar las cuentas y administrar un palacio. Allí fue donde conocí al pequeño príncipe Minos, con quien rápidamente trabé amistad. Poco tiempo después, corríamos a lo largo de los intrincados pasillos del palacio, uno detrás de otro, jugando a infinidad de cosas”.

“Con el tiempo, mi padre construyó una casa cerca de Cnossos y otra en Thera, las que yo heredé y que amplié y en las que hice mis talleres. Tuve hermanas, pero ellas se casaron con hombres de la corte y poco las veo, pues tomaron la religión de sus maridos y ya no adoran a los mismos dioses lares. Mi padre murió debido a la edad, lo mismo que mi madre y lo hicieron satisfechos. Y aunque el rey trató de mantenerme en la corte, preferí seguir mi camino, que ahora sé era el indicado por los dioses. Sin embargo, mantuve su amistad y, cada vez que mi trabajo me llevaba a Creta, pasaba a visitarlo, cargado con obsequios. Nunca dejé de recibir sus muestras de afecto pero, sobre todo, su tiempo y su compañía, su dulce plática, pues era hombre muy instruido y hablaba con palabras que el tiempo no puede borrar fácilmente. Cuando murió, poco después de haberme entregado en custodia el *holocrón*, lloré su muerte hasta que mis ojos se hincharon y me quedé sin lágrimas”.

Solón, habiendo entonces emprendido la relación o fábula de la Atlántida, de que se instruyó en los coloquios que tuvo en Saïs, por creer que convenía a los atenienses, hubo de abandonar aquel trabajo, no por sus ocupaciones, como dice Platón, sino por la vejez, acobardado por lo grande de la empresa. Plutarco, Vidas paralelas. Solón.

—Es claro que el sacerdote equivocó el número de años o fue Platón o quien a él se lo contó o se trata de una comunicación corrompida, pues si añadimos a la época de Platón novecientos y no nueve mil, veremos que fácilmente coincide con la época minoica.

—Y las coincidencias no paran ahí, pues tampoco Egipto contaba entonces con ocho mil años, sino apenas con dos mil quinientos desde su unificación. Así, ni Egipto ni la cultura minoica son tan antiguas, pero sí puede ser que Saïs tuviera ochocientos años de fundada cuando los sacerdotes egipcios, es decir, los de Saïs, le contaron a Solón sobre la Atlántida que, como sabemos es muy relativa en cuanto a los nombres.

—Sí, los nombres de los dioses egipcios que conocemos, son los nombres que los griegos les daban, no los que les daban los mismos egipcios.

“Una sola vez sentí tal impulso de la curiosidad, que mi deseo por abrir la caja de oricalco pudo más que la prudencia y la abrí. En el exterior, la caja tenía labrada una clepsidra y agua, mucha agua: el paso del tiempo. No puedo decir que desde entonces mi mente no pudo mantenerse en paz de nuevo y que mi conocimiento expandió sus horizontes mucho más allá de lo imaginado. Por suerte, algo que siempre me había gustado, era imaginar, imaginar a los seres del mar, que pintaba en las vasijas y jarrones: pulpos y delfines, peces de muchos colores y tortugas y muchos otros, como los monstruos marinos que sólo vi a lo lejos. También llegué a pintar a los dioses y escenas de la corte, al Minotauro y uno que otro ser de terrible presencia. Sin aquello, tal vez habría perdido la razón”.

“Cuando vi lo que había dentro, la curiosidad llenó mi alma y lo tomé entre mis manos, pues era un artefacto con ruedas planas, metálicas y objetos cilíndricos que las unían y no sé qué más piezas, pues no conocía ni

conozco sus nombres. A un lado, había una palanca. Lo jalé hacia donde se podía, pues una hendidura vertical mostraba la forma de hacerlo. En mi mente se formaron imágenes y durante un par de minutos me vi a mí mismo y me vi visto por el rey Minos, quien sonreía de verme y vi cómo después, el rey hablaba con su hija, la adorable Ariadna, a quien me entregó en matrimonio para que engendrara hijos, decirle que sabía que era yo curioso y qué vería en la máquina, pero que confiaba en que a pesar de mirar y conocer el poder que guardaba el aparato, lo metería de nuevo en la caja y haría lo que él me había pedido. Vi la explosión en Thera, no ya a lo lejos, sino como si estuviera en el lugar, pero sin sufrir daño y vi a un hombre de nombre Platón, que escribía sobre la Thera y Creta, cambiándoles de nombre, la Atlántida, y leyendo en viejos volúmenes que su familia conservaba y vi a Critias y a Timeo y a muchos otros y también vi mucho más allá, en el futuro, cuando los hombres ya no creían en Platón ni en su visión de la Atlántida. En unos y otros tiempos los hombres parecían los mismos, pero sus máquinas y sus ropas no. En veces comprendí lo que les rodeaba, pero en otras no.

“Supe entonces que había visto otros tiempos y que la vida cambia y que aunque las circunstancias cambien y los hombres crean ser otros, son los mismos en cuanto a sentimientos y pasiones. Supe que gran parte de los artilugios habidos en Creta se debían a estas visiones y que, en efecto, era mejor desaparecerlos, pues resulta paradójico que los hombres, que creen que otros los influenciaron, sean los artífices de su propia influencia y que sean ellos quienes creen, con sus ávidas mentes por

aprender y explicarse, aunque muchos de ellos no sean capaces de darse cuenta”.

He aquí, Sócrates, en pocas palabras, la historia del viejo Critias, que la había oído a Solón. Platón, Timeo.

—Creta es muy grande. Thera no. Creta estorba el camino y en época platónica no tenía ya la grandeza que tuvo en época micénica.

—Y el mito del Minotauro guarda gran parte de la relación entre Atenas y la sociedad micénica.

—Y la destrucción de Thera coincide en el tiempo con la decadencia de la cultura minoica.

—Sí, la explosión se calcula hacia el siglo XVII a. n. e.

—¿Es decir, entonces, que Creta sería la enorme isla y que la explosión en Thera sería el hundimiento de la misma?

—Sí, una confusión no muy difícil si consideramos que quienes guardaron la noticia, los únicos que entonces podían guardarla, no era navegantes de grandes distancias.

“Poco después, cuando estuve seguro que los descendientes de Minos ya no gobernarían Creta, me trasladé a la isla y busqué una escarpada y apartada ladera. Allí destruí el aparato y lo incineré hasta que no quedó rastro reconocible y después lo enterré. Durante un tiempo me sentí culpable y quería que el tiempo regresase, concepto que aprendí cuando vi el tiempo pasado y el tiempo futuro, pero luego recordaba que el aparato ya estaba destruido y sabía, así, de repente, que era imposible, así que imaginaba

que aún existía y en mi mente aparecían imágenes del futuro y del pasado y obnubilaban las del presente. Afortunadamente, esto se me fue quitando poco a poco, pues de no ser así, la oscuridad de la locura me habría inundado, afectando mi vida y las de mis seres queridos”.

“Así quedó enterrado el mito de la Atlántida, la isla de Thera y la de Creta, pues su sorprendente técnica fue volviéndose cotidiana mientras el uso de sus maravillas se fue generalizando, sobre todo la arquitectura, y al perderse el mecanismo más sorprendente que haya yo visto. Tal vez pasen miles de años antes de que las maravillas de los reyes minoicos se repitan, fundamentalmente la del mecanismo creado por Dédalo, el inventor prodigioso. De mi vida queda ya poco tiempo y no deseo dejar inconcluso este papiro que revela parte de ella y la existencia del mecanismo que estaba destinado a los herederos de wa-na-ka Minos, mismos que perdieron lo que fue de su padre e impulsaron la caída del mito que después, siglos después, un filósofo de nombre Platón retomaría bajo el nombre de Atlántida, aunque su nombre fue Thera y fue Creta y fue Minos, la era de los reyes de la dinastía minoica, los reyes minoicos, como he dicho”.

“Sólo me resta señalar que nunca fui hombre de muchas palabras y que, aunque fui instruido por un tiempo en la casa de la vida, no seguí el camino de mi progenitor, hombre que siempre cuidó de su familia y que me dejó la semilla de lo que después sería un pequeño emporio. Gracias a esto, conocí al rey Minos y obtuve su amistad, circunstancia fortuita, pero que me permitió conocer la mayor maravilla de mi tiempo, misma que estuve destinado a destruir, hecho lamentable pero necesario, hecho

que me ha dejado marca indeleble, hecho, al fin, que me ha llevado a recordar mis años en la casa de la vida y a escribir este papiro, el primero y único en mi vida, después de tantos acuerdos y peticiones comerciales”.

“Como dirá dentro de muchos siglos un gran hombre, a quien muchos siglos después se reconocerá como el padre de la historia, “para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros —y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento— queden sin realce”. Den fe de su veracidad los dioses”.

Como solar vacante en país delicioso, a que tenía derecho por el parentesco, tomó Platón por su cuenta, para edificar en él y exomado, el argumento de la Atlántida, y al exordio le puso tan magníficas portadas, y tales muros y patios, cuales no los tuvo nunca ninguna relación, o fábula o poema; mas lo emprendió tarde, y antes que con la obra acabó con la vida, dejándonos tanto más deseosos e incomodados por lo que falta cuanto más divierte y recrea lo que alcanzó a escribir, porque así como la ciudad de Atenas, entre sus grandes obras, sólo dejó imperfecto el templo de Zeus Olímpico, de la misma manera la sabiduría de Platón sólo dejó sin acabar la obra de la Atlántida. Plutarco. Vidas paralelas. Solón.

—No puedo concebir nuestros tiempos sin mitos, sin misterios a los que la mente de los hombres se pueden enfrentar.

—Son como pruebas que por casualidad nos hemos ido dejando en el camino, que los hombres del paso han

dejado a los hombres del futuro: rompecabezas históricos, filosóficos, artísticos y de todo tipo que sólo los hombres son capaces de resolver.

—Y la Atlántida persistirá mientras no haya manera de resolver su misterio, pues los argumentos que se han presentado contra el mito platónico no son suficientes y las otras respuestas aún dan mucho y si encontráramos un papiro que lo corroborase, no habría manera de desconocerlo, pero es difícil encontrar uno que le llame de la misma manera, aunque sí uno que hable de los mismos tiempos y los mismos lugares, pero con otros nombres.

—Y ese es el punto principal de nuestra reunión, ¿o no profesor?

—Sí, ese es. Tengo en mis manos un nuevo hallazgo, un papiro recientemente hallado en la localidad egipcia de Saïs. Llegó apenas ayer aquí, al museo, y de inmediato te llamé para que juntos lo leyéramos.

—Por favor, no alarguemos más el ansia que seguramente ahora a ambos nos carcome.

—Con todo gusto, querida amiga —dijo el profesor desenrollando el viejo documento, ennegrecido por el tiempo y con voz profunda comenzó:

“No tengo palabras para hablar de lo que está sucediendo. Hace algunos días, la tierra gimió múltiples veces, como si los dioses se quejaran de algo...”

Todo tiempo pasado fue mejor

Irving Roffe

Todos los mocosos presumen que su abuelo lo cuenta mejor. Casi siempre se juntan después de jugar entre los coches carcomidos, justo donde su mamá ya les dijo mil veces que no se metan. Jadeantes, sudados y manchados de óxido, cada quien inventa lo que le cuenta el abuelo, que seguramente lo inventó a su vez o, en el mejor de los casos, exageró. Pero si uno le presta atención a los niños, puede entresacar los sucesos comunes. Ojo, que sean comunes no quiere decir que sean ciertos. Pero suenan convincentes y, además, no hay de otra, a menos que uno sea tan pendejo como para creer en la versión oficial.

Los niños coinciden en que todos los abuelos llevaban una hora en medio del tráfico paralizado y sin que diera señas de moverse. Resignados, se fumaron otro cigarro, encendieron el radio, miraron hacia el coche de junto. Y esperaron y esperaron. Pasaron dos horas, y apagaron el coche porque casi no les quedaba gasolina. Otra hora más, y todos comenzaron a salir de los coches,

en parte para estirar las piernas y en parte para ver qué estaba pasando. Cada quien inventó un accidente, una obra, una marcha. Todos se quejaron de que ya no se puede vivir en esta pinche ciudad, y que ya no tiene remedio. Hubo quien dijo que llegaría antes si se iba a pie. Y hubo quien lo puso en práctica. Total, estaba tan apurado que luego iría por el coche al corralón.

Eso lo dijo alguien que estaba atorado en el Periférico. Pero también otro que estaba en Vallejo. Y dos que estaban en Cien Metros. Y otro en Zaragoza. Y otro en la salida a Pachuca. Y en Insurgentes, y en Camarones, y en Reforma, y en Viaducto.

Todos vieron lo mismo: el tráfico detenido. Todos los coches apagados. No había accidente. Ni obra. Ni marcha. Sólo filas y filas de vehículos de todos los tamaños, inmóviles. Los del reporte vial del radio primero se cansaron de decir dónde había embotellamiento. Luego se cansaron de recomendar vías alternas, porque no las había. Los que comenzaron a caminar, al pasar por calles secundarias, vieron lo mismo: el tráfico parado. No había un centímetro de asfalto al descubierto. Sólo coches, peseras y tráileres detenidos, con las puertas abiertas y el conductor asomado, viendo hacia el vacío, que era adelante.

Pasaron muchas horas hasta que todos decidieron volver a casa a pie. Hubo quien tuvo que andar a marchas forzadas durante dos días, para llegar extenuado a su hogar. Algunos murieron de agotamiento, porque no tenía caso llamar a la ambulancia.

A los tres días se anunció la emergencia a nivel metropolitano. Toda la ciudad era un embotellamiento generalizado. Se hizo llamado nacional de no viajar al DF,

convertido en una ratonera a la que ya no se podía entrar, y tampoco salir.

Las autoridades prometieron soluciones. Comenzaron a deliberar. Discutieron durante días, semanas, meses. Pero al final anunciaron el fin de los problemas.

*

Cuando los abuelos se reúnen, siempre terminan discutiendo a gritos la decisión que se tomó. Nunca faltan los abuelos radicalosos, que son apenas uno o dos, y que opinan que se perdió para siempre la gran oportunidad, reconocer lo que tenía décadas siendo cierto, declarar la ciudad como zona inhabitable, y evacuar el Valle de México de la manera más ordenada posible.

Y entonces entran los abuelos que se sienten muy cívicos, que también son apenas uno o dos, y rememoran con lágrimas en los ojos el día en que se erigieron las torres para el transporte aéreo colectivo, en helicópteros hechos en China y especialmente diseñados para condiciones urbanas de alto hacinamiento.

Y luego entran todos los demás, que sólo se quejan. “Sí, claro, nadie se tuvo que ir de la ciudad, porque aquí nos tocó vivir, pero... ¿A ver? ¿Quién ha recogido los coches que se quedaron atorados para siempre, oxidándose y contaminando el medio ambiente, que de por sí ya estaba envenenado? ¿Cómo que quién puede recoger seis millones de vehículos, y que no hay dónde tirarlos? ¡Pura madre! ¡Mentiras! ¿Y a ver? ¿No se apuraron las concesionarias para vender helicópteros privados, primero a los más ricos? ¿Y luego? ¿A poco el gobierno

no se conchabó con algunos vivales para concesionar el transporte colectivo para peseras voladoras? Y luego el programa de incentivos al vehículo privado, que nomás endrogaron a todos los chilangos para comprar un helicóptero económico. ¿Y las academias de pilotos ésas para todos, que'sque muy controladas, y que luego proliferaron las escuelas patito? ¡Cualquier mocoso pendejó juniorcito saca su licencia de vuelo por una corta, y ya anda vuelto loco haciendo piruetas! ¿Y ya vieron lo que son las horas pico? ¡Ni siquiera puede verse el cielo! ¿Y las pendejadas que hacen las peseras voladoras? ¡Hay que ver lo que es una carambola a 300 metros de altura! ¿Quién se salva? ¡Ni los de arriba, ni los de abajo! ¿Y la contaminación, que ya subió mil metros más arriba? ¿Acaso las líneas aéreas no nos han declarado la zona más peligrosa del mundo?"

Y así siguen y siguen. Y cuando se hace el silencio, porque ya tienen secas las cansadas gargantas, todos concuerdan en que a lo mejor es porque se están haciendo viejos, pero sí, sí es cierto, todo tiempo pasado fue mejor.

Sobre los autores

Ignacio Padilla

Ciudad de México, 1968. Durante diez años fue titular de la columna El baúl de los cadáveres, en el suplemento Sábado del diario *Unomásuno*. Ha sido redactor publicitario (Augusto Elías-1988), secretario particular en la Dirección General de Derechos de Autor (SEP, 1993-94), profesor de tiempo completo en la Universidad de las Américas (Puebla, 1998-2000) y Agregado Cultural de la Embajada ante el Reino Unido (Londres, 2001-2003). En 2004 ingresó al Sistema Nacional de Creadores y obtuvo la beca de la John Simon Guggenheim Foundation. Actualmente es asesor de cultura del gobierno del estado de Querétaro, investigador del Centro de Estudios Cervantinos en la ciudad de Guanajuato, y profesor de tiempo completo en la Universidad Iberoamericana-Campus Santa Fe.

Nelly Geraldine García Rosas

Nació en el D.F. pero ha vivido siempre en el Estado de México, radica en Toluca. Escritora y editora mexicana que ha sido publicada en varias revistas independientes y antologías, tanto en inglés como en español. Hace

algunos años decidió ser escritora en vez de física y dice no arrepentirse. Algunas de las obras que ha publicado son: “Ahuizotl”, en *Historical Lovecraft*. Innsmouth Free Press, Abril, 2011; “Hitomi”, en *Candle in the Attic Window*. Innsmouth Free Press, Septiembre, 2011; “Tloque Nahuaque”, en *Future Lovecraft*. Innsmouth Free Press, Diciembre, 2011 y reimpreso por Prime Books, en Agosto del 2012; “Apnea”, en *Penumbria Cero*, 2012; “B-612” en *Penumbria Dos*, 2012; “Caza de shoggoths. Colección grotesca”, en *Penumbria Nueve*, 2013 y reimpreso en *Penumbria*, Año I. Mayo, 2013; “Ovejas eléctricas”, en *Penumbria Doce*, 2013. “13”, en *Penumbria Trece*, 2013.

Carlos Rangel Santos

Aguascalientes, Ags, 1987. Estudiante de Ingeniería en Mecatrónica en la Universidad Politécnica de Aguascalientes. Fue becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Aguascalientes en el 2008 por su proyecto de narrativa “La voz de los otros”, y en noviembre del 2011 vio su trabajo publicado en una antología de jóvenes creadores editada por el FECA. Actualmente se dedica a leer y programar aplicaciones Android, en su tiempo libre escribe cuentos y una novela.

Gerardo Porcayo

Cuernavaca, Morelos, 10 de mayo de 1966. Es uno de los escritores más renombrados de la década de los años noventa en México dentro de los círculos literarios que abarcan varias formas de literatura fantástica y ciencia ficción. A Gerardo Horacio Porcayo se le considera el escritor que introdujo el subgénero cyberpunk de la ciencia

ficción a la literatura iberoamericana, con su ópera prima *La primera calle de la soledad*, y el subgénero neogótico a la literatura mexicana. Dentro de su amplia trayectoria, ha trabajado por difundir en México la ciencia ficción. Además ha colaborado en múltiples ocasiones en conferencias y como articulista, así como con trabajos literarios para la revista argentina de ciencia ficción *Axxón*. Es miembro fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía. Actualmente trabaja en la Preparatoria de la Universidad Iberoamericana de Puebla y dando el curso de “Lectura y Expresión Académica” en el campus de la universidad.

Pé de J. Pauner

Nació en 1973 en Tuxpan, Veracruz, México. Es un narrador, ensayista, crítico de cine y biólogo (cuyos artículos de divulgación firma como Pedro Paunero) que ha hecho activismo y performance. Ha publicado novela erótica (*Labellum*, Edit. Minimalia Erótica, 2009), ha sido antalogado en México (Barrio, Edit. Lectorum, 2012), Cuba (Todas las manos, UNEAC, 2009) y publicado en Australia (Hontanar en español) y España. Algunos de sus cuentos han sido traducidos al catalán. En el género de la ciencia ficción ha publicado el ensayo “Las cinco grandes utopías del Siglo XX”, en la web española Alfa Eridiani y varios cuentos en *Axxón* de Argentina.

Fernando Galaviz

Monterrey, Nuevo León, 1969. Licenciado en Informática Administrativa por la UANL. Artista gráfico, poeta, narrador, ensayista y promotor cultural. Coordinador

del Grupo Virtual Hiperespacio, organizador del Ciclo Lecturas de Narrativa Fantástica y el Conversatorio de Ciencia Ficción en la Casa de la Cultura de Nuevo León y coordinador en las Jornadas de Detectives y Astronautas en la Feria Internacional del Libro de Monterrey. En 2007 recibe reconocimiento del museo Joaquín Cervantes Bassoco MUCAHI de Cuautla, Morelos por la promoción cultural de la narrativa gráfica. Ha publicado en *Urbanario Letras* desde el norte, *Papeles de la Mancuspia*, y en el libro *Verso Norte 2011 bitácora de voces*.

Héctor Chavarría

Mérida, Yucatán. 1948. Escritor de cuentos de terror y ciencia ficción. Promovió un experimento literario que eslabonó *Los Mitos de Cthulhú*, de H.P. Lovecraft con las leyendas mexicanas. Ganó el Premio Puebla en 1985. En 1995 publicó su novela de ciencia ficción con rasgos policiacos *Adamas*. En 1997 publicó *El mito del espejo negro*.

Jorge Guerrero de la Torre

Nació el 10 de mayo de 1970 en Durango, Dgo. Tiene una licenciatura en Física por la Universidad de Sonora. Obtuvo el tercer lugar en los Premios de Literatura en Español “Biblioteca Fambai”, con el texto “Onírica Oceánica”. Tercer lugar del Premio Internacional de Cuento Fantástico Laberintos, del grupo independiente de estudios borgianos celebrado en Caracas, Venezuela (1999). Autor del artículo de investigación *Biobehavioral Factors and Health Progression: Physiological Pathways and Mechanisms*, publicado en la revista *Psychosomatic Medicine*:

Journal of Biobehavioral Medicine, EUA. (1999). Autor del libro *Celeste y la Banda de Moebius* (2009). Obtuvo mención honorífica en la II Convocatoria Caligrama de Cuento Breve con el relato “Blues para un planeta rojo”, en México D.F. (2010). Mención de honor en el Primer Certamen Literario Internacional “San Arceo”, con el relato “AXI(S) MUND(I), en Argentina (2011). Ganador del primer lugar dentro del Concurso Internacional de Cuento Julio Cortázar en Francia (2012), por la obra “Sicofonías del Gato Cuántico”.

Luis G. Abbadié

Guadalajara, 1968. Se especializa en literatura fantástica, horror, paganismo y esoterismo. Ha participado en talleres literarios con Flaviano Castañeda, Víctor Manuel Pazarín, Gabriel Gómez, Roberto Villa y Raúl Bañuelos, entre otros. Ha colaborado en revistas y antologías de México, España, Chile y Argentina, tales como *Tierra Adentro*, *Luvina*, *Umbrales* y *Redrum* (Argentina). Guionista y dibujante para *Minerva Cómic*s (1994-2001), y actualmente para *El Círculo de Acuario*. Sus libros publicados incluyen: *El grito de la máscara* (Minerva, 1998), *Códice Otapolense* (2002), *El sendero de los brujos* (2004), *Noches paganas: Cuentos narrados junto al fuego del Sabbath* (2008), y las dos primeras partes de la trilogía *El código secreto del Necronomicón: 2012* (Rémora, 2010) y *Los tiempos del fin* (Keli, 2012).

Gabriel Trujillo Muñoz

Mexicali, Baja California, 21 de julio de 1958. Poeta, narrador y ensayista. Profesor de tiempo completo de

la Facultad de Ciencias Humanas de la UABC-Mexicali y es uno de los editores de la Revista Universitaria de la Universidad Autónoma de Baja California. Ha publicado más de un 130 libros como autor y compilador. Es socio fundador de la Asociación Mexicana de Ciencia Ficción y Fantasía. Ha recibido nueve veces el Premio Estatal de Literatura de Baja California, así como el Premio Nacional de Ensayo Abigael Bohórquez 1998, el Premio Bellas Artes de Narrativa Colima para Obra Publicada 1999, el Premio Nacional de Poesía Sonora 2004, el Premio Binacional de Poesía Pellicer-Frost 1996, el Premio Binacional Excelencia Frontera 1998, el Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2005, el Premio Regional de Novela Vandalay 2005, el Premio de Narrativa Histórica de la Fundación Pedro F. Pérez y Ramírez 2006 y el Premio en Artes 2009 por el Instituto Tecnológico de Mexicali.

Blanca Mart

Escritora catalana que reside en México, es Licenciada en Historia por la Universidad Autónoma de Barcelona, imparte clases de literatura fantástica, Ficción Prospectiva (Ciencia Ficción), en el Instituto Internacional de Prospectiva de la Ciudad de México. Entre sus publicaciones destacamos las novelas *La era de los clones*, *Cuentos del Archivo Hurus*, *La soledad de la Meiga* y *Ficción Prospectiva*. En el sector editorial infantil tiene publicadas biografías sobre las vidas de Sor Juana Inés de la Cruz y de Cristóbal Colón. Y adaptaciones de obras clásicas de *Don Quijote de la Mancha*, *Drácula*, *La llamada de la selva*, *Rebelión en la granja*, *El diario de Ana Frank*

y *Don Juan Tenorio*. Con su pequeña editorial independiente “El Taller” ha reunido trabajos de jóvenes mexicanos en sus antologías *Flores nocturnas*, *De mujeres y de vampiros*, *Diferentes*, y ha editado una bitácora de viajes: *Mi libro de viajes Trotamundos*. Como cuentista y articulista ha colaborado en diversas revistas: *Información Científica y Tecnológica*, *Asimov*, *Ciencia Ficción*, *Nahual*, *Azoth*, *Hojas de Utopía*, *Pasto verde*, *Alter Ego*, *Cuiria*, *Casa del tiempo de la Universidad Autónoma de México*, *IPN-CIECAS del Instituto Politécnico Nacional de la Ciudad de México*, *Relieves*, *Blanco Móvil*, *Club de Lectores y Publicaciones de la Asociación de Escritores Tirant lo Blanc*.

Ángel Zuare

Ciudad de México, 1978. Escritor y periodista. Inició su carrera en la publicación *Revista de Revistas* del periódico *Excélsior*, en 1995. Fue director y editor de la revista *Conexión Manga* y otras publicaciones de la editorial Editoposter. Ha colaborado con material periodístico para el periódico *Milenio* y publicaciones de Editorial Televisa. Actualmente se desarrolla como blogger para varios sitios web. Literariamente ha publicado para Editorial Selector el libro *Cuentos de Castillos para Niños*, en colaboración con Susana Romero; dentro de la antología digital *Cuando Algo Más Murió*, de Fi Estudios; y la novela de ciencia ficción *Retorno*, dentro de la colección *Gran Angular*, para Ediciones SM. Ha ganado el segundo lugar del premio de cuento de ciencia ficción, organizado por el programa de televisión *Ciencia Hoy*, de TV UNAM, en 1994.

Ricardo Bernal

Ciudad de México, 1962. Cuentista, ajedrecista, astrólogo, maestro de tarot. Ganador de becas y premios literarios. Desde 1992 se dedica a coordinar e impartir diplomados y cursos de literatura fantástica, horror y ciencia ficción. Entre sus libros se encuentran *Ciudad de telarañas*, *Lady Clic*, *Lucas muere* y *Torniquete de avestruces*.

Alejandro Rosete Sosa

Participó en los talleres de narrativa de la maestra Beatriz Espejo, de Celso Santajuliana y de H. Pascal. Ganador del Primer Certamen Estatal de Literatura Tlaxcala 1997, convocado por el diario Síntesis, Centro Cultural La Libertad, Voluntariado Estatal y la revista Gusano de Maguey. Fue organizador de varias ediciones del Festival Internacional de Ficción y Fantasía de la Universidad Autónoma de Tlaxcala que convocó a importantes escritores nacionales y extranjeros tales como: Paco Ignacio Taibo II, Juan Hernández Luna, Christa Faust y Daína Chaviano. Su nombre aparece registrado en la *Enciclopedia de la Ciencia Ficción Mexicana* de José Luis Ramírez. Ha publicado decenas de artículos, cuentos y reseñas bibliográficas en el *Sol de Tlaxcala* y en el suplemento *El Sol en la política* de *El Sol de México*, en el diario regional *Síntesis* Puebla-Tlaxcala, en el diario *ABC* y en el diario *La Jornada de Oriente*. Y en las revistas de circulación nacional *Asimov* en español, *Conocer* y *Complot*, en el fanzine *Azoth* y participado en las antologías literarias *Vampiros* y *Locos, profetas y desafortunados* editada por *Libros Goliardos* y *Creaturas del abismo*, editada por el Instituto Politécnico Nacional, la Universidad Autónoma

de Tlaxcala y la Universidad del Altiplano de Tlaxcala. Tiene dos libros de cuentos, *La furia de Dios*, publicado por Editorial *Fontamara* de México y *Narraciones místicas* publicado por el gobierno del estado de Tlaxcala. En espera de publicación se encuentra su primera novela titulada *El luminoso tambor de la vida. Una rara historia sobre el despertar espiritual*.

Nora Lizeth Castillo

Monterrey, N. L., 1970. Licenciada en Lingüística Aplicada con énfasis en didáctica del idioma (UANL, 1991). Máster en Letras Españolas con la tesis Aproximaciones a la novelística de Sara Sefchovich desde la perspectiva del discurso femenino (UANL, 2002). Estudiante en el programa de Doctorado en Literatura y Discurso del Tecnológico de Monterrey. Fue profesora de tiempo completo en el centro de idiomas de la UANL de 1989 hasta 2005. En el año 1998 ingresó como catedrática en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, campus Monterrey en donde ha impartido una variedad de cursos que corresponden a la enseñanza de la lengua inglesa y cursos de especialización. Ha participado en diversos coloquios y congresos internacionales relacionados con la literatura y la lengua. Colaboradora de la Revista de Humanidades del Tecnológico de Monterrey y de la Revista de Literatura Mexicana Contemporánea de la Universidad del Paso, Texas. En el verano 2011 impartió un diplomado sobre literatura femenina y en 2012 un diplomado sobre literatura del noreste en la Casa de la Cultura de Monterrey. Actualmente prepara su tesis doctoral en torno a la escritora María Luisa Garza Loreley.

Guillermo Samperio

Ciudad de México, 22 de octubre de 1948. Ha publicado más de veinticinco libros en su carrera entre los cuales destacan cuento, novela, ensayo, literatura infantil, poesía y crónica. Desde hace más de veinte años ha impartido talleres literarios en México y el extranjero. Ha sido incluido en múltiples antologías del país y del extranjero, ha sido traducido a varias lenguas, compartiendo antologías con Julio Cortázar, Jorge Luis Borges, Guillermo Cabrera Infante, Miguel Ángel Asturias, Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez, Cristina Peri Rossi, Carlos Drummond de Andrade, Eduardo Galeano, Antonio Skármeta, Luisa Valenzuela, entre otros escritores de alto nivel. En la actualidad después de Julio Torri, Ramón Gómez de la Serna y Juan José Arreola, es considerado el mejor cuentista mexicano vivo y reactivador de la microficción.

Gabriel Benítez

Colima, Col., 1969. Actualmente vive en Guadalajara, Jalisco. Licenciado en Mercadotecnia por el ITESO; trabaja en el área de publicidad y mercadotecnia. Como escritor ha colaborado en varias antologías en México y en el extranjero, así como revistas literarias y de estudios de género. Es uno de los escritores mexicanos de ciencia ficción más activos de los últimos años, y de los más conocidos fuera de su país. Gran aficionado a la figura del norteamericano Philip K. Dick, ha escrito numerosos relatos acerca del mundo particular de Dick, entre los que se incluye la novela corta *Fluyan mis lágrimas*. Ha escrito numerosos relatos, incluidos en diversas antologías (De

vuelta a Verne), y también gran cantidad de artículos de diversa temática (Vacaciones en Klendhatu). Dirigió una revista virtual de gran calado, *Realidad Cero*, que tuvo gran repercusión hace algunos años. En la actualidad estudia una maestría de Estudios Cinematográficos con el desarrollo de la tesis: Monstruos Gigantes en el Cine de Estados Unidos y Japón.

Silvia Moreno-García

Nació y creció en México, ahora reside en Canadá. Escribe ficción especulativa y su trabajo ha aparecido en *Shine*: una antología de Optimista Ciencia Ficción y en otras publicaciones como *Fantasy Magazine* y *Shimmer and Zahir*. Recién acaba de vender *Sound Fidelity*, su primera novela en inglés, a la editorial *Solaris*, una obra literaria de magia, música y la Ciudad de México en los años 80. Se le puede contactar en línea en la página <http://silviamoreno-garcia.com/blog/>.

Andrés Tonini

Fue editor del desaparecido fanzine de ciencia ficción y fantasía *¡Nahual!* publicado por la Facultad de Ciencias de la UNAM. Ha publicado ficción en revistas como *Umbrales*, en la edición Mexicana de *Asimov Ciencia Ficción* y en la antología *La ciencia ficción en México*, editada por el IPN. En el campo del escepticismo y el pensamiento crítico ha publicado en la revista *El Escéptico*, de la ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, de España y ha participado en pláticas y conferencias como “Pseudociencias bajo la lupa”, en la UAM - Iztapalapa y el Primer Congreso Mexicano de Ateísmo en la Escuela

Nacional de Antropología e Historia. Es Técnico en Urgencias Médicas (retirado) y tiene estudios de biología.

Jorge Chípuli

Monterrey, N.L., 1976. Obtuvo el premio de cuento de la revista *La langosta se ha posado*, 1995. El segundo lugar del premio de minicuento: *La difícil brevedad*, 2006 y el primer premio de microcuento *Sizigias y Twitteraturas Lunares*, 2011. Fue becario del Centro de Escritores de Nuevo León. Ha colaborado con textos en las revistas *Literal*, *Urbanario*, *Rayuela*, *Oficio*, *Papeles de la Mancuspia*, *La langosta se ha posado*, *Literatura Virtual*, *Nave*, *Umbrales*, la española *Miasma* y la argentina *Axxón*. Ha sido incluido en las antologías: *Columnas, antología del doblez*, (ITESM, 1991), *Natal, 20 visiones de Monterrey*, (Clannad 1993), *Silicio en la memoria*, (Ramón Llaca, 1998), *Quadrántidas*, (UANL, 2011) y *Mundos Remotos y Cielos Infinitos*, (UANL, 2011).

Alberto Chimal

Nacido en Toluca, Estado de México. Chimal comenzó su carrera en 1987, al ganar el premio “Becarios” del Centro Toluqueño de Escritores (que ganaría luego en dos ocasiones más, en 1990 y 1996). Durante algunos años colaboró en revistas y suplementos locales. En los últimos años, Chimal ha alternado su tiempo entre el cuento y varios proyectos de novela de los que el primero, titulado *Los esclavos*, apareció en 2009, publicado por la editorial *Almadía*. La segunda novela de Chimal, *La torre y el jardín*, fue publicada en el 2012. El libro ha sido, en general, muy bien recibido; entre otros

comentarios, el narrador boliviano Edmundo Paz Soldán la llamó “un prodigio de la imaginación, una fascinante experiencia de lectura que, si hay justicia, debería convertirse en uno de los primeros clásicos de la literatura latinoamericana de este siglo”. Además, *La torre y el jardín* fue finalista de la XVIII edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos.

Pepe Rojo

Define su obra como “realismo mediático mash-up”, pertenece a una generación de escritores que han encontrado en la ciencia ficción un repertorio de posibilidades para explorar diferentes niveles de la realidad. Ganador del Premio Kalpa 1996. Actualmente, Pepe Rojo es catedrático de la Escuela de Humanidades, imparte las materias Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación e Introducción al cine; y en sus tiempos libres es padre de familia.

Elsa Abbadié

Nacida en Guadalajara, poeta y promotora cultural, organizó por más de una década eventos literarios y artísticos como directora de los Escritores Independientes de Guadalajara. Es autora del poemario *Una flor más*, (ed. Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 1998).

Joserra Ortiz

San Luis Potosí, 1981. Es doctor en estudios hispánicos por la Universidad de Brown, donde actualmente imparte clases de literatura latinoamericana y española. Director del proyecto “Jornadas de detectives y astronautas”, donde

coedita la revista/editorial *Cuaderno rojo estelar*, enfocado en el estudio y la revitalización de las narrativas mexicanas de género. En 2011 publicó su primer libro de cuentos, *Los días con Mona* (FETA).

Isaí Moreno Roque

Ciudad de México, 1967. Escribe narrativa, cuento y novela. Está antologado en el libro *Cuentistas de Tierra Adentro*, del Consejo Nacional para La Cultura y las Artes. Tiene publicada la novela: *PISOT* (Editorial Lectorum, 2000), que obtuvo el premio Juan Rulfo a primera novela. Por un tiempo pensó que era poeta, y por ello, su obra obtuvo una mención honorífica en el programa televisivo Imagen y Palabra. Ha sido jefe de redacción de revistas literarias, entre las que destacan *Signos* y *Odisea*. Le gusta el periodismo y dirigió, por más de tres años, columnas en periódicos del interior del país. Ha colaborado con textos literarios en el diario *La Jornada*. Promueve la publicación *Ícaro de Papel*. Entre sus méritos más preciados está el de haber entrevistado en 1999, al escritor europeo Diiert, ya que el danés difícilmente concede entrevistas.

Samuel Carvajal Rangel

Nació y reside en Monterrey, Nuevo León desde febrero de 1968. Es graduado por la UANL en Diseño Industrial. Trabaja como diseñador independiente y escritor social.

Jorge Cubría Montiel

Nació en el lago de Chapultepec en 1950. Estudió Veterinaria y Letras. Ha sido profesor en la UNAM y la Universidad Iberoamericana, en donde impartió el curso de Ciencia Ficción durante 15 años. Ha publicado en diversos lugares como la revista de ciencia ficción *Umbrales*, en todos los números de la revista *ASIMOV* y en revistas como *Playboy*, *Ciencia y Desarrollo*, *Ciencia y Tecnología*. Algunas de las obras que ha publicado son: *Venus en Blue Jeans* (cuentos), *Historia de la Navidad* (no ficción), *Orígenes mitológicos del cristianismo* (no ficción).

Ricardo Guzmán Wolffer

México, 1966. Con publicaciones en *Revista de revistas de Excélsior*; *Los universitarios de la Universidad Nacional Autónoma de México*; *Hojas de utopía*; *Origina*; *Generación*; *Biombo Negro* (revista ganadora de la beca otorgada por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) a las revistas independientes en 1994 y de la que forma parte del Consejo Editorial); *Asimov* (revista ganadora de la beca otorgada por el INBA a las revistas independientes en 1997 y de la que forma parte del Consejo Editorial); en los diarios *Nacional*, *Excélsior*, *Jornada*, *Imparcial*, *Noticias* y *Hora*, los tres últimos de la ciudad de Oaxaca; y en el boletín literario gratuito *La bellota*, órgano del Taller de Lectura, Escritura e Imaginación *El mundo no cabe en una palabra*, del que es alumno fundador, distribuida en el norte de Sonora, México, y el sur de Arizona, Estados Unidos de América (publicación que obtuvo la beca del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) en

el 2000, en la rama de publicaciones independientes). Así como en la revista *Renacimiento* de Sevilla, España.

Janitzio Villamar

Mexico, D.F. 1969. Estudió la licenciatura y la maestría en Letras Clásicas en la UNAM. Fue director de la revista *Equipo Mensajero* y actualmente de la Editorial Estigia, Integrante del Consejo Editorial de la UACM (Universidad Autónoma de la Ciudad de México), en donde actualmente trabaja impartiendo clases en las academias de Lenguaje y Pensamiento y Creación Literaria, tesorero de OUEPAC (Organización Universal de Editores de Prensa A. C.), con presencia en todo el continente americano, Embajador Cultural de la Asociación Max Aub-Segorbe, España, corresponsal de la revista *Sinalefa* (Nueva York, Estados Unidos) y de muchas otras revistas. Su trabajo se encuentra disperso en antologías, revistas, periódicos, plaquettes y libros de toda la república mexicana, el continente americano, Europa y, últimamente, Asia y Oceanía. Pertenece a algunas decenas de organizaciones literarias mexicanas y de todo el mundo. Próximamente se publicarán algunas de sus traducciones del griego, el latín, francés, inglés y ruso.

Irving Roffe

Tijuana, 1954, es autor de *Vértigos y barbaries* (cuentos de ciencia ficción, Ed. Claves Latinoamericanas, 1988) y de *Otro hombre en el espejo* (novela de terror, Ed. Norma, 2010). Ha publicado cuentos en las antologías de ciencia ficción *Más allá de lo imaginado* y *Sin permiso de*

Colón. Actualmente se desempeña como traductor y ha sido corresponsal en Medio Oriente para *Unomásuno* y Radio UNAM.

Índice

Introducción. Retomando el futuro	11
Federico Schaffler	
El largo sueño de las cifras	15
Ignacio Padilla	
Fóvea 0132	25
Nelly Geraldine García-Rosas	
Los viejos tiempos	33
Carlos Rangel Santos	
Bajo la apariencia crepuscular	37
Gerardo Porcayo	
La impronta	47
Pé de J. Pauner	
Viaje radiante	59
Fernando Galaviz	
RIP & las cucas	67
Héctor Chavarría	
Blues for a red planet	73
Jorge Guerrero de la Torre	
Armagedón de sobremesa	79
Luis G. Abbadié	
Pedazos, fragmentos, esquirlas	89
Gabriel Trujillo Muñoz	
Terraformación	97
Blanca Mart	
4080	107
Ángel Zuare	
Planetas	115
Ricardo Bernal	
La oportunidad	119
Alejandro Rosete Sosa	
La dama de la palabra	127
Nora Lizet Castillo	

La melancolía de Libor Krasny	139
Guillermo Samperio	
Cartas desde la Luna	143
Gabriel Benítez	
Caleidoscopio	163
Silvia Moreno-García	
La misión	169
Andrés Tonini	
El capítulo 21	179
Jorge Chípuli	
20 de robots	193
Alberto Chimal	
Dos años	207
Pepe Rojo	
La opción	217
Elsa Abbadié	
El sitio	227
Joserra Ortiz	
22:22	243
Isaí Moreno Roque	
S.G.7.0.	251
Samuel Carvajal Rangel	
Historia falsa de la conquista de la Nueva Aztlán ...	265
Jorge Cubría Montiel	
El ataque silencioso	279
Ricardo Guzmán Wolffer	
Atlantis	289
Janitzio Villamar	
Todo tiempo pasado fue mejor	315
Irving Roffe	
Sobre los autores	319

Teknochtitlán
30 visiones de la ciencia ficción mexicana
Federico Schaffler

Este libro se terminó de imprimir el
30 de enero de 2015, se utilizó la fuente Bell MT.
Se empleó papel cultural.
Su tiraje fue de 1000 ejemplares.

La ciencia ficción de nuestro país encuentra en *Teknochtitlán* a algunas de sus plumas más representativas con las expresiones de nuevos escritores, todos bajo la selección de Federico Schaffler, quien en 1991 editara *Más allá de lo imaginado*, la primera antología de ciencia ficción mexicana.

Alberto Chimal, Ignacio Padilla, Guillermo Samperio, Gerardo Porcayo, Gabriel Trujillo, Silvia Moreno García, Héctor Chavarría, Ricardo Bernal, Jorge Cubría, Ricardo Guzmán Wolfffer, Blanca Mart y Gabriel Benítez, junto con 18 escritores más, representan a todos los estados del país, excepto Tamaulipas, cuyos autores están incluidos en *Huaxtekos*, para así completar la visión panorámica de la ciencia ficción contemporánea de México.

Muchos de los escritores aquí incluidos son reconocidos no sólo en México, sino también en el extranjero, habiendo obtenido tanto premios internacionales como éxitos en ventas. De los autores jóvenes, estamos seguros que en el futuro varios de ellos habrán también de lograrlo.